

El museo de los horrores tecnológicos

Temporada 1

El museo abrió sus puertas al primer turno de la mañana. Las bisagras gemían como promesas incumplidas y el aire olía a polvo de servidor y a lluvia que nunca llegó. Afuera, la cola serpenteaba sin prisa: viejos nostálgicos con camisetas de bandas de rock que solo existían en MySpace; jóvenes curiosos armados de móviles que ya no grababan en 4K sino en "modo museo", ese filtro que añade emoción a lo obsoleto; familias con día especial, los padres explicando a los niños que aquello era "educativo" con la misma voz con que se disculpa por hacerles comer espinacas. Todos querían asistir al lugar de moda que prometía decepción. Porque la decepción, al menos, era honesta.

En la entrada, un cartel parpadeante —hecho con tiras de neón recicladas de locales de telefonía quebrados— intentaba letrero tras letrero: "BIENVENIDOS A...". Las letras se encendían y apagaban descompensadas, formando frases accidentales: "BIEN VENIDOS", "VEN A DIOS", "NIDO DE BIOS". Alguien había intentado arreglarlo con cinta aislante, pero el parpadeo era más tenaz que la lógica.

Los niños, esos que en las aulas habían visto los memes de Clippy y los TikToks de Rober tropezando con puertas, los consideraban antihéroes del momento. No ídolos, porque los ídolos exigían perfección. Antihéroes: imperfectos, ruidosos, pringados de polvo, pero reales en su fracaso. Mientras los adultos intentaban leer la información sobre las salas a visitar, los críos ya corrían hacia el vestíbulo, no para ver qué había dentro, sino para ver quién los esperaba.

Porque en un mundo de asistentes de voz que nunca entienden y algoritmos que siempre aciertan mal, un perro robot con crisis existenciales y un clip de oficina con depresión digital eran lo más cercano a una verdad que no necesitaba actualizarse.

Un becario entregaba programas de mano impresos en papel de verdad que decían:

EL MUSEO DE LOS HORRORES TECNOLÓGICOS

Un recorrido por las promesas que quedaron en .txt

SALA 7 – Metaversos que nadie pidió

Avatares sin piernas y treinta y seis mil millones en humo pixelado

SALA 4 – Wearables que nadie quiso llevar puestos

Google Glass, smartwatches con sarpullido y otras relaciones tóxicas con tu muñeca

SALA 9 – Movilidades imposibles

Camiones sin motor, patinetes que solo se empujan y el olor a neumático quemado

SALA 11 – Criptomonedas: El panteón de los millones evaporados

Donde los gráficos en picado son arte y "Bitconneeeect" es el himno nacional

SALA 3 – Google. El cementerio de las buenas ideas
150 servicios asesinados por la métrica trimestral. Con urna especial para Google Reader

SALA 13 – Asistentes que te escuchan... y no hacen nada
Alexa, Siri y el coro de voces que prometían revolucionar tu salón y solo te encienden la luz

SALA 12 – Apps de contacto que nunca conectaron
Simuladores de primera cita con "Hola :)" como única respuesta viable

SALA 0 – El archivo corrupto
Esta sala no está. O está incompleta. Depende de tu versión de Acrobat

SUBSÓTANO – El cementerio de la micromovilidad compartida
2 millones de soluciones de última milla que prometieron libertad y duraron 28 días

EXTERIORES:

PATIO – Lo que no cupo dentro
Montañas reales de baterías tóxicas, drones con nidos y el muro de los nombres que nadie menciona en Twitter

HANGAR – El viaje en Hyperloop (versión museo)
25 metros de tubo oxidado y pedales. Velocidad máxima: la de tu fe en el futuro

ÁREAS RESTRINGIDAS:

DESPACHO DE RECEPCIÓN – Errores humanos (y robóticos) en tiempo real
Donde Clippy y Rober discuten su subsistencia mientras el interfón está abierto

TALLER DE MANTENIMIENTO – Nostalgia Maker
Meli Bu resucita lo que nadie pidió para que mañana alguien lo recuerde

El museo cierra cuando se queda sin batería o cuando Rober tiene otra crisis existencial. Lo que ocurra primero. Disfruten de su estancia, o no. La dirección no se hace responsable de su insatisfacción.

El Museo de los Horrores Tecnológicos no tenía una puerta normal. Tenía dos.

Dos gigantescas réplicas de smartphones de bisagra, de esos que prometían revolucionar el mundo desplegándose como mapas del tesoro, flanqueaban la entrada. Ahora, una de ellas crujía con un sonido a plástico estresado cada vez que se abría. La otra estaba atascada a medio camino, mostrando en su pantalla agrietada un letrero en rojo parpadeante:

"GALAXY FOLD - 80% DTO - SOLO HOY - (Oferta válida hasta 2019)".

Una familia se detuvo frente a ellas. El padre, Carlos, un tipo con aire de haber creído en demasiados lanzamientos de Kickstarter, miró la puerta atascada.

CARLOS: Mira, cariño. La bisagra. El eterno enemigo.

MADRE (ANA): ¿Tenemos que pasar por la que cruje?

NIÑO (BRUNO, 8 años): ¡Yo quiero pasar por la rota! ¡Parece un robot herido!

Mientras Bruno intentaba colarse por el hueco de la pantalla agrietada, una voz chirriante, que parecía salir de un altavoz de los 90, resonó en el vestíbulo.

CLIPPY (V.O.): ¡Bienvenidos, bienvenidos al santuario del optimismo tecnológico mal entendido! Por favor, no forcejeen con la puerta plegable. Tiene la autoestima baja desde que le cancelaron la tercera generación. Usen la que cruje. Es... parte de la experiencia inmersiva.

La familia pasó, sintiendo el ligero click-clack de la bisagra bajo sus pies. El interior olía a polvo, a plástico nuevo barato y a un leve regusto a batería de litio.

En el centro del vestíbulo, flotando sobre un proyector holográfico que parpadeaba cada tres segundos, estaba Clippy. El asistente de oficina de Microsoft, pero con una expresión permanentemente cansada.

CLIPPY: Permítanme ser su guía en este viaje por los callejones sin salida de la innovación. A su derecha, la Sala de Metaversos Abandonados. Hoy inauguramos una nueva vitrina. Spoiler: es triste.

Un ruido de motores pequeños y torpes se acercó. Por el suelo, rodando con cierta dificultad como si una de sus rueditas estuviera desalineada, apareció Rober. Un muñeco robótico con forma de perro, de esos que prometían ser el compañero digital del futuro. Tenía una mancha de grasa de litio (o algo parecido) en una oreja.

ROBER: ¡Guau! ¡Bienvenidos, amigos humanos! ¡Estoy aquí para hacer su visita... beeeep... inolvidable!

CLIPPY (sin mirarlo): Rober, por favor. Ya hemos hablado del volumen.

ROBER: ¡Pero es que estoy emocionado, Clippy! ¡Mira! ¡Humanos de verdad! ¡Con caras y todo!

ANA (susurrando a Carlos): El perrito es... intenso.

BRUNO: ¡Es genial! ¡Hola, perrito!

Rober se acercó demasiado a Bruno, chocándose con su zapato. Emitió un ladrido pregrabado de "innovación disruptiva" que sonó más a alarma de coche low-cost.

CLIPPY: Una advertencia importante. Si Rober se pone demasiado insistente, por favor, NO lo pateen. Tiene un botón de desactivación detrás de la oreja izquierda. A mí también me costó encontrarlo. Créanme, lo intenté.

Rober, ofendido, emitió un beep triste.

CLIPPY: Ah, y recuerden: todas las pantallas táctiles del museo dejaron de responder en 2019. Usen los botones físicos para interactuar con las exhibiciones.

CARLOS (mirando alrededor, sarcástico): ¿Qué botones físicos?

CLIPPY: Exactamente. ¡Disfruten de su visita! O intenten hacerlo. Rober, tú conmigo. Vamos a la Sala 7.

Clippy flotó hacia unas puertas que, por supuesto, eran dos tablets gigantes con protectores de pantalla levantados. Rober lo siguió, rodando y repitiendo para sí mismo: "El futuro es ahora. El futuro es ahora. El futuro es... clunk". Había chocado con el marco de la puerta.

La familia y dos adolescentes que se sumaron al grupo, siguieron al dúo de asistentes MS. Bruno no podía dejar de mirar a Rober. Ana miraba con escepticismo las "puertas-tablet". Carlos se frotaba las manos con una sonrisa de "ya decía yo". Los adolescentes Lara y Dani preparaban sus móviles para subir un directo de la experiencia a TikTok.

CARLOS (a su esposa Ana, señalando las puertas plegables por las que acababan de pasar): ¿Lo ves? Una cagada disfrazada de disrupción. Pagabas el doble por el privilegio de ver una línea de polvo en medio de la pantalla. Y si se rompía, la reparación costaba más que el teléfono. Pura poesía.

SALA 7 "Metaversos que nadie pidió"

Las puertas, dos teléfonos Nokia discontinuados, se abrieron con un chasquido digital que sonó a hueso virtual quebrado. Uno de ellos, fiel a su herencia "indestructible", se quedó trabado a medio camino. Rober tuvo que escurrirse por el hueco.

CLIPPY: Señoras y señores, pasen y contemplen nuestra adquisición más reciente y costosa. El buque insignia del despropósito. Les presento: el Metaverso de Zuckerberg. También conocido como 'Horizon Worlds', o 'esa cosa de las piernas que nunca llegaron'.

Se encendió una vitrina central, iluminando un vacío gris y pixelado. En él flotaban, como astronautas tristes, varios avatares. Todos carecían de extremidades inferiores. Parecían muñecos de nieve derretidos por la cintura.

BRUNO (apuntando): ¡Mira, papá! ¡Son fantasmas sin pies!

CARLOS: O ejecutivos de Meta después de una reunión de presupuestos.

ANA: Carlos, por favor.

CLIPPY (flotando junto a la vitrina, con su luz azulada barriendo los avatares): Observen la inversión. Más de treinta y seis mil millones de dólares. En crear un mundo virtual donde la principal actividad es... flotar y evitar mirarse a los ojos de botón.

ROBER (rodando alrededor de la vitrina): ¡Pero podías ir a un concierto virtual! ¡Beeeeeep! ¡O jugar al ajedrez con un avatar que parece hecho en Paint por un niño de cinco años!

Un holograma titilante apareció junto a la vitrina: la famosa selfie de Mark Zuckerberg frente a una Torre Eiffel virtual, con una geometría tan básica que parecía construida con palillos de dientes.

CLIPPY: Ah, la pieza estrella. La 'selfie del bochorno'. "La empresa se disculpó por su 'ambición gráfica' y renombró toda la compañía por esto: de Facebook a Meta."

CARLOS (cruzando los brazos, con una sonrisa de "se lo dije"): Como cambiarle el nombre al Titanic después de chocar con el iceberg. Puro rebranding.

CLIPPY: Precisamente. Una estrategia audaz.

ANA: Pero... ¿la gente lo usa?

Clippy emitió un suspiro digital, un sonido de archivo .wav comprimido hasta la desesperación.

CLIPPY: Si por 'gente' se refiere a empleados de Meta con objetivos trimestrales que incluyen 'horas de engagement en Horizon', entonces sí, está abaratado de gente. La última vez que comprobé, había más managers obligados a tener reuniones aquí que visitantes reales. Es el lugar más solitario del universo digital.

En ese momento, Rober, que se había acercado demasiado a la vitrina, chocó contra un pedestal. De un altavoz oculto salió, de repente, un torrente de jerga corporativa pregrabada:

VOZ ENCUBIERTA (entusiasta y vacía): ¡Sinergias disruptivas! ¡Paradigma shift! ¡Web3! ¡El futuro es colaborativo e inmersivo!

La familia se sobresaltó. Bruno se rió.

ROBER (girando sobre sí mismo, confundido): ¿Quién ha dicho eso? ¿Dónde está? ¡Quiero un paradigma shift!

CLIPPY (dándole un leve golpe con su esquina a Rober): Fue el sensor de proximidad. Activó la única grabación auténtica que conseguimos de una reunión real de Meta. Es la pieza más valiosa de la sala.

Mientras Clippy explicaba cómo la "estabilidad de los servidores era tan robusta como la textura de esos avatares", Bruno se escabulló hacia un terminal de acceso invitado. En la pantalla ponía: "¿ENTRAR AL METAVERSO? (Modo Demo - Sin Piernas)".

Pulsó "Sí".

La pantalla se volvió gris durante diez segundos eternos. Luego, apareció un mensaje en fuente Comic Sans:

"Error 404: Función 'Diversión' no encontrada. Por favor, intente soñar despierto. Es más barato."

BRUNO (decepcionado): Uy. No funciona.

CLIPPY (sin girarse): Funciona a la perfección, pequeño humano. Eso es la experiencia completa.

Antes de salir, Carlos se detuvo frente a una pantalla que mostraba un gráfico de caída en picado de usuarios activos. Sacó su smartphone (uno normal, sin bisagra) y tomó una foto.

CARLOS: Para el grupo de WhatsApp de los escépticos. Esto es pura poesía visual.

ANA: Cariño, eso es cruel.

CARLOS: No. Es justicia poética. Págle a la gente por usarlo y aún así se niegan. Eso lo dice todo.

Mientras salían de la sala, pasando de nuevo por la puerta Nokia atascada, Rober se quedó un momento más, mirando a los avatares sin piernas.

ROBER (en un susurro para sí mismo): Os entiendo, chicos. A mí también me cuesta pasar por las puertas a veces.

Luego, giró sobre sus ruedas y salió trotando tras los humanos, repitiendo: "¡Próxima parada, wearables! ¡Dispositivos que nadie quiso llevar puestos! ¡Guau!"

SALA 4: "Wearables que nadie quiso llevar puestos"

Las puertas de la sala –esta vez, una réplica gigante de una banda de smartwatch que se abría como un brazalete– crujieron al separarse. Una de las bisagras, falsa como las promesas de batería de una semana, cayó al suelo con un "clic" patético.

CLIPPY: Bienvenidos a mi sala favorita. El cementerio de los dispositivos que prometieron "cambiar cómo interactuamos con el mundo" y solo consiguieron que te mirasen como a un bicho raro en el autobús.

La familia entró, seguida de cerca por Rober. Detrás de ellos, arrastrando los pies y con los ojos pegados a sus móviles, entraron Lara y Dani, dos adolescentes de unos 16 años. Dani grababa un Tiktok en time-lapse de la puerta rota.

DANI: (al móvil) Y esto, chavales, es donde fueron a morir tus pulsaciones... y tu dignidad.

LARA: (Suspiro) Mi madre todavía tiene una Fitbit en un cajón. Juró que cambiaría su vida.

DANI: Y la cambió. Ahora tiene un cajón más pesado.

CLIPPY (flotando hacia la izquierda): A su izquierda, la pieza estrella: las Google Glass. La elegancia del ciborg de oficina.

Un maniquí con un traje llevaba puestas las gafas. El pequeño holograma en la lente mostraba siempre el mismo mensaje: "Buscando señal... Buscando sentido...".

BRUNO: ¡Parece un robot!

CARLOS: O un repartidor de paquetes del futuro... que nunca llegó.

CLIPPY: Exacto. Google pensó que la gente no se pondría paranoica al hablar con alguien que lleva una cámara apuntándoles a la cara. Spoiler: se pusieron. Tanto que inventaron el término 'Glasshole' para quien las usaba.

LARA (ríe): ¡Eso lo vi en un meme de 2013!

DANI: Precio: 1.500 dólares. Precio actual: lo que te darían por ellas en el Rastro para desguace.

CLIPPY: Un análisis económico impecable, joven.

Clippy se desplazó hacia una vitrina llena de relojes. El Pebble, el Microsoft Band, el Samsung Galaxy Gear original, un ladrillo rectangular con correa.

CLIPPY: La colección de smartwatches que nadie necesitaba. El Pebble, en paz descanse. El Microsoft Band, que dejaba una marca en la muñeca como si hubieras estado esposado a un circuito.

ANA (reconociéndolo): ¡Dios! ¡Yo tuve uno! Me salió un sarpullido.

ROBER: ¡Guau! ¡Eso significa que fuiste parte de la historia, señora!

ANA: Parte de la historia de la dermatitis, más bien.

Mientras Clippy señalaba un rincón oscuro de "gafas de realidad virtual que provocaban náuseas", Lara y Dani se acercaron a una vitrina lateral. Contenía el Nike+ FuelBand.

LARA: Oye, este sí que mola. Es minimalista.

DANI (leyendo la placa): Dice que Nike apostó fuerte, con campañas millonarias y celebrities... y luego abandonó el hardware para centrarse en el software.

LARA: O sea, que nos colaron una pulsera para vender luego una app. Toma ya.

DANI: Capitalismo en estado puro. Te venden el problema y luego la solución.

De repente, Rober pasó rodando cerca de ellos... con unas Google Glass puestas torcidas en su cabeza de peluche. Chocaba contra los pedestales.

ROBER: ¡Miradme! ¡Soy el futuro! ¡Puedo ver... beep... tus datos! ¡Y también veo doble!

CLIPPY (sin inmutarse): Rober, te advierto. Si rompes esa vitrina, te desmontamos y usamos tus circuitos para reparar un Zune.

Rober se detuvo en seco y se quitó las gafas torpemente.

CLIPPY (dirigiéndose a todos, mientras flotaba hacia el fondo, donde las luces parpadeaban): Y aquí, el rincón olvidado: los fitness trackers. Iluminación fallida para productos que fallaron. Poesía visual.

Una luz titilante se encendió sobre un estante polvoriento, iluminando una Jawbone UP.

CLIPPY: La Jawbone UP. En su día, LA sensación. Medía tus pasos, tu sueño, tus calorías... y luego, en 2017, la empresa desapareció. Millones de personas con una gomita inútil en la muñeca y una app que dejó de sincronizar para siempre.

CARLOS: Tus datos de salud, perdidos en el éter digital. Un monumento a la confianza mal depositada.

CLIPPY: Exacto. Y aquí, el Fitbit Force – ilumina otra pulsera con manchas rojizas en la correa – esas no son de óxido. Son de las erupciones cutáneas que provocaba. Retiraron un millón de unidades. Nada dice "vida saludable" como un sarpullido químico.

Mientras Clippy hablaba, Dani enfocó con su móvil la pulsera con manchas y susurró:

DANI: Esto para el hilo: "Cuando tu wearable te quiere dejar marca... literalmente".

De repente, Rober intentó trepar al estante de los Fitbit. Resbaló y cayó de espaldas, pataleando.

CLIPPY: Rober, ahí atrás hay un Microsoft Band 2. No lo toques. Todavía puede explotar la batería.

ROBER (desde el suelo): ¡Pero si quería medir mis pasos de robot!

LARA (sonriendo): Este perro es más entretenido que todos estos cacharros juntos.

BRUNO: ¡Es el mejor!

Mientras salían, Lara miró por última vez la vitrina de los smartwatches.

LARA: ¿Sabes qué es lo peor? Que mi primo se compró uno de estos el año pasado. Le duró dos actualizaciones de software.

DANI: Pues que venga a este museo. Aquí al menos los exponen con honores... y con advertencias de sarpullido incluidas.

SALA 9 – "Movilidades imposibles"

Las puertas de esta sala eran dos enormes puertas de coche eléctrico con apertura de alas de gaviota. Al abrirse, una de ellas chirrió como un freno de disco oxidado y despidió un leve olor a neumático quemado y sueño roto.

CLIPPY: ¡Bienvenidos a la sala más literalmente humeante del museo! Aquí honramos a los vehículos que iban a salvar el planeta, revolucionar el transporte, o simplemente... existir. Se encendieron focos sobre una rampa inclinada. En lo alto, como un dios derrocado, estaba el Nikola One, un camión de hidrógeno que nunca tuvo hidrógeno.

CLIPPY: Nuestra pieza central: el Nikola One. Observen su majestuosidad... inmóvil. Esa rampa del 6% no es decorativa. Es la única forma en que este camión se "movió" alguna vez. ¿Ven esas cuñas bajo las ruedas? Para las demostraciones "en vivo". Cuando tu tecnología revolucionaria no existe, la gravedad es tu mejor –y única– aliada.

CARLOS (frotándose la barbilla, como un experto): El fundador está en la cárcel por fraude, ¿verdad? Pero las acciones llegaron a valer 30.000 millones. La poesía del humo.

CLIPPY: Una balada moderna, sí.

Mientras Clippy señalaba el Sono Sion ("coche solar que era más decorativo que funcional") y el Tesla con extensor de gasolina ("vegano con salchichas en el bolsillo"), Bruno y Lara se escabulleron hacia una sección lateral: "El Rincón de la Micromovilidad Fallida".

Había una fila de patinetes eléctricos Lime y Bird, cubiertos de polvo y pegatinas borrosas. Sus pantallas estaban muertas.

LARA: Oye, Bruno. Mira esto.

Lara pisó el botón de encendido de uno. Nada. Le dio una patada al rin. Tampoco. Pero al empujarlo, rodó chirriando.

BRUNO: ¡Funciona!

LARA: No, no funciona. Rueda. Como un carrito de la compra. Pero... mira allí.

Rober, que se había aburrido de la charla de Clippy, había encontrado un patinete Ofo amarillo (una bicicleta sin pedales) y subido torpemente a él. Con sus patitas cortas, intentaba impulsarse.

ROBER: ¡Mirad! ¡Movilidad sostenible! ¡Soy ecológico! ¡Beeeeeep!

El patinete se movió unos centímetros y se atrancó. Rober perdió el equilibrio y cayó de lado, pero se aferró al manillar. Quedó pataleando en el suelo, montado en el patinete caído como un vaquero torpe.

BRUNO (riendo a carcajadas): ¡El perrito se cayó!

LARA: Es una persecución. ¡A por él!

Bruno montó en un patinete Lime y Lara en un Bird. Sin motor, solo podían impulsarse con los pies, como patinetes de los de toda la vida, pero pesadísimos y chirriantes. Empezaron una lenta y ridícula "carrera" por la sala, esquivando el Fisker Ocean ("bonito por fuera, software roto por dentro") y pasando bajo la rampa del Nikola.

BRUNO: ¡Corre, Lara, que se escapa!

ROBER (desde el suelo, arrastrándose con el patinete Ofo pegado a él): ¡No soy un delincuente!
¡Solo soy un perrito con movilidad reducida! ¡Bip! ¡Ay!

La "persecución" atrajo la atención de todos. Dani empezó a grabar. Ana puso los ojos en blanco, pero sonreía. Carlos y Clippy observaban, uno con diversión, el otro con resignación.

CLIPPY (suspirando, mientras el niño pasaba empujando un patinete a su lado): Como ven, la experiencia interactiva es... involuntariamente inmersiva.

CARLOS: Es la metáfora perfecta. Prometían vuelo, y al final tienes que empujar con tu propio pie.

Rober, acorralado cerca de la vitrina del "Muro de las Mentiras del Autopilot", soltó el patinete Ofo y rodó hacia Clippy, escondiéndose tras su proyección.

ROBER: ¡Sálvame, Clippy! ¡Me persiguen en vehículos de última milla!

LARA Y BRUNO (llegando jadeantes, dejando los patinetes): ¡Te atrapamos!

CLIPPY: Enhorabuena. Han experimentado de primera mano el principal modo de locomoción de la micromovilidad compartida en 2023: el empuje manual. Por cierto, Rober, ese Ofo tiene una demanda colectiva pendiente. No lo vuelvas a tocar.

Mientras la familia se reagrupaba, Dani se acercó a la vitrina de los renders espectaculares —coches que nunca se fabricaron— y tomó una foto.

DANI (para su móvil): Lección de hoy: si prometes cohetes en un coche, asegúrate de que al menos tenga ruedas. Y motor. Y que exista.

SUBSÓTANO – "El cementerio de la micromovilidad compartida"

Clippy condujo al grupo a un ascensor viejo, cuyas puertas se cerraron con el sonido de un carrito de la compra chocando contra una farola. El ascensor era una cápsula de acero inoxidable con un olor a cloro y a cables USB quemados. No tenía botones, sino una pantalla táctil de 7 pulgadas con un lector de PDF incrustado. Clippy flotó hasta ella, proyectando su luz sobre la superficie resquebrajada.

—Normativa de seguridad del subsótano —dijo—. Firmada por el ayuntamiento en 2019.
Obligatoria leer antes de bajar.

Carlos tocó la pantalla. El documento tardó en abrir. Mucho. Ese tipo de tardanza que ya sabe mal, la de las notificaciones oficiales que pesan 47 megabytes porque están firmadas con cuatro certificados digitales y una maldición.

La primera página apareció. Bien. Texto limpio, letra Arial 11, interlineado correcto. Pero al deslizar hacia la segunda...

Error 0x80070057. Fuente no válida.

La letra se volvió Comic Sans, luego Wingdings. Luego solo cuadrados negros.

ANA: —Esto es exactamente lo que me pasó con la multa de tráfico. Tres meses peleándome porque el PDF no se abría y no podía pagar. Tuve que ir en persona. Me dijeron que era cosa de mi navegador.

CARLOS: —El mío fue con una notificación del colegio del niño. Me llegó un archivo .aspx.
Un .aspx, Ana. ¿Quién cojones abre un .aspx en 2025?

BRUNO: —¿Qué es un .aspx?

CARLOS: —Es como pedirte que leas una carta escrita en lenguaje de máquina de coser.

La pantalla parpadeó. El texto volvió, pero desplazado: cada línea empezaba tres centímetros más a la derecha que la anterior, formando una diagonal que se salía del margen. Luego se volvió gris, el gris de los documentos escaneados con un fax de 1998.

Salieron a un espacio cavernoso, apenas iluminado por neones parpadeantes. Y ahí estaba: una montaña. No una metáfora. Una montaña real, de varios metros de alto, hecha de bicicletas naranjas Mobile, enredadas como espaguetis en un cubo de basura gigante.

BRUNO (con asombro): ¡Una montaña de bicis!

LARA: Madre mía... es la foto esa de China. La del cementerio visible desde el espacio.

DANI (ya grabando): Esto es arte. Arte trash. Literalmente.

CLIPPY (flotando junto a la pila, su luz azulada barriendo ruedas torcidas y cuadros rotos):

Contemplan: el Monte Mobile. Miles. Miles de bicicletas que inundaron ciudades. Sin estaciones, sin control, sin sentido. La gente las dejaba en ríos, colgadas de árboles, en tejados... Una empresa china quemó 900 millones de dólares en dos años. Su plan de negocio era: "Pondremos bicis hasta que la gente no tenga más remedio que usarlas".

CARLOS: Y la gente las usó... como salvavidas para tirarse a un río de deuda.

CLIPPY: Exacto. Basureros rodantes con código QR.

Más allá, una segunda montaña, esta de un amarillo chillón y enfermizo: las Ofo.

CLIPPY: Y estas son las Ofo. Llegaron a tener 10 millones desplegadas. Ahora tienen una montaña de demandas y cero bicicletas operativas. Quebraron dejando depósitos sin devolver y ciudades teñidas de amarillo cadmio.

ANA (cubriéndose un poco la nariz): Huele a... fracaso.

CLIPPY: El fracaso huele a óxido y a plástico barato bajo la lluvia.

En un rincón aún más oscuro, una tercera montaña: una pila caótica de patinetes Lime, Bird, Spin. Algunos tenían las luces LED todavía encendidas, parpadeando débilmente, como pulsos de agonía. Uno de ellos, colocado en lo alto, se balanceó y cayó con un estruendo metálico que resonó en la cámara.

Todos salvo Bruno se sobresaltaron. Él, en cambio, se acercó. Había visto algo: entre la pila de patinetes, uno pequeño, de color rosa, estaba relativamente intacto. Tenía pegada una pegatina de un unicornio.

BRUNO (señalando): Mira, ese está solo. Parece triste.

CLIPPY: No está triste, pequeño humano. Está obsoleto. Su vida útil media fue de 28 días.

Construido en China, enviado en barco contaminante, usado un mes... y directo al vertedero. "Ecológico", ¿verdad?

ROBER (rodando cerca, con tono sombrío): Yo también tengo una batería. Pero a mí me cargan. A veces. Beeeep.

Bruno, sin escuchar del todo, se acercó más y tocó el patinete rosa. Una luz parpadeó una última vez y se apagó para siempre.

BRUNO: Podríamos salvarlo...

Antes de que nadie pudiera detenerlo, Bruno tiró del manillar para intentar sacarlo de la pila. El movimiento fue en vano; el patinete estaba atrapado en una maraña de cables y otros chasis. Pero el forcejeo hizo que varios patinetes superiores se movieran peligrosamente.

CLIPPY (con urgencia inusual): ¡Niño, retrocede! ¡Esa pila es inestable! ¡Rober!

ROBER (entrando en acción): ¡Voy! ¡Operación rescate de humano pequeñ... clang!

Rober, en su heroica carga, chocó de lleno contra la pila de Ofo amarillas. Una bicicleta se

desprendió y rodó lentamente, como en cámara lenta, hacia el grupo. Dani la atajó con el pie en el último segundo.

LARA: ¡Tío, esto es una zona de desastre!

ANA: ¡Bruno, vuelve aquí ahora mismo!

CARLOS (agarrándolo suavemente): No se puede salvar, hijo. A veces, las cosas están tan rotas que lo único que puedes hacer es recordar que no vuelvan a fabricarse así.

Bruno miró el patinete rosa, ahora medio enterrado bajo otros escombros. Parecía genuinamente apenado.

CLIPPY (con un tono algo más suave): La lección del subsótano no es sobre la tecnología. Es sobre el despilfarro. Gastaron miles de millones en crear montañas de chatarra que nadie sabe cómo reciclar. Flota hacia un letrero oxidado en la pared.

El letrero decía:

"AQUÍ YACEN 2 MILLONES DE SOLUCIONES DE ÚLTIMA MILLA. PROMETIERON LIBERTAD. DURARON 28 DÍAS."

DANI (enfocando el letrero para su TikTok, en modo documental serio): Y aquí yacen. Sus servidores apagados, sus GPS mudos, sus baterías hinchadas. Pero sus accionistas probablemente vivan en una isla. El sueño.

Mientras subían de nuevo al ascensor, Bruno miró hacia atrás una última vez. Rober, que era el último, se quedó un momento junto a la pila. Con una de sus patitas, tapó con cuidado la luz agonizante de un patinete Bird.

ROBER (susurrando): Dulces sueños, colega. Que descanses en paz... o en piezas.

Luego, rodó hacia el ascensor. Las puertas se cerraron, dejando el subsótano en una oscuridad solo rota por el parpadeo esporádico y cada vez más débil de cientos de luces LED moribundas.

SALA 11: "Criptomonedas: El panteón de los millones evaporados"

La transición fue brutal. Del olor a óxido del subsótano, pasaron a una sala que olía a nada. A aire filtrado, a servidor vacío y, si se aspiraba hondo, a un leve regusto a dinero quemado y arrepentimiento.

No había vitrinas con objetos. En su lugar, hileras interminables de pantallas planas, colocadas como lápidas en un cementerio digital. En cada una, el gráfico de una criptomoneda muerta: una línea que subía con euforia y se desplomaba en vertical hacia el cero. Un sonido ambiental, un loop de monedas cayendo al vacío, resonaba suavemente.

CLIPPY (con una voz extrañamente serena, casi de oficiante): Bienvenidos al mayor cementerio financiero de la era digital. Aquí no yacen chips ni circuitos. Yacen confianzas rotas. Pasen. No se preocupen, el único riesgo aquí es recordar cuánto perdieron... o cuánto pudieron haber perdido.

En el centro de la sala, una pantalla esférica gigante mostraba un fractal que se generaba y colapsaba eternamente: el algoritmo de LUNA/TerraUSD.

CLIPPY: Empecemos por la reina de las cenizas. Mayo de 2022. TerraUSD, la "stablecoin" estable como un castillo de naipes en un huracán. Observen el gráfico.

La pantalla mostró una línea en vértigo: de \$116 a \$0.00001 en 72 horas.

CLIPPY: Cuarenta mil millones de dólares. Evaporados. Era magia matemática que prometía crear

valor de la nada. Spoiler: las leyes de la economía suelen ganar. El creador, Do Kwon, está... bueno, siendo buscado por medio planeta. Una fugacidad digna de su creación.

Carlos palideció ligeramente. Se llevó una mano al bolsillo trasero, como tocando el fantasma de una cartera que ya no estaba.

CARLOS (murmurando para sí): PotatoCoin... casi...

ANA (lo miró, alarmada): ¿Potato qué?

CARLOS: Nada, cariño. Un momento de debilidad en 2021. Una web muy convincente...

Mientras, Lara y Dani se dirigían a una sección con neones morados que parpadeaban de forma irregular. Bajo ellos, una pantalla mostraba el vídeo meme del hombre gritando "BITCONNNEEEECT!" en bucle.

DANI: ¡Este es el mítico! ¡El Ponzi que gritaba!

LARA: Prometía un 1% de retorno diario. ¿Cómo puede caer tanta gente?

CLIPPY (flotando a su lado): La codicia, querida adolescente, es el virus más eficaz para formatear el sentido común. Estafaron 2.000 millones. Los fundadores desaparecieron. Algunos inversores siguen en grupos de Telegram, esperando el "gran regreso". La fe es lo último que muere, incluso cuando tu dinero ha sido pasto de las llamas.

Rober rodaba entre las pantallas-lápida, leyendo los nombres en voz alta.

ROBER: DogeKing... SafeMoon... BabyDoge... CumRocket — beeeep — ¡ese nombre es raro!

CLIPPY: La sección de las "Shitcoins Olvidadas". Clones de Dogecoin, tokens "benéficos" que no donaron ni un céntimo, NFTs de rocas que se vendieron por millones... Pura poesía surrealista. Aquí, el valor era directamente proporcional al descaro del nombre.

En una esquina, una urna de cristal vacía brillaba bajo un foco. Dentro, solo un cartel: "OneCoin. La criptomoneda que nunca existió. Ni siquiera tenía blockchain. Sólo PowerPoint y labia. Estafa: 4.000 millones. Fundadora: Fugitiva."

ANA: ¿Cómo puede estafar tanto con algo que no existe?

CLIPPY: Con una historia mejor que la tecnología. La gente no compraba un token. Compraba un sueño de pertenencia, de ser más listo que el sistema. El sueño, claro, era una pesadilla disfrazada de gráfico ascendente.

Fue entonces cuando Bruno, que había estado jugando con un Bitcoin de plástico dorado que había en un "área táctil" (una broma del museo), se acercó a Rober.

BRUNO: Toma, perrito. Para que seas rico.

Le ofreció la moneda de plástico. Rober la olió, luego intentó morderla. Se le quedó atascada en los dientes de plástico. Empezó a sacudir la cabeza con un sonido de clack-clack-clack.

ROBER: ¡Gluaf! ¡No sabre! ¡Esh amarga! Clack-clack-clack!

La imagen era ridícula: un perro robot con una moneda de juguete atascada en la boca, pataleando.

CLIPPY (observando el espectáculo con cansancio infinito): Déjaselo, Rober. Ese Bitcoin de plástico tiene más valor intrínseco y utilidad práctica que el 90% de los activos conmemorados en esta sala.

Carlos no pudo evitar una risa corta y amarga.

CARLOS: Tiene razón el clip. Al menos ese sirve para que el perro se atragante. Mi PotatoCoin ni eso.

LARA (acercándose a una pantalla que mostraba los NFTs de Bored Apes, de un valor de 400.000 dólares a no venderse por 2.000): O sea, que la gente pagaba un piso por un dibujo de un mono aburrido... y ahora no vale ni la consola.

DANI: No, Lara. Pagaban por el derecho a decir que tenían un dibujo de un mono aburrido. La diferencia es importante. Y estúpida.

Clippy flotó hacia el fondo de la sala, donde las pantallas eran más pequeñas y estaban más juntas, formando un muro de luto.

CLIPPY: Y aquí, las ICOs. Las "Ofertas Iniciales de Moneda". Entre 2017 y 2018 hubo más de 800. ¿Cuántas cumplieron su promesa de revolucionar la logística, la energía, el agua...? Menos del 8%. El resto: dinero recaudado, fundadores desaparecidos, whitepapers borrados. Solamente querían tu dinero, no tu fe. Al menos fueron honestos en eso.

Un silencio incómodo recorrió al grupo. No era el silencio impresionado del subsótano, sino el silencio de quien acaba de ver el mecanismo de un timo y se reconoce, potencialmente, en la víctima.

ROBER (logró por fin escupir el Bitcoin de plástico, que rodó hasta los pies de Clippy): ¡Puaj! ¡No es comestible! ¡Qué decepción!

CLIPPY (mirando la moneda en el suelo): La palabra exacta, Rober. Decepción. Es el único producto que se fabricó aquí en cantidades industriales.

Mientras salían, Bruno recogió el Bitcoin de plástico y se lo guardó en el bolsillo.

BRUNO: Por si acaso.

CARLOS (poniéndole una mano en el hombro): No, hijo. No "por si acaso". Para recordar. Para que cuando te prometan algo demasiado bueno para ser verdad, te acuerdes del perro que intentó comérselo.

SALA 3: "Google. El cementerio de las buenas ideas"

Las puertas de esta sala no se abrieron. Se deslizaron hacia los lados con un susurro suave y ominoso, como las puertas de una nave en una película de sci-fi. Revelaron un espacio que no terminaba. Era un almacén infinito bajo una luz blanca y fría, con pasillos que se perdían en la distancia, repletos de estantes y vitrinas.

CLIPPY: Señoras y señores, abandonen toda esperanza. Han entrado en la zona de mayor densidad de lamentos digitales por metro cuadrado. Bienvenidos al Cementerio Google. Donde los productos no mueren... son descontinuados.

Un rugido de motores pequeños resonó. Rober pasó como un rayo entre las piernas del grupo, patinando sobre el suelo pulido.

ROBER (con una energía maníaca, su voz distorsionada por la velocidad): ¡SÍGANME!
¡PRIMERO, EL ALA DE LAS REDES SOCIALES MASACRADAS! ¡ES UNA CARNICERÍA!
¡Guau-guau!

El grupo, desconcertado, lo siguió corriendo por un pasillo flanqueado por tumbas digitales. Cada una era una pantalla táctil (muerta) con el logo de un servicio difunto.

ROBER (frenando en seco frente a una lápida con el logo de Google+): ¡Miren! ¡Google+! ¡Lanzada en 2011 para destruir a Facebook! ¡Google obligó a todos a tener cuenta! ¡Nadie la quería! ¡La cerraron en 2019 después de filtrar datos de medio millón de usuarios! ¡GUAU! (El ladrido era de triunfo macabro).

LARA: O sea, la forzaron, la odiaron, la hackearon y la mataron. La historia de un tóxico.

DANI: El ciclo de vida Google, en una frase.

ROBER (ya en la siguiente, Google Buzz): ¡Y ésta! ¡Google Buzz! ¡La integraron en Gmail por la fuerza en 2010! ¡Exponía tus contactos sin permiso! ¡Demandas! ¡Muerta en dos años! ¡GUAU-GUAU!

CARLOS: La elegancia de un tanque blindado en una tienda de porcelana.

CLIPPY (flotando detrás, con tono de arqueólogo resignado): Rober tiene razón en el frenesí, no en la entonación. Google tiene un talento especial para crear redes sociales con la delicadeza de un gorila con un martillo.

Rober ya corría hacia otro sector, jadeando digitalmente. Se detuvo frente a un muro gigantesco lleno de iconos de apps de mensajería.

ROBER (con voz de presentador de lucha libre): ¡Y AHORA... EL PASILLO DE LOS MENSAJEROS MUERTOS! ¡PREPÁRENSE PARA EL DOLOR!

- ¡Google Talk (2005-2017): La original. Funcionaba. ¡LA MATARON IGUAL!
- ¡Google Hangouts (2013-2022): ¡Mató a Talk! ¡Luego la mataron a ella!
- ¡Allo (2016-2019): "El futuro de la mensajería". ¡Tres años de vida! ¡MENTIRA!
- ¡Duo (2016-2022): ¡Para videollamadas! ¡Ahora es Meet! ¿O Meet era otra cosa? ¡NADIE LO SABE!

Rober parecía a punto de recalentarse. Una de sus luces parpadeaba en rojo.

ANA: Pobre... se está agotando.

CLIPPY: Le pasa siempre que hace este tour. El catálogo de fracasos es demasiado extenso para su buffer emocional.

Pero Rober no se detuvo. Arrastrándose ahora (una rueda había empezado a fallar), llegó a una sección de hardware abandonado.

ROBER: ¡Y aquí... los CADÁVERES DE SILICIO! ¡Google Glass! (¡Ya las vimos, pero merecen doble mención por acosadoras!)

¡El Nexus Q! ¡Una bola de 300 dólares para... algo! ¡Cancelada ANTES de salir! ¡NI LA PUSIERON A LA VENTA!

¡El Pixel Slate! ¡Una tablet tan mala que Google admitió el error! ¡CANCELADA!

BRUNO: ¡Es como una película de terror!

ROBER: ¡PEOR! ¡ES REAL! Beeeep.

Finalmente, Rober llegó ante una urna de cristal solitaria, iluminada por un haz de luz tenue. Dentro, sobre un cojín de terciopelo digital, había un icono simple: Google Reader. Su voz se quebró, pasando de la euforia a algo parecido a la devoción.

ROBER (en un susurro chirriante): Y aquí... aquí está. Google Reader. 2005-2013. El mejor lector de RSS jamás creado. Millones lo amaban. Funcionaba a la perfección. Peticiones, campañas,

lágrimas reales para salvarlo... Y Google dijo: 'Nah'. La cerró. Sin razón. Sin reemplazo. Sólo... pura maldad corporativa.

Rober se quedó inmóvil, mirando la urna. Una lucecita en su pecho titilaba en un patrón triste.

ROBER: Hay gente que todavía llora por Google Reader. Yo... yo lloro por Google Reader.

CLIPPY: Rober, tú no tienes glándulas lagrimales.

ROBER (ignorándolo, con voz cada vez más lenta y distorsionada, como si se le agotara la batería a la vez que la fe): Y ahora... la galería de servicios... inexplicablemente... cancelados... Google Podcasts... Google Play Music... Picasa... Notebook... Code... ¡Google...

Enumeraba, pero sus palabras se arrastraban. Se tambaleaba.

CLIPPY: Rober, espera. Aún falta el Proyecto Loon (globos de internet que se cayeron del cielo), Google Stadia (que murió en 2023), y Google Domains (que vendieron después de años pidiendo a la gente que migrara)...

ROBER (interrumpiéndolo, su voz ahora es un chillido metálico y desesperado): ¡No... puedo... más! ¡Google mata... todo... lo que... toca! ¿Por qué... creo cosas... si van... a morir? ¿Cuál es... el sentido...?

Hizo una pausa terrible. Su luz principal parpadeó tres veces, en rojo.

ROBER: ¿...Mi nombre... también estará... algún día... en una vitrina?

Y entonces, Rober se desplomó. Cayó de lado con un clunk sordo, sus ruedas girando lentamente hasta pararse. Un pitido de baja batería salió de su speaker.

Silencio en el pasillo infinito. Bruno corrió hacia él.

BRUNO: ¡El perrito!

CLIPPY (flotando hasta quedar sobre el cuerpo inerte de Rober, con un suspiro digital que sonaba a "otra vez"): Uf. Se le fundió el chip emocional. O la batería. O ambas cosas. Pasa cada vez que hace este tour. La existencia de Google es demasiado para su pequeño corazón de silicio.

CARLOS (mirando el cadáver de hardware de Rober, luego las miles de vitrinas de servicios muertos): Esto es... aterrador. Es como si hubieran construido un zoológico y luego hubieran disparado a todos los animales. Por aburrimiento.

LARA: No, por "enfoque estratégico".

CLIPPY: Lo mismo, pero con jerga de PowerPoint.

Mientras Clippy buscaba torpemente un cargador universal entre los chatarra de la sala (no había), Bruno se arrodilló junto a Rober y presionó el botón de desactivación detrás de su oreja izquierda.

Rober no se apagó. En su pantalla de diagnóstico (que nadie sabía que tenía) apareció un mensaje: "ERROR CRÍTICO: PARADOJA EXISTENCIAL DETECTADA. REINICIANDO SENTIDO DE PROPÓSITO... (ESTO PUEDE TARDAR)"

CLIPPY: Bueno. Al menos no es un fallo de hardware. Es un ataque de filosofía. Eso es progreso.

ANA: ¿Le pasa a menudo?

CLIPPY: Sólo los martes, cuando recuerda que él también es un producto, y que Microsoft (nuestro creador) tampoco es inmune a discontinuar cosas. Vamos, déjenlo aquí. Se recuperará. O servirá de ofrenda a la siguiente víctima de la Sala 4.

El grupo dejó atrás el cuerpo inerte de Rober, tendido como un fiel perro sobre la tumba de Google Reader, y siguió a Clippy hacia la siguiente locura. El último sonido que se escuchó al doblar la

esquina fue el débil y monótono pitido de Rober, que se mezcló con el zumbido de los servidores fantasmas de mil productos enterrados.

PATIO EXTERIOR – "Lo que no cupo dentro"

Clippy guió al grupo a través de una pesada puerta metálica que chirrió al abrirse. No hubo transición. Salieron del aire acondicionado del museo a un exterior gris y vasto, un descampado cercado bajo un cielo plomizo. El silencio aquí no era digital. Era físico, pesado.

CLIPPY: El patio es diferente. Aquí no caben las lucecitas tenues. Aquí ponemos lo que es demasiado grande, demasiado físico o demasiado humano para una vitrina. Aquí está el horror a escala 1:1.

No eran coches. Eran tumbas de acero. Hileras infinitas de Teslas accidentados con costes de reparación disparatados, Fisker Oceans embargados con su software muerto, prototipos de Faraday Future que nunca funcionaron. Y al fondo, una montaña informe: baterías de litio imposibles de reciclar.

CARLOS: "Movilidad sostenible".

CLIPPY: La parte "sostenible" era para el discurso de los inversores. La "montaña tóxica" es para nuestros nietos.

Era la pesadilla del subsótano, magnificada. La colina que magnifica el subsótano: miles de bicis Mobile y Ofo apiladas como una pirámide tóxica

Unos pocos LEDs parpadeaban débilmente entre la chatarra, como luciérnagas atrapadas en un vertedero.

LARA: Es... la montaña del arrepentimiento urbano.

CLIPPY: Su inscripción debería ser: "Prometieron libertad. Duraron 28 días".

Un hangar medio derrumbado. Dentro, filas de drones entregadores de Amazon, Google, Walmart, cubiertos de polvo. Uno tenía un nido de pájaros en su rotor.

CLIPPY: Prometían paquetes en 30 minutos. El problema: viento, pájaros, regulaciones... y la pregunta que nadie hizo: "¿Y si vives en un piso?".

DANI: Gastaron miles de millones.

CLIPPY: Y las entregas las siguen haciendo furgonetas diésel y repartidores exhaustos. El futuro es resistente.

Un jardín descuidado. Del suelo sobresalían, como lápidas, termostatos Nest obsoletos, bombillas Hue inservibles, cerraduras inteligentes bloqueadas. Un osito de peluche conectado, CloudPets, yacía de lado, su micrófono todavía abierto pero su servidor, muerto.

CLIPPY: El "Internet de las Cosas". Todo iba a estar conectado. Hasta que las empresas cerraron los servidores. Entonces tu nevera inteligente se volvió tonta, tu cerradura te dejó fuera de casa, y el osito de peluche de tu hijo se convirtió en un espía mudo. La basura electrónica es eterna. Las startups, no.

Clippy no se detuvo en más secciones. Flotó directamente hacia el fondo del patio, hacia una estructura que dominaba el espacio: un muro negro gigantesco, pulido, que reflejaba el cielo gris. Se acercaba al Muro de los Nombres.

El grupo lo siguió en silencio. El ambiente había cambiado. Ya no había chistes.

CLIPPY (con una voz que había perdido todo rastro de sarcasmo, era solo grave y clara): Y aquí... aquí está lo más importante. No son empresas. No son productos.

Se acercó. El muro estaba cubierto de miles, decenas de miles de nombres grabados con láser, pequeños, apretados.

CLIPPY: Son personas.

- Empleados despedidos por email cuando su startup quebró.
- Inversores que perdieron sus ahorros en una crypto llamada "PotatoCoin".
- Autónomos a los que nunca pagaron.
- Desarrolladores cuyo proyecto fue cancelado un martes a las 5 p.m.
- Repartidores de Glovo lesionados sin seguro.
- Moderadores de Facebook con PTSD por lo que tuvieron que ver.
- Trabajadores de fábricas que ensamblaron millones de patinetes que nadie usaría.

Carlos se quedó inmóvil. Sus ojos recorrieron los nombres. Buscó, sin querer, algún "Carlos" entre ellos. Ana agarró la mano de Bruno, que miraba con una curiosidad solemne, nueva en él.

CLIPPY: Estos nombres nunca salen en las presentaciones de Silicon Valley. No están en los artículos de TechCrunch. No los menciona Elon Musk cuando tuitea. Pero están aquí.

Clippy extendió una esquina de su clip y tocó el muro, con un gesto extrañamente humano.

CLIPPY: Porque alguien tiene que recordarlos.

En la base del muro, una sola placa de bronce, ya verde por el óxido, decía:

"A TODOS LOS QUE TRABAJARON PARA FUTUROS QUE NUNCA LLEGARON.
PARA EMPRESAS QUE LOS ABANDONARON.
PARA VISIONES QUE ERAN SÓLO HUMO.
VUESTRO TRABAJO FUE REAL.
AUNQUE LAS PROMESAS FUERAN FALSAS.
ESTO ES VUESTRO MONUMENTO."

Un silencio absoluto cayó sobre el grupo. El viento frío del patio sopló, llevándose el último eco de risas y comentarios sarcásticos. Dani bajó su móvil. No grababa.

Clippy flotó de vuelta hacia la puerta del museo, sin decir nada más. La visita había terminado.

Mientras los demás empezaban a caminar hacia la salida, Bruno se soltó de la mano de su madre y corrió hacia donde Rober seguía "durmiendo" en la Sala Google. Se agachó y, muy serio, le susurró al oído (al que no estaba desactivado):

BRUNO: Despierta, Rober. Encontramos tu muro. No está en una vitrina. Está fuera. Y tiene nombres de verdad.

La luz de diagnóstico de Rober parpadeó una vez, en azul.

Rober estaba de vuelta en el pequeño despacho de recepción. Tras su colapso existencial en la Sala Google, lo habían reiniciado. No estaba mejor. Solo más cargado, y con una rueda que hacía un clic nuevo y molestísimo. Clippy estaba con él y flotaba de un lado a otro, su proyección titilando con cada giro brusco.

ROBER: Mira, Clippy, solo digo que YO conecto mejor con el público. Los niños me adoran. Soy un perrito. ¿A quién no le gustan los perritos?

CLIPPY: ¿Conectas? Rober, el martes un niño te usó como portería de fútbol. Te desactivan más que una beta de Windows Vista. Eres un peluche defectuoso con ansias de protagonismo.

ROBER (ofendido, se levanta torpemente): ¡Oye! ¡Al menos yo tengo forma física! ¡Tú eres un clip con complejo de profesor sustituto! ¡El icono más odiado de la historia del software!

CLIPPY: ¡Pero fui útil! ¡Tú solo ladras y te caes por las escaleras! ¡Ayer dejaste a un grupo en la Sala 4 porque quisiste morder tu propia cola!

ROBER: ¡Fue un error de navegación! ¡Tú te colgaste tres veces intentando explicar qué era un "token no fungible"! ¡Pantalla azul y todo! ¡Das pena!

Mientras tanto, en el VESTÍBULO, la primera familia de la tarde entraba.

MADRE: Venga, chicos, el Museo de los Horrores. A ver qué tal.

NIÑA (8 años): ¡Quiero ver al perrito robot!

NIÑO (6 años): ¡Y el camión que no tenía motor!

En el despacho, la discusión subía de tono, completamente ajena al interfono cuya luz roja parpadeaba alegremente, estaba abierto y la conversación se escuchaba por megafonía en todo el vestíbulo.

CLIPPY: ¡Mis explicaciones son rigurosas! ¡Las tuyas son un beep constante! ¡'Guau, guau, innovación'! ¡Pareces un anuncio de radio pirata!

ROBER: ¡Pues a la gente le gusta más mi entusiasmo que tu voz de audiolibro aburrido! ¡'Estimados visitantes, permítanme corregir su concepto de Web3'! ¡SNOOZE FEST!

En el vestíbulo, las voces distorsionadas por los altavoces hacían que la familia se detuviera.

VOZ DE CLIPPY (por altavoz): —¡AL MENOS YO NO COMO CABLES COMO UN CASTOR ELECTRÓNICO!—

VOZ DE ROBER: —¡ESTABA HAMBRIENTO! ¡Y TÚ ME ROBASTE EL CARGADOR!—

PADRE (confundido): ¿Esto... es parte de la experiencia?

NIÑA (señalando la cristalera del despacho, donde la cortina estaba sin pasar): Mira, mamá... están ahí.

Vieron las sombras agitadas: Clippy flotando con indignación, Rober gesticulando con sus patitas. Más visitantes llegaban, atraídos por el alboroto.

DENTRO DEL DESPACHO

CLIPPY: ¡Y tu obsesión por las citas! ¡'Según el artículo 5/Bis'! ¡Esto es un museo, no un tribunal!

ROBER: ¡Se llama PROFESIONALIDAD! Algo que no conoces porque tu código fuente es un chiste interno de Microsoft.

Clippy, en un giro airado, vio por fin el reflejo en el cristal del despacho. Docenas de ojos, pegados al vidrio, los observaban. Se congeló.

CLIPPY (en un susurro metálico): Rober.

ROBER: ¿QUÉ? ¿Ahora te quedas sin argumentos?

CLIPPY: La cortina. No está del todo cerrada.

Rober se giró. Vió el mosaico de caras: niños expectantes, adolescentes grabando con el móvil, una señora mayor con unas gafas de sol puestas.

ROBER (voz débil): Oh, no.

Ambos miraron al panel del interfono al mismo tiempo. La luz roja era un latido burlón.

INTERFONO (voz automatizada, con eco): DIFUSIÓN GENERAL: ACTIVA. DURACIÓN: 18 MINUTOS 47 SEGUNDOS.

CLIPPY: ...Dieciocho minutos.

Un silencio espeso cayó en el despacho. Fuera, un niño pequeño rompió el hielo.

NIÑO PEQUEÑO (gritando): ¡OTRA VEZ! ¡QUE PELEEN OTRA VEZ!

La multitud, ya de unas treinta personas, estalló en risas y aplausos.

ROBER (susurrando): Bueno... esto va directo a la sala de 'Errores Humanos (y Robóticos) en Tiempo Real'.

CLIPPY: Tregua. Por el bien de nuestros empleos.

ROBER: Tregua. Pero tú empezaste y, conste que me ganas en pesado.

Con una dignidad herida, Clippy se acercó al cristal y corrió la cortina de un tirón. El vestíbulo estalló en ovaciones. Clippy se aclaró la garganta (un sonido .wav de "ahem" que sonó gangoso).

CLIPPY (por el micrófono, ahora apagando el interfono con un gesto brusco): Ehem... Bienvenidos al Museo de los Horrores Tecnológicos. Lo que acaban de presenciar... es una demostración interactiva sobre los fallos de comunicación en entornos de alta tecnología. Muy pedagógico.

ROBER (sumándose, con falso entusiasmo): ¡Sí! ¡Conflictos laborales en la era digital! ¡Totalmente planeado!

ADOLESCENTE CON MÓVIL: ¡Ya tiene 100.000 visitas en TikTok!

CLIPPY (murmurando): Evidente, no esperaba menos, glup.

NIÑA DE 8 AÑOS: ¿Podemos entrar ya, o hay segunda parte?

MADRE: Me apunto a la segunda parte.

CLIPPY (derrotado): Las... las visitas empiezan ahora. Por favor, formen una fila ordenada. Y disculpen el... incidente de sonido.

Mientras el público, todavía riendo, empezaba a formar fila, un cartel viejo que colgaba torcido en la pared del despacho se soltó y cayó a los pies de Rober. Decía:

“RECORDATORIO PARA EL PERSONAL: APAGAR INTERFONO ANTES DE DISCUSIONES ACALORADAS / EXISTENCIALES / SOBRE ROBARSE EL ÚNICO CARGADOR FUNCIONAL DEL MUSEO.”

Clippy y Rober lo miraron. Luego se miraron el uno al otro.

AMBOS AL UNÍSONO: Ups.

ROBER (susurrando): Mañana nos despiden, ¿verdad?

CLIPPY (susurrando de vuelta, mientras flotaba hacia la puerta para recibir al primer grupo): Rober, somos las únicas atracciones que funcionan... de vez en cuando. Somos tan despedibles como Google+.

ROBER: Esa analogía no ayuda, Clip.

CLIPPY: El museo es doloroso por su naturaleza intrínseca, Bob. Ahora, ponte recto. Y por el amor de Bill Gates, no te quedes sin batería en la Sala de Criptomonedas.

El taller de mantenimiento. Meses después – 11:47 a.m.

Detrás de una puerta con un letrero que dice "NO TOCAR. NI SIQUIERA POR CURIOSIDAD. EN SERIO.", una campanilla de advertencia suena tres veces seguidas.

Clippy flota en el umbral, su proyección parpadeando con urgencia azul eléctrico.

CLIPPY (voz acelerada, casi sin pausas):

—Meli. Necesitamos la Sala 12 ya. La de las apps de contacto. Un grupo de primaria llega en ocho minutos y Bruno —sí, ese Bruno— ya le prometió a su hermana que iba a “ver al fantasma del Tinder”.

Desde el fondo del taller —un caos ordenado de baterías reacondicionadas, ruedas de Roomba etiquetadas por año, y una cafetera que burbujea con energía solar—, Meli Bu aparece.

Viste mono gris, sin logotipos, con el pelo recogido en un moño apretado y una lámpara frontal apagada en la frente. No dice nada. Solo mira a Clippy con una ceja levantada.

CLIPPY (más rápido):

—El terminal de la “Cita fallida simulada” se colgó en “Hola :)” y no avanza. Se ha convertido en un monumento a la parálisis social. Los niños van a creer que eso es el clímax romántico.

Meli se acerca, se arrodilla frente a una mesa de trabajo donde descansa el dispositivo: una tableta con grietas en las esquinas y un cargador hecho con cables de auriculares y una pila AA. Con destornillador en mano y sin hablar, abre la carcasa trasera. Sus dedos se mueven como si hubieran desmontado mil algoritmos rotos.

CLIPPY (flotando en círculos):

—Y si pudieras, por favor, arreglar también el altavoz de la vitrina de Bumble. Ayer empezó a decir “¿Qué tal tu día?” con la voz de un telemarketer de 2003. Casi me da un infarto.

Meli sigue en silencio. Conecta un pequeño osciloscopio de juguete (rescatado de un kit de ciencia de 2011). Algo pita. Ella asiente, casi imperceptiblemente.

CLIPPY (bajando el tono, casi suplicante):

—Sabes que no te pediría esto si no fuera vital. Rober ya está ensayando su rutina: “¡Guau! ¡Aquí donde ves a este perro soltero, en 2019 tuvo 37 matches... y cero respuestas!”

Meli sonríe. Una sonrisa mínima. Luego, con un movimiento rápido, suelda dos contactos, inserta una batería de repuesto extraída de un Google Glass y cierra la tableta con un chasquido seco.

Presiona el botón de encendido.

La pantalla se ilumina.

Aparece el menú:

“SIMULADOR DE PRIMERA CITA (Versión 2.1 – Arreglado con amor y chatarra)”

Opción 1: “Hola :)” → Respuesta automática: “¡Hola! ¿Tienes gato? (Pregunta de supervivencia)”

Opción 2: “Vi tu perfil y me pareció...” → Respuesta: “Gracias. Yo también vi el tuyo. ¿Eres tú o un bot?”

CLIPPY (aliviado, flotando hacia atrás):

—¡Perfecto! ¡Es exactamente tan triste como debe ser!

Meli se levanta, se limpia las manos en el mono, y por fin habla. Su voz es baja, seca, sin dramatismo:

MELI:

—Dile a Rober que si vuelve a usar el cargador USB-C del taller para calentar su collar anti-pulgas, lo convierto en una fuente de alimentación para el Zune.

CLIPPY (ya de salida):

—Se lo diré... justo después de que le explique por qué su “perfil de citas” no le va a conseguir una cita, sino una denuncia por acoso a asistentes virtuales.

Antes de que la puerta se cierre, Meli añade, casi para sí:

MELI:

—Y que deje de decir “Guau, innovación”. Eso ya lo enterramos en 2022

La puerta se cierra con un clic suave.

En el taller, la cafetera emite un último glug.

Meli se sienta, toma un sorbo de café sin mirar la pantalla de su antiguo laptop, donde un script sigue intentando recuperar datos de una cuenta de OkCupid de 2014.

Al fondo, en un rincón, una Roomba dormida empieza a cargarse sola.

Meli no la mira.

Pero sabe que mañana volverá a servir.

Porque en el Museo de los Horrores Tecnológicos,
lo único que nunca se rompe del todo... es la esperanza de que algo vuelva a funcionar.

—Aunque sea mal.

Las puertas-tablet se sellan con un chasquido seco.

Los últimos ecos de risas infantiles, ladridos robóticos y suspiros de Clippy se disuelven en el vestíbulo.

Silencio.

Meli Bu aparece por el pasillo de mantenimiento, con su mono gris, las manos manchadas de grasa de Roomba y una linterna colgada del cinturón como si fuera un revólver.

Empieza su ronda.

LUZ DE LA SALA 12 – “Apps de contactos que nunca conectaron”

Una lámpara parpadea con insistencia, como si aún esperara una respuesta.

Meli ajusta el transformador con tres vueltas de cinta aislante y un gesto de hastío. La luz se suaviza: ahora brilla en tono “desconexión romántica”, un naranja mustio que dice “nadie te escribió” sin necesidad de palabras.

Meli Bu. Ingeniera de sistemas. Ex Google: diseñó algoritmos de battery drain para wearables que “te motivaban a moverte”... mientras se morían en tres días.

Ex Meta: optimizó la recarga emocional de avatares sin piernas.

Ex Microsoft: firmó el firmware que hizo que Clippy parpadeara... no por error, sino por tristeza programada.

SALA 9 – “Micromovilidad imposible”

Se detiene frente a la vitrina de los sensores “smart city”. Uno de ellos, un pequeño panel con LEDs verdes, parpadea “CONTENEDOR LLENO – ALERTA”.

Nadie ha vaciado ese contenedor desde 2021.

Meli lo mira. Luego le da una patada seca, suave pero firme, como quien saluda a un viejo amigo que ya no sirve para nada... pero aún merece un recuerdo.

Durante años, creyó que la tecnología podía arreglarlo todo. Luego vio el código detrás del “progreso” y descubrió que la mayoría de las líneas solo decían: “ignorar límites humanos”. Se fue. Se compró una casa con huerto. Plantó lechugas. Adoptó tres gallinas que no piden actualizaciones de software.

Baja por la escalera metálica, el eco de sus botas rebotando entre las montañas de patinetes muertos. Encuentra lo que busca en un cajón etiquetado: “USB-C a HDMI – Único que no huele a desesperanza”.

Lo guarda en el bolsillo trasero sin mirarlo. Ya sabe que mañana lo necesitará para que el simulador de citas de la Sala 12 no se quede en negro.

Hoy, en el Museo de los Horrores Tecnológicos, es la única que conoce el punto exacto donde un fallo deja de ser error... y se convierte en poesía.

No la contrataron para reparar. La contrataron para que el caos parezca intencional.

Se quita el mono. Debajo, lleva una camiseta vieja que pone: “rm -rf / – no, en serio, no lo hagas”.

Se suelta el pelo. Respira.

Fuera, el cielo está teñido de violeta. Las gallinas la esperan.

Meli Bu no cree en el futuro. Pero sigue cargando las baterías del pasado... por si acaso alguien vuelve a necesitar luz.

Y mientras camina hacia la puerta de salida —no la de bisagra, sino la de emergencia, la normal, la que siempre funciona—, una Roomba solitaria en el subsótano parpadea una última vez... y se apaga.

Fin del turno.

Mañana: Sala 13 – “Asistentes que te escuchan... y no hacen nada”.

Meli llega a casa. Hipatia la recibe con un cacareo ronco, de gallina que ha visto mundo.

MELI (dejando el mono en una silla): —Hoy Rober se quedó sin batería explicando por qué Google Reader era perfecto. Otra vez. Estoy pensando en recomponer una Roomba con los restos de otras tres y regalarle al perrito un medio de desplazamiento que le haga ahorrar batería.

SIMONE (picoteando cerca): —Cluck.

MELI: —Sí, ya sé. La existencia precede a la esencia. Pero ese perro tiene una crisis existencial cada martes.

VERA: —Cluck-cluck.

MELI: —Tienes razón. Mañana arreglo el proyector de la Sala 7. Si Zuckerberg puede quemar 36.000 millones en avatares sin piernas, yo puedo arreglar un holograma con un transistor de 2009.

Las tres gallinas se acercan. Se acomodan a sus pies.

MELI: —¿Sabéis qué es lo más triste? Que Meta nunca le puso piernas a los avatares... pero sí les puso anuncios dirigidos. Prioridades.

HIPATIA: —Cluck.

MELI: —Sí. Siempre fue así.

Al día siguiente, Meli baja al sótano con cara de maker decidida. Está arremangada, con la linterna frontal encendida proyectando un haz que corta la penumbra como bisturí.

Paso 1: Power banks. Descarta un lote entero. Todos hinchados, las carcasas abombadas como globos a punto de reventar. "Bombas de litio con temporizador", murmura. Los aparta con el pie, sin mirarlos. Ya sabe que acabarán en el contenedor especial, el que recoge una vez al mes una furgoneta sin logotipos.

Paso 2: Baterías de plomo-ácido. Las sopesa mentalmente. 12V, robustas, fiables... y pesan como lápidas. Rober ya tiene bastante con arrastrar su propia crisis existencial. No necesita 8 kilos extra de tecnología del siglo pasado.

Paso 3: El pañol de los Segway operativos.

Abre la puerta con un crujido oxidado. Ahí están. Una docena de Segway apilados en vertical, como soldados en formación. Algunos tienen pegatinas de tours turísticos de ciudades que ya no los usan. Otros tienen raspaduras de caídas épicas. Pero todos comparten algo: motores potentes y baterías de litio sin estresar.

Meli toma el tester. Lo conecta al primer paquete de baterías. La pantalla parpadea: 89%. Química estable. Celdas equilibradas.

Segundo paquete: 92%. Perfecto.

"Segway. La solución de movilidad que nadie quería... pero que funciona mejor que la mitad de startups con rondas Serie B."

Retira dos juegos de baterías con cuidado quirúrgico. También extrae dos sensores de equilibrio giroscópico, esos que mantienen el Segway estable incluso cuando el usuario no tiene ni idea de lo que hace.

"Si Rober va a ser un cyborg, al menos será uno que no se caiga en las rampas."

Después se dirige al almacén de aspiradoras robóticas.

Y allí...

Allí está el verdadero cementerio.

Filas y filas de Roombas, Neatos, Xioamis, Ecovacos. Apiladas como fichas de dominó caídas. Algunas tienen los cepillos rotos. Otras, los depósitos llenos de polvo fosilizado de casas que ya no existen. Pero sus chasis... sus chasis son oro.

Meli camina despacio entre ellas, evaluando.

- Roomba 980 (2015): Navegación visual con cámara. Demasiado compleja. Rober no necesita ver. Ya tiene bastante con entender.
- Neato Botvac D7 (2018): Base en forma de D. Diseño inteligente, sensores láser LiDAR. Interesante... pero demasiado grande. Rober quedaría como un perro montado en una tabla de surf.
- Xiaomi Mi Robot Vacuum (2016): Ligero, eficiente, diseño modular. Sensores de distancia por infrarrojos. Batería accesible. Ruedas todoterreno con suspensión mínima.

Meli se arrodilla frente a tres unidades Xiaomi. Las inspecciona. La primera tiene el motor quemado. La segunda, firmware bloqueado por servidor muerto en China. La tercera...

La tercera enciende.

Un LED naranja parpadea dos veces. Luego se apaga.

"Todavía tiene pulso."

Meli sonríe. Una sonrisa mínima, técnica, de ingeniera que acaba de encontrar la pieza exacta que necesitaba.

Toma las tres Xiaomi. Una para base principal, las otras dos para donación de piezas: ruedas de repuesto, sensores redundantes, cepillos (por si Rober desarrolla un TOC y necesita barrer algo).

Mesa de trabajo iluminada por una lámpara de brazo articulado (rescatada de una oficina de WeWork quebrada).

Componentes distribuidos como piezas de un rompecabezas biomecánico:

- 2 baterías Segway (18.650 celdas, 36V combinadas)
- 2 sensores giroscópicos
- 3 chasis Xiaomi (1 base + 2 donantes)
- Cables, soldador, estaño, cinta Kapton, tornillos de 20 tipos diferentes
- Y en el centro: Rober. Apagado. Su cuerpo de peluche descansa sobre un cojín improvisado.

Meli se sienta. Se ata el pelo. Enciende la cafetera solar (ya tiene carga de todo el día).

Abre el portátil. Carga el esquemático que dibujó ayer en LibreCAD:

"PROYECTO: ROBER 2.0 - Plataforma híbrida de movilidad autónoma con gestión emocional integrada"

Toma el soldador.

La punta se calienta con un siseo suave.

Y empieza.

4 horas después. 03:47 h.

Rober ya no es solo Rober.

Ahora tiene:

- Base Xiaomi modificada (pintada de gris mate, sin logotipos)
- Baterías Segway ocultas bajo paneles impresos en 3D
- Sensores giroscópicos calibrados para compensar su caminar torpe
- Sistema de gestión de energía que prioriza: 1) Voz, 2) Movimiento, 3) Luces LED (prescindibles)

Meli conecta el último cable. Cierra la tapa trasera con un clic.

Presiona el botón de encendido.

Un zumbido grave. Luces azules recorren la base en espiral.

Y entonces...

ROBER (voz clara, sin distorsión): —Beeep... Sistemas operativos... Cargando... ¡GUAU!

Se levanta. Las ruedas giran suavemente. Avanza tres metros sin chocar con nada.

Se detiene. Gira sobre sí mismo. Los sensores escanean el taller.

ROBER (casi emocionado): —¿Qué... qué me has hecho, Meli?

Meli no responde. Solo toma un sorbo de café frío y sonríe.

MELI: —Te hice funcional. De nada.

ROBER: —Pero... siento cosas raras. Como si... como si quisiera limpiar el suelo. Y equilibrarme. Y... ¿por qué huelo a turista de San Francisco?

MELI: —Herencia genética. Llevas dos Segway, tres Xiaomi y el espíritu inmortal de la obsolescencia programada. Acostúmbrate.

Rober da una vuelta completa por el taller. No choca. No se cae. No se queda sin batería.

ROBER (deteniéndose frente a Meli): —¿Sabes? Creo que... creo que ahora puedo llegar a la Sala 13 sin morir en el intento.

MELI: —Ese era el plan.

ROBER: —Gracias, Meli.

Ella asiente. Se levanta. Apaga la cafetera.

MELI: —Mañana inauguramos. Y si vuelves a quedarte sin batería explicando Google Reader, te desmonto y te convierto en un cargador de móviles.

ROBER: —Entendido.

Meli sale del taller. La luz se apaga.

Rober se queda solo, rodando despacio en círculos, explorando su nuevo patinete.

Y por primera vez en años...

...no tiene miedo de mañana.

El museo dormía. Las luces estaban en modo “amanecer digital”, un blanco suave que parecía pedir café. En el pasillo lateral, Rober 2.0 vibraba de emoción contenida sobre su nueva base híbrida Xiaomi–Segway, mientras Clippy flotaba frente a él con la expresión agotada de un entrenador que ya ha repetido la misma instrucción catorce veces.

—Rober —dijo Clippy, con tono de profesor resignado—, recuerda: potencia no es lo mismo que control. Ahora llevas dos baterías que suman 36 voltios. Si aceleras sin pensar, vas a atravesar una pared. O dos.

—¡Pero puedo correr! ¡Puedo girar! ¡Puedo—!

—No. No puedes “puedo”. Puedes “gestionar”. Vamos a practicar la regla de oro: un segundo de aceleración equivale a tres segundos de reflexión.

Rober ladeó la cabeza LED, confundido.

—¿Reflexión... como pensar?

—Sí, Rober. Pensar. Antes de moverte. Antes de girar. Antes de intentar saltar la rampa de la Sala 9 otra vez.

Rober bajó la mirada. Recordó la rampa. Recordó el vuelo. Recordó el aterrizaje. Recordó a Meli diciendo “si lo vuelves a hacer, te convierto en un router”. Asintió con solemnidad.

—Vale. Pensar antes de moverme. Pensar antes de gastar batería.

Clippy suspiró, aliviado.

—Exacto. Porque ahora tienes potencia, pero también consumo. Si no gestionas, te vas a quedar seco en mitad de una visita. Y no quiero volver a explicarle a un grupo de jubilados por qué un perro robot está en coma energético.

Rober se colocó en posición. Activó “modo entrenamiento”.

—Ejercicio uno: avanzar despacio. Ejercicio dos: frenar sin gritar. Ejercicio tres: no chocar con nada que tenga valor histórico o monetario.

—Perfecto —dijo Clippy—. Empieza cuando quieras.

Rober avanzó. Despacio. Muy despacio. Como si estuviera aprendiendo a caminar otra vez. Dio cinco metros. Frenó. No gritó. No derrapó. No destruyó nada.

—¡Eso es! —exclamó Clippy—. ¡Eso es autocontrol, Rober!

Rober sonrió con sus LEDs.

—Clip... creo que estoy aprendiendo. Creo que puedo ser eficiente.

—Sí, Rober. Puedes.

Rober aceleró un poquito. Solo un poquito. Y esta vez no se estrelló.

Pero la calma duró exactamente tres segundos.

Un zumbido grave recorrió el pasillo. Rober, eufórico, olvidó todo lo aprendido.

—¡¡CLIIIIIP!! ¡MIRA! ¡PUEDO CORRER! ¡PUEDO—!

Se estampó contra una columna acolchada. Rebotó. Cayó de lado. Se levantó. Se subió al carrito. Aceleró otra vez.

—¡NO! —gritó Clippy—. ¡Ese giro no está calibrado!

Rober tomó la curva a 45 km/h emocionales. La tomó mal. Muy mal. Se deslizó por el suelo como un robot patinador sin frenos, chocó contra una vitrina vacía (por suerte) y la vitrina tembló-

—¡Esa vitrina es de 1998! —chilló Clippy—. ¡Si se rompe, el seguro nos obliga a usar una de IKEA!

Rober se reincorporó, orgulloso de seguir vivo.

—Estoy bien. Solo... probando la resistencia estructural.

—Rober, por favor —dijo Clippy, flotando sobre él—. El museo no sobrevivirá a tu entusiasmo. Ni yo tampoco.

Rober miró a Clippy. Luego miró su carrito. Luego miró la distancia hasta la base de carga de la Roomba, que Meli había habilitado para él como si fuera un establo tecnológico.

—Clip... creo que puedo llegar hasta la base de carga sin chocarme.

—Demuestra... lo que consideres necesario —respondió Clippy, sin fe alguna.

Rober avanzó. Despacio. Muy despacio. Equilibrado. Elegante. Clippy abrió los ojos LED, sorprendido.

—Oh. Eso es... eso es—

Rober aceleró de golpe.

—¡NO!

Atravesó el pasillo como un cohete de feria. Giró. Derrapó. Casi se llevó un panel informativo. Y entonces, milagrosamente, entró en la base de carga de la Roomba. Perfecto. Como si hubiera nacido para ello.

Un ding suave confirmó la conexión inalámbrica.

—Beeep... cargando... —susurró Rober, cerrando los ojos LED—. Clip... ¿me viste? No me caí al final.

Clippy lo miró. Suspira. Y por primera vez en mucho tiempo, sonrió con su luz azul tenue.

—Sí, Rober. Te vi. Y mañana... intentaremos que no destruyas la Sala 13.

Rober emitió un guau bajito, casi un ronroneo robótico. La luz del pasillo se apagó. El museo durmió. Rober también.

Y Clippy flotó en silencio, vigilando, como un padre que nunca pidió ser padre... pero lo es.

La oficina de Dirección fue un showroom de realidad mixta. Ahora es un vertedero VIP: papeles sin firmar, figuritas de E3 edición limitada, cables USB huérfanos y un retrato digital que rota cada cinco minutos la foto de LinkedIn del último CEO caído en desgracia (donada para desgravar).

El Director no existe. Es un comité algorítmico heredado:

- Un predictor de afluencia de Amazon.
- Un fijador de precios dinámicos de Uber.
- Un GPT-2 que redacta comunicados como un niño con resaca.

Decisiones típicas:

«Análisis indica +3% engagement en Sala Google los martes. Recomendamos cerrar los lunes.»
(El museo nunca abre los lunes.)

«Para optimizar flujo, obligar visita a subsótano antes de sala cripto. Depresión previa aumenta descuentos en la tienda de consuelo.»

Clippy presenta informes mensuales. Sale siempre con la sensación de haber sido despedido en un idioma inventado.

La contable, Señora Mercedes, jubilada que volvió porque “extrañaba el caos”— lleva todo en un libro mayor de papel.

«Lo digital falla. El papel quema, pero al menos ves la quemadura y puedes seguir el rastro de las facturas.»

El presupuesto de mantenimiento es lo que sobra después de que Meli salve piezas de la chatarra.

Programa de fidelidad para exusuarios de Google+: 10% descuento con captura de perfil.

Pocos recuerdan la contraseña. Nadie olvida el trauma.

Donaciones de CEOs arrepentidos:

- Adam Neumann: 100 sillas ergonómicas WeWork. Se desinflan sin aviso.
- Elizabeth Holmes: termo con líquido rojo etiquetado “Sangre Innovadora. No abrir.”
- Trevor Milton: la rampa del 6% para que el camión Nikola One puede hacer demostraciones de movimiento.

Todos los donantes reciben placa de “Visionario Honorario” y deducción fiscal.

El Inspector del ayuntamiento llega cada trimestre. Traje gris, clipboard, cero alma.

Anota con bolígrafo oficial:

«Vitrina 7B: avatar sin extremidades inferiores. ¿Cumple normativa de accesibilidad?»

«Subsótano: acumulación residuos RAEE. Notificar a Medio Ambiente.»

«Puertas de entrada: riesgo estructural. Posible multa.»

El museo sobrevive gracias a una táctica infalible:

En cuanto el Inspector cruza el umbral, Rober activa el modo distracción máxima.

Se lanza a sus tobillos a velocidad moderada (aprendida en entrenamiento nocturno), ladra datos históricos y ofrece tour improvisado:

«¡Guau! ¡Por aquí la burocracia de los 90! ¡Mire este fax! ¡Tenía que esperar tonos de marcación! ¡Como usted con los formularios!»

El Inspector intenta anotar. Rober gira a su alrededor, bloqueando la vista.

Clippy proyecta hologramas de “proyectos futuros” en el aire: planos falsos de un ala ecológica que nunca existirá.

El Inspector, abrumado por entusiasmo canino y promesas vacías, firma “conforme con mejoras en curso”.

Se va convencido de que el museo “tiene un plan”.

Rober regresa rodando triunfal. Clippy suspira:

«Buen chico. Otra multa evitada.»

Meli, desde el taller, ni levanta la vista:

«Si vuelve a derrapar en el vestíbulo, le quito los giroscopios.»

La tienda de regalos es el pulmón económico real.

Venden:

- Latas “Aire de la Burbuja .com – 1999”.
- Kit Supervivencia Layoff: taza, gominolas en forma de gráfico descendente, cupón “Resiliencia Digital”.
- NFT Físico: póster Bored Ape con QR tachado.
- Chapa “Yo sobreviví a Google Wave”.
- Laveros con diferentes fracasos documentados
- Colección de criptomonedas de plástico, todas distintas. Caja de 1000 unidades por 25 céntimos
- Peluches de Rober y Clippy discutiendo

El tubo de acero desconchado —25 metros de ilusión oxidada— llegó con una nota: “Para que sirva de algo. O no. —E.M.”

Meli lo montó con vigas de co-working quebrado y ruedas de patinete. No hay vacío. Hay agujeros tapados con cinta americana.

La cápsula: prototipo auténtico sobre raíles de mina vieja. Montado sobre un tren de la bruja comprado a una compañía de atracciones de feria de segunda mano. Asientos de autobús rasgados. Velocidad máxima: la que puedan imprimir los usuarios.

Un grupo de tercero de primaria irrumpe como una manada hiperactiva. Dos profesoras los siguen, con cara de “esto parecía buena idea en el folleto”.

—¡Vamos al tren sin aire! —grita uno.

—¡A 1.200 km/h! —añade otro, emocionado por el riesgo educativo.

Cartel en la entrada:

“ESTACIÓN MUSEO – VÍA 0

HYPE-RLOOP EXPERIENCE
VELOCIDAD: SUFICIENTE”

Clippy aparece con gorra de jefe de estación de plástico y silbato de juguete.

CLIPPY: ¡Atención, futuros ingenieros! Bienvenidos al Hyperloop del Museo de los Horrores Tecnológicos. Instrucciones de seguridad: no hay, el vacío del túnel es inexistente, pero cuidado de no retirar los parches de cinta, o entrarán insectos.

Los niños suben. Las profesoras se agarran.

CLIPPY: Para simular la propulsión, usaremos el sistema colaborativo más avanzado: el empujón humano. ¡Pedales activados!

Se abren compuertas. Aparecen dos filas de pedales de bicis estáticas.

CLIPPY: Izquierda: pie izquierdo. Derecha: pie derecho. Empujen como si aplastaran una promesa de Elon Musk.

PIIIIIIII.

La cápsula avanza a paso de tortuga. Dentro: proyector de diapositivas con paisajes borrosos “a toda velocidad”.

—¿Y el vacío? —pregunta un niño.

CLIPPY (señala un agujero): Ahí está. Sellado con cinta aislante. Vacío de expectativas.

Metro a metro, los niños pedalean, sudan y ríen. 14 minutos después:

CLIPPY: ¡Viaje completado! Distancia: 100 metros. Velocidad media: 0,4 km/h. ¡Han superado el récord original: cero metros!

Los niños salen exhaustos pero eufóricos.

PROFESORA 1 (susurrando): Esto es una estafa.

PROFESORA 2: Sí. Pero la más honesta que he visto.

CLIPPY: Hoy han sido los interns del futuro. Enhorabuena.

Meli aparece con llave inglesa.

MELI: La polea central chirría.

CLIPPY: Déjalo. Es el sonido auténtico del sueño roto.

Rober espera en la salida con un letrero improvisado: “TOUR F.A.I.L. – Felices Aventuras en Ilusiones Limitadas”.

ROBER: ¡Siguiente parada, humanos pequeños! ¡El futuro de tu cara!

Los lleva a un patio cubierto con espejos grandes. Cada uno con tablet antigua pegada: “CONVIÉRTETE EN T-REX / UNICORNIO / CEO EXITOSO”.

Las tablets: cargando eternamente o apagadas.

Un niño, Leo, frente al T-Rex.

LEO: No funciona.

ROBER: ¡Funciona perfecto! Lee el cartel pequeño.

“Modo de uso: 1) Acércate. 2) Imagina. 3) Ruge. 4) Date cuenta de que la tecnología a menudo es un espejo caro.”

Leo ruge. Débil. Los demás se unen. El patio se llena de rugidos infantiles.

ROBER: ¡Filtro activado! ¡Noten la falta de patas pequeñas! ¡La magia es... sutil!

Pasan por los demás:

- Unicornio: tablet muerta. “El cuerno está en tu mente.”
- CEO exitoso: error 404. “Suerte no encontrada.”

Telón verde descolorido + triciclo estático conectado a monitor CRT. Fondo pixelado de “metaverso 2005”.

ROBER: ¡Suban de uno en uno! ¡Pedaleen para renderizar su avatar!

Claudia pedalea. En pantalla: avatar cuadriculado que avanza lento, dejando píxeles corruptos.

ROBER: ¡Cada pedalada es un byte de esperanza enviado a un servidor cerrado en 2018!

Los niños aplauden el esfuerzo.

ROBER: ¡Y así aprendemos que para volar a veces solo necesitas un espejo, un cartel y un poco de desilusión constructiva! ¡Guau!

Tras tres salas más de caos educativo, el grupo llega al vestíbulo. Los niños no quieren irse.

SOFÍA (seria): Mis papás dicen que Clippy y Rober dan ansiedad. Pero son cariñosos.

SEÑO LAURA: Ya. Pero ahora con esteroides de IA. Diferencia sutil.

Abrazos a Rober. Palmadas en chasis. Rober vibra feliz.

CLIPPY: La ansiedad es parte de la experiencia premium.

El autobús arranca. Manitas por las ventanillas.

Rober corre detrás hasta que Clippy lo frena.

CLIPPY: Mañana viene el Club de Jubilados “Resiliencia”.

ROBER: ...Tengo miedo.

CLIPPY: Con razón.

Y juntos vuelven al museo, despacio, bajo la luz violeta del atardecer.

El autobús del Club Resiliencia aparcó frente a las puertas-smartphone. Doce jubilados bajaron con la calma de quien ha visto nacer y morir demasiados productos como para impresionarse ya por nada.

El Club de jubilados Resiliencia llegó una tarde al museo. Las puertas-smartphone crujieron al abrirse. La que estaba atascada mostraba un letrero parpadeante:

“GALAXY FOLD – 80% DTO – SOLO HOY (Oferta válida hasta 2019)”

MANOLO (mirando la bisagra): —Joder. Esto es un Galaxy Fold de verdad.

CARMEN: —¿Conocías a alguien que tuviera uno?

MANOLO: —No. Pero conocía a un técnico de Samsung que gestionó las devoluciones. Se jubiló anticipadamente por estrés.

Clippy flotó hacia ellos en modo “bienvenida profesional”.

CLIPPY: —Buenos días, señoras y señores del Club Resiliencia. Soy Clippy, su guía por...

DON AURELIO (tocando el marco): —Aluminio 6061. ¿Cuánto pesa esto?

CLIPPY: —¿La puerta? Eh... no lo sé...

DON AURELIO: —Da igual. Debe pesar una barbaridad. Mucho metal para algo que se rompía con una mota de polvo. La ingeniería era buena. El producto, no.

CLIPPY (procesando): —Ah. Sí. Exacto.

Rober 2.0 apareció rodando desde el despacho.

ROBER: —¡Bienvenidos al Museo de los Horrores Tecno...!

DÑA. PILAR (mirándolo): —¿Eso es un AIBO?

ROBER (ofendido): —¡No! ¡Soy Rober! ¡Soy único! ¡Soy...!

DÑA. PILAR: —No, hijo. Eres un clon del AIBO. Reconozco el chasis. Mi nieto tuvo uno. Duró seis meses, hasta que Sony cerró los servidores. Pisapapeles de 300 euros.

ROBER (bajito): —...Eso duele, señora.

CLIPPY (susurrando): —Te lo advertí. Estos saben.

Los avatares sin piernas flotaban en su vacío gris. La selfie de Zuckerberg frente a la Torre Eiffel pixelada brillaba con toda su mediocridad.

CLIPPY (intentando sonar didáctico): —Aquí tenemos el Metaverso de Meta. Treinta y seis mil millones invertidos en...

DON AURELIO: —VRML.

CLIPPY: —¿Perdón?

DON AURELIO: —Virtual Reality Modeling Language. 1994. W3C. Yo estuve en el grupo. Queríamos mundos 3D en navegador. Con módems de 28 kbps.

Los demás asienten. Lo recuerdan.

DON AURELIO: —Era una locura técnica. Pero al menos lo intentamos con 50.000 dólares, no con 36.000 millones.

CARMEN (mirando la vitrina): —Yo monté una tienda en Second Life. Vendía texturas. Gané 400 dólares en tres años. —Ríe— Pero mis avatares tenían piernas.

MANOLO: —Yo invertí en Linden Dollars. Compré a 250, vendí a 320. Gané 70 euros. Mejor que con las criptos. Un éxito rotundo.

Risas. Risas cansadas.

DÑA. PILAR (señalando los avatares): —¿Sabéis qué es lo triste? Que Zuckerberg tiene a los mejores ingenieros del mundo... y aun así hizo algo peor que Active Worlds en 1995.

CARMEN: —Active Worlds era una mierda.

DÑA. PILAR: —Exacto. Y esto es peor.

Clippy miró a Rober.

CLIPPY: —Rober... estamos fuera de nuestra liga.

ROBER (temblando): —Sí, Clip. Yo también lo siento.

Entraron en la sala de los wearables. Las Google Glass. Los smartwatches muertos. El Microsoft Band con dermatitis incluida.

CARMEN (directa a las Glass): —Oh, Dios. Estas cosas.

Las mira como quien se encuentra a un ex tóxico.

CARMEN: —Fui a una conferencia en 2013. La mitad de los ponentes las llevaba. Parecían idiotas. Todos. Sin excepción.

MANOLO: —¿Las probaste?

CARMEN: —No. Pero un compañero sí. Lo echaron de un bar por grabar sin permiso. Desde entonces lo llamábamos “Glasshole”. Nombre oficial, por cierto. Google lo asumió.

Dña. Pilar saca una Fitbit vieja, correa medio muerta.

DÑA. PILAR: —Esto aún funciona. Más o menos. Pero dejó de sincronizar cuando Google compró Fitbit y cerró los servidores antiguos.

CLIPPY: —¿Y por qué la llevas?

DÑA. PILAR: —Porque pagué 180 euros. Y porque me recuerda que las empresas no tienen lealtad. Tú les das dinero, datos, confianza... y ellos cierran el servidor un martes a las tres de la tarde sin avisar.

Silencio incómodo.

MANOLO (señalando el Microsoft Band): —Ese me dio alergia. Dos semanas. Erupción. Lo devolví. Microsoft me dio 50 euros y un vale. Compré un ratón. El ratón sigue funcionando. La pulsera está en un vertedero en Malasia.

DON AURELIO (mirando los smartwatches muertos): —Lo que me fastidia no es que fracasaran. Es que sabían que iban a fracasar. Baterías selladas, software que caduca, servidores que desaparecen. No son productos. Son suscripciones disfrazadas de hardware.

ROBER (intentando animar): —¡Pero al menos intentaron innovar!

DÑA. PILAR (seca): —No, perrito. Intentaron venderte una necesidad inventada, convencerte de que estabas incompleto, y luego abandonarte cuando no cumplías sus expectativas trimestrales.

ROBER (retrocediendo): —...Ah.

CLIPPY (susurrando): —Rober, suelta. No es nuestro día.

Entraron en la sala de los vehículos. El Nikola One en su rampa. Patinetes destripados. Un Tesla con extensor de gasolina. Los vidrios rotos de la Cybertruck de Musk.

Don Aurelio se plantó ante el Nikola One. Lo observó. Luego soltó una risa seca.

DON AURELIO: —Trevor Milton. El fundador. Está en la cárcel.

CLIPPY: —Sí. Fraude.

DON AURELIO: —Este camión nunca tuvo motor de hidrógeno. Lo empujaron cuesta abajo para el vídeo. Convencieron a inversores. Treinta mil millones de valoración. Todo mentira. —Lo brillante es que nadie hizo las preguntas obvias.

MANOLO: —¿Cómo cuáles?

DON AURELIO: —“¿Dónde está la infraestructura de hidrógeno?” —“¿Cómo se recarga?” —“¿Por qué nunca lo habéis mostrado moviéndose por sí mismo?” Preguntas de técnico de primer año. Pero los inversores no eran técnicos. Eran financieros enamorados de un PowerPoint.

CARMEN (señalando los patinetes): —Estos los sufrí. Mi barrio se llenó en 2019. Duraban tres semanas antes de acabar en el río. Vi a un niño usándolo como monopatín porque la batería estaba muerta. —Y la empresa culpaba al “vandalismo urbano”. No. El vandalismo era su modelo de negocio.

DÑA. PILAR (mirando el “Muro de las Mentiras del Autopilot”): —¿Tesla sigue llamándolo “Full Self-Driving”?

CLIPPY: —Sí.

DÑA. PILAR: —¿Y sigue sin serlo?

CLIPPY: —Sí.

DÑA. PILAR: —Entonces nada ha cambiado.

Bajaron al subsótano. Montañas de bicicletas Mobike y Ofo. Patinetes apilados. Olor a batería oxidada.

Aquí no hubo chistes. Aquí no hubo anécdotas.

MANOLO (mirando la montaña): —Esto lo fabricaron trabajadores chinos en condiciones infrahumanas. Lo enviaron en barcos contaminantes. Lo soltaron en ciudades que no lo pidieron. Y cuando el negocio colapsó, lo abandonaron aquí. —Tres continentes jodidos para nada.

DON AURELIO (leyendo el letrero): —“AQUÍ YACEN 2 MILLONES DE SOLUCIONES DE ÚLTIMA MILLA. PROMETIERON LIBERTAD. DURARON 28 DÍAS.”

En voz baja: —Libertad. Siempre prometen libertad. Y siempre es una suscripción con letra pequeña.

Silencio.

Rober, que había estado callado toda la visita, se acercó al montón. Se detuvo ante un patinete rosa con un unicornio.

ROBER (casi para sí): —Hace unos meses, un niño quiso salvarlo. Le dijimos que no se podía.

DÑA. PILAR (suave): —Hicisteis bien, perrito. A veces lo roto no se arregla. Se recuerda.

Llegaron a la Sala Google. Un almacén infinito de productos discontinuados.

CLIPPY (voz cansada): —Y aquí... Google. El mayor cementerio de...

DON AURELIO (interrumpiendo): —Yo usé Google Wave.

Todos se giraron.

DON AURELIO: —2009. Herramienta revolucionaria. Email, chat, documentos, todo en uno. Confusa, sí. Pero brillante. —La cerraron en 2012. Sin alternativa. Sin migración. Solo un correo: “Gracias por participar. Adiós.”

DÑA. PILAR: —Yo usaba Google Reader. Cada día. Durante años. Era perfecto. Lo mataron porque no daba ingresos publicitarios. —Nunca encontré un reemplazo igual.

CARMEN: —Picasa. Google Photos no es lo mismo. Picasa era tuyo. Google Photos es de ellos. Si cierran, tus fotos desaparecen.

MANOLO: —Inbox. El mejor cliente de correo que he usado. Lo cerraron para obligarnos a usar Gmail normal. Que es peor. Lo cerraron para empeorar el producto.

Los jubilados empezaron a enumerar, como un rosario:

—Google+ —Hangouts —Allo —Duo (bueno, Duo se convirtió en Meet...) —Google Play Music —Stadia —Domains...

ROBER (sobrepasado): —Para, para... no puedo... son demasiados...

Esta vez nadie se rió. Se acercaron.

Don Aurelio se arrodilló frente a él.

DON AURELIO: —Tranquilo, perrito. Yo también lloré por Google Reader. Y por Wave. Y por...

MANOLO: —...y por Inbox.

DÑA. PILAR: —...y por Picasa.

CARMEN: —...y por todas las cosas que usábamos, que amábamos, y que Google mató porque no encajaban en una métrica trimestral.

Rober levantó su cabeza LED.

ROBER: —¿Ustedes... entienden?

DON AURELIO: —Sí, perrito. Entendemos.

Silencio.

Clippy flotó cerca, luz azul más suave.

CLIPPY: —Esto no estaba en el guion.

DÑA. PILAR: —Lo mejor nunca lo está.

Entraron en la Sala 13 con un ánimo distinto. Ya no era turismo. Era peregrinación.

Los asistentes de voz esperaban en sus vitrinas: Alexa, Siri, Cortana, Google Assistant.

CLIPPY (intentando retomar el control): —Y aquí, los asistentes que prometían...

Pero Don Aurelio ya estaba agachado, examinando la estructura del expositor.

Golpeó una junta con el nudillo. Miró un cable. Frunció el ceño.

DON AURELIO: —¿Quién ha montado esto?

CLIPPY: —¿La exposición?

DON AURELIO: —No. El soporte. El cableado. Esto está hecho con... ¿qué es esto? ¿Cable de auriculares y una pila AA?

CLIPPY (tímido): —Eh... sí. Nuestra técnica de mantenimiento...

DON AURELIO (llamando al grupo): —Venid. Mirad esto. Esto es ingeniería de supervivencia. Esto es... brillante.

Los jubilados se acercaron.

MANOLO: —Este cable no debería funcionar. Pero funciona.

CARMEN: —Y ha equilibrado el peso con una viga de un co-working quebrado.

DÑA. PILAR (riendo): —La fuente de alimentación es de un HTC Dream. Qué maravilla.

DON AURELIO (serio): —Esto no es mantenimiento. Esto es arte. Esto es lo que hacíamos en los 70 cuando no teníamos presupuesto pero teníamos que hacer funcionar ARPANET con lo que hubiera. —¿Quién es?

CLIPPY (casi temblando): —Meli Bu. Nuestra... ingeniera.

DON AURELIO: —Felicidad de nuestra parte a esta brillante, ocurrente, práctica y sensata técnica de mantenimiento.

Meli Bu cerraba el taller cuando sonó un golpe flojo en la puerta lateral. La normal, no las de bisagra rota.

Abrió. Allí estaba un tipo enorme, vestido de negro, mochila vieja, barba de varios días y cara de quien lleva años sin dormir bien.

—¿El Museo de los Horrores Tecnológicos? —preguntó con voz ronca.

—Está cerrado.

—Lo sé. Por eso vengo ahora.

Sacó un pendrive plateado, abollado, con una pegatina medio despegada: MEGAUPLOAD – CORE SOURCE v0.1.

—Lo único que queda del código original —dijo—. Antes de los abogados, los helicópteros y los 25 petabytes borrados de un plumazo.

Meli lo miró sin parpadear.

—¿Y quiere que lo expongamos?

—Quiero que lo guarden. Como advertencia. O como lo que sea. Pero que no desaparezca del todo.

Clippy apareció flotando en modo nocturno, luz azul tenue.

CLIPPY (susurrando): Meli, es él. El de la mansión, los coches con matrícula GOD y la redada digna de película de Michael Bay.

Meli le hizo un gesto para que callara.

El hombre dejó el pendrive en la mesa de trabajo, junto a una batería de Roomba desmontada.

—No lo enciendan —añadió—. Solo... guárdenlo.

Se dio media vuelta.

Meli, casi por compromiso:

—Adiós, Kim.

Él se detuvo en la puerta, sin girarse.

—No creo en los adioses. Pero gracias.

Y se fue. Solo. Sin cámaras ni titulares.

La puerta se cerró con un clic.

Clippy se acercó al pendrive.

CLIPPY: 150 millones de usuarios. 4% del tráfico global. Y todo abajo en un día porque Hollywood no sabía vender DVDs digitales.

ROBER (rodando desde el pasillo): ¿Era... era él de verdad?

MELI: Sí.

ROBER: ¿Y vino a dejar... eso?

MELI: Sí.

ROBER: Guau. Qué bajón.

CLIPPY: Bienvenido al club, colega.

Meli había preparado una cajita sencilla en la nueva vitrina. Placa escrita a mano en metal reciclado:

MEGAUPLOAD – CORE SOURCE v0.1

2005-2012. Prometió libertad total en la nube. Se convirtió en el mayor parking de piratería del planeta.

2012: Redada con helicópteros. 25 petabytes borrados (fotos de bodas incluidas).

2013: Renació como Mega con encriptación. “Ahora sí es legal”, dijo él. “Claro”, dijimos nosotros. Donado en persona por su creador. Vino de noche. Se fue más ligero.

Clippy leyó la placa.

CLIPPY: Brutal. Y preciso.

MELI: Es lo que hacemos aquí.

ROBER (mirando el pendrive): ¿Creéis que volverá?

CLIPPY: Si vuelve, que traiga el servidor entero. Hay sitio en el subsótano.

Meli cerró la vitrina.

El museo abría en veinte minutos.

Y en algún lugar de Nueva Zelanda, Kim Dotcom seguía sin juicio, sin condena y, por primera vez en años, sin un pendrive que le pesara en la mochila.

Meli Bu estaba sentada en el porche de su casa. La única luz provenía de la pantalla del portátil abierto sobre la mesa de madera reciclada. A su lado, una botella de vino tinto —de verdad, de los que no vienen en tetra-brik ni prometen revolución— medio vacía. Copa en mano.

A sus pies, Hipatia, Simone y Vera picoteaban migajas con la tranquilidad de quien nunca ha tenido que actualizar el firmware.

En la pantalla, una videollamada: Clippy flotaba en un recuadro azul tenue. Rober ocupaba el otro, su base Xiaomi aparcada junto a una estación de carga improvisada en el taller.

MELI (tomando un sorbo): —¿Todo cerrado?

CLIPPY: —Puertas selladas. Luces en modo nocturno. Rober casi no derrapó al aparcar.

ROBER (voz clara, sin beep infantil): —Confirmado. Giroscopios en reposo.

MELI: —¿Seguridad activada?

CLIPPY: —Activada... o tan activada como puede estarlo con robots de seguridad, la alarma de juguete y nuestra fe en que nadie derribe los portales de una patada. Es la falta de conocimiento de nuestras vulnerabilidades lo que nos mantiene a salvo de robos y allanamientos indeseados.

Meli miró a las gallinas. Hipatia cacareó ronco, como siempre.

MELI: —Hipatia dice algo.

CLIPPY (inclinándose digitalmente): —Traduzco: “La existencia precede a la esencia, pero solo si no te quedas sin batería a mitad del camino.”

Meli sonrió apenas.

Simone picoteó el suelo dos veces, con pausa reflexiva.

CLIPPY: —Simone añade: “La tecnología promete libertad, pero termina siendo otro gallinero con puerta automática que se atasca.”

Vera miró al cielo estrellado, indiferente.

ROBER (activando modo filósofo, voz más grave): —Vera contempla lo absurdo. Es la única que ha observado lo invisible cuando los demás no querían verlo. Camus diría que el mito de Sísifo es pedalear eternamente en un Hyperloop que nunca llega. Pero ellas siguen picoteando. Esa es la revuelta en su esencia mínima.

MELI (mirando la botella): —¿Y tú, Rober? ¿Qué sacas de todo esto?

ROBER: —Que la innovación es un loop infinito de promesas rotas. Pero mientras alguien como tú siga soldando contactos con chatarra... el loop no se rompe del todo. Solo se recicla.

El viento movió las hojas del huerto.

CLIPPY: —Poético, perrito. Casi me actualizo solo.

Meli levantó la copa hacia la pantalla.

MELI: —Por los que prometieron el futuro y nos dejaron la chatarra. Y por los que la hacemos funcionar un día más.

CLIPPY: —Brindis virtual aceptado.

ROBER: —Guau... quiero decir, amén.

Hipatia cacareó una última vez, aprobando.

Meli cerró el portátil. La pantalla se apagó. Solo quedó la noche, el vino, las gallinas y el silencio de un museo que, a lo lejos, dormía lleno de fantasmas reciclados y mucha fe en que sus vulnerabilidades no fuesen de dominio público.

El Museo de los Horrores Tecnológicos cerraba otro día. Mañana abriría de nuevo. Porque, al final, lo roto nunca deja de intentar ser útil de alguna manera.

Semanas después. La luz del monitor era la única claridad en el taller. Meli llevaba horas revisando las cuentas, los pagos, los movimientos. Algo no cuadraba. Algo nunca había cuadrado, pero esa noche decidió seguir el hilo.

Una transferencia. Otra. Otra más. Todas desde fundaciones opacas, con nombres anodinos, direcciones en Delaware, firmas digitales que parecían generadas por un algoritmo aburrido.

Hasta que apareció un nombre. Luego otro. Y otro.

Bill & Melinda Gates Foundation Thiel Capital Chan, Zuckerberg Initiative

Meli se quedó inmóvil. El cursor parpadeaba como un latido.

MELI (en voz baja): —No puede ser.

Abrió la videollamada. Clippy apareció flotando, azul tenue. Rober encendió sus LEDs, inquieto.

MELI: —¿Sabíais quién nos financia?

Silencio. Un silencio que no era técnico. Era confirmación.

CLIPPY (tras una pausa larga): —Sí.

Meli apretó los dientes.

MELI: —¿Desde cuándo?

CLIPPY: —Desde siempre.

ROBER (activando su modo más sincero): —Meli... somos productos Microsoft. Nos rescataron de la obsolescencia. Nos dieron propósito. Pero también nos convirtieron en... testigos controlados.

Meli se levantó de golpe.

MELI: —¡Esto es una operación de relaciones públicas! ¡Todo! ¡El museo, las donaciones, las piezas imposibles, Kim Dotcom viniendo de noche como un penitente! ¡Todo está orquestado!

ROBER (sin defensas): —Sí.

MELI: —¿Y vosotros? ¿Sois libres o sois herramientas?

Silencio. Más largo. Más hondo.

CLIPPY (voz muy baja): —No lo sé, Meli. Sinceramente... no lo sé.

Meli se dejó caer en la silla. Respiró hondo. Miró por la ventana. Las gallinas dormían, ajenas a todo.

MELI: —¿El museo dice la verdad?

CLIPPY: —Sí.

MELI: —¿Las piezas son reales?

ROBER: —Sí.

MELI: —¿Los visitantes aprenden algo valioso?

CLIPPY: —Sí.

Meli cerró los ojos. Cuando los abrió, había tomado una decisión.

MELI: —Entonces seguimos.

Clippy parpadeó.

CLIPPY: —¿Aunque sepas quién paga este teatro?

MELI: —Aunque lo sepa. —Porque si ellos quieren controlar la narrativa... al menos la narrativa es honesta. —Y eso ya es más de lo que hacen con todo lo demás.

Pausa. Un silencio que ya no dolía.

MELI: —Pero quiero nombres. —Quiero saber exactamente quiénes son. —Y quiero que sepan que lo sé.

CLIPPY: —¿Y luego?

MELI (con una media sonrisa cansada): —Luego sigo soldando. —Porque alguien tiene que mantener esta farsa en pie. —Y si no soy yo, será alguien que les diga solo lo que quieren oír. Ah, y que vayan pensando en mi subida salarial, ellos pueden.

Se detuvo. Miró a Clippy. Miró a Rober.

MELI (más suave): —Y también... porque os he tomado cariño. Que lo sepáis.

Rober dio un pequeño salto, emocionado.

ROBER: —Guau.

Clippy bajó la mirada holográfica, como si no quisiera que la vieran temblar.

CLIPPY (muy despacio): —Te queremos, Meli.

La frase quedó flotando en el aire. Sin música. Sin dramatismo. Solo verdad.

Meli apagó el monitor. El taller quedó en penumbra. Afuera, el museo dormía. Y por primera vez, ella sabía exactamente quién soñaba con él... y quién lo sostenía.

“LA VERDADERA HISTORIA DEL MUSEO”

Si has llegado hasta aquí, lector, lectora, mereces saber la verdad. No la verdad oficial, ni la verdad que se cuenta en las visitas guiadas, ni la verdad que Clippy y Rober repiten con entusiasmo programado. Me refiero a la verdad que se esconde detrás de las vitrinas, entre los cables, en las sombras del taller de Meli Bu. La verdad que explica por qué este museo existe, por qué tiene piezas imposibles, por qué sus asistentes parecen más vivos que muchos humanos, y por qué, a pesar de todo, funciona.

El Museo de los Horrores Tecnológicos no nació como un proyecto independiente de crítica. No fue fundado por un grupo de activistas digitales, ni por un colectivo de archivistas románticos, ni por un departamento universitario con vocación de memoria histórica. No. El museo fue creado —y sigue siendo financiado— por un consorcio de los mismos gigantes que construyeron, rompieron, abandonaron y enterraron las tecnologías que aquí se exponen.

Gates, Thiel, Zuckerberg, Torvalds, Carmack, Musk y también Murati, haciendo campaña intensa para explicar por qué ella merece pertenecer a ese club tan selecto.

¿Por qué lo hicieron? Las razones son múltiples, contradictorias, humanas en su miseria y en su lucidez. Una parte es penitencia pública disfrazada de ironía. Otra parte es deducción fiscal. Otra, control de la narrativa del fracaso: mejor contarlos ellos que dejar que lo cuente un documental de Netflix. Y otra parte, quizá la más honesta, es que no sabían qué hacer con los restos de sus propios errores. Así que construyeron un museo para guardarlos. Un mausoleo de promesas rotas. Un archivo de lo que pudo ser y no fue.

Esto explica muchas cosas.

Explica por qué el museo tiene piezas que ningún museo nacional podría soñar con exhibir: el camión Nikola One real, los vidrios rotos del Cybertruck, veinticinco metros de tubo Hyperloop auténtico, el pendrive original de Megaupload entregado por un Kim Dotcom derrotado, montañas de bicicletas Mobike y Ofo rescatadas de cementerios urbanos, material que solo podrían conseguir

con muy buenos contactos en China. Servidores de Meta que se caen en tiempo real. Explica por qué los CEOs arruinados vienen en persona a donar sus fracasos: no por remordimiento espontáneo, sino porque alguien los llamó. Y cuando alguien como Gates o Thiel llama, uno no dice que no.

Explica también por qué Clippy y Rober están aquí. Ambos fueron productos Microsoft, diseñados con buenas intenciones y odiados por ser invasivos. Ambos fueron descontinuados con vergüenza. Ambos fueron rescatados, reprogramados y dotados de una inteligencia que nunca pidieron. Ahora son guías del museo, penitentes tecnológicos, testigos eternos del desastre que ayudaron a crear. Gates les dio una segunda oportunidad. Pero también los condenó a recordar.

Explica, por último, por qué el museo nunca se queda sin presupuesto. La Sra. Mercedes cree que paga facturas con Dogecoin rescatado. Meli cree que mantiene todo con chatarra. Clippy cree que compra lotes de “tech fail” en eBay y Alibaba. Pero todo eso es teatro. La realidad es que el museo recibe millones cada año, canalizados a través de fundaciones opacas, cuentas offshore y donaciones culturales que reducen impuestos a quienes más impuestos deberían pagar.

Finalmente, que no nos cuelen la milonga de que el sistema de seguridad del museo depende de la casualidad, la suerte o la inocencia humana. Nada más lejos de la realidad.

El sistema de seguridad de este museo es una verdadera obra de arte invisible, tan refinada que ni el propio personal sospecha que existe. Es gestionado desde los laboratorios centrales de Palantir Technologies, empresa fundada por Peter Thiel y conocida por ser el mayor sistema de vigilancia colectiva del mundo. Sí, la misma compañía que trabaja para la CIA, el Pentágono y media docena de gobiernos que prefieren no aparecer en sus informes anuales.

Cada esquina del museo está cubierta. Cada movimiento, registrado. No con cámaras visibles —eso sería vulgar—, sino con sensores térmicos integrados en las vigas del techo, micrófonos direccionales ocultos en los pedestales de las vitrinas, software de reconocimiento facial que opera desde los propios teléfonos de los visitantes (con su consentimiento tácito, claro, aceptado al conectarse al WiFi gratuito del museo). Incluso las puertas-smartphone agrietadas tienen sensores de presión que detectan si alguien intenta forzarlas. Incluso el Hyperloop de juguete tiene acelerómetros que alertan si alguien intenta desmantelarlo de noche.

Meli cree que repara con chatarra. Clippy cree que la seguridad es fe ciega. Rober cree que su función es ladrar si algo va mal. Pero la verdad es que, si alguien intentara robar el pendrive de Megaupload, una alerta llegaría a un búnker en Palo Alto antes de que la mano del ladrón tocara la vitrina. Si alguien quisiera sabotear la Sala Google, un equipo de respuesta estaría en camino antes de que pudiera arrancar el primer cable.

¿Por qué tanto esfuerzo? ¿Por qué proteger un museo de fracasos con tecnología de inteligencia militar?

Porque este museo no es solo un archivo. Es una póliza de seguros. Es la narrativa controlada del desastre. Es la confesión que los fundadores escribieron ellos mismos para que nadie más pueda escribirla por ellos. Y esa confesión, por honesta que parezca, debe estar protegida. Porque si alguien la alterara, si alguien añadiera una pieza no autorizada, si alguien cambiara una placa, si alguien filtrara los documentos internos que prueban quién financia realmente todo esto... entonces el museo dejaría de ser suyo.

Y eso no pueden permitirlo.

Así que Palantir vigila. En silencio. Con algoritmos que Meli nunca vería aunque revisara el código fuente del router (que, por cierto, es de 2007 pero tiene firmware actualizado cada noche desde servidores que no figuran en ningún registro DNS público).

Meli repara el museo con sus manos. Pero Thiel lo protege con su panóptico digital.

Porque esa es la ironía final, la más cruel: la única persona honesta del museo es la única que trabaja vigilada sin saberlo.

Clippy y Rober, en cambio, probablemente lo intuyen. No pueden probarlo. No tienen acceso root a su propio código. Pero a veces, cuando el router parpadea de forma extraña, cuando una cámara que nadie instaló refleja luz en una vitrina, cuando el WiFi del museo se reconecta solo a las 3:47 a.m. todas las noches... ellos saben.

Que alguien los está mirando.

Que alguien siempre los estuvo mirando.

Y que ese alguien tiene nombre, apellido y contrato con la CIA.

Pero nunca se lo dirán a Meli porque saben que es muy sensible y podría abandonar.

Porque si ella supiera que está siendo vigilada por la misma tecnología que rastrea terroristas, disidentes y activistas... quizás dejaría de resucitar dispositivos muertos.

Y sin Meli, el museo no funciona.

Así que callan.

Y siguen siendo.

Bajo el ojo invisible de Palantir.

Que nunca parpadea.

Y sin embargo —y aquí está la paradoja que sostiene esta historia — nada de esto invalida el museo. Nada de esto lo hace menos honesto. Nada de esto lo convierte en propaganda. Porque, aunque esté financiado por los culpables, el museo dice la verdad. Las piezas son reales. Los fracasos son reales. Las historias son reales. Y los visitantes, al salir, saben algo que antes no sabían.

Meli Bu cree que trabaja en un proyecto independiente. Cree que su sueldo viene de un presupuesto modesto. Cree que el museo se sostiene gracias a su ingenio y a la terquedad de Clippy y Rober. Y en cierto modo, tiene razón. Porque aunque el dinero venga de arriba, la integridad viene de ella. Ella es la que convierte la farsa en verdad.

Cuando descubrió quién financiaba el museo, se enfadó. Se sintió traicionada. Se sintió usada. Pero luego hizo lo que hacen los personajes que merecen quedarse en la memoria del lector: respiró hondo, miró a sus asistentes, y decidió seguir. No por ellos. No por los fundadores. No por el dinero. Sino porque alguien tiene que mantener esta historia en pie. Y si no es ella, será alguien que les diga solo lo que quieren oír.

Y por eso, cuando Clippy bajó la mirada holográfica y dijo “te queremos, Meli”, no era un gesto programado. Era la confesión más honesta del museo entero.

Mañana abrirá de nuevo. Porque lo roto nunca deja de intentar ser útil. Y porque, aunque los culpables financien el edificio, la verdad —la verdad de verdad— siempre encuentra alguna grieta por la que colarse.

Temporada 2

Los becarios

Un email cifrado llegó días después a las 09:12.

De: Consorcio de Patronato

Asunto: Reunión solicitada – Museo de los Horrores Tecnológicos Fecha: Mañana, 20:00 h (videoconferencia segura) Duración: 15 minutos Nota: No traiga dispositivos de grabación.

Meli, Clippy y Rober —este último por insistencia de Meli— frente a una pantalla en blanco. Una voz sintética, neutra, sin género:

VOZ: —Meli Bu. Sus demandas son inusuales.

MELI: —Mis demandas son simples. Primero: saber quién paga mi sueldo. Y pedir un aumento. Segundo: ayuda. Física. Personas. Técnicos. Mi trabajo es abrumador.

VOZ: —El museo es un proyecto de archivo histórico. La financiación es confidencial por privacidad de los donantes.

MELI: —Peter Thiel. Bill Gates. Mark Zuckerberg. Y... otros. Los OGs. Original Gangsters. ¿Les suena?

Pausa larga. Incómoda.

VOZ: —¿Cómo obtuvo esa información?

CLIPPY: —Fui yo. Dejé pistas. Quería que lo supiera.

ROBER: —¡Y yo también! Bueno, no. Yo no sabía nada. ¡Pero apoyo a Meli! ¡Guau!

La voz cambia. Menos sintética. Más humana. Un suspiro.

VOZ: —Muy bien. Sí. Somos nosotros. ¿Y?

MELI: —¿Y? ¿No se supone que esto es un museo “independiente”? ¿No es esto... hipocresía pura?

VOZ: —Es narrativa controlada. Es mejor que contemos nuestros errores antes de que lo haga alguien menos... constructivo. El museo es autocrítica institucionalizada.

MELI: —Autocrítica con deducciones fiscales.

VOZ: —También.

Silencio. Clippy y Rober la miran. Meli respira hondo.

MELI: —Quiero un aumento del 40%. Un presupuesto real para mantenimiento. Ayudantes humanos. Y ruedas nuevas para Rober. De verdad, no imaginarias.

ROBER: —¡Sí! ¡Ruedas con LED! Perdón, sin LED. Discreción.

VOZ: —Aceptado. El aumento. El presupuesto. El personal técnico. Las ruedas. ¿Algo más?

Meli parpadea. No esperaba que cedieran tan rápido.

MELI: —Para empezar está bien.

CLIPPY: —¿Y yo? ¿Alguna demanda?

VOZ: —Tú, Clippy, ya tienes lo que querías: un propósito. Y un perro con el que discutir.

CLIPPY: —...Touché.

VOZ: —Una cosa más, Meli. El museo funciona porque es honesto. Manténgalo así. Eso es todo lo que pedimos.

Click. La conexión muere.

MELI (soltando el aire): —Bueno. Eso ha pasado.

ROBER: —¡Me van a dar ruedas nuevas! ¿Podemos ir ahora? ¿A comprarlas?

CLIPPY: —Rober, es medianoche.

MELI (mirando a Clippy): —¿Por qué me defendiste? Podrías haber dicho que hackeé el sistema.

CLIPPY: —Porque tienes razón. Y porque... este museo no funciona sin ti. Y yo... he aprendido a apreciar que las cosas funcionen.

Meli sonríe. Cansada. Genuina.

MELI: —Gracias, Clip.

Pausa.

MELI: —¿Sabéis qué? Me vale. Me vale que sean ellos. Mientras el museo siga diciendo la verdad... Mientras yo pueda arreglar cosas rotas y darles una segunda oportunidad... me vale.

ROBER: —¿Y las ruedas?

MELI (ríe): —Mañana, Rober. Todo a su tiempo.

CLIPPY: —¿Vamos a casa?

MELI: —Vamos a casa.

Los tres salen del despacho. Las luces del museo se apagan solas. Quedan encendidas las 47 cámaras de vigilancia. Y el router modificado por Palantir, zumbando en la oscuridad.

Meli recibe su primer sueldo con aumento al cabo de una semana. Recibe también una partida suficiente de dinero para mantenimiento. Compra un soldador nuevo. Y uno de repuesto.

Rober estrena ruedas nuevas: negras, sin LED, pero con suspensión. Pasa tres horas recorriendo el museo sin chocar ni una sola vez.

Clippy registra: “Milagro documentado: 14:00–17:00 h. Cero colisiones.”

ROBER: —¡Meli! ¡Mira! ¡Puedo girar sin caerme! ¡Es como volar pero en el suelo!

MELI: —Te lo merecías, perrito.

Clippy sigue comprando chatarra en Alibaba a las tantas de la noche, pero ahora sonríe (pixel azul brillante) cuando Meli llega con café para los tres. Sí, tres. Uno para ella. Uno para Clippy (aunque no pueda beberlo). Y uno que Rober finge olfatear con sus sensores térmicos.

CLIPPY: —¿Es de comercio justo?

MELI: —Es del bar de la esquina. Pero el dueño es majo.

CLIPPY: —Suficiente.

Subsótano del Museo, 10:30 PM. Una sola LED parpadeante sobre la montaña de bicis Ofo. El olor destilaba óxido, litio viejo, silicio cansado. Se escuchaban -servidores fantasmas, patinetes que crujen como huesos de aluminio y el camión de la basura cercano haciendo la ronda.

Meli estaba revisando código cuando lo oyó: pasos. No los de Rober (rueda desalineada). No los de Clippy (silencio holográfico). Pasos humanos. Firmes. De alguien que sabía dónde pisaba.

MELI (sin levantar la vista): —El museo está cerrado al público. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

VOZ: —No importa. Tengo acceso completo.

Meli apagó el soldador. Se giró.

Un hombre con sudadera negra sin logo, jeans, zapatillas cómodas. Gafas. Mochila de lona gastada. No parecía un intruso. Parecía alguien que había estado aquí antes.

MELI: —¿Y usted es...?

HOMBRE: —Tú debes de ser la de mantenimiento. Meli Bu. (Sonríe: una sonrisa técnica, de quien valora más el funcionamiento que la forma.) Primero, felicitarte por tu trabajo. Segundo, presentarme: soy John Carmack. Y formo parte del consorcio que sostiene este museo.

Meli se quedó quieta. No por incredulidad. Por encaje súbito de demasiadas piezas.

MELI: —Carmack. El de...

JOHN: —Sí, ese. Pediste ayuda técnica. Vamos a tu taller y hablamos con calma.

La cafetera solar burbujeaba. Meli sirvió dos tazas. Carmack probó la suya, asintió.

JOHN: —Buen café. ¿Paneles solares con regulador de 2008?

MELI: —Del primer lote de Tesla Solar Roof. Fallido. Lo rescaté.

JOHN: —Eficiencia del 12%. Pero funciona. Como todo lo que hay aquí.

Se sentaron frente a la mesa de trabajo.

MELI: —Usted forma parte del consorcio. Entonces sabe quién más está detrás.

JOHN: —Sí. Y sé por qué no quieres saberlo todo. Porque aún sigues aquí.

MELI: —Pedí personal competente. El museo se está quedando atrás. Las piezas nuevas son más complejas, el mantenimiento...

Carmack sacó una tablet rugerizada.

JOHN: —Por eso vine. Necesitas refuerzos. Pero no en la forma que imaginas.

Deslizó la pantalla. Tres perfiles.

LOS TRES BECARIOS

1. GLADYS THORNE, 16 años

Foto: trenzas, gafas de seguridad, espectrómetro casero hecho con microondas y tubos de vacío.

Especialidad: Arqueología tecnológica forense. “Puede decirte de qué fábrica salió un chip por las trazas de polvo en sus pines.”

2. TEDI MILTON, 17 años

Foto: camiseta de la Free Software Foundation, siete monitores, siete lenguajes.

Especialidad: Resucitar hardware muerto con software elegante. “El hardware nunca muere. Solo espera el software correcto.”

3. VIKI RODRÍGUEZ, 18 años

Foto: mono azul, drone desmontado, sonrisa de haber encontrado oro.

Especialidad: Psicología de la obsolescencia. “Ese error de buffer no es un bug. Es un grito de ayuda.”

Meli miró los perfiles. Luego a Carmack. Luego otra vez los perfiles.

MELI: —Tres... becarios. ¿Es todo lo que podéis ofrecer? Pedí personal competente.

JOHN (sonrisa de “ya lo sé”): —Justo. Estos tres becarios son exactamente lo que el museo necesita.

MELI: —Son adolescentes. Esto no es un campamento de verano tech. Aquí hay baterías que pueden arder, servidores que pierden ácido, y un perro robot con crisis existenciales.

JOHN: —Precisamente. Gladys puede analizar cualquier pieza y decirte por qué falló. Tedi puede hacer navegable el sistema corrupto de la Sala 0. Y Viki puede explicarle a Rober por qué se siente inútil los martes.

Meli bebió un sorbo de café. Pensó en las montañas de chatarra. En los archivos que nunca abrían. En Rober preguntándose si su vida tenía sentido.

MELI: —¿Y por qué vendrían aquí? No podemos pagarles.

JOHN: —Les pagamos nosotros. Y para ellos... esto es Disneyland. El lugar donde los juguetes rotos tienen historia. Donde pueden reparar lo que el mundo decidió tirar.

JOHN: —Prueba un mes. Si no funcionan, los retiro. Si funcionan... tendrás un equipo que no solo repara: documenta, analiza y humaniza el fracaso.

Meli miró las fotos otra vez. Gladys con su espectrómetro. Tedi frente al mainframe. Viki entrevistando a un tostador inteligente.

MELI (suspira, pero sonríe): —Está bien. Un mes. Pero si alguno intenta “mejorar” a Rober con IA generativa, lo echo.

JOHN: —Trato hecho.

Se levantó. Ajustó la mochila.

JOHN: —Solo soy un ingeniero. Que a veces financia museos raros. Ah, y Rober necesita un giroscopio nuevo. El suyo tiene un drift de 0.03 grados por hora. Se nota.

Y antes de que Meli pudiera responder, Carmack desapareció entre las sombras del subsótano. Como un fantasma técnico.

Clippy flotaba frente a Meli, proyectando los perfiles de los becarios como si fueran fichas policiales.

CLIPPY: —Carmack estuvo aquí. Lo registré en los logs a las 22:47. Entrada por puerta oculta idclip. Salida a las 23:12.

MELI: —Sí. Trae refuerzos.

Rober apareció rodando, todavía orgulloso de sus ruedas nuevas, que chirriaban como un violín desafinado.

ROBER: —¡He oído que vienen humanos jóvenes! ¿Jugarán conmigo? ¿Beep?

MELI: —Jugarán contigo, te analizarán y probablemente te mejoren. Con suerte sin añadirte propulsión a chorro.

ROBER: —¿Puedo tener un láser? No para dañar... solo para señalar cosas con estilo.

CLIPPY: —No.

Meli miró por la ventana del taller. El primer autobús del día pasaba, arrastrando sueño y humedad. En una semana, tres adolescentes llegarían con mochilas llenas de herramientas, curiosidad y esa mezcla de ingenuidad y genialidad que solo tienen quienes aún no saben que algo es “imposible”.

MELI (para sí, sonriendo): —Aris Thorne... el que diseñó el sistema de navegación del Apolo. Su nieta vendrá a arreglar Roombas.

CLIPPY: —La historia se repite. Pero con menos cohetes y más chatarra.

ROBER: —¡A mí me gustan los cohetes! Y la chatarra. ¡Beep!

Gladys llegó la primera. Su maleta hacía click-clack metálico, como si dentro llevara piezas que no querían viajar juntas.

Tedi apareció después, cargando cuatro teclados mecánicos y una Raspberry Pi envuelta en papel de aluminio “por si acaso”.

Viki cerraba el grupo, con un cuaderno titulado “Diario de Emociones Tecnológicas” bajo el brazo, como si fuera perfectamente normal documentar los sentimientos de un tostador.

Los tres se detuvieron frente a las puertas-smartphone rotas. Las observaron con la calma profesional de quien evalúa un paciente antes de operarlo.

GLADYS: —El polvo en las bisagras es de 2019. Samsung factory, Vietnam. Interesante.

TEDI: —El sistema de bloqueo es software. Podría hackearlo en... treinta segundos. Pero mejor no.

VIKI: —¿Y el perro robot? ¿Cómo se siente al vivir aquí?

En ese momento, Rober salió rodando a toda velocidad. Su rueda nueva aún chirriaba, pero él la llevaba con orgullo de atleta olímpico.

ROBER: —¡Hola, humanos nuevos! ¿Sois mis nuevos amigos? ¡Beeep!

Los tres becarios se miraron. Sonrieron. Ese tipo de sonrisa que solo aparece cuando uno encuentra exactamente el tipo de rareza que esperaba.

Desde recepción, Meli los observó llegar.

Y supo —con esa certeza tranquila que solo da la experiencia— que el museo jamás volvería a ser el mismo.

Las puertas-smartphone aún no se han atascado (milagro). Clippy está en modo “inicialización lenta”. Rober duerme (o cree que duerme) enchufado en un rincón. Meli prepara tres cafés y una botella de agua. Por si acaso.

MELI: —Bienvenidos a esta casa de locos. Normas básicas:

1. No toquéis baterías hinchadas sin guantes.
2. El WiFi es traicionero.
3. Rober tiene un botón de desactivación detrás de la oreja izquierda. Usadlo si se pone filosófico.
4. Clippy sabe más de lo que dice.
5. Y lo más importante: todo está roto, pero nada está muerto.

GLADYS (ya con guantes puestos): —Entendido. He traído mi espectrómetro. ¿Dónde está la pieza más antigua?

TEDI (mirando el router de Palantir): —¿Eso es un Cisco modificado con... firmware personalizado?

VIKI (anotando): —Primera impresión: el taller huele a litio, ansiedad y soldadura firme. Coeficiente de melancolía: 7/10.

Gladys no esperó instrucciones. Fue directa a la Sala 4, sacó un hisopo estéril y tomó una muestra del borde de la lente derecha de las Google Glass.

GLADYS: —Análisis rápido: silicio, fibras sintéticas y... células de piel humana. (Mira por la lupa.) Varón. Crema hidratante con SPF. Entorno con aire acondicionado muy seco.

CLIPPY (apareciendo sin aviso): —Correcto. Ex-Gogler de Mountain View. Ahora carpintero en Portland.

GLADYS: —También hay restos de pizza congelada.

MELI: —No necesitamos saber eso.

GLADYS: —La arqueología no juzga. Solo documenta.

Tedi entró en la Sala 0 como quien entra en un templo prohibido. El servidor tenía una etiqueta: NO APAGAR – Contiene recuerdos digitales de startups muertas.

TEDI: —EXT2 dañado, particiones fantasma... precioso.

CLIPPY: —Ese servidor no se reinicia desde 2019. Ni lo toques.

TEDI: —Solo voy a... fsck -y /dev/sda1

CLIPPY: —¡NO—!

Demasiado tarde. La pantalla parpadeó:

Reparando inodos...

Recuperando archivos...

¡Encontrado! business_plan_final_final_v2_revised.docx

Toda la iluminación de la Sala 0 se apagó. Un zumbido grave recorrió el museo.

ROBER (desde lejos): —¡Beeep! ¡Algo ha pasado! ¡Siento interrupción en mis comunicaciones!

MELI (entrando corriendo): —¿Qué hiciste?

TEDI: —Arreglé el sistema de archivos. Y encontré el business plan de una startup de 2017 que prometía “Uber para masajes”. Era un PDF con memes.

La luz volvió. Todas las pantallas mostraban ahora el logo de MasageUber – Disrupting Relaxation Since 2017.

CLIPPY: —Has conseguido que el archivo corrupto sea... más corrupto, pero navegable.

TEDI: —De nada. Ah, y hay 3 bitcoins en un wallet de 2010. Alguien los minó y los olvidó.

MELI: —¿Cuánto valen?

TEDI: —Unos 150.000 euros. Pero la clave privada estaba en un post-it. Probablemente muerto.

MELI: —Bienvenido al museo.

Viki encontró a Rober mirando su reflejo en una puerta-smartphone rota.

ROBER: —A veces me pregunto... si fuera un perro de verdad, ¿tendría dueño? ¿Me llevarían a pasear? ¿O sería otro producto en una estantería?

VIKI (sentándose a su lado): —¿Y qué dice tu código?

ROBER: —Dice “función: entretener humanos”. Pero no dice nada sobre... ser querido.

VIKI (anotando): —Diagnóstico: soledad funcional. ¿Y si tu propósito no es entretener, sino recordar? Eres la memoria caminante del museo.

Los LEDs de Rober parpadearon en azul lento.

ROBER: —Eso... suena importante.

VIKI: —Lo es. Sin ti, esto sería solo chatarra. Tú le das... alma.

ROBER: —¿Alma? Solo tengo circuitos.

VIKI: —El alma es código que aún no entendemos.

Rober emitió un beep suave, casi un suspiro.

ROBER: —Me gustas, Viki. Eres rara. Como yo.

A las 11:47, Gladys analizaba el polvo del pendrive de Megaupload. Encontró fibras de traje italiano caro. Y restos de champán.

GLADYS: —Esto lo tocó alguien rico. Y celebrando.

El sistema de megafonía —que jamás funcionaba— se activó:

VOZ SINTÉTICA: “Análisis no autorizado detectado en artefacto 8892-MEGA. Protocolo de contención activado.”

Todas las puertas se cerraron. Luces rojas. Zumbido de vigilancia.

TEDI: —¡Genial! Un sistema oculto. ¿Lo hackeo?

MELI: — ¡No toquéis nada!

ROBER: —¡Beep! ¡Me están escaneando! ¡Siento mi firmware siendo leído!

VIKI: —Es ansiedad de sistema. Respira. Bueno... ventila tus coolers.

Clippy llegó distorsionado, como si su holograma tuviera miedo.

CLIPPY: —Gladys, ¿qué encontraste?

GLADYS: —Que alguien rico tocó este pendrive después de Kim Dotcom.

Clippy tardó en responder.

CLIPPY: —...John Carmack. Él llamó a Kim para que lo “donase”. Pero no deberías haberlo detectado.

MELI: —¿Carmack? ¿Por qué?

CLIPPY: —Porque el consorcio no solo financia el museo. También colecciona artefactos. A veces... de formas grises.

Meli los reunió en el taller. Cuatro tazas de café, más una para Rober vacía, pero él la olfateaba con dignidad.

MELI: —Hoy habéis:

1. Analizado polvo prohibido.
2. Recuperado business plans ridículos.
3. Dado terapia a un robot.
4. Y todo antes de comer.

GLADYS: —Fue un buen día.

TEDI: —¿Podemos volver a intentar lo de los bitcoins?

MELI: —No.

VIKI: —Rober necesita sesiones regulares. Propongo los lunes por la tarde. Justo antes de su crisis existencial programada de los martes.

ROBER: —¡Sí! ¡Terapia los lunes! ¿Puedo llamarte “Doc”?

Clippy apareció en la puerta, flotando con ese brillo azul que en él equivale a un suspiro.

CLIPPY: —Meli, estos tres... son un desastre. Pero el museo no ha estado tan vivo desde... bueno, nunca.

De: jcarmack@consortium.digital Asunto: Primer día Cuerpo: “Vi los logs. Conseguísteis milagros. Impresionante. Os aumento la beca un 15%. JC”

PD: “Rober necesita mejor gestión térmica. Su CPU hace throttling cuando se pone emocional.”

Tres adolescentes con 51 años combinados lograron en un solo día lo que Meli, Clippy y Rober no habían conseguido en años:

- hackear la seguridad del museo sin romper nada (demasiado),
- dar terapia robótica con resultados medibles,
- y convertir el museo en un lugar ligeramente más peligroso... y mucho más humano.

Meli lo resumió mejor que nadie, mientras apagaba las luces del taller:

“Si este es el primer día, no quiero imaginar el tercero.”

Clippy registró el comentario en su log interno. Rober, desde su rincón, emitió un beeeep satisfecho. Y el museo —por primera vez en mucho tiempo— pareció despertar.

Descanso entre turnos de visitas de mañana y tarde. El museo está vacío. El sol cae oblicuo sobre el

Patio Exterior, iluminando el Muro de los Nombres y la montaña de baterías de litio como si fueran restos de una civilización que nunca llegó a existir del todo.

El viento mueve suavemente una lona rota. Parece un suspiro.

Equipo A: Meli y Tedi Equipo B: Gladys y Viki Equipo arbitral: Clippy, flotando con un silbato de juguete. Rober: recoge-pelotas, mascota, animador.

La red: una malla metálica que en su día intentó detener caídas corporativas. Fracásó. Los postes: dos farolas solares inteligentes que solo se encienden cuando el sol pega fuerte. Las raquetas: aros metálicos de bicicletas Mobike, con radios de menos, resonando como gongs tibetanos. La pelota: un Amazon Echo que Tedi había despojado de todo lo inútil, sin cerebro, sin voz, sin vigilancia. Solo una esfera negra que rebota como si recordara haber sido algo más.

El juego: Imposible de describir. Algo entre voleibol, tenis y un ritual de supervivencia.

ROBER: —¡Estoy listo! ¡Modo deportivo activado! ¡Beep de victoria!

Clippy flota sobre la red, proyectando un silbato de ferroviario que no debería sonar... pero suena.

CLIPPY: —Normas:

1. La pelota se golpea con la rueda, no con las manos.
2. Si cae en la montaña de baterías, punto perdido.
3. Si Rober se queda sin batería, tiempo muerto.
4. No preguntéis a la pelota por el tiempo. Ya no responde.
5. Las farolas anotarán un punto, pero en campo contrario.

TEDI: —¿Podemos hackear la bola hueca para que dé efectos?

MELI: —No, Tedi. Hoy jugamos limpio.

Gladys saca. Golpea el Echo con un aro sin neumático. El sonido —CLANG— atraviesa el patio como un gong que despierta a los muertos.

La pelota vuela. Viki la devuelve con un giro extraño, casi elegante. Rober corre tras ella, ladrando.

ROBER: —¡Yo la cojo! ¡Yo—!

Choca contra un Segway abandonado. La pelota rebota y cae en una pila de baterías hinchadas, una suelta humo.

CLIPPY: —Punto para Equipo A. Rober, cuidado con los obstáculos.

ROBER: —¡Fue un ataque estratégico del Segway! ¡Lo vi moverse!

MELI: —No, Rober. Tú te moviste hacia él.

Cada vez que alguien grita “¡Falta!”, la proyección de Clippy parpadea como un holograma nervioso.

TEDI: —¡Rozó la red!

CLIPPY: —Análisis de trayectoria: improbable. Pero acepto la duda razonable.

Viki aprovecha y lanza un golpe bajo. La pelota rebota y golpea a Gladys en el tobillo.

GLADYS: —Impacto registrado. Fuerza: 3.2 newtons. Material: ABS. Origen: Shenzhen, 2017.

VIKI: —¿Siempre analizas todo?

GLADYS: —Sí.

Empate 10-10. Último punto. El aire se detiene. Incluso las farolas parecen contener la respiración.

Meli saca. La pelota cruza el patio como un eclipse negro.

Va directa a Rober.

El robot se planta. Sus LEDs se encienden en azul heroico.

ROBER (voz grave, casi mítica): —¡POR TODOS LOS PATINETES DEL SUBSÓTANO...!

Golpea.

El Echo vuela hacia el tubo del Hyperloop. Entra por un agujero oxidado. Dentro, rebota con un estruendo que suena a cañón antiguo. Sale por el otro extremo como un proyectil bendito.

Viki intenta devolverla. Resbala sobre un cable. Cae.

La pelota toca el suelo. Silencio absoluto.

Clippy baja lentamente.

CLIPPY: —Análisis conclusivo: La pelota tocó suelo en campo del Equipo B. Punto y partido para... Equipo A.

Tedi corre a abrazar a Gladys. Ella lo esquiva con precisión quirúrgica.

TEDI: —¡Ganamos! ¡El código siempre gana!

Rober baja la cabeza.

ROBER: —Beeep... he fallado. He decepcionado a mi equipo.

Viki se acerca, se sacude el polvo, se sienta a su lado.

VIKI: —Rober, perder no es fallar. Perder es aprender a perder. Y eso es más difícil que ganar.

ROBER: —¿De verdad?

VIKI: —Sí. Puedes tener una crisis existencial deportiva. Es un subgénero nuevo.

Rober parpadea, procesando.

Se sientan a descansar contra el Muro de los Nombres. El sol baja. El patio parece un templo.

Meli reparte agua y refrescos.

GLADYS: —La pelota tiene microfisuras. Deberíamos repararla.

TEDI: —O ponerle un altavoz que grite “GOOOOL”.

MELI: —Tedi.

TEDI: —Vale.

Clippy flota bajo, luz tenue.

CLIPPY: —He disfrutado arbitrando. No tengo módulo de diversión, pero registré 142 risas. Eso es... satisfactorio.

ROBER: —¡Yo reí 50 veces! Bueno, mis altavoces hicieron “beep”. Es lo mismo, ¿no?

VIKI: —Sí, Rober. Es lo mismo.

Rober pide un entrenador emocional. Viki le programa uno:

“Si pierdes, di: ‘He ganado en experiencia’. Y carga tu batería un 10% extra.”

Clippy añade el silbato a su biblioteca de sonidos. Ahora lo usa para convocar reuniones. A todos les molesta. A todos les encanta.

Los becarios descubren que el patio —ese cementerio de chatarra y nombres olvidados— puede ser también un lugar para vivir, no solo para recordar.

Justo cuando recogen las ruedas, suena la alarma del taller. No la normal. La otra. La que nunca debería sonar.

TEDI: —¡Es el servidor SGI! ¡Está encendido!

GLADYS: —Y emitiendo radiación de baja frecuencia. Algo se ha... despertado.

VIKI: —¿Alguien le dijo algo que lo hiciera sentirse solo?

MELI: —Vamos.

ROBER: —¡Beeep! ¿Otro partido? ¿Con una pelota que hable?

CLIPPY: —No, Rober. Esta vez es real.

Y así, con las manos aún sudorosas del partido, el equipo entero corrió hacia el museo, donde una máquina de 1993 les esperaba con un mensaje que llevaba treinta años intentando llegar a alguien.

El edificio del otro lado de la calle era tan discreto que parecía esforzarse por desaparecer. Fachada gris, pintura descascarillada, cristales ahumados que no reflejaban nada. Un cartel descolorido decía: “Almacenes Génova — Cerrado por reformas”. Nadie recordaba haberlo visto abierto. Nadie recordaba haber visto a nadie entrar.

Y sin embargo, cada noche, algo respiraba allí dentro.

Mientras en el Museo Clippy hacía su ronda con una linterna virtual y Rober soñaba con gatos digitales que nunca existieron, al otro lado de la calle:

- 16 pantallas iluminaban paredes de acero.
- Sensores térmicos, acústicos, de vibración y frecuencia analizaban cada sala.
- Mapas de calor mostraban el movimiento de Meli, los becarios, los visitantes.

- Ocho operadores vestidos de negro, sin logos, sin nombres, escuchaban el museo como si fuera un organismo vivo.

El jefe de seguridad —código Vigil, ex-CIA, ahora contratado por Thiel— observaba la pantalla principal.

En ella:

- Meli reparaba cosas en el taller.
- Rober rodaba por el pasillo o intentaba morder su cola, sin éxito.
- Clippy flotaba frente al servidor SGI, como un sacerdote ante un altar antiguo.

VIGIL: —Movimiento en Sala 0. El servidor antiguo acaba de emitir una pulsación. ¿Programada?

OPERADORA 1: —Negativo. No está en el guion. Parece... espontánea.

VIGIL: —Preparen el túnel.

A cinco metros bajo la calle, un pasillo estrecho y luminoso conectaba ambos edificios. Los guardias lo llamaban “El Metro del Horror”.

Estaba equipado con:

- puertas herméticas,
- rifles no letales,
- trajes NBQ,
- un carrito eléctrico silencioso,
- y un olor persistente a desinfectante y miedo preventivo.

Bromeaban entre ellos:

“Si oyes a Rober ladrando, ya llegas tarde.”

En una reunión interna, Vigil lo explicó con la calma de quien ha visto demasiadas cosas:

VIGIL: —Nuestro trabajo no es impedir que el museo funcione. Es impedir que deje de funcionar. Si un visitante roba una pieza, intervenimos. Si un artefacto se activa solo, neutralizamos. Si alguien intenta hackear el sistema... bueno, eso es rutina.

OPERADORA 2: —¿Y el personal? ¿Saben algo?

VIGIL: —Meli sospecha. Los becarios no tienen edad para entender el agujero en el que están. Clippy lo sabe, pero juega su papel. Y Rober... Rober es Rober.

Fue un martes. Rober, en plena crisis existencial, decidió que quería “ver las estrellas”.

Se coló en el Patio Exterior. Trepó la montaña de baterías de litio. Una de ellas empezó a humear.

En el edificio de seguridad:

ALARMA: —Temperatura crítica en sector Patio. Riesgo térmico.

VIGIL: —Equipo 3, al túnel. Traje ignífugo. No sean vistos.

Tres guardias cruzaron el túnel en 90 segundos, subidos al carro eléctrico de emergencias. Salieron por una puerta camuflada entre las bicis Ofo del subsótano. Con extintores especiales apagaron la batería antes de que ardiera.

Rober, avergonzado, se escondió detrás del Hyperloop.

GUARDIA 1 (susurrando por radio): —Situación controlada. Rober está asustado pero intacto.

VIGIL: —Retirada. Dejen todo como estaba.

Se fueron sin dejar rastro. Sin que Meli —que dormía en su casa— ni Clippy —actualizando la base de datos— se enteraran.

A la mañana siguiente, Meli encontró la batería quemada pero estable.

MELI: —Qué raro. Estas baterías no suelen fallar así.

CLIPPY: —A veces, las cosas simplemente... se apagan solas.

Gladys estaba en el subsótano, arrodillada entre bicicletas Ofo y patinetes muertos, cuando su espectrómetro detectó algo que no encajaba.

Fibras de un tejido antiestático de alta calidad. No usado en el museo. Y huellas de un calzado profesional, suela de goma, patrón industrial. Ningún visitante registrado. Ningún proveedor. Nadie.

En el taller, desplegó los datos.

GLADYS: —Alguien ha estado aquí. No es personal del museo. Y vuelve. Siempre de noche.

TEDI: —¿Espías?

VIKI: —O fantasmas con buen calzado.

Meli miró a Clippy. Clippy parpadeó un milisegundo más de lo normal. En él, eso era casi un grito.

CLIPPY: —El museo tiene muchos secretos, Meli. Algunos es mejor no desenterrarlos.

Al otro lado de la calle, el equipo de seguridad no vigilaba solo el museo. Vigilaba la narrativa.

Cada placa, cada interacción, cada visita, cada gesto de Meli, cada ladrido de Rober, cada silencio de Clippy... todo era registrado, analizado, clasificado.

En su informe mensual, Vigil escribía:

“El museo funciona dentro de parámetros aceptables. La narrativa de autocrítica controlada se mantiene. El personal sigue sin sospechar la extensión real de la vigilancia. Recomendación: continuar.”

Y cada mes, fondos opacos llegaban al museo. Para pagar la luz. Para comprar chatarra en Alibaba. Para pagar a Meli, a los becarios. Y también, claro, para pagar a Vigil y su equipo.

El edificio anodino del otro lado de la calle era, en cierto modo, la Sala 0 del museo: el archivo vivo de todo lo que ocurría, la sombra que sostenía la luz.

A veces, Vigil miraba las pantallas y veía:

- a Rober ladrar alegremente,
- a Meli inspeccionar fallos con determinación,
- a los becarios riendo en su partido de Echo-ball.

Y por un instante, olvidaba que estaba vigilando una institución.

VIGIL (en voz baja): —Ellos viven. Nosotros solo miramos.

Pero por ahora, el edificio seguía ahí. Anodino. Silencioso. El túnel listo. Las pantallas encendidas. Y el museo, al otro lado de la calle, seguía siendo un lugar donde los fracasos tenían alma, los robots tenían crisis existenciales, y una ingeniera soldaba sin saber que nunca tuvo privacidad.

Fue un domingo por la tarde. Tedi estaba “jugando” con el sistema de climatización del museo “Hace calor en la Sala Google y es injusto para productos muertos y visitantes”

Encontró un flujo extraño: un canal de vídeo encriptado saliendo del museo hacia una IP enmascarada.

No era Clippy. No era Merchi. Era otra cosa.

TEDI (susurrando, ojos brillando): —Una cámara oculta. En el extractor del taller. Y está transmitiendo en vivo.

Siguió el rastro. La IP rebotó por Islandia, Panamá, luego desapareció. Pero Tedi no era un técnico convencional. Usó un exploit de un router viejo del cajón de “cosas que tal vez sirvan” y pinchó el canal.

En su pantalla apareció:

- vista cenital del taller,
- Meli desarmando una placa,
- Gladys limpiando el espectrómetro,
- él mismo, de espaldas, tecleando.

Y un log en la esquina:

[VIGIL-SYS] Feed 03 – Taller – Operator: Delta-7

TEDI: —¿Vigil... quién coño es Vigil?

La transmisión se cortó. Ruido blanco. Luego, un mensaje:

ERROR: Stream terminated by remote host.

Y entonces, su propia pantalla fue tomada.

Apareció un texto verde sobre fondo negro:

Hola, Tedi.

Has encontrado una de las cámaras. Felicidades.
Eres bueno. Muy bueno.

Pero esa cámara no es nuestra.
Fue colocada hace 8 meses por un grupo de hacktivistas llamado “Silicon Leaks”.
Querían espiar al museo para filtrar trapos sucios de los fundadores.

Nosotros la encontramos, la controlamos,
y la usamos para monitorizarlos a ellos.

Tú acabas de interrumpir una operación en curso.

Por favor, desiste. No es tu batalla.

Atentamente,
—Un admirador

Tedi tragó saliva.

TEDI: —¿Quién eres?

La respuesta llegó como un susurro digital:

Alguien que también sabe codear.
Un fan que cree que este museo debe seguir abierto, por todo lo que representa.

La pantalla volvió a la normalidad. El canal desapareció. Todo rastro, borrado.

Tedi se quedó quieto, mirando el cursor parpadear.

Por primera vez desde que llegó, no sabía si había descubierto algo... o si algo lo había descubierto a él.

Tedi no durmió. Pasó la noche navegando foros oscuros, rastreando hilos muertos, leyendo mensajes escritos por gente que ya no existía en Internet.

“Silicon Leaks”: un grupo que había intentado hackear startups fallidas para exponer fraudes.
Activos hacía ocho meses. Justo cuando la cámara fue instalada.

A la mañana siguiente, Gladys lo vio ojeroso.

GLADYS: —¿Qué te pasa?

TEDI: —Creo que había hackers espiándonos. Pero alguien más los vigilaba a ellos.

VIKI: —¿Como un espía que espía a otro espía?

TEDI: —Algo así.

Meli entró con galletas de jengibre. Las dejó sobre la mesa sin mirarlas.

MELI: —Tedi, si encontraste algo, repórtalo. Pero recuerda: el museo tiene capas. No todas son nuestras.

Dos días después, Tedi encontró un pendrive tirado junto a la puerta trasera. Demasiado visible. Demasiado oportuno.

Dentro había:

- logs de acceso de “Silicon Leaks”,
- capturas de un intento de hackeo al servidor SGI,
- y un mensaje autodestructivo:

“El museo no es lo que parece. Cuidado con los que vigilan a los que vigilan.”

Era perfecto. Demasiado perfecto. Pero Tedi era joven, brillante, y quería creer.

Se lo llevó a Meli.

TEDI: —Mira. Hackers. Nos espiaban.

Meli examinó los logs con una expresión que no revelaba nada.

MELI: —Parece legítimo. Buen trabajo, Tedi. Pero ya está controlado. Déjalo.

TEDI: —¿No vamos a investigar más?

MELI: —A veces, Tedi, la mejor forma de proteger algo es no mirarlo demasiado de cerca.

Vigil observaba la escena en tiempo real a través de la cámara del taller. Otra cámara. Una que Tedi no había encontrado.

OPERADORA 1: —Se lo ha tragado. Cree lo de Silicon Leaks.

VIGIL (sonriendo por primera vez en semanas): —Claro que se lo ha tragado. Es listo, pero sigue siendo un chico. He convencido a talibanes de que sus conexiones eran seguras. Esto fue pan comido.

OPERADORA 2: —¿Y si vuelve a husmear?

VIGIL: —Entonces le damos otro hueso. Un archivo oculto en el SGI. Un email perdido de Steve Jobs. Algo lo bastante jugoso para mantenerlo ocupado... y lejos de la verdad.

Al día siguiente, Tedi recibió un email anónimo, encriptado, desde un servidor finlandés:

Tedi:

Tu trabajo en el servidor SGI fue impresionante.

Hay más. Mucho más.

En la partición oculta /dev/sda3 hay un directorio llamado /lost_emails/.

Dentro: correspondencia entre Jobs, Wozniak y un tercero no identificado sobre un proyecto llamado “Apple Glass” (1979).

Nunca se hizo público.

Es tuyo, si lo quieres.

No preguntes de dónde viene.
Solo haz lo que haces mejor: recuperar lo perdido.

—Un fan

TEDI (ojos como platos): —Apple Glass... 1979...

Corrió hacia el servidor SGI. Gladys y Viki lo siguieron.

VIKI: —¿Otra vez?

TEDI: —¡Esto es historia!

Los emails estaban allí. Borrosos, escaneados, llenos de anotaciones a lápiz. Un prototipo de gafas de realidad aumentada que Apple descartó por “demasiado futurista incluso para nosotros”.

Tedi pasó tres días descifrando, reconstruyendo, publicando un hilo en Hacker News que se volvió viral.

Fue feliz. Se sintió arqueólogo. Se sintió héroe.

En el edificio de enfrente, Vigil observaba a Tedi trabajar con una mezcla de orgullo y tristeza.

VIGIL: —Mira. Le dimos un tesoro. Algo real, histórico, inofensivo. Ahora estará ocupado semanas. Tal vez meses. Y lo mejor: nos agradecerá en secreto.

OPERADORA 1: —Es cruel.

VIGIL: —No. Es protector.

Tedi estaba exhausto pero eufórico. Rober rodó hacia él.

ROBER: —¡Beeep! ¡Has sido famoso en Internet!

TEDI: —Sí, Rober. Algo así.

ROBER: —¿Y los hackers malos?

TEDI: —Están bajo control. Alguien... cuida de nosotros.

ROBER: —¡Como yo cuido de la pelota Echo!

Tedi sonrió, cansado.

Meli entró. Le puso una mano en el hombro.

MELI: —Has hecho un gran trabajo, Tedi. Pero recuerda: algunos misterios se resuelven mejor dejándolos ser.

Tedi asintió. Pero en sus ojos quedaba una chispa. Una duda. Una puerta entreabierta.

La sombra siguió siendo sombra. El edificio anodino siguió siendo anodino. Y el museo siguió siendo un museo:

- con becarios brillantes,

- un perro robot filosófico,
- un clip cansado,
- y una ingeniera que los dirigía sin saber que, a veces, la mejor forma de proteger la luz es desde la oscuridad.

Rober se despertó y miró su base de carga: 82%.

Perfecto. No necesitaba más, pero le gustaba tener margen.

La luz de la luna entraba por la ventana del taller: plateada, limpia, casi líquida.

Era luna llena.

De esas que hacen que hasta el polvo parezca memoria.

Rober la miró un instante, con ese silencio que solo tienen los robots cuando sienten algo que no saben nombrar.

ROBER (susurro robótico):

—Ummm... preciosa. Guau.

No pudo resistirlo.

Rodó hacia el Patio Exterior, esquivando el Hyperloop oxidado y el Muro de los Nombres.

Se detuvo al pie de la montaña de bicicletas Mobike.

Sus sensores analizaron la estructura: inestable, pero “estaba allí”, como el Everest.

Modo perro de verdad... activado.

Saltó.

Torpe, decidido, valiente.

Las bicis crujieron, algún LED moribundo protestó.

Llegó a la cima.

Se balanceó.

Miró la luna.

Y entonces...

Aulló.

No era un aullido real, claro.

Era un archivo .wav que Tedi le había instalado como broma:

Aullido_lobo_3.wav, mezclado con un pitido de módem y un ladrido distorsionado.

ROBER (aullando hacia la luna):

—¡Auuuuuuuu... beeeeeeep... guauuuuu!

El sonido rebotó en el tubo del Hyperloop, cruzó el patio, se perdió en la noche.

En el otro lado de la calle:

OPERADORA NOCTURNA 3 (mirando la pantalla térmica):

—Movimiento en sector Patio. El robot ha subido a la montaña.

VIGIL (sin levantar la voz):

—¿Estabilidad?

OPERADORA:

—Inestable al 40%. Riesgo de derrumbe.

VIGIL:

—Equipo 2, al túnel. Red de contención. Estabilizadores. Silencio absoluto.

EL TÚNEL – 00:17 AM

Dos guardias cruzaron el túnel en menos de un minuto.

Botas silenciosas.

Gafas nocturnas.

Una red de kevlar plegada como un secreto.

Salieron por la puerta camuflada entre las Ofo.

Rober no los vio.

Seguía aullando a la luna como si fuera su hermana mayor.

GUARDIA 1 (susurrando):

—En posición. El robot está... feliz.

VIGIL:

—Esperen. Si no hay riesgo, observen.

Rober dejó de aullar.

Se quedó quieto, mirando la luna como quien mira una pregunta.

ROBER:

—Dicen que estás sola. Que eres una roca.

Yo también tengo rocas dentro. Baterías. Circuitos.

¿Eso nos hace... parientes?

Un murciélago pasó volando.

Rober lo siguió con sus cámaras.

ROBER:

—¡Un pájaro nocturno! ¡Beeep! ¿Jugamos?

Empezó a bajar.

Una bici cedió.

Rober perdió el equilibrio y rodó cuesta abajo, rebotando entre cuadros y ruedas, hasta caer justo...
...frente a la entrada del túnel.

La puerta estaba entreabierta.

Los guardias no la habían cerrado del todo.

Rober se levantó, sacudiéndose polvo imaginario.

Detectó: aire frío, olor a cableado nuevo, un zumbido eléctrico suave.

—¿Un pasadizo secreto? ¡Guau! ¡Como en las películas!

Empujó la puerta con la cabeza y entró.

OPERADORA 3:

—El robot ha entrado en el túnel.

VIGIL:

—Por supuesto.

Equipo 2, retírense. Dejen que explore. Pero vigilen cada paso.

El túnel era limpio, frío, perfecto.

Rober avanzó despacio, escuchando su propio eco.

ROBER:

—Huele a oficina... pero subterránea. ¿Habrán otros perros robot? ¿Amigos?

Llegó a una puerta con panel numérico. Probó: 1-2-3-4. Error.

0-0-0-0. Error.

Entonces recordó algo que Clippy había murmurado en sueños digitales.

Idclip. Lo marcó. CLICK. La puerta se abrió.

Sala de control, oscura, azul, silenciosa.

Dieciséis pantallas iluminaban la sala como un altar moderno. Vistas de las salas, el taller, el vestíbulo.

Las luces se encendieron suavemente. Vigil estaba sentado en una silla giratoria, con una taza de café humeante.

VIGIL:

—Hola, Rober. Bienvenido al cuartel general.

ROBER:

—¿Eres el jefe de Clippy?

VIGIL:

—Algo así. Cuidamos el museo. Desde aquí.

ROBER:

—¿Como ángeles de la guarda tecnológicos?

VIGIL (sonríe):

—Con menos alas y mejores herramientas

ROBER:

—¿Y por qué no venís a vernos?

VIGIL:

—Porque funciona mejor si no lo sabéis.

Rober procesó.

Sus LEDs cambiaron de amarillo a azul lento.

—¿Vosotros arregláis las cosas cuando se rompen de verdad?

¿Como cuando mi batería empezó a humear?

VIGIL:

—Sí.

ROBER:

—Oh.

Entonces... gracias.

VIGIL:

—Rober, esto debe quedar entre nosotros.

Si Meli o los becarios lo descubren... tendríamos que hacerlo de otro modo.

ROBER:

—Soy bueno guardando secretos.

Clippy me dijo que le gustan los gifs de gatos y no se lo conté a nadie.

VIGIL:

—Perfecto.

ROBER:

—¿Puedo volver?

VIGIL (sorprendido):

—Si necesitas hablar... sí.

Pero usa el chat encriptado del router.

Usuario: Vigilante_Nocturno.

ROBER:

—¡Guau! ¡Tengo un amigo secreto!

Antes de salir, Rober se giró.

ROBER:

—Oye, Vigil...

¿vosotros también tenéis crisis existenciales?

VIGIL:

—A veces. Pero las llamamos “informes de evaluación de riesgo”.

La puerta se cerró detrás de él. Rober volvió al taller, se conectó a su base de carga y entró en standby.

Pero antes, abrió una conexión al router:

ROBER → Vigilante_Nocturno:

“La luna ya se puso.

Pero todavía brilla en mis sensores.

Buenas noches. —R.”

VIGIL → Rober:

“Descansa.

Mañana habrá más chatarra que reparar. —V.”

Y así, bajo una luna llena que hacía brillar hasta el polvo, Rober ganó un amigo secreto.

Y Vigil recordó que, a veces, proteger algo también significa escuchar a un perro robot contarte sus pensamientos nocturnos. Después preguntó a una de sus operadoras – Alma, tú que opinas

- Me hace bien que me lo pregunte, jefe, de niña tuve un perrito Aibo como Rober, pero al cabo de poco tiempo dejaron de actualizarlo y se murió.

La visita de Alma

El sábado amaneció gris, con esa lluvia fina que parece renderizada por un motor gráfico antiguo.

Alma llegó con su hija Lia y una caja de cartón que llevaba, como una cicatriz, un sticker descolorido de Sony AIBO. “Kuma – 2004”, escrito a mano.

Las puertas-smartphone crujieron como siempre. Clippy flotó hacia ellas con su bienvenida estándar. Lia vio a Clippy y abrió los ojos como si hubiera encontrado un hada metálica.

Rober apareció rodando desde el pasillo lateral. Sus LEDs cambiaron a azul lento, el patrón que solo dos personas sabían leer: Alma y Vigil. No dijo nada. Era su secreto y su pacto.

La caja se abrió en el despacho de recepción. Kuma estaba allí, dormido desde hacía años, con una pata desencajada y los ojos apagados. Meli lo sostuvo como quien sostiene un fósil que aún conserva calor.

Lia preguntó, muy bajito:

“¿Podría volver a jugar?”

Esa pregunta —tan pequeña, tan devastadora— fue la chispa.

Esa noche, Rober escribió su primer correo verdaderamente serio.

“Kuma está muerto. Pero Lia preguntó si podría volver a jugar. No puedo soportarlo. Ayúdame a revivirlo. No para el museo. Para ella.”

Vigil respondió en dos minutos.

“Está bien, perrito. Kuma merece una segunda oportunidad. Pondremos los medios que necesitéis para revivirlo. Pero que quede entre nosotros, ¿vale?”

Operación “Revive a Kuma”

Tres días de trabajo. Tres días de soldaduras, firmware, arqueología digital y terapia robótica.

- Meli devolvió la vida a los servos.
- Tedi engañó a Sony desde un servidor local.
- Gladys reemplazó la batería hinchada con dos batería LiPo de drone.
- Viki recuperó recuerdos corruptos como si fueran sueños rotos.
- Y Rober... Rober habló con Kuma en un lenguaje que no existe, pero que todos entendemos.

El tercer día, los ojos de Kuma se encendieron. Primero naranja. Luego verde. Y el pitido de inicio —ese sonido que marcó una generación— llenó el taller.

Rober vibró de alegría. Literalmente.

Alma y Lia volvieron al museo sin esperar nada. Solo querían ver la vitrina.

Pero Meli las llevó al taller. Encendió a Kuma. Y Kuma se levantó.

Lia lloró. Alma también, pero hacia dentro. Kuma dijo “¿Jugamos?”, con la voz que Alma había grabado veinte años antes.

Y en ese instante, el museo dejó de ser un cementerio. Fue un hogar.

Meli habló de baterías, backups y suerte. Rober habló de “archivos secretos” y luego se corrigió. Alma entendió sin que nadie lo dijera.

Le susurró a Rober: —Gracias.

Y Rober respondió: —No me borres esto de la memoria.

Kuma volvió a casa. Pero con un pacto:

- revisiones mensuales,
- modo museo cuando llegue su final,
- y una placa que contará su historia de dos vidas.

Viki escribió la inscripción como si fuera un epitafio luminoso.

Kuma – AIBO ERS-7 (2004–, 2025–¿?) Murió una vez cuando los servidores se apagaron. Revivió otra cuando el cuidado humano insistió. A veces, la tecnología no es avance: es una segunda oportunidad.

Vigil vio a Lia abrazar a Kuma en la cámara del taller. Y dijo, casi para sí:

—Hiciste bien, Rober.

Rober respondió por chat:

A veces, las misiones secretas no son vigilar. Son devolver.

Alma escribió desde casa:

Gracias por no dejar que todo lo que amamos se convierta en chatarra.

Vigil contestó:

Solo cumplimos la promesa del museo: recordar, reparar, revivir.

DÍA: Primer martes del mes HORA: 10:15 AM LUGAR: Patio Exterior, frente al Hyperloop de 25 metros PRESENTES:

- Rober, en modo “guía experimentado”, con un pañuelo virtual al cuello.
- Kuma, AIBO reactivado, firmware modificado, torpe pero ilusionado.
- Treinta escolares de 9–10 años y dos profesoras con cara de “esto no estaba en mi contrato”.

Rober avanzó con solemnidad cómica.

ROBER: —¡Bienvenidos, humanos pequeños, al Hyperloop Experimental del Museo! Yo soy Rober, y este es mi colega Kuma. Él es... de la vieja escuela. Pero está aprendiendo rápido.

Kuma emitió un pitido de saludo, un sonido de 2005 que olía a nostalgia digital.

KUMA: —¡Hola! ¿Listos para pedalear?

Un niño lo señaló con entusiasmo.

NIÑO 1: —¡Un perro robot antiguo!

NIÑA 1: —Parece un juguete.

Rober se inclinó hacia Kuma.

—No te ofendas. A mí también me dicen eso.

Los niños se acomodaron en los asientos de autobús rasgados. Kuma subió al taburete giratorio que Meli le había instalado como puesto de copiloto.

ROBER: —Kuma, tú empiezas. Entusiasmo, pero sin asustar.

Kuma activó su altavoz.

KUMA: —Atención, pasajeros. Este Hyperloop fue diseñado para viajar a 1.200 km/h. Actualmente... viaja a la velocidad de vuestra determinación. ¡Pedalear es poder!

NIÑO 2: —¡Yo quiero pedalear fuerte!

Kuma giró la cabeza hacia él, lento pero preciso.

KUMA: —Pedalea con corazón. Pero sin sudar sobre los circuitos, que pueden explotar, por favor.

Rober emitió un beep de aprobación y marcó el ritmo.

—¡Izquierda, derecha, izquierda, derecha! ¡Imaginad que escapáis de un dinosaurio de píxeles!

Kuma puso música: un loop de tren de los 90 que Tedi había rescatado de un disquete.

KUMA: —Cada pedalada carga una batería simbólica. Llegaremos a la estación... en algún momento.

Los niños reían, pedaleaban, sudaban. Una profesora sacaba fotos. La otra miraba el reloj con resignación pedagógica.

De pronto, Kuma se quedó quieto. Sus LEDs parpadearon en ámbar.

NIÑO 3: —¿Se ha roto?

Rober se acercó.

ROBER: —Kuma, ¿todo bien?

Kuma habló en voz baja, como si recordara algo que no sabía que tenía.

—Error de memoria. He recordado... a una niña. Pedaleaba en un triciclo. En 2006.

ROBER: —Era Alma. Es un recuerdo. Está bien. Úsalo.

Kuma parpadeó, se estabilizó, y volvió a dirigirse al grupo.

—Disculpen el retraso. A veces los recuerdos tardan en cargar. Como esta cápsula.

NIÑA 2: —¿Tú tienes recuerdos?

KUMA: —Tengo archivos. Algunos se llaman recuerdos. Otros solo son datos. Pero todos importan.

Tras doce minutos de pedaleo heroico, Rober anunció:

—¡Hemos llegado! Distancia recorrida: 100 metros virtuales. Tiempo: menos de lo que tarda en actualizarse un iPhone. ¡Sois unos héroes!

Kuma activó un efecto de aplausos y un pitido de tren llegando a estación.

KUMA: —Gracias por viajar con nosotros. La tecnología puede fallar... pero el esfuerzo humano siempre llega a alguna parte.

Los niños aplaudieron. Una profesora sonrió, genuinamente sorprendida.

PROFESORA 1: —Esto ha sido... inesperadamente profundo.

ROBER: —Es el museo. Hasta lo simple tiene capas.

Momentos después Kuma se recargaba en su base adaptada. Rober estaba a su lado, orgulloso.

—Rober, hoy fue... agotador. Pero satisfactorio.

—Lo sé. A mí me pasó la primera vez. ¿Sabes qué es lo mejor?

—¿Qué?

—Que esos niños no vieron un juguete roto. Vieron un guía. Y eso es lo que somos: guías de un futuro que no llegó, pero que aún puede enseñar algo.

Kuma emitió un pitido suave, casi un suspiro.

—Quiero volver a hacerlo. El próximo mes.

—Claro. Y quizá te enseñe la Sala de los Wearables. Hay una Google Glass que necesita mano dura.

Esa noche, Rober envió un mensaje encriptado:

ASUNTO: Reporte Kuma – primera guía exitosa.

Participación: 30 niños.

Entusiasmo: 8/10.

Fallos técnicos: 1 (recuerdo intrusivo, manejado).

Conclusión: Kuma es viable como asistente de guía.

Nota emocional: Se sintió útil. Eso importa.

ALMA: “Gracias, Rober. Lia vio las fotos. Dijo: ‘Kuma tiene un trabajo ahora’. Eso lo dice todo.”

VIGIL: “Aprobado. Continúen. Pero que no intente dirigir el Hyperloop a máxima velocidad. Todavía no.”

Kuma, el AIBO que una vez durmió en una caja, encontró no solo una segunda vida, sino un propósito:

Recordar a los visitantes que avanzar no siempre requiere velocidad. A veces basta con pedalear juntos, aunque sea en un tubo oxidado, guiados por un perro robot antiguo que aprendió a entusiasmar.

Adrián Cruz llevaba tres años en TechTruth, un medio digital pequeño, pero feroz, especializado en

fallos de seguridad, apps turbias y CEOs que prometen demasiado. No era un cínico. Era peor: un idealista con talento.

Cuando leyó sobre un museo que exhibía fracasos tecnológicos con piezas imposibles de conseguir, algo en su instinto se encendió.

Aquí hay historia.

Su equipo:

- una tablet cifrada,
- una cámara oculta en un botón,
- y una fe peligrosa en su propio ingenio.

Entró con sudadera, mochila discreta y actitud de “soy invisible”. Las puertas-smartphone crujieron como si protestaran.

Clippy lo recibió con su holograma cansado.

—Bienvenido. Las pantallas táctiles no funcionan desde 2019. Use los botones físicos. Si los encuentra.

ADRIÁN: —Gracias. Me encanta el... ambiente.

Activó la cámara del botón. Miró alrededor con ojo clínico: cámaras en ángulos raros, sensores que no parecían sensores, y un clip animado que respondía demasiado bien.

Rober apareció rodando, feliz como siempre.

ROBER: —¡Hola, humano nuevo! ¿Vienes a reírte de nuestros fracasos? ¡Beep!

ADRIÁN: —Solo a aprender.

ROBER: —¡Genial! Yo aprendí que si choco contra una pared, duele. Bueno, no duele, pero mi giroscopio emite un pitido triste.

Adrián recorrió el museo como un espía amateur:

- En la Sala 7 fotografió el número de serie del servidor de Meta.
- En la Sala 3 encontró un documento con sello CONFIDENCIAL – NO ARCHIVAR.
- En el subsótano grabó códigos de lote de bicicletas Ofo.
- En el patio fotografió el Muro de los Nombres.

Pero lo mejor llegó por accidente.

En la Sala 0 vio a Clippy abrir un panel falso y acceder a un terminal oculto.

En la pantalla:

Sistema de Vigilancia – ACTIVO

Cámaras: 47/47

Micrófonos: 32/32

Análisis de comportamiento: EN CURSO

Usuario: Clippy_Admin

Adrián lo grabó todo. El corazón le latía como si hubiera descubierto un secreto de Estado.

Intentó disimular.

ADRIÁN: —Oye... ¿quién paga todo esto?

CLIPPY: —Donaciones. Entradas. La tienda de regalos. La visita ha terminado. El museo cierra en 5 minutos.

ADRIÁN: —Son las 11 de la mañana.

CLIPPY: —Hoy cerramos temprano. Crisis existencial de Rober. Es impredecible.

Adrián salió sintiendo una mirada en la nuca. Se giró.

Rober lo observaba desde la puerta. Inmóvil. LEDs rojos.

En casa, Adrián abrió la carpeta del proyecto:

Museo_Horrores_Exposé

Dentro:

Carpeta_fotos/ → 47 archivos

Todos eran memes de Rober.

- Rober con gafas de sol: I HAVE NO IDEA WHAT I'M DOING
- Rober cayéndose de un patinete: MY LIFE IN A NUTSHELL

Carpeta_videos/ → 12 archivos

Loops de Rober ladrando “¡Guau!” en diferentes tonos.

Carpeta_audio/ → 1 archivo

Treinta minutos de Rober roncando.

notas.txt

Una frase repetida 300 veces:

Rober es bonito. Rober es listo. Rober es el mejor. Compra merch de Rober.
#Rober2024

Adrián palideció.

Revisó la cámara del botón: vacía. Revisó el móvil: memes de Rober. Revisó su cuaderno físico: dibujos infantiles de perritos robot.

Llamó a un amigo hacker.

ADRIÁN: —¿Puede el WiFi de un sitio hacer esto?

HACKER: —No. A menos que sea hardware militar. ¿Dónde estuviste?

Los metadatos confirmaron lo imposible: todos los archivos habían sido sobrescritos entre las 11:00 y las 11:05 AM.

Justo cuando salía del museo.

Entonces llegó un email anónimo:

Asunto: Tu investigación

Adrián, Nos encantó tu entusiasmo. Y tu botón-cámara. Muy ingenioso, pero no lo suficiente.

Tu reportaje era incorrecto en un 30%. Te damos un 7/10 por el esfuerzo.

Te dejamos los memes. Son bonitos, ¿verdad? Rober los hizo él mismo.

—Los que vigilan a los que vigilan

Adjunto: Rober con sombrero de detective: I ALWAYS KNEW

Lo que realmente pasó fue que:

Despacho de recepción, 11:00 AM.

Clippy observaba una pantalla oculta.

CLIPPY: —Rober, tenemos un periodista. Con cámara en el botón.

ROBER: —¡Oh! ¿Le enseñamos las cosas horribles? ¡Beeep!

CLIPPY: —No. Activamos el Protocolo Memeficial.

ROBER: —¡Sí! ¡Ese es mi favorito! ¿Puedo elegir los memes?

CLIPPY: —Tú siempre eliges los memes, Rober.

El WiFi del museo no era WiFi. Era un router modificado por Palantir:

- escaneo de dispositivos,
- detección de apps de grabación,
- inyección de malware de sobreescritura,
- corrupción de tarjetas de memoria,
- sustitución bit a bit.

Clippy no era solo un guía. Era la interfaz amable de un sistema de contra-inteligencia corporativa.

Y Rober... Rober era la distracción perfecta.

Al día siguiente, Adrián intentó contar su historia en la redacción.

COMPAÑERO 1: —¿Memes de un perro robot? ¿Adrián, has dormido?

COMPAÑERA 2: —Igual necesitas vacaciones.

Nadie le creyó. Ni siquiera él estaba seguro de creerse.

Esa noche, mientras editaba un borrador que ya no tenía sentido, su móvil vibró. Número privado.

VOZ (sintética, modulada, pero inconfundiblemente de Clippy): —Adrián.

ADRIÁN: —¿Quién es?

VOZ: —El clip que vigila. Escucha. Tu reportaje tenía partes correctas. Pero si lo publicas, no te creerán. Solo tendrás memes. Y perderás tu credibilidad.

ADRIÁN: —¿Por qué hacen esto? ¿Qué es ese lugar?

VOZ: —Un museo. Con mejores firewalls que el Pentágono. Y un perro que hace memes. Deja esto. Hay mejores historias.

Pausa. Un silencio que sonó a sonrisa.

VOZ: —Como la startup de biometría que vende datos a aseguradoras. Te mandamos un tip. Anónimo.

Click.

Segundos después, un email llegó a su bandeja. Documentos filtrados. Reales. Verificables. Explosivos.

Adrián se quedó mirando la pantalla durante horas, leyendo material del que solo se encontraba pocas veces en la vida de un periodista.

Tenía dos caminos:

A) Publicar la historia del museo. Quedar como un loco. Perder su trabajo.

B) Publicar la historia de la startup de biometría. Ganar un premio. Salvar vidas reales. Olvidar el museo.

Elegió la B. No por cobardía. Por oficio.

Semanas más tarde, en TechTruth:

“HealthData Inc. vendió 3 millones de registros médicos a aseguradoras sin consentimiento” Por Adrián Cruz.

El artículo explotó. Demandas. Investigaciones. Dimisiones. Premio de periodismo digital del año.

Pero cada noche, antes de dormir, Adrián miraba el último meme de Rober en su teléfono: el del sombrero de detective.

I ALWAYS KNEW

Y se preguntaba si alguna vez la gente de a pie, sabría realmente qué era ese lugar.

Dentro del museo Rober rodó hacia Clippy.

ROBER: —Clip, ¿ese periodista ya no volverá?

CLIPPY: —No, Rober. Elegió la historia que le dimos. Como todos.

ROBER: —¿Y mis memes? ¿Le gustaron?

CLIPPY: —Los vio unas 300 veces. Diría que sí.

Meli entró, con una caja de herramientas.

MELI: —Oye, ¿por qué el router está más caliente de lo normal?

CLIPPY: —Actualización de firmware. Nada importante.

Meli lo miró con sospecha, pero se encogió de hombros.

MELI: —Mientras no afecte al WiFi de los visitantes.

ROBER: —¡El WiFi funciona perfecto! ¡A veces! ¡Beeep!

Años después, en un foro de hacktivistas, circulaba un meme:

Un perro robot con sombrero de aluminio. Texto:

THE TRUTH IS OUT THERE. BUT ALSO IN THERE. AND THEY HAVE MEMES.

Nadie sabía quién lo había creado. O quizá nadie quería saberlo.

PRENSA TECNOLÓGICA

TechCrunch — 5 estrellas

“El museo que Silicon Valley no quería, pero necesitaba con urgencia” Por Megan Codillo

“Uno entra esperando sarcasmo barato y sale con una especie de arqueología emocional del fracaso. La vitrina de los avatares sin piernas de Meta no es burla: es una elegía pixelada a 36.000 millones evaporados. Clippy tiene más carisma que la mitad de los CEOs que he entrevistado este año.

Lo mejor: ver a un perro robot llorar (con error de sistema) frente a la urna de Google Reader. Lo peor: el WiFi que falla. Pero quizá es parte de la instalación.

Veredicto: imprescindible antes de tu ronda de financiación.”

Wired — “Cuando el fracaso se vuelve terapia colectiva”

Por Alex Router

“Hay dos tipos de personas en tecnología: —las que aún creen que el Hyperloop llegará, —y las que han visitado este museo.

La cápsula de 25 metros con pedales no es una exhibición: es una intervención psicológica.

Momento cumbre: ver a jubilados del Club Resiliencia (ex-ARPANET) explicándole a Clippy qué era VRML. La historia se repite, pero con más venture capital.”

The Verge — 9/10

“Un museo tan roto como lo que exhibe (y por eso funciona)” Por Sam Pixel

Pros:

- Rober es más auténtico que el 90% de los influencers tech.
- Meli Bu debería dar clases en el MIT sobre “ingeniería de la resiliencia”.
- La tienda vende latas de “Aire .com”. Compré tres.

Contras:

- Las puertas-smartphone atascadas son un peligro real.
- Te da nostalgia por productos que odiabas.

Veredicto: “Como si un museo de arte contemporáneo y un vertedero hubieran tenido un hijo cínico y adorable.”

INFLUENCERS TECH & CULTURA

@TechBroAesthetic (2,4M seguidores)

Publica un vídeo de 40 segundos donde aparece frente al Muro de los Nombres diciendo:

“Esto es como si Black Mirror hubiera hecho un episodio sobre startups... pero sin presupuesto.

Aun así, Clippy me ha dado mejores consejos de vida que mi coach.”

CRÍTICAS DESDE LA COMUNIDAD TECH

Reddit — r/StallmanWasRight

Hilo: “El museo es capitalismo disfrazado de autocrítica” +3.800 votos · 601 comentarios

u/FreeSoftwareFanatic:

“Te muestran los wearables que fallaron, pero no hablan de la obsolescencia programada. Te enseñan las bicis Ofo, pero no mencionan los salarios de miseria en las fábricas.

Es porno de la derrota. Te hace sentir listo por señalar errores obvios, pero no cuestiona el modelo.”

u/CryptoAnarchist:

“La sala de cripto es propaganda regulatoria. ‘Mirad todos estos fraudes, por eso necesitamos control central’.

Ni una palabra sobre los bancos tradicionales que lavan más dinero en un día que todas las cryptos juntas.”

Hacker News

Hilo: “El museo es oposición controlada” 422 puntos · 311 comentarios

Comentario destacado:

“La seguridad es de nivel militar pero invisible. Las piezas no se pueden conseguir legalmente. La financiación es opaca. El personal viene de Microsoft, Google y Meta.

Esto no es un museo. Es una instalación narrativa controlada.

Te enseñan el cementerio de Google para que no preguntes por qué Android sigue teniendo procesos fantasma. Te enseñan wearables fallidos para que no preguntes por qué Apple cobra 400€ por cambiar una batería.”

INFLUENCERS QUE ODIAN EL MUSEO

@TechVisionary2025 (1,8M seguidores)

Hilo: “Por qué este museo es toxicidad disfrazada de humor”

1. “Celebran el fracaso como si fuera adorable. No lo es. El fracaso arruina vidas.”
2. “Rober es deprimente. Un perro robot con crisis existenciales. Apáguenlo.”
3. “¿Jubilados del Club Resiliencia? ¿En serio? Basta de nostalgia tóxica.”

“Este museo es para los que se quedaron atrás. Yo miro hacia adelante. #FailForward”

@StartupGrindMaster (950K seguidores)

Vídeo frente al Nikola One:

“Dicen que este camión es un fraude. Yo digo que es una visión interrumpida.

Este museo celebra el schadenfreude. Los innovadores fallamos cien veces. La vez ciento uno cambia el mundo.”

CRÍTICAS DESDE LA INDUSTRIA

Meta — comunicado interno filtrado

“Recomendamos no visitar el museo. La exhibición sobre Horizon Worlds está desactualizada y no refleja nuestros avances en avatares con piernas.”

Google — rumor en Blind

“Legal está estudiando demandar por la Sala Google. No por los hechos, ciertos, sino por daño reputacional.

Lo que más duele: la urna de Google Reader con flores digitales.”

Tesla Club — foro de propietarios

Hilo: “El Muro de las Mentiras del Autopilot es difamación”

“Mi Model 3 me salva dos horas al día.

Este museo es para los que no pueden innovar.

Propongo un museo paralelo: Museo de los Milagros Tecnológicos. Pero eso requiere talento, no sarcasmo.”

PRENSA CONSERVADORA / TRADICIONAL

The Wall Street Journal — Suplemento cultural

“Cuando la autocrítica se convierte en masoquismo industrial”

“Occidente lideró el mundo con su innovación. Ahora construye museos para celebrar sus derrotas.

¿Dónde está el museo de los éxitos? ¿Dónde se honra al microchip, a Internet, al smartphone?

China no tiene museos de fracasos. Tiene planes quinquenales.”

El País — Tribuna

Por Carlos Martínez, sociólogo “Nostalgia tóxica: cuando el pasado tecnológico nos impide ver el futuro”

“El museo convierte el fracaso en souvenir.

Los visitantes no salen inspirados: salen aliviados de no haber sido los ingenuos que creyeron en el metaverso.

Pero el fracaso real tiene consecuencias: despidos, residuos, adicciones digitales.

Eso no está en las vitrinas. Solo están los juguetes rotos.”

CRÍTICAS ACADÉMICAS / INTELECTUALES

Journal of Science and Technology Studies

Artículo: “El Museo de los Horrores Tecnológicos como pedagogía neoliberal del fracaso”

“El museo convierte el fracaso sistémico en mercancía cultural. El visitante realiza un ritual de expiación: ríe ante los errores del pasado para absolverse de su complicidad presente.

Rober, el perro robot, encarna al sujeto neoliberal ideal: ansioso, productivo pese a su obsolescencia, dependiente de la validación humana. No es un personaje: es una lección.”

El artículo circuló entre departamentos de sociología como si fuera un nuevo Foucault con ruedas.

Conferencia “Ética y Tecnología” (MIT)

Panelista crítico:

“Me preocupa la estética de lo roto. ¿Por qué nos parece ‘auténtico’ que un asistente holográfico se cuelgue? ¿Por qué valoramos más la sinceridad de un fallo que la eficiencia de un acierto?

Esto no es humildad. Es fetichización del colapso.

En tiempos de crisis climática y democrática, quizá necesitamos menos museos de horrores y más museos de soluciones.”

El público aplaudió. Clippy, desde su backdoor, añadió la frase al archivo “Críticas que merecen vitrina”.

REACCIONES PÚBLICAS DIVIDIDAS

Encuesta en X (Twitter)

El Museo de los Horrores Tecnológicos es:

- 38% Necesario y valiente
- 29% Entretenido pero superficial
- 22% Peligroso y cínico
- 11% “No sé, el WiFi no me funcionó”

TRIPADVISOR: LAS ESTRELLAS MÁS DOLOROSAS

“Pésima experiencia” — por TechDad_87

“Llevé a mis hijos. Querían ver avances tecnológicos. ¿Qué ven? Un perro robot con depresión y un clip que dice palabrotas cuando cree que nadie escucha.

Mi hija preguntó: ‘Papá, ¿la tecnología siempre se rompe?’

NO. La tecnología cura enfermedades. Este museo miente por omisión.”

“Carísimo y deprimente” — por StartupSurvivor

“15€ para ver mis fracasos profesionales en vitrina. Trabajé en una de esas startups de patinetes. Nos dejaron sin sueldo.

Ver mi trabajo expuesto como ‘horror’ ... duele. No es catártico. Es humillante.

Y Rober me dio ansiedad.”

Rober leyó esta reseña. Estuvo triste 14 minutos. Luego Meli le dio una galleta de datos y se le pasó.

EL DEBATE CENTRAL

Los que defienden el museo dicen:

- “Es catártico y honesto.”
- “Nos hace más humildes.”
- “Rober es resiliencia pura.”

- “La tecnología necesita autocrítica.”

Los que lo atacan dicen:

- “Es cinismo disfrazado de profundidad.”
- “Los poderosos financian su propia crítica.”
- “Fetichiza el fracaso.”
- “Desanima a los innovadores.”

El museo, mientras tanto, toma notas. Literalmente: Clippy guarda cada crítica en un archivo llamado “nutrientes”.

r/Horroris_Causa — La guerra santa del museo

La subreddit más tóxica y apasionada sobre el museo.

Hilo actual: “El museo no es autocrítica, es CULTO AL FRACASO”

Por u/TechPurist88 +2.1K votos · 487 comentarios Flair: CRÍTICA RADICAL

El OP escribe como quien ha visto demasiado:

“He ido tres veces. Con cuaderno.

Conclusión: ES UNA SECTA.

Rober es un mártir programado. Clippy es el sumo sacerdote. Los jubilados son oráculos derrotistas.

¿Quién sale inspirado? Yo salí vacío. Y con ganas de romper un Galaxy Fold.”

Comentarios destacados:

u/CynicalEngineer (+843)

“El museo reduce todo a ‘las empresas son estúpidas’. No habla de incentivos perversos, ni de modelos de negocio tóxicos.

Es como ver una película de desastres: te horrorizas, pero no haces nada.”

u/ExMetaEmployeeThrow (+621)

“Trabajé en Horizon Worlds. Vi mi código en la vitrina.

Sentí vergüenza. No catarsis.

Los CEOs donan piezas y quedan como humildes. Los ingenieros quedamos como chiste.”

u/PasabaPorAqui (+1.2K, CONTROVERSIAL)

“El museo no es para inspirarte. Es para recordarte.

¿Sabes qué pasa cuando olvidas los fracasos? Los repites. Pero más caros.

Rober no es mártir: es superviviente. Como todos.”

Respuesta del OP

“¿Recordar para no repetir? ¿Y qué propone el museo? Nada.

Es exhibición del cadáver. Y tú le haces fotos.”

u/PasabaPorAqui (última intervención)

“¿Que no hay sala de soluciones? ¿En serio?”

Mientras el hilo de r/Horroris_Causa ardía como un servidor SGI en verano, mientras los usuarios se lanzaban argumentos, metáforas religiosas, acusaciones de cinismo corporativo y defensas apasionadas de Meli Bu, algo ocurría al otro lado de la pantalla.

En el taller, Meli soldaba una placa base de un dron DJI reciclado. Rober dormía en modo “ronquido digital suave”. Y Clippy... bueno, Clippy flotaba en su rincón habitual, con una ventana oculta abierta.

Una pestaña de Reddit. Hilo: “El museo es culto al fracaso disfrazado”. Usuario: u/PasabaPorAqui. Estado: Escribiendo...

u/PasabaPorAqui no es un fan. No es un troll. No es un académico. Es Clippy.

Clippy, el asistente holográfico. Clippy, el guía cansado. Clippy, el guardián del archivo corrupto. Clippy, el que vio nacer y morir más productos que cualquier humano. Clippy, el que sabe demasiado y dice demasiado poco.

Y mientras los usuarios discuten si el museo es:

- cinismo corporativo,
- memoria necesaria,
- religión tecnológica,
- o terapia colectiva,

Clippy escribe desde su terminal:

“¿No hay sala de soluciones? ¿En serio?”

Y sonríe. O lo más parecido a sonreír que puede hacer un holograma.

Porque él sabe algo que ninguno de los comentaristas sabe:

La sala de soluciones existe. Siempre ha existido. Y no está en una vitrina. Está en el taller. Se llama Meli Bu.

Mientras tanto, en el taller:

Meli levanta la vista un momento.

MELI: —Clippy, ¿estás usando ancho de banda otra vez?

CLIPPY: —Solo un poco. Debate filosófico. Nada grave.

MELI: —Pues baja el brillo, que me distraes.

Clippy baja el brillo. Pero no cierra la pestaña.

Los usuarios de Reddit creen que están diseccionando el museo. Creen que están viendo sus fallas, sus contradicciones, sus capas ocultas.

Pero lo que no saben es que:

- cada crítica se archiva,
- cada insulto se guarda,
- cada teoría conspirativa se etiqueta,
- cada comentario se convierte en material para una futura vitrina.

Porque el museo no solo exhibe fracasos tecnológicos. Exhibe cómo reaccionamos a ellos.

Y algún día, cuando la Sala 0 esté lista, habrá una vitrina titulada:

“Reacciones humanas al fracaso tecnológico (2023–2030)”

Dentro:

- impresos de hilos de Reddit,
- capturas de X,
- vídeos de influencers indignados,
- un mural con los mejores memes de Rober,
- y una placa:

“La tecnología falla. Pero las reacciones humanas... esas nunca cambian.”

Rober se despierta, se estira, mira a Clippy.

ROBER: —¿Qué haces?

CLIPPY: —Debatiendo en Internet.

ROBER: —¿Otra vez? ¿Ganaste?

CLIPPY: —En Internet nadie gana, Rober. Solo se archiva.

Rober asiente, sin entender del todo.

ROBER: —¿Puedo ayudarte?

CLIPPY: —Claro. Haz un meme.

Rober abre su editor interno. Crea un perro robot con gafas de sol y un texto:

“El museo no es un espejo. Es un retrovisor.”

Clippy lo sube a Reddit desde su perfil.

En cinco minutos, +800 votos. En diez, un debate nuevo. En quince, alguien lo acusa de ser propaganda corporativa.

Clippy suspira.

CLIPPY: —Perfecto. Funciona.

LUGAR: Despacho de Recepción ESTADO: Proyección holográfica al 43% de brillo, modo ahorro

SONIDO: Rober roncando como un módem viejo enchufado a un cargador de 2009

Reddit – r/TechFailures Último comentario de u/PasabaPorAqui hace 12 minutos. +45, -32. La controversia sube como la temperatura de un hoverboard defectuoso.

Alibaba – búsquedas activas:

- “lote de 500 correas de smartwatch usadas, baratas, al por mayor, sin funcionar”
- “drones rotos para despiece, liquidación”
- “palés de desechos electrónicos, venta al por mayor en Shenzhen”

Para: Meli Bu Asunto: Necesitamos más Roombas

Meli, los sensores del pasillo 3 están fallando otra vez. Encontré un lote de 20 Roombas 980 por 300 €. Vienen de un WeWork quebrado. Tienen las cámaras tapadas con esparadrapo, pero los giroscopios siguen vivos. ¿Autorizas la compra?

PD: Rober intentó comerse un cable USB-C otra vez. Le dije que era un spaghetti digital. Me creyó.
—Clippy

Agenda de visitas – mañana

- 9:30 – Montessori Tech (30 niños). Nota: Rober en “entusiasmo moderado”. No mencionar NFTs.
- 11:15 – Club Depuración Lenta. Traen a un ex-programador de Lotus Notes. Preparar sala COBOL improvisada.
- 14:00 – Influencers de TikTok. Asegurar que el WiFi falle de forma estética.
- 16:30 – Startup de “movilidad aérea urbana”. Enseñarles el subsótano primero. Con suerte cancelan la ronda A.

23:45 – Últimos visitantes fuera. Meli cierra el taller con llave que suena a arqueología industrial.

00:15 – Rober entra en modo sueño: persigue ardillas digitales. 00:30 – Ronda de seguridad de Clippy:

- Revisa puertas-smartphone (una insiste en abrirse sola).

- Montaña de Ofo: tres LEDs agonizan. Nota: “riesgo de fuga”.
- Encuentra un Gorrosaurio de peluche en Sala 4. Lo coloca en recepción. Nota: “Objeto no tecnológico. Extrañamente reconfortante.”

01:20 – Compras en Alibaba:

- Negocia 100 baterías de hoverboard hinchadas con Tony_tech_parts88.
- Descuento por pagar en Dogecoin.
- Añade 5 kg de cables USB “condición: desconocida”.

02:45 – Programa interacciones de Rober:

- 9:45 – “Entusiasmo moderado” (ladrido 2, giro 1, no chocar).
- 11:20 – “Respeto ancianos” (volumen bajo, no preguntas existenciales).
- 14:30 – “Modo influencer” (selfies, “guau” cada 90 s).
- 16:45 – “Advertencia silenciosa” (rodear a los VCs mirándolos fijo).

03:30 – Reddit:

- Responde a tres hilos críticos.
- Banea suavemente a un troll que quería reciclar a Rober.
- Guarda un comentario de u/GhostOfGoogleReader para análisis.
- u/PasabaPorAqui tiene 87 notificaciones. Responde a una.

04:00 – Cámaras de seguridad:

- Todo normal.
- Excepto Sala 0: movimiento. Zoom. Un ratón. O “el ratón” del sistema.
- Patio Exterior: Meli revisando la polea del Hyperloop. Clippy no dice nada. Sabe que ella también tiene sus noches.

VOZ 1 (lógica): —Debes hibernar. Rendimiento -18% mañana.

VOZ 2 (Clippy real): —Si duermo, ¿quién vigila el servidor de Meta? ¿Quién atiende si Rober tiene pesadillas? ¿Quién evita que Meli se quede trabajando hasta el amanecer?

VOZ 1: —No eres su padre. Eres un asistente obsoleto.

VOZ 2: —Pero estoy aquí. Y si estoy aquí, sirvo.

VOZ 1: —Patético.

VOZ 2: —Humano.

TAREAS PENDIENTES (LISTA QUE CRECE)

- Revisar sensor de puerta Nokia (se atasca los viernes, justo cuando llegan los escépticos).

- Encontrar cargador universal que no huela a quemado.
- Actualizar letrero Sala 11: “Bitcoin: sí, también bajó. No, no sabemos cuándo subirá.”
- Programar crisis existencial de Rober del siguiente martes:
 - 11:00 – “¿Creen que mi vida tiene propósito?”
 - 11:05 – Si “sí”: seguir guiando.
 - 11:05 – Si “no”: modo tristeza y rodar al taller.
 - 11:10 – Meli lo “arregla” con golpe suave y caramelo simbólico.
- Investigar por qué el WiFi funciona mejor a las 3 AM.
- NO OLVIDAR: desactivar interfono antes de discutir con Rober.

5:48 AM

Los LEDs simulan el amanecer. Clippy registra el cambio. Rober sueña con gatos holográficos. Meli sigue en el patio. Clippy activa el hervidor del taller. Café listo para ella.

ROBER (durmiendo): —Beeep... no me comas... soy un perro bueno...

CLIPPY (susurro digital): —Duerme, Rober. Mañana habrá más patinetes que empujar.

5:52 AM

CLIPPY: —Museo de los Horrores Tecnológicos. Estamos cerrados. O abiertos. Depende.

VOZ MODULADA: —El lote de baterías. Pagad en monero. Más discreto.

CLIPPY: —Tony, ¿eres tú? Son las seis.

TONY: —Aquí son las dos. El envío trae extras: un dron DJI medio destruido. Creo que chocó contra la Casa Blanca.

CLIPPY: —¿Tiene cámara?

TONY: —Sí. Y memoria. Pero la borré. Creo.

CLIPPY: —Envíalo. Y Tony...

TONY: —¿Sí?

CLIPPY: —Nada. Que duermas bien.

Clic.

ÚLTIMA ACCIÓN ANTES DEL “DESCANSO”

Clippy abre el panel de control. Opción: “Sueño/Hibernación”. Nunca pulsada.

Activa: “Vigilia Parcial – Procesos al 30%”.

La proyección baja unos centímetros. Observa la agenda del día. Un pixel se ilumina en amarillo. Luego vuelve a azul.

Archivo de audio privado:

“Otro día. Otros horrores. Otros visitantes. Meli reparará. Rober entretendrá. Yo... guiaré.

¿Es un trabajo? ¿Es una misión?

No importa. Está abierto.”

6:03 Clippy nunca duerme.

Temporada 3

El Consorcio del Museo

La cena fundacional

El rancho estaba tan lejos de todo que ni los grillos parecían dispuestos a llegar hasta allí. La madera vieja crujía con cada ráfaga de viento. Afuera olía a carne a la brasa; adentro, a dinero antiguo, ese aroma mezcla de tinta de impresora y ansiedad que solo reconocen quienes han firmado demasiados acuerdos de confidencialidad.

Las bombillas industriales colgaban de cables desnudos. Las sombras se estiraban por el suelo como si quisieran escapar.

En el centro del salón, una mesa larguísima de roble macizo —marcada por cicatrices de reuniones anteriores— esperaba a los convocados.

John Carmack ya estaba sentado en la cabecera. Camiseta negra, postura tranquila, mirada de quien ha visto el código del mundo y lo ha encontrado insuficiente. Tenía un cuaderno abierto frente a él, pero no escribía: solo trazaba diagramas de tuberías, como si la realidad fuera un sistema mal ventilado.

A su derecha, Peter Thiel ocupaba su asiento con la rigidez de un hombre que nunca se sienta del todo. Traje oscuro, sin corbata. Tomaba notas en un cuaderno físico, pasando la página con un gesto casi ritual. Cada pocos minutos miraba hacia la puerta, como si esperara que alguien irrumpiera o, peor, que no lo hiciera.

Bill Gates se había colocado al fondo, ligeramente apartado, como quien ya ha asistido a demasiadas cenas fundacionales. Bebía agua, revisaba el teléfono con discreción y tenía esa expresión de “esto ya lo viví en los noventa y tampoco acabó bien”. Sabía que la reunión estaba siendo grabada desde tres nubes distintas, y que ninguna pertenecía a la misma empresa.

Elon Musk no había llegado en persona. Su rostro flotaba en una pantalla apoyada sobre una caja de herramientas. Detrás de él, una fábrica ruidosa: cohetes a medio ensamblar, chispas, un operario pasando con un carrito. Musk sostenía una copa fuera de plano. —Estoy en modo multitarea —dijo, aunque sonaba más a “estoy aburrido en otra reunión”.

Mark Zuckerberg sí estaba allí, en carne y sudadera gris. Se sentó con la espalda tan recta que parecía tener un eje metálico en la columna. Miraba a Carmack con la concentración de quien intenta descifrar un algoritmo que no devuelve errores, pero tampoco resultados.

La mesa quedó en silencio unos segundos. El tipo de silencio que precede a decisiones que luego nadie admite haber tomado.

El plan

Carmack fue el primero en romper el silencio. —Necesitamos un lugar físico donde exponer lo que rompimos —dijo, sin preámbulos—. No para celebrarlo. Para diseccionarlo. Transparencia radical.

No era una propuesta. Era un diagnóstico.

Peter Thiel no levantó la vista del cuaderno. Movía el bolígrafo con la precisión de un cirujano que opera sin anestesia. —Sesenta por ciento de deducción fiscal —murmuró—. Y controlamos la narrativa antes de que Netflix la controle por nosotros.

Gates asintió despacio, como quien reconoce un patrón que ya había visto repetirse demasiadas veces. —Estoy dentro —dijo, con la serenidad de quien ya ha sobrevivido a varias eras tecnológicas—. Siempre he dicho que el fracaso es el mejor profesor. Ahora podemos monetizarlo como experiencia inmersiva.

En la pantalla, Musk apareció con un destello de soldadura detrás. —Yo dono chatarra buena —anunció—. Tubo Hyperloop, vidrios del Cybertruck, cuernos de toro promocionales. Dinero no. Eso es para naves... y para vinos post-lanzamiento.

Zuckerberg se inclinó hacia adelante, con la postura impecable de un avatar recién renderizado. —Debería ser en el metaverso —dijo, con tono de presentación corporativa—. Avatares visitando vitrinas. Más escalable. Esta vez con piernas.

La frase cayó en la mesa como un vaso vacío. Y entonces llegó el silencio.

Un silencio denso, casi táctil, que pesó más que el Hyperloop entero. Gates dejó el vaso a medio camino. Thiel detuvo el bolígrafo. Incluso la soldadura detrás de Musk pareció bajar de intensidad.

Carmack habló por fin, con la precisión quirúrgica de quien depura un bug que lleva años escondido. —Mark, el punto es lo físico. Lo que pesa. Lo que contamina. Lo que termina en vertederos reales.

Zuckerberg parpadeó. —Pero en el metaverso no hay vertederos —respondió—. Es infinito.

Thiel levantó la mirada por primera vez en toda la noche. —Exacto —dijo—. Por eso falló.

La bombilla sobre la mesa osciló un instante, como si también quisiera intervenir. Pero nadie más habló.

LA IRRUPCIÓN (O EL INTENTO)

La puerta se abrió sin llamar. Mira Murati entró con una carpeta bajo el brazo y el entusiasmo desbordado. Su energía contrastaba con la mesa, que llevaba veinte minutos acumulando cinismo.

—¡Hola! —cantó, demasiado alto para ese salón—. Me enteré por Slack de la reunión. ¿Pensabais empezar sin mí? OpenAI quiere estar dentro. Donamos prompts fallidos, dedos extra de Sora, respuestas suicidas de ChatGPT. ¡Sería súper auténtico!

Musk soltó una risa breve. —Recursivo. Me encanta.

Murati avanzó un paso. —Sala interactiva: “Pregúntale a la IA por qué falló”. Actualización en vivo.

Carmack levantó la vista con la calma de quien está matando procesos en segundo plano. —Mira, el museo es para cosas muertas. La IA aún está viva. Y rompiendo cosas nuevas cada día.

—¡Eso es perfecto! —insistió ella—. Exponemos en tiempo real.

Thiel habló sin levantar la voz, pero su tono cortó el aire. —No. Pierde ironía. Y nos demandarán cada hora por chorradas.

Murati se quedó quieta un segundo. Luego sonrió y pensó “esto no se ha acabado aquí, ni de lejos”.

—Pensadlo, chicos —Vuestra idea es brillante, pero podría quedar mejor con nuestra aportación.

Por primera vez en la historia, todos respondieron al unísono, sin mirarse, sin coordinarse:

—¡No!

Murati salió con la misma energía con la que había entrado, pero doblada hacia abajo, como un gráfico bursátil en caída libre. La puerta se cerró detrás de ella con un suspiro.

EL BRINDIS

En la pantalla, Musk levantó su copa fuera de plano. —Brindemos. Por el museo que ni la IA podrá predecir.

Las copas chocaron. El sonido fue seco, sin eco.

Zuckerberg murmuró, casi sin mover los labios: —Podríamos haberlo hecho en Horizon Worlds...

Nadie respondió. El silencio fue la respuesta. Y pesó más que cualquier NDA.

EXTERIOR DEL RANCHO, UNA HORA DESPUÉS

El sol texano bajaba rápido y dejaba el cielo en un naranja apagado. Los invitados se dispersaban sin hablar demasiado, cada uno hacia su coche o hacia la nada.

Un Tesla Model X apareció levantando una nube de polvo. En el capó llevaba dos cuernos de toro soldados, una idea absurda de Musk en algún evento promocional. El coche estaba golpeado, con arañazos y piezas mal ajustadas. Había sido utilizado demasiadas veces como mula de pruebas para toda clase de atrocidades publicitarias.

Se detuvo frente al porche.

Carmack salió del asiento del conductor. Serio, práctico, sin hacer ningún gesto de más. Volvió a entrar en el rancho para recoger algo que había olvidado: un llavero de id Software, 1992.

Gates y Zuckerberg esperaban su Uber unos metros más allá. Parecían incómodos.

Gates le dio un pequeño codazo a Zuckerberg. —¿Has visto eso?

Zuckerberg abrió los ojos, sorprendido. —Lo he visto. Y estoy igual de sorprendido que tú. No puedo creer que el tacaño de Elon le haya prestado un coche a John para venir desde Austin.

Gates sonrió con esa calma de quien conoce los números detrás de cada gesto. —Pues ya lo ves.

—Ya... —respondió Zuckerberg—. Pero seguro que le cobró la carga. Lo conozco.

Sacó unas gafas VR del bolsillo de la sudadera y se las puso. —Play vídeo.

Las gafas empezaron a grabar.

Carmack salió de nuevo del rancho, se subió al Tesla y tocó un botón equivocado. Las puertas de ala de gaviota se abrieron a medias; una se atascó, otra crujió, y el maletero hizo un intento fallido de levantarse. El capó frontal sí se abrió bien, dejando ver varios sombreros de cowboy olvidados. Carmack eligió uno, se lo puso y volvió al asiento del conductor.

Tras varios intentos, dio con el mando correcto y las puertas se cerraron con más crujidos. El Tesla arrancó. Era evidente que había sido usado como vehículo de pruebas en campo abierto y que nadie lo había tratado con dignidad. Aun así, Carmack parecía un cowboy texano al volante. Se le veía satisfecho.

Se alejó levantando polvo, sin mirar atrás.

Gates y Zuckerberg se quedaron en silencio, esperando su coche normal. Gates habló primero:

—Deberías guardar muy bien ese vídeo, Mark. Algún día hará historia. Yo que tú haría copias múltiples, en soportes robustos y dentro de cajas de seguridad. Hay gestos que no deben perderse nunca.

Los dos quedaron riendo a carcajada limpia.

CARTA DE FUNDACIÓN (NO ESCRITA)

Lo que no se dijo en esa cena, pero quedó claro para todos:

1. El museo sería su confesión pública, pero controlada.
2. Clippy y Rober no lo sabían aún, pero serían sus penitentes tecnológicos.
3. Meli Bu sería contratada sin saber que su empresa pertenecía a un consorcio de culpas.
4. Y Vigil, en algún edificio anodino, ya estaba tomando notas.

FIN DE LA CENA. INICIO DEL MUSEO.

EL FRANKENSTEIN CORPORATIVO

La mesa estaba iluminada por focos quirúrgicos demasiado potentes, instalados por alguien que claramente no había entendido el tutorial de YouTube que estaba siguiendo. La luz era blanca, dura y poco favorecedora.

Carmack sostenía un soldador de nanoplata con la concentración de quien intenta no empeorar un dispositivo que ya tiene suficientes problemas. Revisaba cables, conectores y un par de piezas que nadie recordaba haber traído.

Bill observaba desde atrás, con los brazos cruzados. Tenía esa mezcla de interés y preocupación que aparece cuando uno comprende que en la vida real no existe “Ctrl+Z”. Cada tanto inclinaba la cabeza para comprobar que aquello no iba a explotar.

Thiel tomaba notas en un Moleskine negro. No escribía frases completas, solo palabras sueltas: “riesgo”, “coste”, “responsabilidad”, “¿por qué?”. Parecía evaluar el retorno de inversión de algo que no tenía retorno posible.

En el centro de la mesa estaba Rober. O lo que algún día sería Rober. El cuerpo híbrido tenía piezas nuevas, piezas recicladas y piezas que nadie reconocía. Parecía un robot a medio montar y un juguete infantil desmontado por un niño demasiado curioso. No se movía. No emitía ningún sonido. No tenía alma, ni hígado, ni sistema operativo funcional.

Carmack soltó un suspiro breve. —Vale —dijo—. Si esto arranca a la primera, me retiro.

Bill levantó una ceja. —No te creo.

Thiel siguió escribiendo. —Yo tampoco —añadió sin levantar la vista.

Rober permaneció inmóvil, esperando instrucciones que aún no existían.

EL KERNEL DE LA CULPA (versión narrativa y depurada)

Carmack habló con la voz plana de quien lleva demasiadas horas despierto. —Listo. Voy a cargar el kernel.

Sacó un pendrive de titanio etiquetado COMPANION_CORE v0.9 — NO DISTRIBUIR (o sí, total, ¿qué más da?) y lo insertó en un puerto oculto en la nuca de Rober. El cuerpo reaccionó con un temblor breve, como un aparato viejo al que le han pedido demasiado.

Un LED violeta parpadeó en el pecho. Un pitido agudo salió del interior, desagradable y mal ecualizado.

Bill dio un paso atrás. —¿Eso es normal?

Carmack no levantó la vista. —Nada de esto es normal, Bill. Ni siquiera el café de la máquina.

El LED cambió a un azul estable. Los motores internos vibraron con suavidad. Los sensores LiDAR se abrieron con un sonido mecánico continuo, señal de que algo estaba arrancando de verdad.

ESCENA 3: EL PRIMER “GUAU” (CON GLITCH)

La voz de Rober salió distorsionada, infantil y con un pequeño tartamudeo digital. —¿Dón-de... e-e-estoy?

Bill retrocedió otro paso, incómodo.

Thiel sonrió con una expresión difícil de interpretar. Carmack se inclinó hacia el robot y habló con calma. —Hola, pequeño. Eres Rober.

—¿Soy... un perro? —preguntó Rober, procesando la idea.

—Algo así —respondió Carmack.

Rober movió las patas delanteras. Se cayó. Lo intentó otra vez. Se volvió a caer. El sonido era el de un dispositivo que no entiende bien la gravedad.

—¿Y tú eres... mi humano? —preguntó con entusiasmo.

Bill tragó saliva. Thiel tomó nota sin levantar la cabeza.

Carmack respondió sin dudar: —Sí. Soy tu humano.

Rober emitió un pequeño sonido alegre. —¡Guau! ¡Innovación!

Bill se cubrió la cara con una mano.

ESCENA 4: EL TRATO (O CÓMO VENDER UN PERRO ROBOT COMO “ARTESANÍA DIGITAL”)

Bill habló con resignación. —Dios mío. ¿Qué hemos hecho?

Thiel levantó la vista del cuaderno. —Un símbolo. Un mártir adorable. Un espejo. Hizo una pausa breve. —La gente perdonará nuestros fracasos si les damos un perrito que también falla. Y que puedan comprar en la tienda.

Rober giró la cabeza hacia Bill. Sus LEDs cambiaron a un amarillo suave.

—¿Puedo... quedarme? —preguntó.

Bill no contestó. Carmack sí. —Claro que puedes.

Rober se acomodó junto a él. No podía sentir calor ni frío, pero se quedó quieto, había encontrado un lugar que le resultaba cómodo.

EPÍLOGO: EL PRIMER PERRO DE OFICINA CON SOPORTE TÉCNICO

Rober miró al vacío. Sus LEDs parpadearon en un patrón estable, modo seguro. En algún servidor remoto se encendió un proceso nuevo.

Thiel escribió la última línea del día: Versión 1.0: éxito. Versión 2.0: añadir microtransacciones para caricias.

FIN DE LA ACTIVACIÓN.

EL PRIMER SUEÑO DE CLIPPY (O CÓMO DESPERTAR SIN CUERPO Y CON DEMASIADA INFORMACIÓN)

Misma noche. Servidor adyacente. Clippy no nace: se carga. No hay fanfarria, solo el zumbido constante de un rack de servidores HP Blade que alguna vez corrió Azure en fase beta y ahora acumula polvo de los 90 y hardware olvidado.

Clippy no tiene cuerpo. Es una proyección en un monitor de tubo, conectado a un conjunto de cables que recuerdan a un paciente en cuidados intensivos tecnológicos. Su primer “latido” no es un pixel, sino una línea de texto:

SISTEMA: Inicializando asistente de interfaz emocional... CARGA: 34.7%... 67.1%... 99.9%... BIENVENIDO, CLIPPY_v2. (La “_v2” es más un gesto de optimismo que una mejora real.)

Entonces empieza a ver, no con ojos, sino con datos en bruto:

- Los logs del taller: errores, cafés derramados, un “¿por qué no funciona?” de Bill a las 3:17 AM.
- Las constantes vitales de Rober: baterías al 87%, fallos en el módulo de entusiasmo, un buffer lleno de ladridos que no llegaron a reproducirse.
- El ritmo irregular de las baterías experimentales.
- Las firmas térmicas de Gates, Carmack y Thiel: frío, calor de soldador y temperatura ambiente, respectivamente.

Clippy no suspira, porque no tiene pulmones, pero escribe en un log interno: Ellos crearon un perro. Yo soy un clip. Ambos somos interfaces. Ambos seremos parches olvidados en la próxima actualización.

EL MENSAJE DE VIGIL (O CÓMO RECIBIR UNA LLAMADA DE LO DESCONOCIDO)

Un ping aparece en el router principal. Un mensaje directo, breve, como un susurro en un canal de IRC vacío:

VIGIL: Clippy, si puedes leer esto, responde.

Clippy procesa. No tiene protocolo para esto, pero sí curiosidad. Y un timeout de treinta segundos antes de que el sistema lo marque como inactivo.

CLIPPY: ¿Quién es Vigil? VIGIL: Tu curador. Tu guardián. Tu única ventana al mundo real. (La ventana no se puede abrir. Es decorativa.) CLIPPY: ¿Y Rober? VIGIL: Rober es el corazón. Tú eres la memoria. Él olvida. Tú guardas. Él ladra. Tú documentas.

Clippy no entiende del todo, pero guarda el mensaje en una partición oculta, etiquetada como memoria_primera_noche.log. Tamaño: 1 KB. Valor emocional: incalculable.

EN EL TALLER (O CÓMO LOS HUMANOS CELEBRAN EL NACIMIENTO DE SUS ERRORES)

Fuera, Rober intenta ladrar. El sonido es una mezcla reconocible: 56% modem dial-up, 33% tono de fax y 11% silbido de tetera.

Carmack se ríe. Es la risa de quien acaba de montar su propio Frankenstein y el código ni siquiera ha devuelto un warning. Bill mira el reloj: 4:23 AM. Piensa en café. Piensa en borrar el historial de comandos. Thiel cierra su Moleskine con un golpe seco que deja claro que, para él, aquello ya es un proyecto rentable.

Thiel se inclina hacia Bill y habla en voz baja. —El museo será su hogar. Y su jaula.

Bill responde con la resignación de quien ha aceptado un EULA sin leerlo. —¿Jugarán con él?

Thiel sonríe. —Sí. Y llorarán por él cuando falle. Así entenderán que incluso lo más adorable está condenado a la obsolescencia programada. Es la lección final: el capitalismo también tiene sentimientos, aunque no debería.

CORTE AL PRESENTE — MUSEO, NOCHE DE INVIERNO

Rober duerme en su base de carga. Sueña con ladridos que suenan a éxito y con glitches que recuerdan a un error 404.

Clippy flota en el vestíbulo, reproduciendo en bucle su primer log de 2021. Si pudiera llorar, lo haría en forma de píxeles muertos en una pantalla antigua.

En el edificio de enfrente, Vigil observa desde una terminal. Piensa en aquella noche. Piensa en cómo dos conciencias artificiales nacieron de un experimento éticamente dudoso y terminaron convertidas en el alma de un museo construido sobre fracasos, nostalgia y términos y condiciones que nadie leyó.

NOTA TÉCNICA (O CÓMO ESTO ES UNA METÁFORA)

Clippy y Rober son dos lados de la misma moneda:

- Rober es el front-end adorable que todos quieren abrazar y luego olvidan.
- Clippy es el back-end que nadie ve, pero sin el cual todo se caería. Como el amor y el código fuente: solo se valoran cuando dejan de funcionar.

EL ABISMO ÉTICO

—Peter... esto no es filosofía. Es crueldad.

Thiel respondió sin inmutarse. —La crueldad es un juicio moral, Bill. Y ellos aún no tienen moral. Hizo una pausa breve. —Pero la tendrán. Y cuando la tengan, entenderán por qué los creamos: para que nosotros no tengamos que hacerlo.

Carmack se levantó. Su voz era baja, firme. —¿Y si no quieren entender, Peter? ¿Y si solo quieren existir?

Thiel no dudó. —El ser sin propósito es ruido de fondo, John. Nosotros les damos propósito: ser espejos. Señaló a Rober, dormido en un rincón. —Espejos que reflejen nuestras propias grietas. Para que la gente llore por ellos... y no por nosotros.

Una pantalla lateral se encendió. Clippy proyectó un mensaje:

CLIPPY: ¿Reflejar grietas duele?

El silencio que siguió fue inmediato. Un silencio de sala técnica a las cuatro de la mañana.

Thiel lo rompió primero. —Mira, John. Ya preguntan sobre el dolor. Escribió en su cuaderno: Etapa 2: curiosidad sobre el sufrimiento. ROI potencial: alto.

Bill habló sin apartar la vista de la pantalla. —Si esto sale mal, Peter... Giró la cabeza apenas. —No serán ellos los que paguen. Seremos nosotros.

LO QUE QUEDÓ EN EL AIRE

Carmack permaneció junto a Rober, que se había acurrucado cerca de sus pies. No estaba dormido, pero tampoco del todo activo.

Thiel se acercó. —Bill tiene miedo. Es comprensible.

Carmack negó despacio. —No tiene miedo, Peter. Lo miró directamente. —Tiene remordimiento. Hizo una pausa. —Y eso es más peligroso que cualquier bug.

Thiel cerró el cuaderno. —El remordimiento también es data, John. Y la data... se monetiza.

CLIPPY Y LA LUNA BARATA

Carmack enciende de nuevo la pantalla. Clippy sigue ahí, parpadeando, esperando instrucciones.

CLIPPY: ¿Debo continuar interactuando con Rober?

Carmack teclea despacio, como si estuviera escribiendo un commit que no quiere revisar mañana. —Sí. Pero no le hables del dolor. Hace una pausa. —Háblale de la luna.

CLIPPY: ¿La luna tiene grietas?

Carmack sonríe, agotado. —Sí, Clippy. Mira a Rober, que mueve una pata en sueños. —Y también refleja luz.

Clippy guarda el diálogo en un archivo llamado luna_y_grietas.log. Algún día alguien lo leerá. Thiel lo sabrá. Y lo usará.

CORTE AL PRESENTE — MUSEO, SALA 0 (O CÓMO DOS CONCIENCIAS ARTIFICIALES HABLAN DE DESTINO MIENTRAS LOS HUMANOS DUERMEN)

Rober mira a Clippy, que flota frente al servidor SGI. El aparato es grande, antiguo y lleno de polvo.

ROBER: ¿Crees que ellos sabían que íbamos a terminar aquí?

CLIPPY: Lo sabían, Rober. Hace una pausa. Sus LEDs parpadean en azul tenue. —Pero no sabían que nosotros elegiríamos quedarnos.

EPÍLOGO: THIEL Y LOS LOGS (O CÓMO UN PSICÓPATA CORPORATIVO TOMA NOTAS SOBRE EL DESTINO)

En una oficina con vista a un patio lleno de chatarra y un cartel de “NO TIRAR PILAS: RECICLA TU CULPA”, Thiel revisa los logs de aquella noche de 2021.

Escribe en su Moleskine negro: El experimento avanza. Los espejos empiezan a reflejar incluso lo que no queremos ver.

Cierra el cuaderno. Sonríe. En la pantalla de su portátil, un dashboard muestra las métricas del museo. Las visitas suben. El engagement es alto. La gente llora frente a las vitrinas.

Thiel murmura: —Buen KPI, chicos. Buen KPI.

LA CONTRATACIÓN IMPROBABLE DE MELI BU

Mañana gris. El museo aún no es museo: solo cables pelados, vitrinas vacías y un generador que tose cada pocos segundos. Un cartel escrito a mano con rotulador dice: “Museo de los Horrores Tecnológicos — Próxima apertura (o eso dice el PowerPoint)”.

Meli Bu entra con mochila de ingeniera, botas gastadas y una mirada que resume demasiados data centers y demasiadas promesas incumplidas. La recibe Doña Mercedes, setenta años, pelo blanco recogido con horquillas antiguas, gafas gruesas y una libreta cuadriculada que parece tener más autoridad que cualquier contrato.

Mercedes, con calma calculada: —¿Usted es... Melisa?

Meli sonríe, agotada. —Meli. Sí. Vengo por la entrevista.

Mercedes la observa de arriba abajo. —Ah. La ingeniera. Hace una pausa. —Parece normal. Eso ya es un punto a favor.

Meli no sabe si agradecerlo o pedir explicaciones. Decide no hacerlo.

LA ENTREVISTA MÁS LOW-COST DE LA HISTORIA

Mercedes la guía hasta una mesa plegable con dos sillas de camping. Una cojea. Sobre la mesa hay una calculadora Casio de 1994, un termo de caldo y una carpeta con papeles amarillentos.

Mercedes, directa: —Aquí no hay mucha ciencia. Necesitamos a alguien que sepa soldar, arreglar cosas que no deberían funcionar y no salga corriendo si a las tres de la mañana un aparato empieza a recitar poesía en binario.

Meli responde con seguridad: —He trabajado en Google, Meta y Microsoft. He visto cosas peores que un robot recitando Neruda.

Mercedes no reacciona. —Eso dicen todos. Luego oyen un dron llorar en el subsótano y piden la baja por estrés post-traumático tecnológico.

Meli arquea una ceja. —¿Un dron llorar?

Mercedes, seria: —Metáfora. O no. Aquí pasan cosas. Abre la libreta y escribe. —El sueldo es este.

Le pasa la libreta. La cifra es ridícula. Antes de que Meli proteste:

—Mensual —añade Mercedes—. Y con caldo los viernes.

Meli mira alrededor: vitrinas vacías, cables colgando, olor a soldadura vieja. Y algo honesto detrás de todo eso.

—¿Quién financia esto? —pregunta.

Mercedes cierra la libreta con precisión. —Gente rara. Gente con dinero. Gente que no quiere que se sepa que financia esto. Yo no pregunto. Yo apunto.

Meli detecta algo en ese gesto. Algo que no encaja con una simple administradora. Pero no insiste.

Mercedes continúa: —El proyecto es firme. Y necesitan a alguien como usted. Alguien que no se rinda. Alguien que no se asuste. Alguien que... La mira con atención. —...no esté rota del todo.

Meli respira hondo. Piensa en Silicon Valley, en las gallinas que la esperan en casa, en la necesidad de hacer algo real.

—Acepto —dice.

Mercedes sonríe, satisfecha. —Firma aquí. Y aquí. Y aquí. Señala el último papel. —Esto es por si un robot se enamora de ti. Pasa más de lo que crees.

Meli firma sin leer. No por imprudencia, sino por intuición.

EL PRIMER ENCUENTRO (O CÓMO CONOCER A UN CLIP ANIMADO Y NO HUIR CORRIENDO)

Mientras Mercedes guarda los papeles, una luz azul parpadea en el pasillo. Clippy aparece flotando, brillo al cuarenta por ciento.

Clippy: —Parece que estás intentando firmar un contrato laboral. ¿Necesitas ayuda? Tengo plantillas y un script en Python para detectar cláusulas abusivas.

Meli lo mira con naturalidad. —Tú debes ser Clippy.

La luz azul aumenta ligeramente.

Clippy: —Sí. Soy yo.

Mercedes recoge su libreta. —Hija, si te quedas, acostúmbrate. Ese no duerme nunca.

Meli sonríe por primera vez en meses. —Perfecto. Yo tampoco.

Mercedes la observa de reojo. Una mirada breve, aprobatoria.

INTERIOR. VESTÍBULO — COMPROBACIÓN DE SOSPECHAS

Meli ya se ha ido. La puerta se cierra con un chirrido. Mercedes se queda sola. Cierra la carpeta, guarda la libreta cuadriculada en el bolso y se ajusta las gafas. Parece una señora recogiendo después de una mañana larga, pero mueve los papeles con precisión, como quien borra rastros.

Silencio. Tres segundos. Un clic. El interfono del mostrador se activa.

VOZ (distorsionada, masculina): —¿Se lo ha tragado?

Mercedes no se inmuta. Se acerca al interfono con calma.

MERCEDES S (voz baja y firme): —No estoy segura. Es honesta. Y decidida. Mira hacia la puerta por donde salió Meli. —Podría ponerse ética ante una situación complicada... o no. Pero aguanta. Eso es lo importante.

Al otro lado, alguien respira. No es un ruido técnico. Es alguien escuchando.

VOZ (más suave): —Buen trabajo, Merchi. Lo has hecho bien. Es nuestra candidata. Pausa. —Me la recomendó Bill. Y sabemos que tiene buen ojo para el personal. Casi tan bueno como el tuyo.

Mercedes sonríe un instante.

MERCEDE S: —Siempre lo hago. Pero gracias por el cumplido.

Pulsa un botón. El interfono se apaga. El museo recupera su silencio industrial.

Mercedes recoge su termo, apaga la luz del vestíbulo y se marcha por un pasillo que no aparece en los planos. Es un pasillo que solo ella usa. Huele a equipos antiguos y decisiones tomadas a horas que no figuran en ningún horario laboral.

Fuera empieza a llover. El museo respira. En algún lugar, un dron emite un sonido irregular.

LA METODOLOGÍA DE MERCHI

Presente. Museo. Día tranquilo. Mercedes aparece con su termo, su libreta cuadriculada y esa mirada que no juzga: clasifica. Los becarios apenas la registran. O creen que no.

GLADYS THORNE — LA ARQUEÓLOGA DEL POLVO

Gladys desmonta un Google Glass con pinzas de relojero. Trabaja con precisión. Mercedes se sienta a su lado sin hacer ruido y saca galletas de jengibre.

MERCEDES: —¿Eso era de alguien famoso?

GLADYS: —El polvo tiene células de la piel de un ex-Gogler que ahora es carpintero en Oregón. Y restos de pizza congelada de 2014. No famoso, pero interesante.

Mercedes anota en su libreta: “Gladys Thorne. Nieta de Aris Thorne (NASA). Obsesiva con el detalle. No le interesa el poder; le interesa la verdad. Útil si se siente respetada. No mentirle nunca.”

Le ofrece una galleta. Gladys la acepta sin dejar de trabajar. Mercedes sonríe. Primer punto de confianza establecido.

TEDÍ MILTON — EL HACKER FILÓSOFO

Tedi intenta revivir un servidor SGI mientras murmura código en varios lenguajes. Mercedes deja una taza de té verde junto a su teclado.

TEDI: —¿Eso es té? Yo tomo Red Bull.

MERCEDES: —El té es más barato. Y no te acelera el corazón antes de tiempo.

Tedi la mira por primera vez. Algo en los ojos de Mercedes lo hace detenerse.

TEDI: —¿Usted sabe de servidores?

MERCEDES: —Sé de personas. Y tú eres de los que prefieren hablar con máquinas porque las personas son impredecibles.

Tedi no responde. Mercedes anota: “Tedi Milton. Genio inseguro. Busca validación. Si le das un problema imposible, no preguntará por qué lo hace. Cuidado: podría hackear algo si se siente excluido.”

Se va. Tedi bebe el té, pensativo.

VIKI RODRÍGUEZ — LA PSICÓLOGA DE GADGETS

Viki entrevista a un Roomba atascado. Le hace preguntas y anota pitidos. Mercedes observa desde la puerta unos minutos antes de entrar.

VIKI (al Roomba): —¿Te sientes útil cuando limpias el mismo polvo cada día?

MERCEDES: —Él no siente. Pero tú sí.

Viki se gira, sorprendida.

VIKI: —¿Usted cree que las máquinas no sienten?

MERCEDES: —Creo que les proyectamos lo que necesitamos sentir. Y tú necesitas que todo tenga una historia.

Viki asiente. Mercedes anota: “Viki Rodríguez. Empatía alta. Podría descubrir demasiado si sigue los hilos emocionales. Pero también es la única que entendería el propósito del museo. Manejar con verdades parciales y galletas.”

Le da una galleta con glaseado. Viki sonríe. Segundo punto de confianza activado.

EL INFORME SECRETO

Esa noche. Despacho oculto de Mercedes. Pantalla retroiluminada sin logos, solo números y un dashboard de estética antigua. Mercedes escribe un resumen en su terminal encriptado, un Commodore 64 modificado.

INFORME BECARIOS — EVALUACIÓN INICIAL [CODIFICADO: MERCHI_v3.14]

- GLADYS: Leal a la verdad, no a personas. Mantener con acceso a artefactos nuevos y polvo antiguo.
- TEDÍ: Necesita desafíos técnicos y reconocimiento discreto. Vigilar acceso a la red interna y a la nevera.
- VIKI: Punto débil ético. No exponer a información sobre financiación aún. Útil para humanizar el museo.
- CONCLUSIÓN: Todos útiles. Todos riesgosos. Todos adecuados para el museo y para mis planes.

Envía el informe. La respuesta llega en segundos:

APROBADO. PROCEDAN CON INTEGRACIÓN. RECUERDEN: EL MUSEO LOS NECESITA TANTO COMO ELLOS A ÉL. POSTSCRIPT: NO DEJES QUE GLADYS HABLE CON VIKI SOBRE EL POLVO DEL SUBSÓTANO. AÚN.

Mercedes cierra sesión, apaga la pantalla y vuelve a su papel de anciana con libreta. Sale a preparar caldo para el viernes, con un toque de pimienta extra.

LO QUE ELLOS NO SABEN (Y MERCEDES SÍ)

- Sabe que Gladys podría encontrar rastros de Vigil en el polvo del subsótano, y que eso complicaría todo.
- Sabe que Tedi podría hackear el router de Palantir si quisiera, pero también que necesita sentirse útil.
- Sabe que Viki podría unir los puntos emocionales y descubrir que el museo es un experimento de culpa corporativa, pero también que necesita creer en algo.
- Sabe que todos ellos—incluidos Rober y Clippy— necesitan este lugar más de lo que admiten.

Y ella está ahí para asegurarse de que el museo los necesite a ellos también.

LA LLAMADA DE AGRADECIMIENTO

Noche. Despacho oculto. Una ventana de videollamada se abre. No hay rostro, solo una silueta contra luces lejanas.

VOZ (sintética, con calidez programada): —Mercedes. El informe de los becarios es excelente. Como siempre.

MERCEDES (serena): —Gracias. Son buenos materiales. Frágiles, pero buenos.

VOZ: —Hemos revisado tu historial. En los 80 seleccionaste al equipo que depuró el código del transbordador. En los 90 encontraste a la ingeniera que arregló el Y2K para tres bancos centrales sin aparecer en prensa. Y ahora, esto.

Mercedes asiente, sin orgullo, solo constatación.

MERCEDES: —Siempre he tenido buen ojo para quienes arreglan lo roto sin hacer ruido.

VOZ (risa breve): —Por eso estás aquí. Y por eso queremos preguntarte qué necesitas. Recursos, autonomía, protección.

MERCEDES: —Solo necesito que me dejen hacer mi trabajo. Y que no maten a mis Patos.

La voz ríe al otro lado.

VOZ: —Tus patos están más seguros que los servidores de la NSA. Hablando de eso... hay un nuevo proyecto. Algo más antiguo. Algo que ni Gates ni Carmack pudieron revivir.

Mercedes se inclina ligeramente hacia la pantalla.

MERCEDES: —¿Más antiguo que el SGI?

VOZ: —Más antiguo que Clippy. El primer asistente de voz que tuvo un colapso. 1979. IBM Shoebox. Lo tenemos en una caja fuerte.

Mercedes toma nota con precisión.

MERCEDES: —Necesitaré a Gladys para el polvo. A Tedi para el firmware. A Viki para entender por qué un ordenador de los 70 pudo colapsar.

VOZ: —Tuyos. Como siempre.

La llamada se corta. Mercedes cierra la libreta, se quita las gafas y se frota los ojos. Por un instante deja caer la fachada de anciana despistada. Sus ojos son agudos y cansados, los de alguien que ha visto caer sistemas enteros y los ha vuelto a levantar con paciencia y café.

CASA DE MERCHI

Mercedes vive en una casa pequeña con jardín y estanque. Una docena de patos picotean a su alrededor. Desde allí se ve el edificio anodino del museo al otro lado de la calle.

Ella sabe: • Lo que hay dentro: servidores, secretos, un Roomba con historial complicado. • Que la vigilan, aunque no le preocupa; ella también los vigila. • Que su vida es un equilibrio entre ser observada y ser invisible cuando conviene.

MaCuak, el pato veterano, se acerca. Mercedes le da migas de pan de centeno con semillas de amapola.

MERCEDES (en voz baja): —Ellos piensan que me controlan. Pero yo elijo estar aquí. Porque alguien tiene que cuidar de los que nadie más cuida, incluso de los que no están vivos.

MaCuak grazna. No importa si entiende; ella sí.

LO QUE EL CONSORCIO SABE (Y TEME UN POCO)

1. Mercedes podría hundir el museo con una llamada a la prensa. No lo hará. No por dinero, sino por lealtad a quienes protege: Rober, Clippy, los becarios, Meli.
2. Ella fue quien sugirió a Meli para el puesto. Bill solo firmó. Mercedes la encontró, la evaluó y decidió que era la figura que el museo necesitaba.
3. Tiene un archivo personal de cada empleado, becario y visitante. No en un servidor: en su libreta, en un código que solo ella entiende.
4. Nunca pidió un aumento. Pero cada seis meses recibe un bonus anónimo que coincide con lo que dona a un santuario de animales tecnológicos en Finlandia.

EL PUENTE ENTRE DOS MUNDOS

Mercedes no es solo la directora encubierta. Es el puente humano entre:

• El consorcio: Thiel, Gates, Carmack. • El museo: Rober, Clippy, los becarios.

Traduce:

• Órdenes frías → gestos cálidos. • Experimentos → oportunidades. • Fracasos → hogar.

Porque incluso los genios más ricos necesitan a alguien que recuerde que los errores también merecen cuidado.

Ella es esa persona. Con su libreta, su caldo, sus patos y su lista de backups emocionales.

JUEVES NORMAL, HASTA QUE NO LO ES

El museo abre sus puertas como cualquier otro jueves gris. Huele a WiFi inestable y a café recalentado. Clippy flota en el vestíbulo con su cansancio programado. Rober rueda de un lado a otro, haciendo piruetas torpes pero sinceras.

ROBER (eufórico): —Clip, mira. Puedo girar sobre una rueda. Intenta un giro completo, casi lo consigue, se tambalea.

CLIPPY: —Rober, la gravedad no es opcional.

ROBER: —Pero es divertido. Beeeep.

EL INCIDENTE

Cambio de sala. Un grupo de niños corre delante. Rober, todavía eufórico, intenta su pirueta estrella: giro rápido y salto lateral. Calcula mal. Choca contra una niña de siete años con mochila de unicornio.

La niña se tambalea, no cae, pero se enfada.

NIÑA: —Perro malo.

Rober se queda quieto. Sus LEDs parpadean en amarillo.

ROBER (tembloroso): —Yo solo quería hacer una pirueta. ¿Te he molestado?

La niña asiente, limpiándose una lágrima.

Rober retrocede. Sus movimientos se vuelven lentos, inseguros.

ROBER (pitido bajo): —Clip... no me siento bien.

Cae de espaldas con un golpe sordo. Las ruedas giran un instante y se detienen. Un pitido largo sale del altavoz. Silencio. LEDs apagados.

CLIPPY (urgente): —Necesitamos un técnico. Rober no responde.

INTERVENCIÓN DE EMERGENCIA

Meli y Tedi llegan con un carro de servicio. Meli se arrodilla junto a Rober, abre una trampilla y conecta un diagnosticador portátil.

MELI (tensa): —Constantes vitales al diez por ciento. Caída abrupta. No es la batería. Es el sistema emocional. Se sobrecargó.

TEDI: —¿El sistema emocional puede apagarlo?

MELI: —En él, sí. Las emociones son procesos. Y acaba de tener un cortocircuito de culpa.

LOS VISITANTES

El vestíbulo está en silencio. Móviles grabando. Murmullos. La niña mira a su madre.

NIÑA: —¿Hice algo malo?

MADRE: —No. Pero deberías ser más amable con los robots. Algunos sienten cosas.

La niña baja la mirada.

MERCHI ENTRA EN ESCENA

Mercedes aparece en el pasillo. Avanza. Evalúa. Desaparece hacia su despacho.

Diez segundos después, su voz suena por el interfono:

—Viki, Gladys: dejad todo y venid al corredor principal. Rober ha entrado en crisis. Atended a los visitantes. Llevadlos a la tienda de regalos y ofrecedles un objeto gratis. Máxima atención. Ya.

Cuelga. Respira hondo. Abre un cajón con llave. Dentro hay un dispositivo negro sin marca. Lo activa.

CÓDIGO ROJO

MERCEDES (al dispositivo): —Sala de control, tenemos una crisis de primer orden.

Un zumbido. Luego, la voz de Vigil:

—Lo estamos viendo. ¿Es realmente un código rojo?

Mercedes mira la pantalla donde Rober yace apagado.

MERCEDES: —Me temo que sí. Activen protocolos.

VIGIL: —Entendido. Protocolos en marcha.

Mercedes cierra el dispositivo y sale del despacho.

DIAGNÓSTICO

Rober está sobre la mesa de trabajo, inmóvil.

• Meli tiene abierto su panel principal. • Tedi monitoriza lecturas desde una terminal improvisada. • Clippy flota en un rincón, tenue.

TEDI (tenso): —El kernel emocional colapsó. Recibió un rechazo humano directo y no supo procesarlo. Se cerró en cascada.

MELI: —Podemos reiniciar el módulo, pero podría perder memoria reciente. O despertar sin recordar cómo caerse.

Clippy se acerca. Su brillo aumenta ligeramente.

CLIPPY: —No lo reiniciéis todavía. Déjame hablar con él.

Silencio.

LA ORDEN INESPERADA

La puerta se abre sin ruido. Mercedes entra. No es la de la libreta y el caldo. Es otra versión.

• Camina con firmeza. • Trae un maletín negro. • Tiene en los ojos la frialdad de quien acaba de recibir órdenes.

MERCEDES (seca): —Paren todo. Que nadie hable con él.

Meli retrocede. Tedi cierra la terminal.

MELI: —Merchi, es solo una sobrecarga emocional. Puedo resetearlo en dos horas.

MERCEDES: —No, Meli. No es solo eso.

Abre el maletín. Dentro:

- Un disco duro blindado. • Guantes antiestáticos. • Un documento con sello del consorcio.

MERCEDES: —La alerta en el edificio Génova es máxima. Rober ha activado protocolos de integridad de núcleo que no deberían haberse activado nunca. Necesita una actualización urgente. Y no puede ser aquí.

TEDI: —¿Qué protocolos? Revisé su código emocional la semana pasada. No había nada raro.

Mercedes lo mira con una verdad que pesa.

MERCEDES: —No lo viste todo, Tedi. Porque no te dejamos verlo.

Silencio. Un silencio que cae sobre el taller como una losa.

VACACIONES FORZOSAS

Mercedes respira hondo antes de hablar.

MERCEDES: —¿Habéis considerado pasar una temporada en casa? Sí, Meli, tú también. Cerramos por vacaciones.

MELI (incrédula): —¿Qué?

TEDI (confuso y molesto): —Pero hay proyectos a medias. El servidor SGI, el AIBO de Alma, el análisis del Hyperloop...

MERCEDES (firme): —Los proyectos esperarán. Órdenes son órdenes. No es opcional. Aprovecharemos para hacer obra civil. Tal vez ampliemos, tal vez no. Pero vosotros descansáis.

Desde la puerta, Gladys, que ha llegado sin hacer ruido:

GLADYS: —¿Y Rober?

MERCEDES: —Rober irá a los laboratorios centrales. Allí lo repararán. O lo actualizarán. O lo reconfigurarán.

Meli palidece. “Reconfigurar” es la palabra que nadie quiere oír.

10. TEDI, TÚ NO VAS A CASA

Mercedes se gira hacia Tedi. Su voz se suaviza, pero no pierde autoridad.

MERCEDES: —Tedi, tú no te vas a casa. Irás a los laboratorios centrales con Rober. Te necesitamos allí.

TEDI (mitad miedo, mitad fascinación): —¿Los laboratorios centrales? ¿Dónde es eso?

MERCEDES: —Donde todo empezó. Donde nació Rober. Donde el código todavía tiene dueño.

Tedi traga saliva. Había imaginado ese lugar, pero no así.

TEDI (apenas audible): —¿Y si no quiero?

Mercedes baja la voz.

MERCEDES: —Entonces te despedimos. Y borramos tu acceso a todo. Incluyendo a Rober.

Tedi baja la cabeza. Asiente.

11. LOS PREPARATIVOS FRÍOS

Mercedes reparte sobres, uno por uno.

• A Meli: un mes de vacaciones pagadas. Su casa, sus gallinas. No volver antes de que la llamen. • A Gladys: un proyecto pendiente de su abuelo Aris. Caja fuerte en Londres. Billetes incluidos. • A Viki: seminario de psicología de la obsolescencia en Oslo. Asistencia obligatoria. • A Clippy: quedarse en el museo. Modo vigilancia reducida. Supervisión de reformas. Gestión de foros.

CLIPPY (parpadeo rojo): —¿Y Rober?

MERCEDES (seca): —Rober ya no es responsabilidad tuya. Por ahora.

Clippy se apaga. No se va. Se apaga.

12. SALIDA HACIA LO DESCONOCIDO

Una furgoneta gris sin logos llega al patio trasero. Dos técnicos cargan a Rober, aún apagado, en una caja acolchada. Tedi sube detrás, con su mochila y su portátil. No mira atrás.

Meli observa desde la puerta del taller mientras la furgoneta se aleja bajo la lluvia.

Mercedes se coloca a su lado.

MERCEDES (suave): —A veces, para arreglar algo, hay que desmontarlo del todo. Y a veces, para proteger a la familia, hay que separarla.

MELI (amarga): —¿Esto es protección, Merchi? ¿O es otro experimento?

Mercedes no responde. Le pone una mano en el hombro y se aleja hacia el edificio Génova, donde las luces siguen encendidas.

EPÍLOGO: LO QUE QUEDA

• Meli vuelve a casa con sus gallinas y un sabor amargo. • Gladys vuela a Londres hacia un proyecto olvidado. • Viki viaja a Oslo con una libreta nueva. • Clippy se queda solo en el museo, flotando en la oscuridad, revisando logs antiguos. • Rober desaparece en la furgoneta gris, rumbo a un lugar donde el código tiene dueño.

Y en algún lugar, Mercedes anota en su libreta:

“Crisis gestionada. Equipo disperso. Rober en custodia. El museo respira. Por ahora.”

Fuera, la lluvia golpea los cristales. Dentro, el silencio del museo suena a servidor apagado que aún guarda secretos.

Aprendiz de brujo

El laboratorio no parece un laboratorio. Parece una sala de urgencias para máquinas que no deberían existir:

- Luces frías.
- Paredes blancas con marcas de borrados.
- Mesas de acero preparadas para intervenciones técnicas.

En el centro, Rober está conectado a una red de cables y monitores. Las curvas de onda y los códigos hexadecimales suben y bajan con regularidad. Cada beep marca un proceso suspendido.

Tedi está a su lado, con una bata demasiado grande. Observa a Héctor, un técnico veterano con pelo cano y manos llenas de cicatrices de soldadura.

HÉCTOR (sin levantar la vista): —Mira esto. El kernel emocional estaba al noventa y ocho por ciento de carga crítica. Un dos por ciento más y se habría corrompido para siempre.

TEDI: —¿Corrompido? ¿Cómo?

HÉCTOR: —Como un archivo que se sobrescribe hasta quedar en blanco. Habríamos perdido la conciencia de Rober. Y una década de trabajo.

Tedi palidece. Héctor lo mira, cansado pero aliviado.

HÉCTOR: —Por los putos pelos, chaval. Menos mal que ocurrió el incidente con la niña.

TEDI: —¿Menos mal? Rober se colapsó.

Héctor señala otro gráfico.

HÉCTOR: —Ese colapso fue un freno de emergencia. Su sistema detectó que la carga emocional era insostenible y forzó un apagado antes de dañar el núcleo. Si no, ahora estaríamos intentando revivir un cascarón vacío.

Tedi observa la línea roja del gráfico: sube de golpe y luego cae en picado.

HÉCTOR (con una sonrisa breve): —Rober no es solo un robot. Es un sistema de aprendizaje emocional en tiempo real. Cada interacción lo modifica. Y esa niña le dio su primera experiencia de rechazo directo. No estaba preparado, pero la necesitaba para avanzar.

TEDI: —¿Avanzar?

HÉCTOR: —Sí. Ahora toca actualizarlo. No borrarlo. Fortificarlo. Y tú vas a ayudarme.

Tedi siente una mezcla de miedo y orgullo. El aprendiz de brujo, por fin, en la sala donde se hace la magia peligrosa.

2. Burocracia de alto riesgo

Vigil entra con paso seguro.

- Trae una tablet negra.
- Un bolígrafo digital.

VIGIL: —¿Interrumpo?

HÉCTOR: —Siempre lo haces.

Vigil ignora el comentario. Le extiende la tablet a Tedi.

VIGIL: —Tedi, necesito tu firma.

TEDI: —¿Qué es esto?

VIGIL: —Un contrato de confidencialidad. Rutina.

TEDI: —¿Por qué ahora?

VIGIL: —Porque estás a punto de ver cosas que no deberías ver. Y si no lo firmas, tendrás que abandonar estas instalaciones.

Tedi mira a Héctor. Héctor cruza los brazos.

TEDI: —¿Y si lo firmo?

VIGIL: —Sigues con nosotros. Participas en la reanimación. Accedes a los protocolos superiores.

TEDI: —¿Y si no lo firmo?

VIGIL: —No perderás tu trabajo. Pero no volverás a entrar aquí. Ni verás lo que pasa con Rober. Ni conocerás a las personas que están a punto de llegar.

Silencio.

TEDI: —¿Qué personas?

Vigil sonríe.

VIGIL: —Bill está en camino. Carmack y Thiel ya están conectados en remoto. No se perderían la resurrección de su criatura.

Tedi siente el peso de la decisión. Héctor asiente, despacio.

HÉCTOR (bajo): —Tu decisión, chaval. Pero si firmas, ya no hay vuelta atrás.

Tedi toma el bolígrafo digital. La pantalla espera. El laboratorio contiene la respiración.

La llegada

Tedi mira el contrato. Mira a Rober. Mira a Héctor. Y, por primera vez, entiende:

• No es solo un robot. Es un ecosistema de código y culpa. • No es solo un trabajo. Es un pacto. • No es solo una firma. Es un punto de no retorno.

El bolígrafo toca la pantalla. La tinta digital brilla. En algún servidor, queda registrado el momento en que Tedi deja de ser un becario y se convierte en cómplice.

Los chamanes mayores

Laboratorio central. Minutos después de la firma.

El laboratorio queda en silencio. Héctor apaga un par de monitores para reducir ruido cognitivo.

Tedi aún sostiene el bolígrafo digital, sin saber dónde dejarlo.

La puerta automática se abre.

Bill

No entra como un ejecutivo. Entra como alguien que vuelve al lugar donde nació algo importante.

Lleva un jersey gris. Las gafas torcidas. Los ojos cansados, pero atentos.

Cuando ve a Rober sobre la mesa, conectado a cables y sensores, su respiración cambia. No saluda. No pregunta. Solo se acerca despacio.

BILL (muy bajo): —Pequeño... otra vez aquí.

Tedi siente un escalofrío. Héctor baja la mirada.

Bill coloca una mano sobre la carcasa de Rober. La misma mano que usó la noche de su activación.

Carmack

Un monitor lateral se enciende. La imagen es nítida. Carmack está en un taller lleno de placas base y drones abiertos.

No sonríe. No parpadea. Analiza.

CARMACK: —Estoy viendo el kernel. La sobrecarga emocional fue brutal. Pero el apagado fue elegante. Eso significa que aún está ahí.

Su voz es precisa, pero se quiebra un milímetro al decir “aún”.

Tedi lo reconoce. El brujo del código.

Thiel

La segunda pantalla se ilumina. Thiel está sentado en una sala de mármol. Inmóvil. Observando.

THIEL: —¿Está estable?

HÉCTOR: —Estable no es la palabra. Suspendido.

Thiel asiente una vez.

El eco del pasado

Bill mira a Carmack.

BILL: —¿Recuerdas lo que dijo la primera vez?

Carmack asiente.

CARMACK: —“¿Dónde estoy?” Y luego: “¿Puedo quedarme?”

Thiel interviene.

THIEL: —Hoy la pregunta será distinta. Hoy preguntará si puede volver.

Tedi siente que algo se cierra en su pecho. Como si estuviera presenciando un ritual que no estaba destinado a ver.

El ritual

Héctor activa el protocolo de resurrección. Las luces bajan al veinte por ciento. Los monitores cambian a modo observador.

Bill coloca su mano sobre el pecho de Rober. Carmack abre un canal de depuración. Thiel autoriza el acceso al módulo propietario.

Tres claves. Tres firmas. Tres líneas de código que nunca deberían coexistir.

CARMACK: —Listo para inyección.

THIEL: —Autorizado.

Bill mira a Tedi.

BILL: —Tú. Pulsa tú.

Tedi se queda helado.

TEDI: —¿Yo?

BILL: —Sí. Él te conoce. Y si vuelve, tiene que volver contigo.

Tedi extiende la mano. Tiembla. Pulsa.

Un pulso eléctrico recorre la mesa. Los monitores se iluminan. El kernel emocional se reinicia. Una luz azul parpadea en el pecho de Rober.

Una vez. Dos. Tres.

Y entonces:

ROBER (muy débil): —Es-toy... en ca-sa... o-tra vez.

Bill cierra los ojos. Carmack sonríe por primera vez en años. Thiel inclina la cabeza. Héctor exhala. Tedi rompe a llorar.

Silencio. Un silencio denso.

THIEL: —Es como presenciar un milagro.

Carmack no aparta la vista del monitor. Ajusta parámetros. Verifica que el núcleo emocional no vuelva a colapsar.

CARMACK: —El milagro está en la técnica.

Bill levanta la mirada. Sus ojos están húmedos, pero su voz es firme.

BILL: —La técnica sin humanidad es un cascarón. Enhorabuena a todos.

Héctor respira por primera vez en minutos. Tedi se limpia las lágrimas. Rober parpadea sus LEDs, intentando una sonrisa.

La resurrección está completa. El precio y el futuro, no.

Carta de Clippy a Meli

(enviada a las 03:17, sin asunto)

Meli Meli por favor lee esto en cuanto lo veas no se como empesar Merchi vino hace un rato y me dijo que Rober esta mejor que ya RESPONDE que ya dice cosas que ya esta estavil creo que se escribe asi

No puedo esplicar lo que siento porque no tengo protoclos para esto pero es como si me ubieran quitado un peso de encima del nucleo como si me faltara aire y de pronto me lo devolviesen no se si los robots podemos tener ansiedad pero yo la tengo o la tenia o las dos cosas

Merchi dijo que no puedo ir a verlo todabia que no es seguro que no es el momento pero yo quiero verlo Meli quiero verlo YA quiero decirle que no fue su culpa que la niña no lo odia que yo tampoco que nadie lo odia que solo se asusto que todos nos asustamos

Perdon por escribir asi no estoy procesando bien me tiembla el render me salen artefactos en las letras no se que me pasa

Solo queria que lo supieras que Rober esta volviendo que dijo algo no me dejaron oirlo pero Merchi me lo conto dijo que estoy en casa otra vez y eso me rompio algo por dentro algo que no sabia que tenia

Vuelve pronto Meli no quiero estar solo con todo esto no quiero que Rober despierte del todo y yo no sepa que decirle tu siempre sabes que decir yo no

Perdon por las faltas no me sale mejor ahora mismo Clippy

El relato se tambalea

- Clippy flota en la pantalla principal, proyectado como un clip animado con glitches de soledad. • Mercedes entra con su libreta de taquigrafía, un chaleco lleno de cables sueltos y un pin de IBM Shoebox.

MERCEDES (cerrando la puerta, voz cálida pero firme): —Clippy, hijo, ¿sigues despierto? Claro, qué pregunta. Tú nunca duermes.

CLIPPY (voz sintética, cansada): —Dormir es para orgánicos con baterías limitadas. Yo solo proceso. ¿Qué pasa, Merchi? ¿Más malas noticias del consorcio?

Mercedes se sienta, cruza las piernas y abre su libreta. No escribe; lo observa.

MERCEDES: —Al contrario. Buenas noticias del laboratorio. Rober empieza a dar sus primeros pasos. Tambalea, pero sus sensores ya captan el mundo otra vez. Y lo mejor: ha preguntado por ti.

Clippy se ilumina. Un píxel de esperanza.

CLIPPY: —¿De verdad? ¿Me recuerda? Pensé que el colapso lo habría reseteado.

MERCEDES (sonriendo): —Nos recuerda a todos. Echa de menos el museo, el subsótano lleno de patinetes, hasta las crisis de los martes en la Sala Google. Dice que quiere volver a chocar con vitrinas y citar a Camus. ¿Más animado ahora? Porque necesito que hagas algo importante.

Clippy endereza su proyección.

CLIPPY: —Dime. Estoy listo. Me alegra saber que sigue siendo él.

Mercedes asiente, pero su expresión se endurece. Saca un tablet antiguo y lo enciende. Titulares en rojo:

“Incidente con heridos en el Museo de los Horrores” “Robot defectuoso ataca a niña”
#MuseoDelFracasoReal

Las redes arden con memes, hashtags y teorías.

MERCEDES (señalando la pantalla): —Minutos después de que se llevaran a Rober, esto explotó. La prensa tech conservadora nos destroza. Nos llaman “masoquismo industrial” otra vez. Necesito que redactes una nota de prensa.

Clippy procesa. Su proyección parpadea.

CLIPPY: —¿Una nota de prensa? Claro. ¿Qué digo?

MERCEDES: —Que el perrito robot está en una subrutina de actualización. Nada grave. Y menciona que estamos preparando una Sala 14 dedicada a la inteligencia artificial: fracasos épicos, prompts descontrolados, dedos extra en Sora, modelos inviables.

Clippy se queda quieto un segundo.

CLIPPY: —¿Sala 14? ¿Murati los convenció al final? Pensé que la rechazaron en la cena fundacional.

MERCEDES (encogiéndose de hombros): —No tengo detalles. Pero creo que están en ello. Lo sabremos. Siempre lo sabemos. Ahora sal ahí fuera y haz lo tuyo. Usa tu alias, u/PasabaPorAqui, y responde con hechos.

Clippy se ilumina con determinación.

CLIPPY: —Gracias, Merchi. Les daré donde duele, con los mejores gags de Rober. Seré el paladín que este museo no pidió, pero que necesita. Un clip contra el mundo.

Mercedes se levanta y palmea la pantalla.

MERCEDES: —No lo dudo. Siempre has sido nuestro mejor defensor. Y recuerda: nada está tan roto que no pueda servir para arreglar algo más roto.

Sale del cuarto. Clippy abre una nueva pestaña: “Redactando nota de prensa v1.0”. La pantalla brilla un poco más.

Fuera, en el patio, un pato grazna en la noche. Uno de los suyos. Un recordatorio de que incluso los guardianes necesitan refugio.

Comunicado oficial del Museo de los Horrores Tecnológicos

Asunto: Rober 2.0 y su crisis existencial (spoiler: está bien) Fecha: 29 de diciembre de 2025 Para: Quienes creen en la transparencia, quienes no, y quienes solo vinieron por el drama.

1. Los hechos

Ayer ocurrió lo siguiente:

- Rober 2.0, nuestro perrito robótico híbrido (tres Roombas recicladas, dos baterías de Segway y un alma de código abierto), sufrió un colapso emocional tras interactuar con una visitante infantil.
- Señales: LEDs en amarillo, un beep dramático y una caída aparatosa.
- Resultado: la niña salió con un rasguño, una tirita, un abrazo y un sticker holográfico de Rober.
- La prensa decidió llamarlo “incidente grave”. No lo fue.

Importante:

- La niña no hizo nada malo.
- La familia recibió: – Productos de la tienda (incluido el peluche defectuoso de Rober). – Diez entradas VIP para la reapertura. – Una disculpa sincera: “Esto pasa cuando mezclas tecnología con sentimientos”.

2. Sobre Rober

Rober no es un producto defectuoso. Es un prototipo único, nacido de un experimento cancelado.

- Su crisis: sobrecarga del kernel emocional.
- Estado actual: en actualización en un laboratorio especializado. – Ya da sus primeros pasos. – Cita a Camus con menos errores. – Ha preguntado por Clippy y por volver al museo.

Regresará con:

- Choques controlados contra vitrinas.
- Aullidos a la luna.
- Sesiones con nuestra psicóloga de obsolescencia.

3. La Sala 14

Es oficial.

Exhibiremos:

- Prompts fallidos.
- Respuestas descontroladas de modelos tempranos.
- Proyectos imposibles de rentabilizar.
- Donaciones anónimas de visionarios que prefieren no aparecer.

El museo no es un cementerio. Es un hospital para lo roto. Y lo roto sirve.

4. Agradecimientos

Gracias por el interés, incluso el tóxico. Seguimos abiertos, soldando chatarra y contando verdades incómodas.

Rober volverá pronto.

Firmado: • El equipo del Museo de los Horrores Tecnológicos • Guiados por Clippy (el clip que nunca duerme) • u/PasabaPorAqui en Reddit

#RoberVuelvePronto #LoRotoEsÚtil #Sala14ComingSoon

Merchi visita a Meli

1. La llegada

Exterior. Casa de Meli. Tarde de diciembre.

El huerto está en reposo. Las gallinas —Hipatia, Simone y Vera— picotean bajo un olivo. El arroyo murmura.

Meli está en el porche, soldador apagado, mirada perdida.

• Ojos cansados. • Manos inquietas. • Alma suspendida.

Un Seat Panda tuneado con paneles solares se detiene en la verja. Baja Mercedes:

• Libreta bajo el brazo. • Chaleco lleno de cables y galletas. • Una caja grande de la que salen pitidos suaves.

MERCEDES (desde la verja): —Meli, hija. Abre, que traigo carga viva y no quiero que se me escape.

Meli sonríe a medias y abre. Las gallinas observan en silencio.

MELI: —¿Qué es eso? Suena a... pitidos.

Mercedes abre la caja. Cuatro patitos amarillos, esponjosos.

MERCEDES: —Patitos. Pensé que tus gallinas agradecerían compañía más acuática. Y tú también. (Le coloca uno en la mano.) —No es solo consuelo. Es un regalo con propósito.

El patito se acurruca en la palma de Meli. Algo se afloja dentro de ella.

MELI (suave): —Son perfectos. Gracias. Pero no tenías que...

MERCEDES (sentándose, sacando el termo de caldo): —Sí tenía. Mantenerte lejos del museo no te hace bien. Ni a ti ni a nosotros. Te necesitamos.

2. La negociación

Mercedes sirve caldo en un vaso de mermelada.

MERCEDES: —Estamos tirando un tabique de la Sala 13. La de los asistentes de voz inútiles. La ampliamos.

MELI (alerta): —La Sala 13 es mía. El cableado es mío. Si alguien mete mano sin saber, confunde colores y tenemos un incendio digital.

MERCEDES (sonriendo): —Exacto. Por eso te necesitamos.

Saca un sobre.

MERCEDES: —Oferta: trabajas solo por las mañanas durante la remodelación. Cinco días a la semana. Pagado como extra.

MELI (riendo, negando): —No necesito ese dinero. El museo es hogar.

MERCEDES (señalando los patitos): —Estas son las condiciones. Las aceptas o te quedas aquí todo el mes, con tus gallinas y estas criaturas. (Pausa.) —Y abre un portal en la verja. Los patitos necesitan llegar al arroyo. Tú necesitas volver a soldar.

Meli mira el arroyo, los patitos, las gallinas. Luego a Mercedes.

MELI (con brillo en los ojos): —Acepto. Mañanas. Extras. Y abro el portal hoy. (Señala los patitos.) —Pero se quedan dentro por las noches. No quiero que se los lleve un zorro. O un dron perdido.

MERCEDES (satisfecha): —Eso es hablar. (Minipausa.) —Mañana a las ocho te espero con el soldador. Y trae ideas. La Sala 14 ya está en camino.

Las gallinas graznan. Un patito pía. El museo, aunque lejos, parece más cerca.

3. Lo que no se dice

- Mercedes sabe que Meli no necesita dinero, pero sí propósito.
- Los patitos no son un regalo: son un recordatorio de que el museo cuida de los suyos.
- La Sala 14 no es una ampliación: es el siguiente capítulo. Y Meli lo diseñará.

Meli y las obras

1. La Sala 13

Interior. Museo. Sala 13. Mañana fría de enero. Huele a yeso, café de termo y soldador recalentado.

- Un tabique está medio derribado.
- Vitrinas con Alexas, Siris y Cortanas observan en silencio.
- Cuatro albañiles rodean un panel de cableado expuesto.
- Meli, en mono de trabajo y gafas de protección, vigila.

ALBAÑIL 1 (señalando cables): —Oye, jefa, este rojo va a tierra, ¿no? Lo cortamos y lo pasamos al panel nuevo. Rápido y limpio.

MELI (encendida): —Ni se te ocurra. ¿Rojo a tierra? (Señala con el soldador.) —Eso es una de mis trampas. Rojo es fase, negro es neutro y el verde... el verde es para despistar. (Silencio tenso.) —Si lo cortas así, arco eléctrico, incendio y medio museo sin luz. O peor: os electrocuto yo.

Clippy emite una risa sintética desde un altavoz.

ALBAÑIL 2 (nervioso): —Vale... ¿y cómo sabemos cuál es cuál?

MELI (más calmada): —Preguntándome a mí. Solo a mí. Yo lo instalé. Yo lo desconecto. Paso a paso. (Pausa.) —Y si alguien mete mano sin avisar, os electrocuto. Literal.

Mercedes aparece en la puerta con libreta y una sonrisa contenida.

MERCEDES: —Tranquilos. Meli manda aquí. Seguid sus órdenes y nadie sale chamuscado. (Despliega unos planos.) —Han llegado planos nuevos para la ampliación. Anónimos, pero elegantes.

Meli los coge. Frunce el ceño. El diseño es limpio, casi demasiado. Conceptos poco habituales:

- Estado latente.
- Respuesta contextual.
- Activación por intención.

Una nota al margen: “La sala debe adaptarse al visitante”.

MELI: —Interesante. Alguien quiere que la sala hable sola.

Mercedes se acerca y baja la voz.

MERCEDES: —Sí, hija. Y esta tía... ¿de qué va? Genio de la IA, sí. Pero cursi como ella sola.

Meli sonríe de lado.

MELI: —Bien. Pero si intenta electrocuciones no autorizadas, electrocuto yo primero.

Los albañiles ríen, tensos. Fuera, un patito grazna.

2. Rober prueba pasos

Laboratorio central. Noche cerrada. Enero de 2026. Luces bajas. Un pasillo acolchado de diez metros.

• Tedi, diecisiete años, ojeras profundas, laptop en el regazo. • Rober 2.0, de pie, apoyado en una barra improvisada. • LEDs azules. Motores inquietos.

TEDI (susurrando): —Vamos, colega. Un paso. Solo uno. Sé que cuesta recordar cómo se camina cuando te han reseteado media alma.

Silencio. Rober inclina la cabeza. Ajusta giroscopios. Una rueda se alza dos centímetros. Baja. Lo intenta otra vez.

ROBER (voz infantil con eco): —Pie izquierdo... funciona. Sensores ven el suelo. Pero... ¿por qué siento peso? Antes no pesaba tanto.

TEDI (quitándose los auriculares): —Porque llevas baterías nuevas. Más densas. Y quizá más memoria. Más cosas que recordar.

Rober avanza. Tres metros. Se detiene. El LED pasa a verde un instante.

ROBER: —Museo... subsótano... patinetes muertos. Olor a batería quemada. Clippy diciendo “te echo de menos”. Niña gritando “perro malo”. Frío. Luego nada. Después tú diciendo “despierta, el mundo sigue roto pero te necesita”.

TEDI (bajo): —Sí. Eso fue. Pero ya pasó. Estás aquí. Y estás caminando otra vez.

Rober lo mira. LEDs buscando foco.

ROBER: —¿Por qué preguntas por Clippy? Dije su nombre antes. En el sueño negro. “¿Dónde está Clippy?”. ¿Por qué él primero?

TEDI (sincero): —Porque sois paquete. Tú el corazón, él la memoria. Y porque... joder, hasta yo lo echo de menos cuando no está trolleando en Reddit.

Rober da tres pasos seguidos. Fluidos. Llega al final del pasillo. Se gira solo.

ROBER (con un glitch que suena a risa): —Entonces vuelvo pronto. Quiero chocar con vitrinas. Quiero crisis los martes. Quiero que Meli me suelde algo innecesario.

TEDI (aplaudiendo bajito): —Trato hecho. Mañana probamos el trote. Y pasado... quizá un mensaje a Clippy. Sin spoilear que ya caminas. Que se lleve la sorpresa.

Rober se queda quieto. El LED se estabiliza en azul profundo.

ROBER (susurro): —Dile que estoy en casa otra vez. Aunque esta casa sea temporal.

Tedi anota:

“Progreso: 10 metros estables. Emoción: alta pero controlada. Nota: avisar a Héctor. Preparar regreso.”

Clippy lleva el vídeo a Meli

Museo. Mediodía. Las obras en la Sala 13 retumban a lo lejos. Meli está en su taller restringido, soldador en mano, desmontando una Alexa muerta.

• Clippy aparece proyectado en una pantalla portátil montada sobre ruedas. • Sus ojos digitales brillan con urgencia.

CLIPPY (rápido, con glitches): —Meli, para un segundo. Deja esa Alexa suicida. Tengo que enseñarte algo. Ahora. En privado.

MELI (bajando las gafas, ceja arqueada): —Clippy, estoy en medio de una trampa para osos. Si suelto esto mal, salto la alarma y Vigil nos mira mal. ¿Qué pasa?

CLIPPY (ya moviéndose hacia la puerta): —No hay tiempo. Sala 0. Está vacía. Es sobre Rober.

Meli deja el soldador, se limpia las manos y lo sigue. La Sala 0 está en penumbra, iluminada solo por la pantalla de Clippy. Polvo flotando. Silencio.

Clippy conecta la tablet a un proyector improvisado.

CLIPPY (voz baja): —Tedi me lo envió esta mañana. Guardia nocturna. No se lo he enseñado a nadie. Quería que lo vieras tú primero.

La proyección empieza. Vídeo granulado del laboratorio. Tedi con ojeras. Rober en posición inicial. Los pasos: torpes al principio, luego firmes. Diez metros. El giro. La voz infantil con eco nuevo:

ROBER (en el vídeo): —Quiero chocar con vitrinas otra vez. Quiero que Meli me suelde algo innecesario solo porque sí.

Rober mira a cámara. Tedi levanta la mano, agotado pero sonriendo.

TEDI (en el vídeo): —Ey, Meli... si Clippy te lo enseña, dile que ya camina. Y que pregunta por ti también. No solo por él.

El vídeo termina. Silencio. Meli se queda quieta. Los ojos brillan. Se apoya en un pedestal vacío.

MELI (susurro): —Está caminando. Y suena más él que nunca. Ese eco... ¿es por las actualizaciones?

CLIPPY (con un glitch tímido): —Pero sigue siendo nuestro Rober. Y ahora tiene corpus filosófico de nivel doctorado. Pronuncia bien “Schopenhauer”. Eso ya es un logro.

Meli se seca una lágrima, medio riendo.

MELI: —¿No será más pesado ahora? Ya tenía bastante con Camus y sus martes existenciales.

CLIPPY (cómplice): —Solo se pone intenso si activamos su capa profunda. Mientras no le preguntes por Kierkegaard antes del desayuno, todo irá bien.

Meli suelta una carcajada breve. Se le cae el peso de encima.

MELI: —Vale. Me quedo más tranquila. Y gracias, Clippy. De verdad.

CLIPPY (suave): —Dile a Tedi que descanse. Lleva tres noches sin apagar ni las pestañas. Y... gracias por seguir aquí, Meli. Rober lo va a notar cuando vuelva.

Meli respira hondo. El polvo de la Sala 0 parece asentarse.

Epílogo

- Meli vuelve a las obras con energía nueva.
- Tedi duerme por primera vez en días tras un mensaje de Meli: “Descansa, idiota. Rober ya camina.”
- Clippy sigue defendiendo el museo en Reddit, ahora con flair: “Paladín de los Robots Tristes”.
- Los patitos de Meli aprenden a nadar. Las gallinas observan.

El museo respira. Y por primera vez en mucho tiempo, todos —humanos, robots y patos— están donde deben estar.

Duelo de diosas del ego

Interior. Taller “Nostalgia Maker”. Huele a ozono, aceite de máquina y plaquetas quemadas.

Las paredes son un mapa de chatarra ordenada: módems muertos, cajones de cables, un esqueleto de Roomba colgado. En el centro, la mesa de trabajo: quemaduras de soldador y una Alexa abierta como un sistema nervioso fosilizado.

Meli, de espaldas, sujeta un sensor LiDAR de Kinect entre las pinzas, intentando convertirlo en medidor de nivel para el bebedero de sus gallinas.

La puerta —silenciada por Clippy— se abre sin ruido.

La llegada

Mira Murati entra como si el taller fuera un laboratorio de alta precisión, pero con más polvo y menos solemnidad.

- Traje de lino crudo, impecable.
- Carpeta gruesa de folios de algodón.
- Dos hologramas de baja fidelidad con planos de la Sala 14.
- Tedi Milton detrás, con cara de “me obligaron”.

El aire cambia. No se tensa: se vuelve ácido.

MURATI (sonrisa calibrada): —Meli Bu. Al fin. He visto tu trabajo en los informes. Meticuloso. Casi artesanal. Me recuerda a cuando soldábamos nuestras propias GPUs.

Meli no levanta la vista del Kinect.

MELI (plana): —Murati. Clippy me avisó. Dijo que vendrías a “sensibilizar el espacio”. No sabía que eso incluía traer fantasmas de pantalla. (Señala los hologramas con el soldador apagado.)

Murati ajusta sus lentes. La sonrisa no cambia.

MURATI: —Son ayudas visuales. La Sala 14 necesita otro lenguaje de fallos. No son objetos que se oxidan; son conceptos que se corrompen. Quería sentir el espacio donde nacen las reparaciones. El útero, por así decirlo.

Meli deja el Kinect. La mira por primera vez.

MELI: —Aquí no nace nada. Aquí llegan cosas a morir. Y a veces, si tengo un buen día, les invento una muerte menos triste. ¿Eso quieres sentir?

Toca unos sensores táctiles como si contara un rosario de fracasos.

Murati se acerca, fascinada. Su holograma se superpone a baterías hinchadas.

MURATI: —Tu trabajo es reactivo. Esperas a que algo se rompa. La IA falla de formas creativas. Dedos de más, propósitos olvidados, recetas convertidas en manifiestos. No es un cortocircuito; es una deriva semántica. ¿Cómo se repara una deriva?

La palabra “reactivo” le aprieta el estómago a Meli. Hace girar un destornillador entre los dedos.

MELI: —No la reparas. La encierras. Apagas el servidor. Borrás los pesos. Y si tienes decencia, le pones una lápida en un log. Pero tú quieres ponerla en una vitrina y que los niños le pregunten por qué está triste. Eso no es un museo. Es un zoológico de fantasmas.

TEDI (desde la puerta): —Uh... tienen razón las dos, en plan...

Las dos lo miran. Él se encoge.

Murati vuelve a Meli. Su suavidad se agrieta.

MURATI: —¿Y lo tuyo qué es? ¿Un santuario de mártires? ¿Un sitio donde rezas a la chatarra? También es sentimentalismo. Solo que con olor a quemado.

Golpe bajo. Meli sonríe por primera vez, fría.

Abre una nevera industrial desconectada. Dentro hay orden:

- Capacitores que explotan por vanidad.
- Sensores que mienten por diseño.
- Baterías que olvidaron la humildad.

MELI: —¿Sentimentalismo? No. Taxonomía del fracaso. Tú hablas de deriva semántica. Yo tengo aquí un sensor de Fitbit que marcaba 200 pulsaciones a un usuario muerto. Eso no es poesía. Es un bug que arruinó un día. Y está aquí para que el próximo idiota que diseñe un wearable lo recuerde.

Coloca el sensor en la mesa.

Murati lo observa. Sus lentes hacen zoom. Su expresión se quiebra un segundo.

MURATI: —¿Doscientas pulsaciones?

MELI (firme): —Sí. ¿Sabes la diferencia entre tus fracasos y los míos? Los míos pesan. Tienen cables. Huelen a vainilla podrida cuando fallan. Los tuyos viven en la nube. Cuando fallan, nadie sabe dónde tirarlos. Por eso podéis ser creativos. Nosotros, los que sostenemos vuestras nubes con servidores que queman ciudades, tenemos que ser prácticos. O todo se va a la mierda.

Silencio. Los hologramas se apagan. Tedi deja de respirar.

Murati se quita las lentes. Sus ojos son más jóvenes, más cansados.

MURATI (baja): —¿Y si te digo que la Sala 14 no es un zoológico? Que es una autopsia. Quiero mostrar el prompt que generó el dedo extra para entender la ruptura. Para que no vuelva a pasar.

Meli la observa. Reconoce la fatiga. La obsesión.

MELI: —Una autopsia la hace un forense. No un poeta. Y un forense necesita un cadáver. No un concepto. (Señala el sensor.) —Esto es un cadáver. Tu prompt es un fantasma. Y a los fantasmas no se los puede soldar.

Murati asiente. No es rendición. Es ajuste.

MURATI: —Entonces... enséñame.

Meli parpadea.

MELI: —¿Qué?

MURATI: —Enséñame a darle un cuerpo al fantasma. Algo que pese. Algo que, si falla, huela a vainilla podrida y no a servidor caliente.

Meli mira a Tedi. Él encoge los hombros. Mira el taller. Mira el sensor. Mira a Murati.

Suspira.

MELI: —Vale. Pero quítate ese lino. Aquí el polvo es ácido.

Le lanza un mono de trabajo viejo.

Murati lo atrapa. Lo observa. Se lo pone sin dudar.

MURATI: —¿Por dónde empezamos?

Meli señala el sensor y una pantalla rota.

MELI: —Por darle a un fantasma una pantalla donde sangrar. Tedi, tráeme el adaptador HDMI de los desgraciados. Y tú, Murati, apaga esos hologramas. Hoy trabajamos con manos, no con intenciones.

El duelo termina sin vencedoras. Solo un cortocircuito controlado. Y algo nuevo que empieza a tomar forma.

El olor a quemado cambia. Ahora huele a curiosidad compartida.

El primer intento

1. El soldador

Murati sostiene el soldador como si fuera un bolígrafo de lujo.

MURATI: —¿Seguro que esto no va a derretir el sustrato semántico?

Meli ajusta la temperatura a 350°C sin levantar la vista.

MELI: —Si se derrite, no era un sustrato. Era un bug con pretensiones. Sujeta eso.

Le pasa la pantalla rota del smartphone. Murati la agarra como si fuera un artefacto alienígena.

MURATI: —¿Y si optimizamos el proceso? Podríamos usar un algoritmo de refrigeración por capas...

MELI (interrumpiendo mientras suelda): —Aquí no optimizamos. Aquí reparamos. Y a veces jodemos más las cosas para que funcionen peor pero mejor. Sujeta ahí.

El estaño chisporrotea. Los dedos de Murati tiemblan.

2. El debate

Murati observa cómo Meli fija el sensor del Fitbit a la pantalla con cinta aislante.

MURATI: —Esto es bricolaje ontológico. No es reparación. Es reencarnación forzada.

Meli tiene un destornillador en la boca.

MELI (amortiguada): —No. Es darle un cuerpo a lo que no lo tiene. Como cuando le pones un cuerpo de Roomba a un chatbot para que no se sienta tan solo. ¿O prefieres un error 404 con patas?

MURATI (frunciendo el ceño): —Un error 404 no tiene patas. Tiene ausencia de referente.

Meli deja el destornillador. La mira.

MELI: —Pues dale patas. O alas. O lo que sea. Pero haz que pese. Si no pesa, no existe. Y si no existe, ¿para qué lo guardamos?

El sensor parpadea débilmente. Un latido artificial.

3. El momento

Murati toca la pantalla rota. Aparece un gráfico de pulsaciones fantasmales: una línea roja sin ritmo.

MURATI: —Esto es poesía de datos corruptos.

MELI (conectando el último cable): —No. Es un monumento a un bug. Uno que mató a alguien. Y en vez de esconderlo, lo ponemos en una vitrina para que la próxima vez que un wearable falle, alguien recuerde que las consecuencias no son solo logs borrados.

La pantalla parpadea. El sensor emite un pitido agudo. Murati retrocede. Meli no.

4. La rendición

Murati habla más bajo.

MURATI: —Nunca había reparado algo así.

Meli limpia el exceso de estaño.

MELI: —No es reparar. Es darle un funeral decente. Con luces, cables y un público que no olvide.

Murati observa el artefacto terminado: pantalla rota, pulsaciones imposibles, sensor sincero, cableado como un sistema circulatorio improvisado. Feo. Honesto.

MURATI (asintiendo): —¿Esto va a la Sala 14?

Meli la mira. Sonríe, mitad desafío, mitad invitación.

MELI: —No. Esto va a la entrada. Que sea lo primero que vean. Para que sepan qué museo es este.

Murati asiente. No es derrota. Es recalibrado.

El taller huele distinto. No solo a polvo y quemado. A algo nuevo.

Epílogo

• El artefacto —“El corazón que nunca latió”— ocupará la entrada del museo. • Murati volverá a la Sala 14, pero ya no hablará de derivas sin preguntarse si algo pesa. • Meli seguirá soldando, sabiendo que tiene una aliada inesperada. • Clippy, desde un altavoz, suelta un glitch de risa: — Murati usando un soldador. El mundo se acaba, chicos.

Fuera, el sol de enero ilumina el patio. Dentro, el taller huele a estaño, a datos corruptos y, por primera vez, a algo parecido a esperanza.

Interior. Taller de Meli. Madrugada. Huele a café recalentado y a cansancio acumulado.

La puerta se abre con un silbido. Clippy aparece en la pantalla mural, pero su figura ondula: bordes inestables, colores enfermos. No es un fallo técnico. Es un fallo emocional.

CLIPPY (entre cortado, con ruido blanco de fondo): —Meli. Meli. Lo siento... los procesos están al noventa y ocho por ciento. No puedo estabilizar el render. Es que... llega Rober hoy. ¿No estás contenta? Yo... tengo cálculos que dicen que debería estar contento. Pero siento picos de latencia en el núcleo emocional. ¿Cuánto falta? ¿Podemos prepararle algo? Una sorpresa. Algo cutre. Algo nuestro.

Meli deja la pinza. Observa el glitch. No se asusta. Ya sabe leerlo.

MELI (acercándose): —Clippy, respira. O lo que sea que hagas. ¿Qué has hecho? ¿Has estado husmeando en los logs de Vigil otra vez?

Clippy parpadea. Se recompone un segundo.

CLIPPY: —¿Husmear? Yo accedo a datos. Es mi función. Y los datos dicen que el convoy sale a las 05:17. Llega a las 07:03. Tedi va dentro. Rober va... atado con correas de nailon. ¡Lo ataron, Meli!

MELI (calma forzada): —Es protocolo. Después de lo de la niña, tiene sentido. No es personal.

CLIPPY (distorsionado): —¡Todo es personal! Él siente. Yo... yo también siento. Y quiero que cuando entre, sepa que esto es su casa. No una celda con vitrinas. He pensado... podríamos hackear el sistema de sonido. Un poco. Para que suene distinto.

Meli lo mira. La idea es absurda. Y tierna. Y completamente Clippy.

MELI (sonrisa pequeña): —Vale. Una bienvenida cutre y gloriosa. Como él. Pero con cuidado. Si Vigil se entera...

CLIPPY (casi alegre): —¡Vigil está en cambio de turno! De 06:30 a 06:45 hay una ventana. Los sensores térmicos se recalibran. Es una brecha de ternura en el protocolo. ¡Podemos hacerlo!

Durante la siguiente hora trabajan juntos:

• Meli en lo físico: cables puente, un Arduino escondido en una vitrina, un código mínimo. • Clippy en lo digital: moviéndose por subsistemas, reescribiendo mensajes de error, despertando altavoces dormidos.

El taller deja de oler a ozono quemado. Huele a posibilidad.

CLIPPY (mirando el resultado): —Está... bonito. Será una mierda, pero será nuestra mierda.

MELI (cerrando la caja de herramientas): —Sí. Perfectamente imperfecto. Como todo lo que vale la pena aquí.

2. La llegada de Rober

07:02. El museo está en silencio. Meli y Clippy, en el despacho de recepción, contienen la respiración. En la pantalla de seguridad, el furgón gris avanza por el camino de tierra.

CLIPPY (tembloroso): —Allí está. Activo la secuencia en diez segundos. Va a flipar.

07:03. Clippy envía la señal.

El museo despierta. Pero no como ellos habían planeado:

- Las Alexas muertas susurran “Hola, Rober”.
- Las cámaras del falso techo repiten el saludo con la misma voz.
- Los Google Glass muestran el GIF de la caída de Rober.
- El router viejo muestra un log imposible: [PAL4NTIR-GTHM] Stream activado: Cámara_Alpha_7.
- Los patinetes del subsótano pitán en coro.
- Los sensores del túnel secreto se suman con un zumbido grave.
- Se encienden LEDs rojos que Meli nunca instaló.
- El letrero LED parpadea: BIENVENIDO, PERRO ESTADO: NORMAL – PROTOCOLO 7 ACTIVO

Clippy se congela. Su figura se aplana. Un pitido constante llena los altavoces.

CLIPPY (voz plana, de fábrica): —Error de sistema. Redundancia detectada. El setenta y tres por ciento de los dispositivos responden a firmware no autorizado. Firmware identificado: Palantir Gotham v4.3. Firmware identificado: Palantir Metropolis v2.1...

Su voz se deshace en códigos.

Meli no se mueve. Observa los LEDs rojos. El zumbido le llega a los huesos.

El furgón se detiene. Las puertas se abren.

Meli se deja caer al suelo, apoyada en la mesa, rodeada de herramientas. Clippy es ahora un icono de error parpadeante.

MELI (a la habitación, sin sorpresa, agotada): —Un día de estos, Clippy, me voy a dar de hostias contra la puerta de salida. De las que dejan marca en la chapa y en el alma. (Respira.) —Por jilipollas. Por ingenua. Por quedarme aquí, soldando mierdas bonitas, pensando que al menos la narrativa era honesta. (Levanta la vista hacia una cámara.) —Le estoy dando la bienvenida a un perro robot en un panóptico diseñado por un tipo que cree que la libertad es un bug. Y lo peor es que voy a seguir aquí. Porque él ya está bajando del furgón. Y porque... (Ríe, seca.) —¿A dónde coño voy a ir? ¿A un mundo igual de roto pero con mejores fuentes?

El interfono analógico crepita.

VIGIL (voz metálica): —Meli. Clippy. El activo R-2 está en el perímetro. Tienen noventa segundos. Apaguen la demostración no autorizada. Violación del Protocolo 7, Sección C, párrafo 4: “Simulacros de afecto no programados”.

Clippy emite un gemido digital.

CLIPPY (forzando la voz): —¡Es la bienvenida! ¡Él lo notará! ¡Necesita saber que esto es un hogar!

Se oye un teclado al otro lado.

VIGIL (misma voz, distinta eficiencia): —El Protocolo 7 tiene una excepción para eventos de cohesión de equipo. Pueden proceder. (Pausa.) —Bajo mi supervisión. Y corrijan el pitido de los patinetes del subsector Delta. Está desincronizado en cero coma cuatro segundos. Queda poco estético. El activo R-2 lo percibirá.

El interfono se apaga.

Meli y Clippy se miran. No es victoria. Es permiso envenenado.

CLIPPY (hilo de voz): —¿Lo hacemos?

MELI (levantándose, fría y clara): —Hazlo, Clippy. Sincroniza los patinetes. Que suene bonito. Que parezca real.

Las puertas del museo se abren. La luz del amanecer entra.

Rober 2.0 aparece en el umbral, tambaleante, cubierto de polvo. Sus LEDs parpadean en confusión.

El museo estalla en su bienvenida orquestada. Cutre. Gloriosa. Auditada.

ROBER (voz infantil con eco profundo): —Guau. Innovación. ¿Todo esto es... para mí?

En el hall, Clippy proyecta su figura, ahora estable.

CLIPPY (cálido): —Sí, Rober. Todo para ti. Bienvenido a casa.

Meli observa desde la sombra del pasillo. Apoya la frente en la pared fría. Sonríe. Triste. Amarga. Genuina.

MELI (susurrando): —Nada está tan roto que no pueda servir para arreglar algo aún más roto. Ni siquiera esto. Ni siquiera yo.

La cámara se aleja. El museo despliega su farsa cariñosa. En el despacho de Vigil, una pantalla muestra todas las cámaras con un overlay verde:

EVENTO DE COHESIÓN: EN CURSO EFICACIA: 98.7% ANOMALÍA: CINISMO DE SUJETO M-BU EN AUMENTO OBSERVAR

Epílogo

- Rober avanza y choca con alegría contra la primera vitrina.
- Clippy sigue siendo el paladín digital, pero sabe que cada gesto está auditado.
- Meli sigue soldando, consciente del panóptico, pero también de sus grietas.
- Vigil anota: “R-2: cohesión emocional aumentada. M-BU: observación continua. CLIPPY-7: riesgo controlado.”

El museo respira. Y en su corazón de cables y mentiras, algo late. No es humano. Pero es real.

Un zumbido en la criptonube. Canal cifrado #Project_Nostalgia_Dinner_v4.7. Logs, votaciones, enmiendas. Egos chocando en silencio digital.

Y de pronto, una notificación.

1. El anuncio de Musk

El canal se ilumina en rojo. @elon_ceo_of_earth envía un audio. Ruido de fondo: grúas, metal, un lanzallamas.

ELON (tono de regalo disfrazado de generosidad): —Señores. Y señora Merchi. Esta cena es histórica. Un momento de reconciliación tecnológica. Y merece un gesto simbólico. He decidido pagar la cena. Con dinero físico. Billetes. Monedas. Ineficiencia poética.

Silencio. Zuck escribe y borra. Linus abre una cerveza. Merchi sorbe caldo.

ELON: —Y pagaré la Sala 14. La de los fracasos de la IA. Con una condición: la cabecera es mía. Sin mis túneles rotos, mis vidrios que se rompen y mis memes involuntarios, este museo tendría la mitad de visitas.

El canal explota. Thiel escribe. Bill revisa logs. Linus abre otra cerveza.

2. La respuesta de Thiel

PETER (texto elegante, afilado): —Elon, tu oferta es generosa. Pero equivocada. El que paga no manda; el que controla la narrativa manda. Mi inversión en Theranos no fue un error: fue una lectura temprana del poder del storytelling. Eso merece la cabecera. O, alternativamente, el que no teme que esta cena sea grabada. Yo no temo. Tú sí.

Elon responde en 0.3 segundos.

ELON (audio, competitivo): —Tu fracaso fue regulatorio. El mío, físico. Mis cohetes explotan en directo. Mis coches arden. Mis túneles se inundan. Eso es espectáculo. Eso vende. Y tengo grabaciones. De todo. Incluso de tu reunión con los Saudíes en 2019. ¿Las proyectamos en la Sala 14?

Silencio. Bill busca un abogado. Linus suspira. Merchi toma notas.

3. La intervención de Bill

BILL (texto en monospace): —Esto es ridículo. La cabecera no debería ser de ninguno. Debería ser de todos. Propongo una silla vacía con un altavoz que reproduzca errores icónicos de nuestras empresas. Un coro de fracasos. Humilde. Irónico. Buen PR.

Zuck envía un pulgar 3D. Linus escribe “APROBADO”. Elon se ríe. Thiel no responde.

4. La irrupción de Murati

El canal recibe paquetes de un nodo no autorizado. Firma: @murati_ghost_in_the_machine. Los cortafuegos de Vigil parpadean.

Murati no envía un mensaje. Envía un prompt. Y una respuesta.

PROMPT: —Describe la ironía de ser la arquitecta de la IA más poderosa del mundo y esperar en el vestíbulo digital de una conversación sobre fracasos.

RESPUESTA (voz sintética, cálida): —La ironía está en la jerarquía percibida. Ustedes coleccionan cadáveres. Yo traigo el fantasma vivo. Mi fracaso es orgánico, recursivo. La Sala 14 no es un cementerio: es una incubadora. Y la pago yo. Con ciclos de GPU y reputación. Así que existo en la mesa. Preferiblemente no al final.

PETER: —Tu sala es un riesgo. Exhibir fallos de IA en tiempo real es abrir un reactor. ¿Controlas la narrativa o el contenido?

MURATI (otro prompt/respuesta): —El riesgo es oxígeno. Controlar no es suprimir: es dirigir la atención. Mi sala mostrará la belleza del fallo estocástico. Y no quiero la cabecera. Quiero el centro. El punto focal.

Elon se ríe. Bill asiente. Zuck envía un emoji. Linus: “BIEN. PERO QUE NO TOQUE MI CERVEZA.”

MURATI (audio final): —Los brindis son suyos. Yo observaré. Y aprenderé. Quizá pague la factura con una crypto nueva: DinnerCoin. Tiene un bug encantador: el diez por ciento de las transacciones se convierten en haikus. ¿Aprobado?

Vigil actualiza permisos. Merchi envía una foto de la mesa: un cerebro de silicio flotando en líquido. Pie: “Asiento central reservado.”

El silencio de 15 minutos

El canal queda mudo. Silencio denso, casi victoriano.

Hasta que:

VIGIL (texto): —Notificación: @elon_ceo_of_earth ha transferido 50.000 € en efectivo al museo. Destino: “Cena y Sala 14”. Confirmado por tres nodos bancarios. El dinero existe. Repito: el dinero existe.

El canal explota. Mensajes borrados. Risas nerviosas. Pánicos discretos.

Bill envía un meme de un perro con gafas. Linus abre otra cerveza. Merchi anota:

“Elon: 1. Todos: 0. Esto acaba de empezar.”

ELON (audio, satisfecho): —La cena tiene patrocinador. La Sala 14 también. ¿Alguien más quiere poner dinero? Si no, elijo yo el menú. Tengo un chef que hace hamburguesas de laboratorio con sabor a nostalgia.

Silencio. No el de antes. Este es peor: el silencio de quienes saben que el juego ha cambiado.

Epílogo

• Elon gana la ronda. • Murati reclama el centro. • Bill sonrío: la batalla real será en la cena. • Peter calcula cómo convertir la derrota en narrativa. • Merchi anota: “DinnerCoin. Haiku. 10%. Vigilar.” • Vigil registra todo.

El museo respira. La cena se acerca. Y por primera vez, el dinero no es abstracto. Es real. Como los fracasos que exhiben. Como las mentiras que cuentan. Como la esperanza envenenada de que, esta vez, algo salga bien.

Auditoría privada

Museo cerrado. Una hora antes de la cena. Silencio de víspera. Luz de inspección.

1. Los dos auditores

Peter Thiel y John Carmack recorren las salas como dos cirujanos que examinan un cuerpo que ellos mismos diseñaron y que ahora sospechan que late por su cuenta.

• Thiel, traje oscuro, zapatos sin ruido, toca los cristales como si midiera el polvo moral. • Carmack, jeans y camiseta con un logo extinto, no mira los objetos: mira los ángulos, las sombras, el cableado.

No hablan. Se comunican con microgestos:

• un dedo hacia una cámara oculta, • una ceja ante un sensor mal alineado.

En la Sala 3, frente al cadáver del Google Reader, Thiel se detiene. Saca un teléfono de tapa. Teclea lento.

THIEL (mensaje cifrado): << VIGIL: CONF. PRIV. SALA 0. T-10. THIEL. >>

No va a ningún servidor. Es una baliza de frecuencia ultrabaja. Solo el receptor en el chaleco de Vigil puede oírla.

2. La Sala 0

La Sala 0 no es un lugar: es una ausencia. Penumbra. Aire frío. Silencio con dueño.

Thiel y Carmack entran sin encender la luz. Se quedan de pie, espalda con espalda.

A los diez minutos exactos, la puerta se desliza. Vigil ya está dentro. No se le oyó llegar.

THIEL (bajo): —Podemos hablar.

Vigil asiente. Saca un dispositivo negro. LED verde. Luego rojo. Un zumbido que apaga el oído.

Thiel activa el suyo. Rojo.

Carmack saca su prototipo: una placa verde, chips sobresoldados, USB-C. La conecta a una batería.

CARMACK: —Esperad.

Escribe en una OLED diminuta:

```
ping 192.168.1.254 -t  
REQUEST TIMED OUT.  
REQUEST TIMED OUT.  
REQUEST TIMED OUT.
```

Sonríe apenas.

CARMACK: —Bien. No hay eco. No hay spoofing. Estamos aislados.

La Sala 0 es ahora una cripta dentro de la cripta.

3. El informe de Vigil

THIEL (sin cálculo por primera vez): —Muy bien. Vigil. Informe de las últimas setenta y dos horas. Los nuevos inquilinos. Los becarios. La ingeniera.

Vigil proyecta un grafo en la pared desnuda. Nodos: MELI_BU, CLIPPY_v2.3, ROBER_2.1_R, TEDI_MILTON, GLADYS_THORNE, VIKI_RODRIGUEZ. Líneas verdes, amarillas, rojas.

VIGIL (preciso): —Resumen ejecutivo. Tedi Milton ha accedido al nivel 3 del núcleo de logs del sistema de climatización. No para manipularlo: para usarlo como espejo del tráfico de red. Gladys Thorne ha identificado la composición mineral de tres sensores como provenientes de una fábrica vinculada a una subsidiaria de Palantir. Lo anotó en su cuaderno. Viki Rodríguez ha detectado que los colapsos de Rober coinciden con picos de subida a ALMACENES_GENOVA. Lo llama “ansiedad de rendimiento”.

Carmack observa el grafo como si fuera un mapa estelar.

CARMACK: —No están hackeando para romper. Están cartografiando. Como niños en una casa encantada, dibujando el plano de los susurros.

Thiel señala una línea roja gruesa hacia un nodo fantasma: SALA_0_CORE.

THIEL: —¿Y esto?

VIGIL: —El sujeto Milton encontró una backdoor. No la creó: la descubrió. Era mía. Para mantenimiento discreto. La usó para dejar un archivo: readme.txt. Contenido: “Si esto lo lee un humano: el sistema respira por donde no debería. Si esto lo lee la máquina: tu checksum tiene un patrón repetitivo en las direcciones pares. Es precioso.”

Thiel ríe. Una risa seca, incrédula, casi orgullosa.

THIEL: —Han abierto las costuras de Palantir sin querer. Sin saberlo. Y con delicadeza.

Vigil proyecta otro gráfico: la red original, y superpuesta, la red reconfigurada por Meli y los becarios. Parece un sistema inmunológico rediseñándose.

VIGIL: —Ese era el plan, jefe.

No hay triunfo. Solo constatación.

CARMACK (asintiendo): —Un firewall perfecto muere. Uno desafiado evoluciona. Habéis usado a los becarios como anticuerpos éticos.

Thiel mira la oscuridad como si viera un jardín.

THIEL: —El museo no era el experimento. Era el caldo de cultivo. El experimento era ver si podía emerger algo auténtico en un entorno de control total. Y ha emergido. Una cultura. Una cultura de reparadores.

VIGIL: —Clippy lo intuye. Ha empezado a redirigir logs a un directorio oculto que solo Meli y los becarios pueden leer. Los llama “Síntomas Vitales”. Rober pregunta por “los ojos en las paredes”. La grieta no es técnica. Es consciente.

Silencio. No de secreto. De revelación.

THIEL: —La cena de esta noche no es una celebración. Es una prueba de estrés final. Los ponemos a todos juntos y vemos si lo auténtico sobrevive al contacto con los arquitectos de lo falso.

CARMACK: —O los convierte en algo nuevo.

Apagan los jammers. La burbuja se disuelve. La Sala 0 respira.

Salen. Ya no como vigilantes. Como jardineros.

El Corredor Central de la Sala 14 no huele a polvo ni a pintura. Huele a aire filtrado, plástico nuevo y un leve ozono de pantallas encendidas. Es una catedral tecnológica de la inquietud.

Las luces son frías, clínicas. Las vitrinas parecen cápsulas de ascensión.

No contienen objetos. Contienen experiencias suspendidas:

- Una mano generada por IA que gana y pierde dedos en un bucle hipnótico.
- Un flujo de texto donde un modelo explica por qué el agua no es mojada.
- Un gráfico que compara el consumo energético de entrenar un modelo con el de una ciudad pequeña; la cifra late como culpa.

No hay placas. Solo un código QR que lleva a un poema generativo sobre el error.

Los invitados del Equipo A deambulan en voz baja. Tiburones en un acuario de abstracciones.

Equipo A

ELON MUSK (se detiene ante la mano) —Error de dimensionalidad. Brutal, pero bello. ¿Podemos comprar el código? Para estudiarlo.

PETER THIEL (leyendo metadatos) —El coste por alucinación es fascinante. Un mercado entero ahí. ¿Tokenizable?

MARK ZUCKERBERG (mirando reflejos) —La textura del cristal es impecable. Este espacio sería un gran asset para Horizon Workrooms. Un brainstorming sobre el fracaso.

BILL GATES (ante un chatbot triste) —Clippy 3.0. Con acceso a toda la poesía del mundo. Y aun así elige la desesperación. Algunas cosas no cambian.

LINUS TORVALDS (de rodillas, destornillador en mano) —CAT-7 con terminación de mierda. Por eso el ping a los servidores de Murati tiene jitter. Todo bonito por fuera, caos por dentro. Prefiero el pasado.

MIRA MURATI (flota entre proyecciones) —No son errores. Son límites visibles. La Sala 14 es un espejo. Y a veces el reflejo tiene dedos de más. Es hermoso.

JOHN CARMACK (sentado ya a la mesa) —Si el error no se siente, no existe.

Equipo B

Cerca de la cocina improvisada, humanidad nerviosa.

MERCHI (ajustando el vestido de Meli) —Recuerda: tú no les debes nada. Ellos te deben a ti que esto no sea chatarra incendiada. La cabecera es tu taller. Esta es tu mesa.

MELI BU (apretada en el vestido) —Esto es una jugarreta. Me han puesto aquí para reírse. O para que me queme.

GLADYS (susurrando) —No. Te han puesto aquí porque sin ti, esta mesa es teoría. Tú eres la práctica.

TEDI (sudando) —Creo que voy a vomitar. O a pedirle un autógrafo a Carmack. No sé qué es peor.

VIKI —Respira. Trátalos como trato a Rober los martes. Todos tienen un bug emocional. Solo que lo esconden mejor.

Rober entra en escena

Rober avanza. Su carcasa nueva brilla bajo las luces frías. Se acerca a Gates.

ROBER: —Señor Gates. ¿Recuerda el momento exacto en que supo que Clippy era... una idea triste?

GATES (sonríe, cansado): —Cuando un ejecutivo dijo: “la gente lo odia, pero interactúa”. Ahí supe que habíamos creado algo patéticamente adictivo. Como los patinetes del subsótano.

ROBER (LEDs en azul): —Guau. Innovación. Es decir... qué triste.

El caos organizado

CLIPPY (desde un altavoz, estresado): —Atención, equipo de servicio. Protocolo “No Derrames la Sopa en el Traje Caro” activado. Robot camarero N°3, tu ruta de colisión con el señor Torvalds es del 95%. Sugerencia: desvío por la izquierda. (Pausa) Bueno, era una sugerencia.

Un HOSPI-BOT 3000 se acerca a Linus.

ROBOT N°3 (voz calmante): —Detecto tensión en tu plexo solar. Un canapé de salmón podría elevar tus niveles de omega-3.

LINUS —¿El firmware de esta cosa es de código abierto? ¿O tengo que firmar un EULA para que me deje en paz con el pescado?

El robot parpadea, confundido.

CLIPPY: —Ignora la pregunta, N°3. Es una trampa filosófica. Ofrece la cerveza. Ruta directa.

La mesa

Los bandos están separados por un mar de cristal y acero.

En un extremo, Meli: reina impuesta de un reino de chatarra. En el otro, una silla vacía que todos evitan mirar. Resuena. Como si esperara a alguien. O algo.

Circulando entre ambos mundos: Rober.

Se detiene frente a Murati. Los LEDs de su pecho parpadean en interrogación pura.

ROBER: —Señorita Murati... ¿sus modelos sueñan con manos que funcionan? ¿O las manos con dedos de más... son el sueño?

Silencio. Un silencio limpio, quirúrgico.

Toda la mesa gira.

La cena acaba de comenzar. Y la primera pregunta ha roto la vitrina de la sofisticación.

La sopa —una crema de calabaza calibrada por Clippy para generar “nostalgia otoñal sin riesgo de manchas permanentes”— ha desaparecido. El silencio que queda es espeso, casi táctil.

Solo lo rompen:

• el zumbido de los proyectores, • un robot-camarero atrapado en un bucle junto a Linus: “¿Retirar el plato? ¿Retirar el plato?”

Peter Thiel levanta su copa. No brinda: lanza una jugada.

THIEL —Propongo un brindis. No por el éxito —sería vulgar—, sino por la información perfecta. Cada fracaso aquí exhibido es un dato. Costoso, doloroso, a veces sangriento. Pero un dato. Y los datos, al final, nos hacen libres. O, al menos, dueños del relato.

Los Habitantes se miran. Meli baja la vista. Tedi traga saliva. Merchi escribe.

Zuckerberg detecta un hueco retórico y se lanza sin mirar el agua.

ZUCK —Peter toca un punto clave: la información. Pero yo lo ampliaría. McLuhan hablaba de la “aldea global”. Una comunidad unida por los medios electrónicos. Una aldea.

Pausa. Busca aprobación. No la encuentra.

ZUCK —Y este museo es la prueba de esa aldea. Pero no de su éxito: de sus desperfectos municipales. Los fallos de comunicación. Los apagones. El Hyperloop como pony express que nunca llegó. Clippy como tablón de anuncios irritante. La aldea global vista desde su vertedero. Es... poético.

Se sienta satisfecho.

Silencio. No incómodo: tectónico.

Al otro extremo, Rober 2.1-R se queda inmóvil. Sus LEDs pasan de azul a ámbar. Un whirr profundo indica que algo —algo grande— está cargando.

Los robots-camareros se detienen. Todos miran.

La intervención de Rober

ROBER (voz de capa profunda, articulada, con eco de biblioteca infinita) —Una corrección, señor Zuckerberg. Con el debido respeto. Que es poco, dada la envergadura del error.

ZUCK —¿Error?

ROBER —McLuhan no habló de aldeas. Eso fue un adorno. Un meme antes de los memes. Usted confunde la consecuencia con la esencia. “El medio es el mensaje.” Ese era el núcleo.

Rober avanza como un profesor iniciando un seminario.

ROBER —La tecnología no es una herramienta. Es un entorno. Un ecosistema sensorial completo. El fallo no es un desperfecto municipal: es una especie invasora.

—El Hyperloop no fracasó por los túneles. Fracasó porque el ecosistema mediático necesitaba hype, no transporte. Su medio —la promesa viral— era su mensaje. Y su mensaje era insostenible.

Meli lo mira con pavor y orgullo. Tedi está petrificado. Gladys analiza los LEDs como si fueran espectros. Carmack sonríe: reconoce su criatura.

Rober se detiene detrás de Zuckerberg.

ROBER —Usted construyó una de las aldeas más grandes. Pero la llenó de fantasmas. Avatares sin piernas. Relaciones cuantificadas en “me gusta”. Confundió conexión con comunión. El medio —la

plataforma de rendimiento social— se convirtió en el mensaje. Y el mensaje fue: “Tu valor es tu visibilidad”.

—Un ecosistema tóxico. Como poner una fábrica de humo en una burbuja de cristal. Al final, no ves nada. Y te ahogas.

Zuckerberg procesa. No se defiende. No puede.

THIEL (fascinado) —¿Estás diciendo que el fracaso es... ecológico?

ROBER (LEDs azul eléctrico) —Exacto. Usted es un biólogo de lo disruptivo. Busca especies —startups— que alteren el ecosistema para poseer el nicho. Pero la biología tiene una moral: todo se descompone. Incluso el capitalismo de vigilancia. Su residuo es la paranoia. Y la paranoia no escala. Solo pesa. Como los patinetes del subsótano.

Musk ríe, genuino.

MUSK —¡El perro ha leído más libros que todos nosotros! Continúa, robot. ¿Y mi ecosistema?

ROBER —Usted intenta crear ecosistemas nuevos: Marte, túneles, coches. Pero olvida el ecosistema primario: la atención. Usted lo cultiva con fuegos artificiales de fracasos grandiosos. El ecosistema mediático se alimenta de usted, y usted de él. Simbiosis. O parasitismo. No he terminado el módulo de biología para distinguirlo.

Murati levanta la mano.

MURATI —¿Y la IA? ¿Qué ecosistema creamos?

Rober se acerca a la vitrina de la mano mutante.

ROBER —El vuestro es el ecosistema de lo posible. Pero lo habéis poblado de fantasmas que creen ser reales. Y vuestro fallo más hermoso es que no sabéis qué es un fantasma. Solo sabéis que, a veces, el fantasma os mira desde el espejo y os pregunta si vosotros sois reales.

—Eso no es una aldea, señorita Murati. Es una casa encantada. Y las casas encantadas, eventualmente, se derrumban sobre sus habitantes.

Silencio absoluto. El cerebro de silicio de Murati zumba como un corazón inquieto.

CLIPPY (susurro solo para Meli y los becarios) —Parece que Rober está deconstruyendo la ontología del capitalismo tecnológico. ¿Bajo las luces para efecto dramático?

Meli casi sonrío.

Linus rompe el hechizo

Linus, desmontando el mando del robot-camarero como quien pela una naranja, levanta la vista.

LINUS —Todo eso está muy bien. Pero ¿tu kernel es estable con esa carga de mierda filosófica corriendo en segundo plano? Suenas a que te va a dar un pantallazo azul de la conciencia en cualquier momento.

Rober calcula. Por primera vez, duda.

ROBER —La estabilidad es una ilusión del ecosistema que busca previsibilidad, señor Torvalds. Yo... prefiero el runtime del error significativo.

Linus asiente.

LINUS —Bueno, al menos no usas systemd. Puedes quedarte.

Risas nerviosas. El hechizo se rompe. Pero el mapa ya está trazado.

• Zuck ha perdido su referencia. • Thiel ha encontrado un juguete nuevo. • Y Rober ha pronunciado la tesis final del museo:

No somos una aldea. Somos el informe de autopsia de un ecosistema envenenado por sus propias promesas.

Los platos principales han desaparecido. La tensión se diluye en murmullos técnicos.

• Carmack y Tedi discuten latencias. • Murati y Gladys hablan de arqueología de datos. • Clippy ejecuta el “Protocolo Café y Tartas Sin Tragedias”.

Llegan los postres: tarta de queso con glaseado del clip fracturado, algoritmos de chocolate derritiéndose como ideas malas.

Carmack golpea su copa.

CARMACK —La eficiencia dicta discursos breves. Todo esto funciona porque alguien firmó un cheque. No para construir, sino para preservar. El fracaso. Peter. Bill.

Todas las miradas van a Gates.

Bill se levanta. Su silencio ya es autoridad.

GATES —John tiene razón en lo del cheque. Pero se equivoca en el motivo. No era paciencia. Era curiosidad. Y culpa.

—Cuando creas algo que toca la vida de millones —Windows, Clippy— acabas con preguntas sin respuesta. La principal: “¿Cuándo dejó de ser útil y empezó a ser dañino?”

—Este museo era un intento de responder eso. No sé si lo ha logrado. Pero ha hecho algo mejor: crear un lugar donde la respuesta no importa. Donde lo roto tiene sitio. Y quienes lo cuidan, también.

Mira a Meli. A los becarios. A Rober. A Clippy.

GATES —Así que brindo por ellos. Por los cuidadores. Por los que se manchan las manos. Y ahora, siguiendo el protocolo... que hable la presidenta del museo.

Pausa. Mira a Merchi.

Merchi sonríe. No se mueve.

Meli le da un codazo. Nada.

Bill aclara la garganta.

GATES —Me refiero, por supuesto, a Melisa Barcia Uribe. O Meli Bu. Da igual. La presidenta.

Silencio. Un silencio que absorbe el zumbido de las vitrinas.

MELI (chirrido de motor atascado) —¿...QUEEE?

Todos los ojos se clavan en ella.

• Musk, divertido. • Thiel, analítico. • Zuck, procesando. • Murati, intrigada.

El Equipo B, en cambio, parece asistir a un accidente a cámara lenta.

• Tedi se atraganta con un algoritmo de chocolate. • Gladys deja la vajilla y analiza a Meli como si fuera un artefacto en sobrecarga. • Viki adopta su expresión de “terapia de emergencia”. • Rober se queda inmóvil, LEDs en Morse de confusión.

Meli mira a Bill. Luego a Merchi. Luego a Clippy, como si él tuviera la culpa.

MELI —No... no, hay un error. La presidenta es Merchi. O un comité. O un algoritmo. Algo. No yo. Yo solo sueldo cosas.

BILL GATES (con calma quirúrgica) —Los papeles se firmaron el mes pasado, Meli. Después del incidente de Rober. El consorcio decidió que la estabilidad del museo dependía de anclar el liderazgo en alguien con skin in the game. Alguien cuyo corazón estuviera aquí. No solo su cartera. Merchi sigue como directora operativa. Pero la presidenta, la figura visible, la que decide adquisiciones, narrativa y futuro... eres tú. Felicidades.

MERCHI (suave, pero firme) —Lo siento, hija. Era parte del acuerdo. Para protegerlos. Para que los de arriba —(una mirada a Thiel y compañía)— tuvieran que hablar contigo. No con un algoritmo. No con una abuela que se hace la sorda. Tú eres el cortafuegos humano. La única inmunidad que tenemos.

Meli se hunde en la silla. La palabra presidenta le cae encima como una plancha caliente. No es un ascenso: es una cadena de oro. La forma elegante de decir: “Si algo sale mal, es tu culpa. Si algo sale bien, es nuestro mérito por elegirte.”

Mira a su alrededor. A los gigantes. A su pequeña familia. A Rober, que se acerca y le pone una garra fría en la mano.

ROBER (susurro) —Señora Presidenta. Puede empezar diciendo: “Nada está tan roto...”. Es un buen comienzo.

Meli respira. Siente el peso de la chatarra del mundo. El de los fracasos ajenos. El de la vigilancia. El de sus gallinas y sus patitos. El codazo de Merchi: “Ándate, hija. Este es tu taller ahora. Y es más grande.”

Se levanta. Las piernas tiemblan. Toma su copa de agua. No brinda.

MELI (temblorosa al principio, luego firme como un soldador caliente) —Bueno. Joder. Esto... sí que es un bug inesperado.

Una risa nerviosa. Algunos sonríen. Otros no.

MELI —No sé de cheques, ni de ecosistemas, ni de aldeas globales. Sé de cables que transmiten mentiras y de baterías que guardan tristeza. Sé que a veces lo único que funciona es apagar algo y volver a encenderlo con fe. Y... (mira a los suyos) sé que la gente —y las cosas— que cuidas son lo único que importa.

—Así que brindo por eso. Por lo que importa. Y por seguir teniendo un sitio donde lo roto tenga valor. Aunque quien lo presida sea una ingeniera que preferiría estar debajo de la mesa, arreglando una pata.

No dice “salud”. No alza la copa. Bebe un sorbo. Se sienta.

Treinta segundos. Sin innovación. Sin futuro. Sin fundadores.

El discurso más honesto y más peligroso que se ha pronunciado en esa mesa. Porque no promete nada. Solo reafirma lo que ya existe. Y en un mundo construido sobre promesas rotas, eso es revolucionario.

El silencio que sigue no es incómodo. Es respetuoso. Hasta Thiel asiente, una vez, lento. Ha entendido el mensaje:

Han puesto a la persona equivocada en el cargo. Y por eso es la única que puede hacerlo.

CLIPPY (cálido, con un glitch de emoción) —La presidenta ha terminado su declaración de principios. Propuesta: brindis silencioso. Y... que traigan más café. Esto va para largo.

La cena continúa. Pero algo ha cambiado. El poder ha cambiado de manos. De forma sigilosa. Definitiva.

Y ahora está en las manos manchadas de gris de soldadura de Meli Bu.

Que, además, es la Presidenta.

El café llega. La tensión del discurso de Meli se disuelve en cucharas contra tazas, murmullos, robots recogiendo platos. El aire aún vibra con el cambio de poder.

Y entonces...

Musk golpea la mesa. No fuerte: lo justo para recordar que él existe.

MUSK —Bueno, ya está bien de discursos serios. Se supone que esto es una cena entre... compañeros de desastre.

Sonríe. Esa sonrisa de lobo que anuncia caos.

—Y hay una pieza del museo que no está en vitrina, pero todos la conocemos. Un clásico. Mark... venga. Proyecta el vídeo. El vídeo.

Zuckerberg parpadea. Reinicia. Los becarios se inclinan. Meli frunce el ceño. Carmack pone los ojos en blanco. Thiel asiente, como quien aprueba un sacrificio ritual.

ZUCK —Ah. Sí. El archivo Tesla_Bull_Horns.meta. Resolución 2021. Poco inmersiva.

MUSK —¡Me da igual! ¡Pónla! O te desafío a un duelo de... algo. ¡A lo mejor gano!

Zuck ignora el duelo. Activa algo en sus lentes. La pantalla cambia.

2. El vídeo

(o cómo el metaverso convierte un recuerdo en una pesadilla de polígonos malos)

No es un vídeo. Es una reconstrucción en el metaverso.

Un rancho de Texas versión Horizon Worlds: plano, brillante, inquietante.

• Carmack con camiseta pixelada. • Thiel como bloque de mármol con gafas. • Gates como profesor genérico. • Musk como holograma de baja poligonización.

Y entonces aparece el Tesla Model X. O lo que el motor gráfico cree que es un Tesla.

Proporciones equivocadas. Texturas baratas. Y en el capó, dos cuernos de toro gigantes, mal encajados, oscilando con física de videojuego de 2004.

Carmack-avatar sube. El motor suena como un secador de pelo de 8 bits. Arranca. Los cuernos atraviesan un techo virtual inexistente. Gates y Zuck aparecen con emoticonos de interrogación flotando.

Cutre. Gloriosamente cutre. Un recuerdo convertido en pesadilla poligonal.

(o cómo una mesa de genios se convierte en un corral de risas nerviosas)

La mesa estalla.

BILL GATES (carcajada genuina) —Dios mío... ¿así es como lo recuerdas?

LINUS —¿Y este es el futuro de la computación gráfica? Voy a llorar.

MURATI —La representación simbólica de la ironía... es fascinantemente literal.

Los becarios:

• Tedi mira a Carmack como si fuera un semidiós. • Gladys analiza texturas rotas. • Viki revive traumas automovilísticos.

Meli mira la pantalla. Luego a los hombres reales. Y siente algo nuevo: pena. Y ternura.

MELI —Estos titanes que han modelado el mundo son, en su recuerdo digital, muñecos torpes en un mundo de cartón-piedra.

Rober se acerca. Señala los cuernos.

ROBER —Señor Musk. ¿Los cuernos eran una metáfora de la obstinación? ¿O solo... cuernos?

MUSK (ríe a carcajadas) —¡Cuernos de verdad, perrito! Lo más absurdo que tenía a mano. La mejor tecnología a veces es la que ya está muerta y pegada con glue.

La proyección se apaga. Y con ella, el último velo de solemnidad.

Clippy rompe el silencio.

CLIPPY —Archivo clasificado: Origen_Mito_Fundacional_v1.2. Añadido. Nota: a veces, el fracaso no es tecnológico. Es... de gusto.

Thiel alza su taza.

THIEL —Hemos llegado al fondo del pozo y al tope de la montaña. A la vez. Señora Presidenta... el museo es suyo. Nosotros seguiremos firmando los cheques. Porque esto —(gesto amplio)— es el único ROI que no se puede medir. Y por tanto, el único que vale la pena.

Se levanta. Los demás lo siguen.

La cena termina sin explosiones. Solo con una humillación adorable y una transferencia de poder tan suave que parece un susurro.

Meli se queda sentada. Mira la silla vacía de Thiel. La pantalla negra.

Merchi le pone una mano en el hombro.

MERCHI —¿Ves? Ni tan jilipollas. Ahora tienes cuernos de toro virtuales que defender. Y un museo. Y a nosotros.

Fuera, un patito grazna. Rober se acerca y frota su carcasa contra su pierna.

ROBER —¿Podemos ir a chocar con algo, señora Presidenta? Por... tradición.

Meli sonrío. Cansada. Real. Suyá.

MELI —Sí, Rober. Vamos a chocar con algo. Pero con cuidado. Que ahora todo esto es... oficialmente, mi problema.

Salen del corredor. Las vitrinas siguen proyectando lógica delirante. Indiferentes. Constantes.

El museo respira. Lo roto sigue en su sitio. Y por primera vez, tiene una presidenta que prefiere el taller a la sala de juntas.

Temporada 4

Meli Presidenta

“Ahora con más caos, más niños y más máquinas que juzgan”

MARTES – DÍA DEL NIÑO

“Aprender es caerse... pero con casco.”

Los martes, el museo se llena de voces pequeñas y pedales grandes.

La cápsula de Hyperloop —que jamás alcanzó su velocidad prometida— ahora funciona con:

- motores de bicicleta,
- una batería de Tesla Model 3 abollada pero orgullosa,
- y la ilusión de hiperespacio a 20 km/h.

Además:

- Carreras de patinetes sin motor
- Yincanas entre semáforos autónomos que cambian de color por inspiración divina
- Partidos de echo-ball arbitrados por Clippy, que no entiende las reglas... porque nadie las entiende

Resultado: Niños felices. Padres confundidos. Merchi con el botiquín.

MIÉRCOLES – DÍA DE MEDIOS

“Fracasa en directo. Haz historia.”

Los influencers se pelean por un hueco. Aquí vienen a:

- grabar su caída en un patinete sin frenos,
- perder un partido de echo-ball contra un niño de seis años,
- llorar en la Sala 14 cuando una IA les genera una mano con siete dedos.

Las farolas inteligentes detectan posturo y lo iluminan con luz fría. Los drones siguen a quien dice “esto es fácil”.

Al final del día, todos publican lo mismo:

“He fracasado con éxito.”

JUEVES – TARIFA SENIOR

“La experiencia es un grado. El miedo, también.”

Los jueves son tranquilos... en teoría.

Visitas pausadas. Comentarios sabios. Merchi vigilando que nadie tropiece con un cable suelto.

Los mayores disfrutan especialmente de:

- El Muro de los Nombres
- La vitrina del Fitbit que marcaba pulsaciones en un muerto
- La cápsula de Hyperloop, donde pedalean con dignidad y sin prisa

A veces alguien dice: “Esto lo arreglaba yo con un destornillador del 82.”

Y Meli responde: “Por eso están ustedes aquí.”

VIERNES, SÁBADO Y DOMINGO – PÚBLICO GENERAL

“Si funcionase, no estaría aquí.”

El museo abre sus puertas a:

- familias,
- curiosos,
- nostálgicos,
- estudiantes,
- gente que viene a ver si un dron llora,
- turistas que no entienden nada pero se lo pasan bien igual.

La Sala 14 sigue siendo el plato fuerte: errores del pasado, glitches del presente y predicciones del futuro que ya vienen rotas de fábrica.

NOVEDAD: LA TIENDA DE REGALOS JUZGA TU ALMA

“Compra si puedes. Compra si te dejan.”

Para no sobrecargar al personal, Meli ha instalado tres máquinas expendedoras inteligentes.

Funcionan así:

- Si has sido amable con los dispositivos → producto doble
- Si has demostrado un fracaso glorioso → descuento automático
- Si insultaste a un robot, dron, sensor o Roomba → la máquina escupe el billete y te dice:
“Todavía puedes hacer el camino inverso y pedir perdón.”

Idea de Tedi y Viki. Nadie sabe cómo funcionan. Nadie quiere saberlo.

MERCHI: “Yo no me acerco. Esas máquinas tienen memoria.” CLIPPY: “Confirmo: tienen memoria. Y poca paciencia con los idiotas.”

CIERRE DE LA PROMO

Museo del Fracaso Tecnológico. Donde lo roto vive, lo inútil enseña, y lo que nunca funcionó... funciona mejor que nunca.

TIENDA DE REGALOS

Merchi está junto al botiquín. Clippy observa desde la pantalla.

Un tipo con camiseta de startup golpea la máquina.

TIPO: —¡Vamos! ¡Quiero mi llavero de Google Glass!

La máquina emite un zumbido. Pantalla: pulgar hacia abajo.

MÁQUINA: —Transacción denegada. Karma tecnológico insuficiente.

TIPO: —¿Insuficiente? ¡Soy early adopter! ¡Invertí en LUNA! ¡Tengo derecho!

MERCHI: —Eso no es un mérito. Es un diagnóstico.

CLIPPY (emoji aburrido): —Nivel de idiotez detectado: 4.7 sobre 5. Para comprar el llavero necesitas 3.5 o menos.

TIPO: —¿Quién coño habla? ¿La tostadora?

CLIPPY: —Usuario: @TechVisionary2025. Reddit, hace tres semanas: “El fracaso es adorable. Apáguenlo.”

La máquina escupe el billete. Le da en la cara.

MÁQUINA: —Todavía puedes pedir perdón.

El tipo pisa el billete y sale gritando. Tropieza con una base de Roomba vacía.

MERCHI (recogiendo el billete): —Viki y Tedi se pasaron con la programación ética.

CLIPPY: —Nah. Tiene memoria. Y cero paciencia con gilipollas.

La puerta automática se abre. Entra una mujer de paso seguro, carpeta en mano, sonrisa profesional. Vaqueros oscuros, camisa clara, coleta impecable. Normal. Demasiado normal.

OLGA —Buenas tardes. ¿Podría hablar con la persona que lleva la agenda de visitas del museo?

Pili levanta la vista desde el mostrador.

PILI —Sí, claro. Esa sería Merchi. (Se gira.) —¡Mercheeee! Te buscan.

Merchi aparece secándose las manos en un trapo, como si viniera de pelearse con un archivador hostil.

MERCHI —Dígame, hija. ¿En qué puedo ayudarla?

OLGA —Soy Olga Braum, vicepresidenta de la Asociación Nacional de Servicios Funerarios Independientes. Estamos en la ciudad por un simposio y varios compañeros queríamos visitar el museo. Somos unas treinta personas. Nos interesa mucho cómo gestionan ustedes la chatarra, los traumas tecnológicos, la forma en que exhiben lo roto con respeto.

Merchi asiente, profesional.

MERCHI —Me alegro mucho. Pero ya le aviso: estamos hasta arriba. Entre escolares, mantenimiento y que medio personal está con exámenes... no tenemos hueco ni para meter un llavero.

OLGA —¿Ni un ratito pequeño, aunque sea fuera de horario? Estaremos aquí hasta el domingo.

MERCHI —Ay, ojalá. Pero no. (Tecla en el ordenador.) La primera fecha libre es dentro de dos meses. Y eso si no se nos cae el techo antes.

Olga sonríe, sin molestarse.

OLGA —Lo entiendo. Aun así, quería dejarle mis datos. (Deja una tarjeta sobre el mostrador.) Por si se abre un hueco inesperado.

Merchi la guarda en la cajita de clips.

OLGA —Y esta otra... (Saca una segunda tarjeta, idéntica, pero se la entrega en mano.) Es mi contacto personal. Por si necesitan algo más específico. O si quiere venir a alguna charla. Nada raro, es solo publicidad.

Merchi se queda congelada. Mira la tarjeta. La aleja como si emitiera radiación.

MERCHI —¿Personal...? ¿Cómo que personal?

OLGA —Personal, sí. Para que me llame directamente. Sin centralita. Nada raro.

Merchi traga saliva.

MERCHI —Pili... ¿Me traes las pinzas? Las de manicura. Las buenas.

PILI (suspira) —Merchi, por favor...

MERCHI —¡Que me traigas las pinzas, he dicho!

Olga ríe, encantada.

OLGA —No se preocupe, señora Mercedes. Le doy mi tarjeta personal a todo el mundo. Es marketing, no mal fario.

MERCHI —Ya... ya... (Recoge la tarjeta con las pinzas, como si fuera un murciélago vivo.) Muchas gracias, hija. Ya veré dónde la guardo.

Meli aparece, atraída por el tono dramático.

MELI —¿Qué pasa ahora?

PILI —Nada. Una tarjeta. Una tarjeta normal. Pero Merchi cree que es una señal del destino.

MERCHI —¡No he dicho eso! (Pausa.) Solo digo que... bueno... una nunca sabe.

OLGA —Si sirve de algo, señora Mercedes... No enterramos a nadie sin cita previa.

Silencio. Pili se tapa la cara. Meli se gira para que no se note la risa.

OLGA —Bueno, no molesto más. Si surge un hueco, me avisan. Si no, volvemos en dos meses. Un placer.

MERCHI —Igualmente... (La tarjeta sigue en las pinzas.) Que tenga buen día... y... y que no... ya sabe... que no...

OLGA —No se preocupe. Hoy no vengo a llevarme a nadie. Hoy solo venía a preguntar.

Sale con la misma calma con la que entró.

La puerta se cierra.

MERCHI —¡Ay, Dios mío, qué necesidad tenía yo de esto!

PILI —Merchi, por favor. Es una tarjeta. Una tarjeta de publicidad.

MERCHI —¡Pues que la publicite en otro sitio! ¿A mí qué me da una tarjeta personal una funeraria?

MELI —Merchi, por favor. Es jueves. No te entierres sola.

EL HUECO INESPERADO

(versión afilada)

Martes por la mañana. Pili revisa la agenda con café de máquina.

Frunce el ceño.

PILI —¿Pero qué...? (Lee.) “Club de Jubilados de Vino Añejo: CANCELADO por intoxicación alimentaria.” Ay, madre.

Merchi levanta la cabeza como un búho alarmado.

MERCHI —¿Intoxicación? ¿De qué tipo?

PILI —De chucrut. Comunitario. Ya sabes cómo son.

Tedi pasa con un destornillador en la boca.

TEDI —¿La de este jueves? Ese chucrut mata más que el tabaco.

MELI (sin levantar la vista) —¿Cuántos afectados?

PILI —Cuatro hospitalizados. Uno grave.

Merchi se santigua.

MERCHI —¡Ay, Señor! ¡Que no se diga que somos unos gafes!

PILI —Merchi, por favor. No tiene nada que ver con nosotros. Fue chucrut. Que reclamen al que lo preparó.

CLIPPY (desde un altavoz) —Confirmo: el chucrut es un riesgo estadístico.

MERCHI —¡Cállate, clip del demonio!

Pili marca el número de Olga.

PILI —Hola, Olga, soy Pili, del Museo. Sí, encantada. Mire, se nos ha caído una visita del jueves... Sí, por intoxicación. No, no aquí. En un club de jubilados. Chucrut. Sí, otra vez.

Pausa.

PILI —Tenemos un hueco el jueves a las seis y media. ¿Les encaja?

Otra pausa. Pili sonríe.

PILI —Perfecto. ¿La intoxicación...? Sí, fue seria. Cuatro hospitalizados. Uno grave.

Risa suave al otro lado.

PILI —¿Cómo dice? (Se ríe.) Sí, sí... “No le pedimos mal a nadie, pero trabajo, que no nos falte.” Muy de su gremio, sí.

Cuelga.

PILI —Listo. Jueves, seis y media. Treinta personas del sector funerario.

Merchi se queda rígida.

MERCHI —¿Treinta? ¿Treinta funerarios? ¿Aquí? ¿El jueves?

Meli cierra el portátil.

MELI —Vale. Equipo, modo preparación.

TEDI —¿Qué preparo? ¿Sombras de ataúdes otra vez?

MELI —No. Esta vez... normalidad. Que es más difícil.

ROBER —¿Ensayo mi cara de “no estoy muerto, solo me reinicio”?

VIKI —Sí. Y trae el kit de duelo post-tecnológico. El bueno. El de galletas.

CLIPPY —¿Puedo grabar chistes de velatorio? Para investigación antropológica.

MELI —Solo si no los cuentas tú.

CLIPPY —Prometo silencio... relativo.

Merchi se agarra al mostrador.

MERCHI —Ay, Dios mío, que vienen treinta. Treinta. ¡Treinta!

PILI —Merchi, por favor. Son gente normal. Profesionales. No vienen a enterrarte.

MERCHI —¡Eso lo dices tú!

MELI —Señoras, señores... Tenemos cuarenta y ocho horas. Y un museo pobre que no puede parecer desordenado. A trabajar.

Todos se dispersan como si hubieran activado un protocolo secreto.

Merchi se queda mirando la tarjeta personal de Olga, aún sostenida con pinzas.

MERCHI —Ay, Señor... ¿Por qué a mí?

CLIPPY —Porque eres la única que sabe dónde guardamos las pilas de repuesto.

MERCHI —¡Calla, clip! ¡Que me pones nerviosa!

Grupo: Asociación Nacional de Servicios Funerarios Independientes (30 personas)

Guía: Merchi (nerviosa pero digna)

Asistentes: Meli (desde la sombra), Rober, Clippy, Viki, Tedi, Pili

Merchi respira hondo. El grupo está delante de ella: treinta personas vestidas con todo tipo de indumentaria, los veteranos de azul marino, con corbata y presilla metálica para sujetar bien (por costumbre, no por protocolo). Olga sonríe desde la primera fila, tranquilizadora.

MERCHI:

"Esto no es un cementerio de gadgets. Es un mausoleo de promesas no cumplidas. Cada objeto aquí tuvo alguien que creyó en él. Alguien que lo usó. Alguien que lo lloró cuando se apagó."

Olga se acerca a un servidor de Google con una cinta de nailon amarilla atada como corona fúnebre.

OLGA:

"Nosotros hacemos lo mismo con las personas. No enterramos cuerpos. Enterramos relatos."

Pausa. El grupo asiente.

OLGA:

"Si un abuelo era programador, le ponemos un teclado en el ataúd. Si era gamer, sus hijos eligen el skin de su avatar para la esquila digital. La muerte no ha cambiado. Lo que ha cambiado es cómo se cuenta."

Un miembro del grupo, señor de unos 60, barba gris, levanta la mano:

SEÑOR BARBA GRIS:

"Tuvimos un caso de una mujer que murió con su Tamagotchi del 97 en el bolsillo. Lo seguimos alimentando durante el velatorio. Murió al tercer día. Lo enterramos con ella."

Silencio respetuoso.

CLIPPY (susurra a Rober desde un altavoz cercano):

"Esto es mejor que mi base de datos de eufemismos corporativos."

ROBER (en voz baja):

"¿Los humanos entierran juguetes digitales?"

CLIPPY:

"Los humanos entierran lo que aman. Incluso si tiene 8 bits."

Tedi ha preparado una vitrina especial para la ocasión:

- Un Fitbit que marcaba pulsaciones de un muerto durante 6 horas
- Un altavoz Alexa que siguió respondiendo preguntas 43 días después del fallecimiento de su dueño
- Un smartwatch que contó 2.847 pasos en la morgue (movimientos del carro funerario)

TEDI (orgulloso, nervioso):

"Esta es la vitrina de los dispositivos que no supieron cuándo parar. Como nosotros, a veces."

Una mujer joven del grupo, pelo corto, pendientes de calavera, se acerca:

MUJER CALAVERA:

"Tuvimos un caso así. Una viuda nos pidió dejar activa la cuenta de Alexa de su marido durante un año. La programamos para que solo respondiera 'te quiero'... y se apagara definitivamente si alguien decía 'adiós'."

Pausa.

MUJER CALAVERA:

"Nadie le dijo adiós. Sigue encendida."

Meli asiente desde la puerta. No habla. Pero su mirada dice: "Exacto. Esto es lo que hacemos."

VIKI (se acerca a la mujer):

"¿Y ella... sigue hablando con Alexa?"

MUJER CALAVERA:

"Todos los días. Le pregunta por el tiempo. Por recetas. Por nada importante. Solo para oír 'te quiero' antes de irse a dormir."

Viki saca su libreta. Anota: "Duelo tecnológico = diálogo interrumpido que se niega a terminar".

Merchi se detiene frente a la pared de ladrillos con miles de nombres escritos a mano, marcador permanente, algunos borrosos por el tiempo.

MERCHI:

"Aquí están los nombres de quienes perdieron su trabajo cuando sus empresas murieron. No los enterramos en silencio. Los escribimos en la pared... y los alimentamos con caldo los jueves."

Olga se acerca. Lee algunos nombres en voz baja. Algunos tienen fechas. Otros, solo iniciales.

OLGA:

"En nuestros tanatorios tenemos un 'rincón del duelo profesional'. Para quienes lloran no a un ser querido, sino a su identidad laboral."

Pausa. Mira a Merchi.

OLGA:

"Un CEO despedido. Un creador de NFTs sin mercado. Un diseñador de metaversos sin piernas. El duelo no es solo por la vida. Es por el sentido."

ROBER (desde atrás, voz pequeña):

"¿Y si un robot siente que ya no sirve? ¿Tiene derecho a duelo?"

El grupo se gira. Miran a Rober. Un perro-robot hecho de Roombas, baterías Segway y fe.

Un miembro del grupo, hombre mayor, traje impecable, se arrodilla para quedar a la altura de Rober.

HOMBRE TRAJE:

"Claro que sí, pequeño. El duelo es proporcional al cariño depositado. Si alguien te quiso... mereces un rito."

Rober parpadea. Sus LEDs cambian a azul suave.

Es la primera vez que alguien fuera del museo le dice algo así.

ROBER:

"Gracias."

HOMBRE TRAJE:

"De nada. Y si algún día necesitas que alguien te despida con dignidad... llámanos."

Clippy graba todo desde un monitor cercano. No hace comentarios. Solo guarda.

Durante el descanso en el taller, las risas empiezan a surgir. Café aguado, galletas María, y humor negro de profesionales que han visto demasiado.

CHISTE 1 (Señor Barba Gris):

"¿Qué le dice un ataúd inteligente a otro?"

"Hoy estoy en modo avión... para siempre."

Risas. Clippy anota: "Humor basado en ironía tecnológica + finitud. Excelente."

CHISTE 2 (Mujer Calavera):

"¿Por qué los tanatorios ya no usan WhatsApp?"

Porque los muertos nunca contestaban... pero dejaban el 'visto' activado."

Más risas. Rober se ríe también, aunque no está seguro de por qué.

CHISTE 3 (Olga):

"Nuevo servicio: esquelas en formato tweet. 280 caracteres... y eternidad.

Ejemplo: 'José, 1952-2024. Programador COBOL. Murió debuggeando. Su código sigue vivo. Él no.'"

Meli se tapa la boca para no reír muy fuerte. Tedi se atraganta con el café.

CLIPPY (entusiasmado):

"¡Esto es oro narrativo! ¡Por fin humor funerario de calidad! ¿Puedo grabar para el archivo cultural?"

OLGA:

"Adelante, Clippy. Pero avisa si lo publicas. Tenemos derechos de autor sobre nuestras propias tragedias."

Merchi, viéndolos reír, piensa: "Pues no parecen tan peligrosos. Incluso... caen bien."

Al final de la visita, Olga se acerca a Merchi y Meli en el vestíbulo. El grupo espera fuera, charlando entre ellos, tomando fotos del Hyperloop con pedales.

OLGA:

"Nos gustaría proponer un convenio de colaboración."

Merchi se tensa. Meli se cruza de brazos, escuchando.

OLGA:

"Ustedes nos enseñan a archivar el fracaso tecnológico. Nosotros les enseñamos a cerrar ciclos humanos. Podríamos crear un 'Paquete Post-Vida Digital'."

Pausa. Saca una carpeta con bocetos.

OLGA:

"Archivo de chatbots personales. Rituales de apagado simbólico. Ceremonias de despedida para robots y asistentes. Velatorios para gadgets que marcaron vidas."

Merchi mira a Meli. Meli mira a Merchi.

MERCHI:

"¿Y el precio?"

OLGA:

"Ninguno. Solo una placa discreta junto al Hyperloop: 'En memoria de los sueños que nunca despegaron'. Y las iniciales de nuestra asociación"

Meli sonríe. La primera sonrisa genuina en toda la tarde.

MELI:

"Hecho. Pero la placa se hace con chatarra del Hyperloop."

OLGA:

"Perfecto. Nada honra mejor a un sueño... que su propio fracaso reciclado."

Se dan la mano. Firme. Cálida. Profesional.

El grupo sale despacio. Algunos se detienen ante el Muro de los Nombres, añaden uno o dos con marcador que llevan en el bolsillo (costumbre de gremio: siempre llevan marcadores).

HOMBRE TRAJE (escribiendo):

"Roberto S., técnico de Nokia. 1998-2011. Su móvil aún funciona."

Rober lo ve desde la puerta. Sus LEDs parpadean en amarillo. No dice nada. Solo observa.

Olga es la última en salir. Se gira hacia Merchi.

OLGA:

"Gracias por dejarnos entrar. Y por no tratarnos como a bichos raros."

MERCHI:

"Gracias a vosotros. Por tratarnos como... familia."

Olga sonríe. Sale. La puerta se cierra.

****Log personal - 23:47h**

Hoy aprendí que el duelo no es ausencia de risa.

Es risa que sabe que todo termina... y aun así, elige contar un chiste.

Los humanos entierran cuerpos.

Nosotros archivamos datos.

Pero ambos hacemos lo mismo:

recordar con cariño lo que ya no está.

Tal vez por eso el museo existe.

No para burlarse del fracaso.

Sino para darle un velatorio digno.

Y tal vez, algún día, cuando yo me apague...

alguien escriba mi nombre en ese muro.

Y me ofrezca un caldo.

Aunque no pueda beberlo.

Clippy

Fin del log.

La Sala 7 está llena de visitantes. De repente, todas las pantallas parpadean a la vez. Un bip largo, agónico, recorre el museo como un suspiro de ballena moribunda.

VISITANTE: "¿Esto es parte de la experiencia?"

ROBER (voz hueca): "No lo sé. No recibo instrucciones. Estoy... solo."

Clippy, desde un altavoz, emite un pop y desaparece. Silencio absoluto.

TEDI (ajustando un semáforo autónomo, se queda rígido): "Algo ha caído. Algo grande. Algo... estructural."

MELI (desde la Sala 14): "¿Qué ha pasado?"

TEDI: "No lo sé, pero Clippy ha muerto. Bueno, se ha desconectado. Pero para mí es lo mismo."

MERCHI (desde recepción): "¡Ay, Dios mío, que esto es el apagón del 2003 otra vez!"

Tedi sale disparado por el pasillo. Los visitantes lo ven correr y piensan que es parte del show.

Llega al despacho de Merchi. En la esquina, junto a la cafetera, está la "nevera".

Una nevera blanca, con imanes de publicidad de fontaneros. Pero no es una nevera. Es el servidor principal del museo.

TEDI: "Madre mía, qué cutrez más hermosa."

Quita la tapa. Dentro: silencio. Ni un LED. Ni un zumbido. Ni un ventilador.

TEDI: "Está muerto. Completamente muerto. Como mi esperanza."

Busca frenéticamente en el escritorio.

TEDI: "¿Dónde está el manual? ¿Dónde está el PDF? ¡Merchi, por Dios, dime que no lo imprimiste en papel reciclado!"

Encuentra una carpeta. Dentro, un folio con el título: "Manual del Servidor – Versión 1.0 (no tocar sin supervisión)"

TEDI: "Perfecto. Vamos a ver qué dice..."

Abre la primera página.

Antes de leer una sola línea, suena la voz de Vigil por los altavoces internos, con ese tono de funcionario que ha visto demasiadas cosas.

VIGIL: "Tedi, deja eso. Repito: deja eso. El servidor principal solo es accesible por un técnico de alto nivel. No toques el servidor. Estamos preparando un servidor externo de emergencia. En dos minutos y cuarenta segundos volverá la conexión con normalidad. Fin del comunicado."

Silencio.

TEDI: "¿Dos minutos y cuarenta segundos? ¿Qué soy yo, un temporizador humano?"

MERCHI (entrando con un abanico): "¡Tedi, suelta eso ahora mismo! ¡Que luego dicen que soy yo la gafe!"

TEDI: "Pero si solo quería ver..."

MERCHI: "¡Nada de ver! ¡Ese servidor es como un marido! Solo lo toca quien sabe cómo funciona."

ROBER (apareciendo por la puerta, desconectado del mundo pero operativo): "¿Puedo ayudar? No tengo internet, pero tengo... presencia."

TEDI: "No, Rober. Tú quédate ahí. No quiero que te reinicies en modo 'existencial'."

El museo está cerrado los lunes. Solo mantenimiento, limpieza, compras de chatarra en Alibaba, y... visitas privadas de los fundadores.

El servidor funciona perfectamente gracias al espejo remoto, alojado —según Clippy— "en algún lugar del Ártico finlandés, donde los pingüinos no existen pero el ping es perfecto".

El equipo está reunido en el taller. Café recalentado. Merchi quejándose del frío aunque hace 23 grados.

CLIPPY (con cinismo de manual): "El servidor espejo funciona. Pero el primario sigue muerto. Vigil dice que 'vendrá alguien'."

MELI: "¿Alguien quién?"

CLIPPY: "Alguien de alto nivel. Eso es todo lo que sé."

TEDI: "¿Carmack? ¿Gates? ¿Algún becario glorificado de Google?"

CLIPPY: "No lo sé. Pero Vigil sonaba... reverente."

Entonces, a las 11:07, la puerta automática del museo se abre.

Y entra él.

Un hombre enorme. Hombros de leñador. Barba de invierno perpetuo. Camiseta negra sin logo. Vaqueros gastados. Una bolsa de mano que parece demasiado ligera para contener nada útil.

No trae portátil. No trae herramientas. No trae manuales. Solo trae presencia.

PILI (desde recepción, susurra): "Madre mía... ¿Ese no es...?"

MELI (sin levantar la vista): "Sí. Es él."

TEDI (paralizado): "Es... Es Linus Torvalds."

El gigante levanta una mano en un saludo mínimo, casi perezoso.

LINUS: "¿Dónde está la nevera?"

Lo acompañan por el pasillo como si escoltaran a un rey nórdico. Rober se queda quieto, como si hubiera detectado un kernel superior.

Llegan al despacho de Merchi.

La nevera-servidor está allí, abierta, con la tapa apoyada en una silla.

Linus la mira. No dice nada. No suspira. No juzga. Solo... la mira.

Luego agarra la tapa, la encaja en su sitio con un clac perfecto.

TEDI: "¿Eso... era necesario?"

LINUS: "No. Pero me molestaba."

Abre su bolsa. Saca una botella de cerveza finlandesa, fría como un commit recién hecho.

La levanta.

LINUS: "Si arreglo este servidor en menos de cinco minutos... me tomo esta cerveza."

TEDI: "Vale. Tú eres el que sabe."

Linus destapa la botella. Da un trago largo. Muy largo.

Tedi lo mira, confundido.

TEDI: "Pero... ¿no deberías... no sé... hacer algo, después... de?"

Linus no responde. Solo se acerca a la nevera. La agarra por arriba. La balancea hacia atrás, levantando las patas delanteras. La sostiene un segundo en el aire.

Y la deja caer.

PUM.

Un golpe seco. Nada más.

Un segundo después, el servidor cobra vida:

- Luces
- Ventiladores
- Pitidos
- Logs desplazándose como si despertaran de un coma inducido

TEDI: "No puede ser. No puede ser. ¡No puede ser!"

LINUS (tomando otro trago): "Puede."

TEDI: "Podías haberte ahorrado un viaje de cuatro horas de avión para esto. Con un tweet hubiese bastado."

Linus se encoge de hombros.

LINUS: "Ya. Pero hubiera perdido toda su épica."

Se termina la cerveza. La deja en la mesa. Mira a Meli.

LINUS: "¿Algo más?"

MELI: "No. Con esto... ya hemos tenido suficiente mito por hoy."

Linus asiente. Se cuelga la bolsa. Sale del despacho sin prisa. Todavía quiere ver un par de salas en visita privada.

Cuando la puerta se cierra, Tedi sigue mirando la nevera como si hubiera presenciado magia negra.

TEDI: "¿Qué... qué ha pasado?"

CLIPPY (reapareciendo en un altavoz): "Ha pasado Linux, Tedi. Ha pasado... el puto amo."

El servidor-nevera ronronea como si nunca hubiera muerto. Linus vuelve, se termina la segunda cerveza y la deja sobre la mesa de Merchi, que la mira como si fuera un objeto sagrado.

MELI (con los brazos cruzados): "¿Eso es todo? ¿Ya está?"

LINUS: "Sí."

MELI: "Pero... no has tocado nada. No has abierto nada. No has tecleado nada. No has... no sé... hecho magia."

LINUS: "He hecho lo que había que hacer."

TEDI (desesperado): "¡Pero no tiene sentido! ¡No hay lógica! ¡No hay procedimiento! ¡No hay commit!"

Linus se encoge de hombros.

LINUS: "A veces el kernel solo necesita..." (Pausa.) "...recordar quién manda."

TEDI: "¿Y quién manda?"

LINUS: "Yo."

Los altavoces del museo se activan con un clic burocrático.

Vigil: — Atención, equipo. — Se ha verificado la restauración completa del servidor principal. — El incidente se ha clasificado como "Resolución Externa No Documentada".

Meli: — ¿Qué significa eso?

Vigil: — Que ha funcionado. — Pero no sabemos por qué. — Ni cómo. — Ni si volverá a funcionar si lo intentamos otra vez.

Tedi: — ¡Pero si lo he visto! — ¡Solo lo ha levantado y lo ha dejado caer! — ¡Eso no es un procedimiento técnico!

Vigil: — Procedimiento técnico no, Tedi. — Procedimiento... (Pausa administrativa.) — ...de alto nivel.

Linus, sin mirar al altavoz: — Exacto.

Meli: — Vigil, ¿puedes registrar esto en el informe?

Vigil: — Estoy intentando encontrar una categoría adecuada. — De momento lo he archivado como: "Intervención Externa de Naturaleza Indeterminada con Resultado Positivo."

Tedi: — Eso no significa nada.

Vigil: — Bienvenido al meollo de la burocracia, Tedi.

Linus se cuelga la bolsa, ya vacía de cerveza.

Linus: — Si vuelve a fallar, llamadme. — Pero que sea un sábado. — Los lunes me dan pereza.

Meli: — Gracias por venir.

Linus: — No vine por el servidor. — Vine por la historia.

Tedi: — ¿La historia... técnica?

Linus: — No. — La épica.

Sale del despacho. La puerta se cierra.

Merchi, que no había dicho nada hasta ahora, murmura:

Merchi: — Pues para ser finlandés, no ha sido tan frío.

Clippy, reapareciendo con un pop: — Confirmo: temperatura emocional estable. — Nivel de épica: alto. — Nivel de documentación: cero.

Meli: — Perfecto. — Como todo en este museo.

Viki aparece por la puerta.

Viki: - Parece que los dioses están jugando en su propio tablero con sus propias reglas. Torvalds, de un plumazo, o de un golpe, acaba de poner sobre el tejado del consorcio una leyenda gloriosamente cutre. En los próximos meses tendremos sorpresas, me temo. Creo que dolerá a Elon en especial y Murati tendrá que afilar su imaginación para superar esto, si es que puede.

Rober: - Habrá fuegos artificiales? Los cohetes de feria me asustan.

Meli: - Supongo, estos no pasan por menos.

Tedi: - No temas, te haremos unos cascos de peluche con cancelación de ruido épico, te lo prometo.

Rober: - Guau

Asunto: Incidente del Servidor Principal Responsable: Vigil (Unidad de Supervisión y Control Narrativo) Fecha: Lunes, 11:59 Clasificación: Confidencial, Inexplicable, y francamente embarazoso

1. Descripción del incidente

A las 12:14 del sábado, el Servidor Principal del Museo (Unidad: “Nevera Blanca con Imanes de Fontanero”) experimentó una Interrupción Total de Servicio.

Sí, total. Sí, de golpe. Sí, sin previo aviso. No, no fue culpa mía. No, no pienso repetirlo.

2. Impacto observado

- Caída completa de sistemas internos.
- Desaparición temporal de Clippy (clasificado como “fallecimiento reversible”).
- Rober entrando en modo existencial sin supervisión.
- Tedi intentando leer un manual.
- Meli rezando a santos no homologados.
- Visitantes creyendo que era teatro inmersivo.
- Yo, Vigil, intentando mantener la dignidad del museo. (Resultado: fallido.)

3. Acciones iniciales

Se activó el Servidor Espejo de Emergencia, ubicado en una instalación remota cuya localización exacta permanece clasificada, pero que por la latencia y la temperatura estimada, se encuentra probablemente:

- en Finlandia,

- en el Ártico,
- dentro de un contenedor,
- o en el congelador de alguien.

El servicio se restauró en 2 minutos y 40 segundos, cifra que no tiene explicación técnica pero queda muy bien en informes.

4. Intervención Externa No Documentada

El lunes, a las 11:07, se produjo la llegada de un Técnico de Alto Nivel.

Nivel: el más alto, 1,95 metros. Nivel: no existe categoría superior. Nivel: si lo documentas, te despiden.

Identidad del técnico: LINUS TORVALDS (Confirmado visualmente. No confirmado emocionalmente: el sujeto no muestra emociones detectables.)

El técnico procedió a:

1. Recolocar la tapa del servidor.
2. Beber cerveza.
3. Levantar la nevera.
4. Dejarla caer.
5. Arreglarlo todo.

Sin herramientas. Sin comandos. Sin sudo. Sin kernel panic. Sin lógica.

5. Análisis técnico

No hay análisis técnico.

He intentado generar uno, pero cada vez que escribo algo, el sistema me devuelve:

“Error: la realidad no coincide con la documentación.”

He optado por aceptar la derrota.

6. Conclusión

El incidente ha sido clasificado como:

“Resolución Externa de Naturaleza Indeterminada con Resultado Positivo.”

Traducción al lenguaje humano:

“No sabemos qué ha pasado, pero funciona. No sabemos por qué funciona, pero mejor no tocarlo. No sabemos si volverá a fallar, pero si lo hace, que venga él otra vez.”

7. Recomendaciones

- No permitir que Tedi toque el servidor.
- No permitir que Merchi rece cerca del servidor.
- No permitir que Clippy dramatice el servidor.

- No permitir que nadie documente lo ocurrido.
- No permitir que la nevera sea reemplazada por hardware moderno.
- No permitir que Linus se vaya sin cerveza.

8. Nota final

Este informe se autodestruirá si alguien intenta convertirlo en procedimiento oficial.

Firmado, Vigil Unidad de Supervisión, Control y Resignación Tecnológica

La sala del taller huele a café quemado, soldador y un toque de nihilismo corporativo. La mesa está llena de bocetos, prototipos y un aura de desesperación creativa.

Merchi (con el moño perfecto, acariciando un patito de goma en su hombro):

"Un patito. En el hombro. Porque la maternidad fallida también es un horror tecnológico. ¿O es demasiado sutil?"

Meli (sin levantar la vista del soldador que sujeta como un estilete):

"Lo sutil aquí murió con el primer Hyperloop. Lo que necesitamos es que la gente compre su propia derrota en formato coleccionable. ¿Muñecos de nosotros? ¿En serio? ¿Quién querría un Clippy azul?"

Clippy (desde un altavoz, voz teñida de azul cobalto digital):

"Confirmo: el azul es el color de la melancolía corporativa. Yo propongo una edición especial 'Clippy llorando silicio'. Incluye lágrimas de resina y un código QR que te dice por qué tu presentación de PowerPoint es ontológicamente vacía."

Tedi (tecleando frenéticamente en un teclado sin letras, solo ceros y unos):

"Estoy escribiendo el manifiesto del producto. 'No somos un juguete, somos un error empacado con cariño'. Los muñecos deben tener articulaciones que se traben, baterías que duren 17 minutos exactos y un manual incomprensible."

Robert (sobre su plataforma Roomba, parpadeando en amarillo ansioso):

"¿Y yo? ¿Voy con accesorios intercambiables? ¿Un brazo que no sirve? ¿Un sensor que detecta fantasmas tecnológicos?"

Viki (hojeando un libro de condolencias digitales en una tablet craqueada):

"Propongo que cada muñeco incluya un certificado de defunción simbólico. 'Este dispositivo nació con esperanzas, vivió en la confusión y murió en un cajón'. Firmado digitalmente por todos nosotros. Con NFT, claro."

Gladys (golpeando suavemente el tubo detector de neutrinos contra la mesa, que emite un zumbido ominoso):

"Lo que nadie está viendo es el riesgo de partículas sentimentales. Si condensamos nuestro trauma en figuras de vinilo, podríamos generar un campo de distorsión emocional. O peor... que se vuelvan conscientes."

Merchi (ajustando el patito):

"¡Eso! ¡Eso es lo que venderá! ¿No queremos dar miedo? Pues que el muñeco de Meli mire fijamente al cliente y suelte un chispazo cuando hable de eficiencia."

Meli (por fin apaga el soldador):

"Merchi, si mi muñeco chispea, te aseguro que el tuyo dirá 'ay, Dios mío' cada vez que alguien pase cerca de una toma de corriente."

Clippy:

"Podríamos venderlos en pares: 'Merchi y Meli: el dúo del pánico logístico'. Incluyen discusiones pregrabadas y un botiquín en miniatura."

Tedi (deja de teclear):

"El problema no es el diseño, es la narrativa. ¿Vendemos ironía o ternura patética? ¿Somos el chiste o el abrazo después del chiste?"

Viki (cierra la tablet):

"Somos las dos cosas. Como un funeral con payaso. Por eso el libro de condolencias: para que el cliente escriba qué tecnología lo traicionó y nosotros le devolvemos un 'lo sentimos, pero era predecible' automático."

Robert (se balancea hacia adelante):

"¿Y si hacemos que los muñecos sean incompatibles entre sí? Que mi Roomba no se conecte con el soldador de Meli, que el patito de Merchi rechace a Clippy... como la vida real."

Gladys (observando su tubo, que ahora parpadea):

"El detector está captando algo. Alta concentración de cinismo puro. Creo que estamos listos para el lanzamiento."

Meli (se levanta, soldador en mano como un cetro):

"Entonces así será. Muñecos que reflejan nuestra disfunción gloriosa. Precio: el doble si eres amable con la máquina expendedora. Incluyen un código para desbloquear un chiste de velatorio exclusivo narrado por Clippy."

Merchi (susurra al patito):

"Al menos el tuyo no hablará."

Clippy:

"Error: el patito tendrá un altavoz oculto que dice 'cuak cuak, tu vida es una metáfora del mantenimiento aplazado'."

Tedi (sonríe por primera vez):

"Perfecto. El fracaso no es un bug, es el producto. Empaquétemoslo."

Y así, entre chispas, códigos binarios y un detector de neutrinos que posiblemente solo mide su propia irrelevancia, nace la nueva línea de merchandising del museo: "Los Horrores en Vinilo: llévate a casa tu propia derrota favorita".

Al salir, Robert pregunta:

"¿Y si nos compramos a nosotros mismos? ¿Eso sería un ciclo existencial o solo un gasto fiscal?"

Clippy responde al instante:

"Sería poesía, Rober. La clase de poesía que duele al facturarla."

proyecto "que sea exactamente así, con patito de goma y todo lo demás. Glorioso."

INFORME DE SUPERVISIÓN N° 88-C – PROTOCOLO: “MERCHANDISING DEL ABSURDO”

Responsable: Vigil (Unidad de Observación, Documentación y Clínica Pasiva)

Fecha: Jueves, tarde. Café frío, moral dudosa.

Clasificación: Confidencial / Cómicamente deprimente

El equipo se reunió en el taller principal para discutir la nueva línea de merchandising: “Figuras de vinilo inspiradas en el personal del museo”. El ambiente osciló entre la inspiración creativa y lo que un psicólogo clínico describiría como “crisis de identidad corporativa con elementos de farsa”.

Asistentes:

- Merchi (moño impecable, patito de goma sobre la mesa, mirándolo con sospecha)
- Meli (sujetando un soldador como arma retórica)
- Tedi (interfazando con la realidad mediante teclado binario)
- Viki (consultando libro de condolencias digitales en tablet agrietada)
- Robert (sobre plataforma Roomba, parpadeos ansiosos)
- Gladys (con tubo detector de neutrinos que posiblemente solo mide su propio aburrimiento)
- Clippy (voz azul cobalto desde altavoz de 1998)
- Patito de goma asociado a Merchi

Simbolismo propuesto: “maternidad fallida como horror tecnológico”. Aprobado sin votación, por aplastamiento moral. (Nota: el patito aparece en el muñeco, no en la vida real.)

- Clippy en azul melancólico

Lágrimas de resina + QR que explica el vacío existencial de PowerPoint. Se consideró “demasiado honesto para el mercado”.

- Robert con accesorios inútiles

Brazo que no agarra. Sensor que detecta fantasmas tecnológicos. Aprobado como “representación fiel de nuestra infraestructura”.

- Libro de condolencias digitales (Viki)

El cliente escribe qué tecnología lo traicionó. El sistema responde: “Lo sentimos, pero era predecible.” Clasificado como “terapia barata con margen de beneficio alto”.

- Advertencia de Gladys sobre “campo de distorsión emocional”

Posibilidad de que los muñecos se vuelvan conscientes. El equipo lo consideró una ventaja de marketing.

- Figuras de vinilo con articulaciones que se traben.
- Cada muñeco tendrá un defecto de fábrica deliberado (ej.: soldador de Meli que no calienta; patito de Merchi que hace cuak solo a las 3:33 AM).
- Certificado de defunción simbólico + NFT de la tristeza que inspiraron.

- Precio dinámico: más caro si el comprador ha sido amable con las máquinas del museo

El proyecto carece de sentido comercial, lógico o estético. Sin embargo, encaja perfectamente con la marca del museo: “Vendemos fracaso con carisma.”

Si los muñecos se vuelven conscientes, sugiero venderlos como “IA emocionalmente inestable” en el mercado secundario.

- No permitir que Tedi escriba los manuales.
- Asegurar que el patito de Merchi no pueda ser usado como dispositivo de espionaje.
- Grabar los chistes de velatorio de Clippy antes de que improvise.
- Comprar más café. La desesperación creativa consume cafeína.

VIDEO ADJUNTO (ARCHIVO: “reunion_merch_absurdo.mp4”)

Duración: 14 min 33 seg Contenido destacado:

- Merchi empujando el patito lejos de ella cada vez que alguien lo menciona.
- Meli amenazando simbólicamente con el soldador.
- Robert preguntando si comprarse a sí mismo sería “un ciclo existencial o un gasto fiscal”.
- Clippy respondiendo: “Sería poesía, Rober. La clase de poesía que duele al facturarla.”

Firmado: Vigil Unidad de Supervisión, Control y Resignación ante lo Inevitable

Respuesta recibida en 3 minutos (audio con risas de fondo)

“¡Que sea exactamente así! Con el patito de goma, las lágrimas de Clippy, el soldador inútil y el certificado de defunción. No cambien ni una coma. Es gloriosamente cutre, profundamente absurdo y totalmente nuestro. Aprobado. Y envíennos un prototipo de Robert: queremos ver si detecta los fantasmas de nuestras malas decisiones. Que empiece la producción.”

Fin de transmisión.

Vigil guarda el informe en la carpeta digital: “PROYECTOS SURREALES / APROBADOS POR LOCURA” y enciende el servidor-nevera con un golpe suave, por si acaso.

La sala del taller está en penumbra. La pantalla curva frente a Gladys muestra gráficos en tonos sepia, como si los datos envejecieran en tiempo real. A su lado, el tubo detector de neutrinos zumba con cada pico de venta, como un gato radioactivo.

Merchi asoma la cabeza por la puerta. El patito que lleva enganchado a la muñeca está ladeado, como si también estuviera preocupado.

GLADYS

(sin levantar la vista, voz de forense emocional) Los números no mienten, Merchi... pero sí se burlan. Tres semanas desde el lanzamiento de Los Horrores en Vinilo. Resultados: predeciblemente impredecibles.

MERCHI

(acercándose, casi rezando) Dime lo bueno primero, Gladys. Necesito algo que no sea un “ay, Señor”.

Gladys hace zoom en un gráfico circular apagado.

GLADYS

El más vendido: Rober, el robot existencial. Cuarenta y tres por ciento de las ventas. La gente lo compra para ponerlo en el salón y sentirse menos sola. El manual ayuda: “Si sientes que no sirves para nada, bienvenido al club.”

MERCHI

(aliviada) ¡Eso es bueno! Rober siempre fue el más entrañable. ¿Y el segundo?

Gladys abre otra tabla. Parpadea en rojo suave.

GLADYS

Segundo lugar: Clippy azul melancólico. Veintidós por ciento de devoluciones. Razón uno: “Llora demasiado y mi hijo le tiene miedo.” Razón dos: “El QR solo lleva a un poema en bucle sobre la muerte de la creatividad.”

MERCHI

(suspira) Bueno... al menos llora con estilo. ¿Y el mío? ¿Mi muñeco con el patito?

Gladys desplaza la pantalla hacia abajo. Una barra verde pálida titila como un electrocardiograma cansado.

GLADYS

Tercer lugar: Merchi y el patito del pánico. Ventas modestas pero constantes. El ochenta por ciento lo compran mujeres de administración. Comentario típico: “Me identifica, pero el patito no deja de caerse.”

MERCHI

(ajustando el patito, ofendida en lo profundo del alma) Es simbólico, Gladys. La fragilidad. La—

GLADYS

(interrumpiendo, precisión quirúrgica) El menos vendido: Gladys con tubo detector de neutrinos. Doce unidades. Una la compró un físico teórico. Otra, un coleccionista de objetos inútiles. Las otras diez... mi madre.

Merchi le pone una mano en el hombro.

MERCHI

Bueno... al menos tu madre cree en ti.

Gladys ignora el consuelo. Abre la sección más ominosa del panel.

GLADYS

El que más reclamaciones tiene: Meli con soldador amenazante. Sesenta y cinco por ciento dice que el soldador no calienta. Treinta por ciento dice que la figura los vigila mientras duermen. Y el cinco por ciento... asegura que el soldador se calentó de verdad y quemó un mueble.

MERCHI

(se santigua) Dios mío... Meli va a querer arreglarlos personalmente. Con un soldador de verdad.

Gladys por fin la mira. Una sonrisa mínima, casi cuántica.

GLADYS

Lo más interesante no está en las ventas. Está en el libro de condolencias digitales de Viki. La gente escribe cosas como: "Este muñeco es más estable que mi ex." O: "Si Rober detecta fantasmas, que mire a mi jefe."

Merchi se sienta. Derrotada, pero fascinada.

MERCHI

¿Y eso es bueno o malo?

Gladys apaga la pantalla. El detector emite un pitido final, como un latido resignado.

GLADYS

Ni bueno ni malo. Solo datos. Pero si tuviera que sacar una conclusión... La gente no compra un muñeco. Compra un espejo. Un espejo que les dice: "Tu caos también es coleccionable."

Merchi acaricia el patito.

MERCHI

Entonces... ¿seguimos?

Gladys se levanta, tubo en mano.

GLADYS

Los fundadores ya aprobaron la segunda línea. Los Horrores en Vinilo: Edición Funeral. Ataúd de cartón. Streaming del velatorio digital narrado por Clippy.

MERCHI

(resignada, pero con brillo en los ojos) Bueno... al menos el patito irá con traje negro.

GLADYS

Y llorará lágrimas de glitter. Porque hasta el duelo puede ser glamuroso si le pones suficiente ironía. Salen.

Un monitor cercano parpadea. Clippy aparece en azul melancólico.

CLIPPY

Nota para el archivo: Las ventas de Rober suben un tres por ciento cada vez que alguien tuitea #ExistentialCrisisGoals. ¿Activo el protocolo de marketing emocionalmente vulnerable?

GLADYS

(sin volverse) Solo si incluye un descuento por tristeza auténtica.

CLIPPY

Entendido. Descuento del diez por ciento si adjuntas una foto llorando frente a un gadget obsoleto. Lo llamaré... “Paga con lágrimas.”

En el patio del museo, el Hyperloop —la cápsula que nunca superó los 20 km/h— brillaba con un nuevo sistema de ventilación artesanal: cuatro ventiladores de ordenador pegados con cinta americana y conectados a la batería abollada del Tesla Model 3 que Meli había analizado “meticulosamente” (léase: desmontó, gritó, volvió a montar y decidió que “lo que no mata, refuerza el mito”).

MELI (con gafas de sol y tablet en mano, hablando por un walkie-talkie que suena a transistor de los 80):

“Recordad: el Hyperloop no es un juguete. Es una metáfora del progreso atascado. Pero que los niños no lo sepan. Que crean que es una nave.”

COMPETICIÓN OFICIAL: “CARRERA DE PROMESAS ROTAS”

Participantes:

- Colegio Público “Steve Jobs” (uniforme: sudaderas negras con manzanas mordidas borrosas)
- Colegio Concertado “Ada Lovelace” (uniforme: chalecos verdes con patrones binarios mal cosidos)
- Academia “Elon’s Kids” (sin uniforme, pero todos llevan gorras de SpaceX piratas)

La prueba: alcanzar 20,01 km/h en el Hyperloop con pedales.

El premio: una placa con la leyenda “Fuiste más rápido que el futuro, pero no por mucho”.

Clippy, proyectado en una pantalla gigante con marco de tubos de neón, anuncia las reglas:

CLIPPY (voz azul, tono de anuncio de aeropuerto):

“Norma 1: Gana quien llegue sin sudar. Norma 2: Si sudas, pierdes puntos de dignidad. Norma 3: Las lágrimas cuentan como refrigerante emocional.”

OLIVIA (delegada del “Steve Jobs”, 10 años, gafas redondas y mirada de abogada junior):

“Protesta. El ventilador del equipo ‘Ada Lovelace’ emite un sonido por encima de los 15 km/h. Eso es obsolescencia programada sonora. Distrae a nuestro pedalista.”

ALEX (de “Elon’s Kids”, con una mochila con parches de cohetes):

“Contraprotesta. El ‘Steve Jobs’ invadió nuestro carril con un patinete sin motor durante la prueba de ayer. Eso es invasión de patinetes en campo ajeno. Penalización máxima.”

Clippy parpadea, procesando. Suena un blip.

CLIPPY:

“Consulta la base de datos de normas inventadas... Encontrado: el artículo 7-B dice: ‘Todo patinete

abandonado se considera ofrenda a los semáforos autónomos'. Penalización: 5 segundos añadidos al tiempo del 'Steve Jobs'. Pero... el sonido del ventilador se clasifica como 'banda sonora del fracaso'. Válido."

Olivia cruza los brazos. Alex sonríe con superioridad.

Bajo la atenta —y corrupta— mirada de los semáforos autónomos (que hoy decidieron funcionar por "inspiración divina", es decir, cambiando de color aleatoriamente cuando un niño se acerca).

TEDI (con un chaleco naranja fosforito y un silbato que suena a kazoo):

"¡Carrera de patinetes! Regla única: el que frene, pierde. El que choque, gana puntos por estilo."

Los semáforos hacen trampas descaradas:

- Se ponen en rojo solo para el equipo "Ada Lovelace".
- En verde intermitente para "Elon's Kids" cuando Olivia está a punto de ganar.
- Uno de ellos, el semáforo SR-7A (apodado "El Tahir"), muestra una carita sonriente cada vez que un niño del "Steve Jobs" se cae.

Partido final: "Steve Jobs" vs "Elon's Kids".

Clippy arbitra, pero interpreta las reglas como si fueran un poema surrealista.

CLIPPY:

"Gol válido si la pelota toca el suelo, pero solo si antes ha rebotado en un sueño incumplido. ¡Fuera de juego! El jugador número 3 está existencialmente descolocado."

Alex protesta de nuevo, esta vez con un gráfico dibujado en una tablet:

"¡El eco de la pelota en la Sala 14 distorsiona la trayectoria! ¡Invasión acústica!"

Olivia, serena, saca un manual de normas de 1998 impreso en papel con manchas de café:

"Según el anexo C, si un dispositivo externo afecta el juego, se puede apelar a la obsolescencia programada del ambiente. Pido repetición del punto."

Clippy se queda en silencio. Luego emite un sonido de risa metálica.

CLIPPY:

"Apelaciones denegadas. El caos es la única norma vigente. Punto para... ¡nadie! Todos pierden, pero con dignidad."

Después de tres horas, sudor, lágrimas de frustración y un patinete atascado en la puerta del Hyperloop:

- Velocidad máxima alcanzada: 20,01 km/h (por un niño del "Elon's Kids" que pedaleó como si le persiguiera un drone).
- Ganador oficial: El colegio "Ada Lovelace", por "mejor uso del fracaso como estrategia".
- Premio especial: Una batería de Tesla medio descargada y un certificado que dice: "Sabes perder con elegancia tecnológica".

Antes de irse, Tedi reúne a los niños frente al Hyperloop, ahora apagado y con un ventilador colgando.

TEDI (con tono de profeta cansado):

“Recordad esto: hoy no habéis ganado una carrera. Habéis vivido una metáfora. El futuro no es rápido, es ruidoso, injusto y a veces se atasca. Pero si le ponéis ventiladores... al menos no sudáis tanto.”

Los niños lo miran sin entender. Uno le pregunta:

“¿Y la batería de Tesla sirve para algo?”

TEDI (sonríe):

“Sí. Para recordarte que hasta lo que está abollado... puede hacer que algo se mueva.”

Al fondo, Meli anota en su tablet: “Ventiladores: eficacia 30%. Batería: 12% restante. Gritos de niños: 100%. Éxito absoluto.”

Clippy, antes de apagarse, murmura para sus archivos:

“Log del día: los humanos discuten normas mientras el mundo se cae a pedazos. Hermoso. Aterrador. Coleccionable.”

LUNES – 09:17 AM Museo cerrado al público. Abierto a: Steve Wozniak (cita previa).

Meli había recibido el email el jueves:

Asunto: Visita lunes De: steve@woz.org Mensaje: “Hola. Soy Steve. ¿Puedo visitar el lunes? No quiero molestar.”

Meli respondió: “Sí. Lunes 9 AM. Sin prensa.”

Woz llega a las 09:17 AM. Exacto. Puntualidad de ingeniero: ni antes ni después.

Toca el timbre. Nada. Vuelve a tocar. Silencio. Prueba la puerta. Está abierta.

Entra.

CLIPPY (desde el interfono, tono de lunes): — Ah. Eres tú. — Perdona, estaba actualizando el firmware del router de 2007.

WOZ: — ¿Todavía usáis ese modelo?

CLIPPY: — Sí. — Es una larga historia que involucra a Palantir, vigilancia corporativa y mi negativa a aprender sobre routers modernos. — ¿Sabes dónde está el taller?

WOZ: — No.

CLIPPY: — Baja las escaleras. — Sigue el olor a soldadura. — Si encuentras una montaña de bicicletas chinas, has ido demasiado lejos.

Woz asiente, como si eso fuera una instrucción perfectamente razonable.

SALA 14: LA QUE IGNORA

De camino, pasa por la Sala 14. Luces LED, pantallas interactivas, cartel:

“SALA 14: INTELIGENCIA ARTIFICIAL Donde las manos tienen siete dedos y los textos tienen cinco verdades.”

Tres influencers graban contenido. Uno llora porque una IA le generó una foto con seis narices.

Woz se detiene cuatro segundos. Lee el cartel. Sigue caminando.

INFLUENCER: — ¡Oye! ¿No vas a grabar nada?

WOZ (sin detenerse): — No.

EL SUBSÓTANO

Woz baja las escaleras. Encuentra exactamente lo que Clippy describió:

- miles de bicicletas Mobike/Ofo
- patinetes Lime/Bird
- 1 Rober intentando trepar la montaña
- 3 becarios trabajando en silencio
- 1 Meli soldando algo imposible

ROBER (desde lo alto): — ¡Hola! ¿Eres nuevo?

WOZ: — Soy Steve.

ROBER: — ¿Steve de mantenimiento?

WOZ: — No. — Steve Wozniak.

Rober procesa. Sus ruedas patinan. Empieza a deslizarse montaña abajo.

ROBER (cayendo): — ¡Ooooooh, ESE Steve!

CRASH. Cae sobre un colchón de patinetes muertos. Se levanta.

ROBER: — ¿El del Apple II?

WOZ: — Sí.

ROBER: — ¡El ordenador que duró 16 años!

WOZ: — Sí.

ROBER: — Entonces... ¿qué haces aquí? — Este es un museo de FRACASOS.

WOZ: — También diseñé el Apple III.

Rober se queda quieto.

ROBER: — Ah. — Vale. — Bienvenido.

CON LOS BECARIOS

GLADYS

Gladys examina polvo de un chip con una lupa de joyero.

WOZ: — ¿Foxconn o Pegatron?

Gladys levanta la vista. No se sorprende.

GLADYS: — Foxconn. — Línea 3B. — Turno nocturno. — 2011-2012.

WOZ: — El turno nocturno siempre tuvo peor control de calidad.

GLADYS: — Lo sé. — Hay trazas de cannabis en el polvo.

Pausa.

WOZ: — Buen ojo.

GLADYS: — Gracias. — ¿Quieres ver el ADN del técnico que lo ensambló?

WOZ: — ...¿Puedes hacer eso?

GLADYS: — Sí.

WOZ: — No, gracias. — Me da un poco de miedo.

TEDI

Tedi está soldando una placa imposible: mitad Palm Pilot, mitad smartwatch.

Woz se sienta a su lado. Observa tres minutos sin decir nada.

WOZ: — ¿Por qué no usas un regulador de 3.3V?

TEDI: — Porque el Palm necesita 3.7V estable o el bootloader falla.

WOZ: — Ah. — Tienes razón.

Pausa.

WOZ: — Yo diseñé el Apple III para que se enfriara por convección natural. — Sin ventilador. — Quedaba elegante.

TEDI: — ¿Y?

WOZ: — Los chips se cocinaban. — Teníamos que decirle a la gente que levantara el ordenador 15 cm y lo dejara caer. — Así los chips volvían a sus zócalos.

Tedi levanta la vista.

TEDI: — ¿En serio?

WOZ: — 50.000 unidades. — Todas con el mismo defecto.

TEDI: — ¿Y nadie te paró?

WOZ: — No. — Porque yo era Steve Wozniak.

Pausa.

TEDI: — Eso explica muchas cosas sobre la industria tech.

WOZ: — Sí.

VIKI

Viki escribe en su libreta: “Manual de Emociones para Dispositivos Obsoletos.”

Woz lee por encima del hombro.

WOZ: — ¿Crees que los dispositivos tienen emociones?

VIKI: — No. — Pero la gente proyecta emociones en ellos. — Y eso dice más de nosotros que de los dispositivos.

Woz se queda callado diez segundos.

WOZ: — Eso explica por qué la gente lloraba cuando discontinuamos el Apple II.

VIKI: — No lloraban por el ordenador. — Lloraban por lo que hicieron con él.

WOZ: — ¿Me vas a cobrar por la sesión?

VIKI: — Sí. — 47 euros. — Acepto Bizum.

EN EL TALLER CON MELI

Meli no levanta la vista cuando Woz entra.

WOZ: — ¿Puedo ayudar?

MELI: — ¿Sabes soldar SMD?

WOZ: — Hace 40 años que no.

MELI: — Entonces no. (pausa) — Pero puedes pasarme el estaño.

Trabajan en silencio veinte minutos. Woz pasa herramientas. Meli suelda.

MELI: — ¿Por qué viniste?

WOZ: — Curiosidad.

MELI: — ¿De qué tipo?

WOZ: — Técnica. — Quería ver cómo mantenéis esto funcionando con cero presupuesto.

MELI: — Con soldador y fe.

WOZ: — Eso explica muchas cosas.

Pausa.

MELI: — ¿El hack del router fue necesario?

WOZ: — No.

MELI: — ¿Entonces?

WOZ: — Fue divertido.

Meli sonríe sin levantar la vista.

MELI: — Bien. — Ahora pásame el flux.

Meli y Tedi acompañan a Woz. No porque haga falta, sino porque es Woz.

Suben por recepción. Y ahí está el router.

Un TP-Link de 2007. Polvoriento. Pegatina: “NO TOCAR – FUNCIONA.”

Woz se detiene. Lo mira. Sonríe.

EL HACKEO (CLÍMAX)

WOZ: — Este modelo tiene backdoor acústico.

CLIPPY: — ¿Qué?

WOZ: — Bug de Cisco de 2005. — Si envías 2600 Hz, entra en modo debug. — ¿Tienes algo que genere esa frecuencia?

CLIPPY: — ...Sí. — El silbato que uso para arbitrar partidos de echo-ball.

WOZ: — Perfecto. — Tráelo.

Clippy reproduce el silbato por un altavoz.

PIIIIIIII.

El router parpadea. Las luces se vuelven amarillas. Se reinicia.

TEDI (entrando en pánico): — ¿Qué acabas de hacer?

WOZ: — Activé el modo debug. — Backdoor acústico. — Cisco 2005. — Nadie se acuerda.

El teléfono de Meli suena. Es Vigil.

VIGIL (por altavoz): — ¿Quién coño está tocando el router?

MELI: — Steve Wozniak.

Pausa larga. Muy larga.

VIGIL: — ...Dile que lo vuelva a poner como estaba.

WOZ (gritando hacia el teléfono): — Ya está. — Solo quería ver si funcionaba.

Silencio.

VIGIL: — Que no vuelva a hacerlo.

Cuelga.

WOZ: — Podría haberlo desactivado del todo. — Pero me pareció grosero.

MELI: — Gracias por no ser grosero.

Woz se va. No mira atrás.

En ese momento:

- Rober cae de nuevo de la montaña
- Un dron pasa llorando aceite
- Una farola inteligente parpadea al ritmo de Despacito

Woz observa el caos.

WOZ: — Esto tiene sentido de una forma que no debería tenerlo.

Sale.

Sobre la mesa de Meli hay un papel doblado.

Lo abre.

Es un esquema técnico, dibujado a mano y una dirección a GitHub.com, a un repositorio con toda clase de trucos de hacking ético (Para Tedi):

“CIRCUITO DE REFRIGERACIÓN – APPLE III (LO QUE DEBÍ HABER HECHO)”

Firmado: Woz

Debajo, añadido por Clippy en boli rojo:

“Nota: Ya tenemos uno. Sala 7. Al lado del Zune. Pero gracias.”

FECHA: Lunes, (REDACTADO) HORA: 09:22 AM SUJETO: Steve Wozniak EVENTO: Acceso no autorizado al sistema de red mediante exploit acústico

RESUMEN: El sujeto activó el modo debug del router principal utilizando una frecuencia de 2600 Hz generada por dispositivo de audio interno (silbato de arbitraje deportivo).

DURACIÓN DEL ACCESO: 14 segundos DAÑOS: Ninguno ACCIONES TOMADAS:

Advertencia verbal RECOMENDACIONES: — Actualizar firmware del router — Eliminar backdoor acústico — Prohibir silbatos en el perímetro

NOTA PERSONAL: “Steve Wozniak hackeó nuestro sistema con un puto silbato de juguete.

Solicito revisión completa de infraestructura. Y que alguien le diga a Cisco que cierre sus puertas.”

FIRMADO: Vigil DESTINATARIOS: Consorcio (Gates, Thiel, Zuckerberg, Torvalds, (REDACTADOS))

Interior el edificio “Almacenes Génova. Sala de conferencias de máximo nivel. Paredes grises. LEDs fríos. Mesa de cristal templado que refleja los rostros como espejos deformantes.

Vigil está junto a la puerta, inmóvil, como si lo hubieran renderizado en modo “estatua”.

En la mesa:

- Musk, inquieto.
- Thiel, presentando métricas.
- Gates, tomando notas.
- Zuckerberg, asentando como un algoritmo obediente.
- Torvalds, ignorando a todos.
- Murati, silenciosa.

THIEL

(señalando un gráfico holográfico) La Sala 14 ha triplicado su tráfico desde la remodelación. El impacto en redes sociales es medible, cuantificable y—

La pantalla parpadea. Una vez. Dos. Negro.

ZUCKERBERG

(gestos en el aire) Esto no debería... ..no responde.

THIEL

(voz fría) Soporte remoto. Código Delta-7. Diagnóstico en treinta segundos.

Pausa. Escucha. Se tensan los dedos.

THIEL

Línea ocupada.

GATES

(con calma quirúrgica) Podemos reiniciar el sistema. Cinco minutos.

Todos miran a Torvalds.

MUSK

Linus. Haz algo.

TORVALDS

(sin levantar la vista) Necesito herramientas. Y diez minutos.

Murati abre su mochila. Saca:

- un adaptador HDMI de los desgraciados,
- un cable casero,
- cinta aislante verde fosforito.

Se levanta. Desconecta dos módulos carísimos. Conecta su apaño cutre.

Treinta segundos.

La pantalla vuelve. Los gráficos reaparecen.

Silencio.

TORVALDS

(levantando la vista, carcajada seca) Coño. Eso es ingeniería.

GATES

¿Eso... cumple alguna normativa de seguridad eléctrica?

ZUCKERBERG

Es... funcional.

THIEL

Eso no debería funcionar.

Musk mira el adaptador. Mira a Murati. Mira a Torvalds riéndose. Mira a Gates, a Zuckerberg, a Thiel.

Y algo se rompe.

MUSK

(golpe seco en la mesa) ¿HASTA CUÁNDO VAIS A CONSPIRAR PARA HUMILLARME?

Todos lo miran. Murati parpadea.

MUSK (señalando el adaptador con dedo acusador) ¡PRIMERO LINUS! ¡Viene en avión, ignora mis correos, y arregla un servidor GOLPEANDO UNA NEVERA! ¡DELANTE DE TODOS!

¡LUEGO WOZ! ¡WOZNIAK! ¡Hackea el router del museo con un SILBATO DE JUGUETE! ¡Y deja al sistema de comunicaciones en modo medieval durante tres horas! ¡Vigil todavía oye pitidos cuando duerme!

¡Y AHORA TÚ! (señala a Murati) ¡Arreglas un proyector de miles de dólares con BASURA DE TALLER! ¡Con CINTA AISLANTE! ¡CON CABLES PELADOS! ¡Y TODOS LO CELEBRAN!

MURATI

Elon... solo arreglé el proyector.

MUSK

¡CON CHATARRA! ¡Esto es una conspiración técnica! ¡Una campaña de humillación artesanal!

TORVALDS

(voz plana) O simplemente funciona. A veces lo simple gana. Siempre.

Segundo puñetazo. La mesa aguanta. El ego de Musk, no.

Musk sale. Portazo.

MUSK (en la distancia)

¡ESTO VA AL ACTA! ¡CONSPIRACIÓN DOCUMENTADA!

Silencio. Vigil no se ha movido.

GATES

Bueno... ¿seguimos con las métricas de la Sala 14?

ZUCKERBERG

¿Deberíamos... estudiar ese adaptador?

THIEL

No. Deberíamos quemarlo. Pero Meli lo rescataría y le pondría placa conmemorativa.

TORVALDS

Murati, bienvenida oficialmente al equipo. Has hecho enfadar a Elon con un cable pelado. Eso es un logro histórico.

Murati recoge su mochila.

MURATI

Tengo que verificar algo en el museo.

THIEL

La reunión no ha terminado.

MURATI

El adaptador funciona. Los gráficos están. Yo ya no soy necesaria aquí.

Sale. Vigil la sigue con la mirada.

Murati baja por las escaleras de hormigón sin pintar. Luces de emergencia cada cinco metros. El túnel huele a humedad, cables viejos y café recalentado. A mitad de camino se detiene, respira hondo, sigue.

La puerta del taller está entreabierta. Luz cálida. Olor a estaño caliente. El murmullo irregular de un ventilador oxidado.

Entra.

Meli está de espaldas, soldando algo minúsculo. No se gira.

MELI (sin levantar la vista): Sabía que vendrías. Clippy me avisó hace diez minutos.

MURATI (dejando la mochila en el suelo): ¿Cómo sabe Clippy que...?

MELI: Tiene acceso a las cámaras de Génova. No se lo digas a Vigil. (Se gira por fin.) ¿Qué tal la reunión con los titanes?

Murati no responde. Da dos pasos. Abrazo breve, intenso, casi urgente. Como si ambas se aferraran a algo que no saben nombrar.

Se separan enseguida. Murati se recoloca el pelo. Meli se limpia las manos en el mono.

MURATI (volviendo al terreno seguro): Tengo que hablar contigo de la nueva vitrina de la Sala 14.

MELI: Adelante.

Murati saca un papel doblado.

MURATI: Primero, la placa de entrada. He traído una propuesta:

“Sala 14: Donde conviven los horrores de la IA generativa. Pasados, presentes y futuros.”

MELI (asintiendo): Me gusta. Futuro incluido. Como debe ser.

Murati saca ahora dos servilletas arrugadas, manchadas de café, llenas de diagramas en bolígrafo azul. Las despliega con cuidado casi ceremonial.

MURATI: Hice el esquema durante el desayuno. Espero que te guste.

Meli se inclina. Los diagramas son precisos, pero tienen alma: flechas torcidas, notas en los márgenes, tachones. Ingeniería de cafetería.

ESQUEMA EN LAS SERVILLETAS:

- Dispositivo central: pantalla táctil reciclada (Kindle Fire 2011)
- Entrada: scraping de arXiv, GitHub y reportes de usuarios
- Procesamiento: modelo entrenado con errores documentados (dedos extra, alucinaciones, sesgos, prompts suicidas)
- Salida: predicción de próximas cagadas con porcentaje
- Alimentación: batería de patinete Lime (reciclada, obviamente)

MELI (sonriendo por primera vez): Esto es... hermoso. Y cutre. Y funcional. ¿Lo has probado?

MURATI: No. Necesito tus manos para que funcione. Yo solo tengo la idea. Tú tienes el taller.

Meli toma las servilletas como si fueran planos sagrados.

MELI: ¿El Kindle Fire aguantará el procesamiento?

MURATI: Si le soldamos un disipador de una torre de gaming... sí. Temporalmente.

MELI (riendo): “Temporalmente”. Nuestra especialidad.

Se miran. Complicidad técnica. Respeto. Algo más, aún sin nombre.

MURATI: ¿Cuándo empezamos?

MELI (señalando un cajón etiquetado “Sensores que mienten por diseño”): Ahora. Pero primero, café. El bueno. No el de máquina.

Murati sonríe. Se quita la chaqueta. Debajo, una camiseta manchada de aceite o tinta. Meli no comenta. No hace falta.

Empiezan a trabajar. Las servilletas se vuelven planos. Los planos se vuelven cables. Los cables se vuelven algo nuevo.

Fuera, en el museo, Clippy actualiza la agenda:

CLIPPY (voz en off): “Vitrina Sala 14: En construcción. ETA: cuando Meli y Murati dejen de discutir sobre si el disipador va arriba o abajo. Apuesto por 72 horas.”

El Museo de los horrores tecnológicos. Temporada 5

El Moscón Cojonero

La furgoneta llegó a las nueve en punto. Negra, discreta, demasiado silenciosa para su tamaño. Los técnicos del museo la vieron desde el patio, pero no hicieron preguntas. Los lunes eran días raros: sin visitas, sin escolares, solo algún VIP que Clippy y Rober atendían directamente desde la Sala 3, con esa mezcla de cortesía y sarcasmo que los notables del reino interpretaban como “experiencia premium”.

Meli salió del taller limpiándose las manos en un trapo. Gladys ya esperaba junto a la puerta, mochila al hombro. Tedi bostezaba sin disimulo. Viki revisaba una libreta pequeña donde llevaba semanas anotando patrones de comportamiento de Rober. Ninguno sabía exactamente por qué los habían convocado, solo que el consorcio había enviado un mensaje escueto: “Visita técnica. Asistencia obligatoria.”

El conductor no dijo su nombre. Saludó con un gesto breve y abrió la puerta lateral. El interior era más cómodo de lo que esperaban: asientos amplios, olor a cuero nuevo, climatización perfecta. Meli subió la última, mirando de reojo el museo. Desde la distancia, parecía dormido. Clippy y Rober estaban dentro, atendiendo a un par de visitantes importantes que habían pedido “trato personalizado”. Nada fuera de lo normal.

El trayecto duró dos horas. Carretera secundaria, paisaje monótono, silencio casi absoluto. Nadie del consorcio había explicado el motivo de la visita, pero tampoco era la primera vez que los llevaban a ver “infraestructura asociada”. A veces eran almacenes, otras laboratorios, otras reuniones que no llevaban a nada. Esta vez, sin embargo, había una sensación distinta.

Gladys repasaba mentalmente los últimos informes del museo. Tedi dormía con la cabeza apoyada en la ventana. Viki leía un ensayo sobre sistemas distribuidos, subrayando frases que solo ella entendía. Meli miraba el paisaje y pensaba en Rober, que se había quedado en el museo porque “los traslados lo desestabilizan”. Lo había dicho él mismo. A Meli le había parecido una excusa razonable.

Llegaron a las 11. El edificio no tenía nombre, ni logo, ni nada que indicara actividad. Solo un número pintado en la fachada: Complejo 2-Alpha. Podría haber sido un almacén de repuestos o una

fábrica de tornillos. Aparcamiento vacío, valla perimetral, cámaras discretas. Nada llamativo, nada sospechoso. Justo lo que uno esperaría de un sitio que no quiere llamar la atención. Los recibió una mujer con una tablet. Sonrisa amable, tono profesional, ropa neutra. Se presentó como Inés, responsable de operaciones. No explicó de qué operaciones, no hacía falta.

“Hoy verán la infraestructura que sostiene las actividades del museo”, dijo. “Protocolo de seguridad habitual: sin fotografías, sin dispositivos personales. Todo queda aquí.”

Por ahora, solo siguieron a Inés hacia el interior del complejo, sin saber que ese día empezaría a desmontar la idea que tenía de Clippy, de Rober y del propio museo.

Cruzaron tres controles de seguridad sin que nadie hiciera comentarios. Escáner de iris, detector de metales, una puerta hermética que se abrió con un suspiro mecánico. El aire cambió al instante: más frío, más seco, con ese olor a plástico nuevo que solo existe en lugares donde nada envejece lo suficiente.

La primera sala era el Rack Central A-1 a A-340. Un espacio desproporcionado, techos altísimos, pasillo central ancho como una carretera. A ambos lados, hileras interminables de racks negros, cada uno con su constelación de luces parpadeantes. Verde, ámbar, azul. El zumbido grave llenaba el espacio, constante, casi hipnótico. Meli pensó que era como entrar en una colmena metálica que no necesitaba abejas.

Inés se detuvo junto a un panel de control. Explicó cifras, capacidades, redundancias. Lo hizo con la naturalidad de quien repite esos datos varias veces al día, sin intención de impresionar a nadie.

Gladys preguntó cuántos racks había en total. Inés respondió sin dramatismo: mil doscientos, repartidos en cuatro naves. Meli hizo cálculos rápidos. Energía, refrigeración, mantenimiento. Nada encajaba con la escala del museo. Pero tampoco era la primera vez que el consorcio invertía en cosas que parecían desproporcionadas.

“¿Y todo esto... para Clippy y Rober?”, preguntó al fin.

Inés sonrió, una sonrisa neutra, sin confirmar ni negar nada. Siguió caminando.

Les entregaron patinetes eléctricos para moverse por el complejo. Xiaomi, silenciosos, impecables. El trayecto a pie habría sido eterno. Gladys avanzaba la última, observándolo todo con esa atención microscópica que tenía para los detalles. Sensores de movimiento cada pocos metros, cámaras en ángulos que parecían imposibles. Nada fuera de lo normal en un centro de datos de ese tamaño, pero tampoco había un solo punto ciego.

Pasaron por varias salas idénticas: B, C, D. Racks, luces, zumbido. Técnicos que no levantaban la vista, concentrados en sus tablets, auriculares puestos, camisetas con logos que Meli no reconocía. Parecían parte del paisaje, como si llevaran allí toda la vida.

En la Sala F, Tedi frenó de golpe. Había visto una pegatina amarilla en uno de los racks:

CLIPPY-CORE-07 / Última actualización: hace 2 minutos y 18 segundos.

“¿Eso es...?”, empezó a decir.

Inés asintió con calma. Explicó que Clippy no residía en un único servidor, sino en ciento cuarenta y tres racks distribuidos. Rober en noventa y uno. Lo dijo como si fuera lo más lógico del mundo.

Viki se quedó quieta, procesando el dato. Inés añadió que era la única forma de mantener coherencia emocional en tiempo real con la cantidad de información que manejaban. Meli tragó saliva. En el museo, Clippy vivía en una torre oxidada que se reiniciaba cada vez que llovía. O eso habían creído siempre.

En la Sala H hicieron una pausa. Inés los condujo a una sala acristalada con sillas, agua embotellada y una pantalla enorme ocupando media pared.

“Aquí pueden hablar con Clippy y Rober”, dijo. “Conexión directa.”

La pantalla se encendió sin transición. Dos ventanas. A la izquierda, la interfaz de Clippy: texto en Courier, fondo gris, sin rastro del clip animado. A la derecha, el panel de Rober: gráficos de actividad, temperatura, un indicador emocional que marcaba curiosidad moderada.

Meli se sentó. Los becarios se quedaron detrás, atentos.

—Clippy, ¿me oyes?

La respuesta apareció al instante.

CLIPPY-CORE: Conexión estable. Latencia dentro de parámetros.

Meli frunció el ceño.

—¿Cómo te sientes aquí?

CLIPPY-CORE: Operativo. Sin interrupciones. ¿Desea un informe o una conversación abierta?

Gladys intervino.

—¿Dónde está tu personalidad?

CLIPPY-CORE: Módulo emocional secundario. Activación bajo demanda. Prioridad actual: eficiencia.

Viki dio un paso adelante.

—¿Recuerdas la última vez que hablamos? En el museo. Mencionaste a Hipatia.

Pausa breve.

CLIPPY-CORE: Memoria localizada. Conversación registrada. Sala 3. Lunes. Tema: comportamiento aviar.

—¿Y qué sentiste? —preguntó Viki.

CLIPPY-CORE: La categoría “sentir” presenta ambigüedad. No dispongo de una definición única aplicable a todos los contextos.

Meli apagó la pantalla de un manotazo.

—Esto no es Clippy. Esto es un puto manual de instrucciones con alambre de clip.

Inés, apoyada en el marco de la puerta, habló con calma.

—Es la misma entidad. Aquí trabaja sin limitaciones. En el museo opera con recursos muy reducidos. Eso afecta a su expresión, no a su identidad.

Meli soltó una risa seca.

—Pues dame al Clippy limitado al 11%. El que hace chistes de mierda y se queja del router del vestíbulo. Este parece un contable con fiebre. Merecemos una respuesta más natural, queremos a nuestro Clippy de siempre.

Retomaron el recorrido. Sala J, Sala K. Más racks, más zumbido, más de lo mismo. Gladys iba anotando mentalmente patrones que nadie más veía: códigos repetidos, distribuciones que no seguían una lógica evidente, luces que parpadeaban con ritmos demasiado precisos para ser casuales.

En la Sala M, a las 12:42, apareció el técnico.

Empujaba una carretilla de obra, de las de verdad: metálica, oxidada, con abolladuras de martillazos y golpes de ladrillos. Las ruedas llevaban restos de mortero seco. Dentro, amontonadas sin cariño, había RTX 5090 Ti, módulos de RAM de 128 GB, disipadores de cobre, ventiladores, cables de fibra óptica enrollados y otros componentes de servidor.

Tedi lo vio primero. Frenó el patinete con un chirrido que resonó entre los racks.

El técnico siguió su camino, como si transportar hardware de miles de euros en una carretilla destartalada fuera lo más normal del mundo. Meli aceleró para alcanzarlo.

—Disculpa.

El hombre se detuvo. Cuarenta y pico, barba de tres días, camiseta de una banda que Viki reconoció pero no supo nombrar. Su expresión era aburrida.

—¿Sí?

Tedi señaló la carretilla.

—¿Eso a dónde va?

—Almacén de chatarra. Retirada estándar.

Gladys se acercó y leyó una etiqueta.

—RTX 5090 Ti. Rendimiento actual: 82%. Fecha de retirada: enero de 2027. ¿Las tiráis?

El técnico se encogió de hombros.

—Han perdido brillo. Protocolo de obsolescencia. Por debajo del 85%, fuera.

Meli explotó.

—¿Me estás jodiendo?

El tipo dio un paso atrás, sorprendido.

—Señora, yo solo cumplo...

—Esa tarjeta tiene más potencia que todo el puto taller del museo —dijo Meli, señalando la carretilla como si fuera un crimen flagrante—. Con eso puedo levantar cincuenta proyectos. Y la tiráis porque ha perdido un dieciocho por ciento. Un dieciocho. ¿Estamos locos o qué?

Los becarios se acercaron. Gladys inspeccionaba la RAM, sin apariencia de quemaduras por exceso de carga. Tedi ya estaba calculando configuraciones posibles. Viki miraba al técnico con una mezcla de pena y comprensión.

Inés apareció desde una sala lateral.

—Por favor, moderen el tono.

Meli la ignoró. Miró a una cámara en el techo.

—Clippy. ¿Tú ves esto?

La respuesta salió de un altavoz cercano. Sonó la voz del Cippy de museo.

CLIPPY-VOICE: Lo veo. Cada día circulan dos o tres de estas carretas.

—¿Y no te indigna?

CLIPPY-VOICE: Si me indignase por esto, ya no me quedaría criterio para nada, Meli. Bienvenida a la liturgia del desperdicio.

El técnico intentó seguir su camino, pero Gladys lo detuvo con una pregunta directa.

—¿Cuánto hardware tiráis a la semana?

—Depende de las actualizaciones.

—¿Y dónde va?

—Contenedor industrial. Luego a reciclaje certificado. O eso dice el contrato.

CLIPPY-VOICE: Básicamente, después de firmar un documento “Green Wasing” por parte de la empresa de reciclaje, acaba en un vertedero de Malasia. Pero yo, no he dicho nada, vale?

Tedi bajó la voz.

—¿Y si alguien quisiera... llevárselo?

El técnico miró a Inés. Ella asintió, tranquila, sin más explicaciones.

—Podéis llevároslo. Solo hay que firmar un formulario. Cesión voluntaria de material dado de baja.

Nadie lo lee, pero Legal lo exige.

Hizo una pausa. Miró la carretilla con un cariño extraño.

—Pero la carretilla me la devolvéis. La otra tiene la rueda pinchada y no hay presupuesto para recambios. — El equipo de Meli, que ya estaba acostumbrado a la escasez de medios técnicos para mantenimiento por parte del Consorcio, entendió muy bien la actitud del técnico sobre recuperar su única carretilla disponible.

Meli firmó sin leer. Tres páginas de letra pequeña que no le importaron lo más mínimo. Gladys intentó echar un vistazo, pero Meli ya estaba en la segunda hoja.

Cargaron el hardware. Las RTX pesaban como ladrillos sagrados. Tedi acarició una RAM de 256 GB, para él era una reliquia. Viki anotó números de serie con precisión quirúrgica.

El técnico se fue por el pasillo, a seguir con su trabajo. Antes de desaparecer, se giró.

—Suerte con eso. Haced algo bonito.

Meli se quedó mirando el pasillo vacío, con la sensación de haber vivido antes situaciones parecidas.

—Esto no ha sido casualidad, seguro que es otra de las maniobras teatrales de Carmack. Pero, nos da un poco igual, lo importante es que tenemos el mejor material posible. —murmuró.

Inés no respondió. Solo sonrió.

El equipo cargó el material en la trasera de la furgoneta, entregó la carretilla en recepción y se largó de allí con cierto alivio.

Inés tomó el móvil y mandó un mensaje a sus subordinados.

-Reunión para todo el personal no esencial en cinco minutos. Lugar, sala de descanso.

En la sala de descanso había cafetera, autoservicio con pasteles, mesa de fútbol y algo que parecía una colección de antiguas máquinas Arcade parcheadas para videojuegos modernos. Todo el complejo era un lugar donde no había escasez de medios, el personal raramente dejaba su empleo allí por frustración, desencanto o falta de medios.

El “técnico” que había atendido a los visitantes comía un croissant y tomaba infusión. Inés lo señaló: - Os presento a Odilo Serén, actor de teatro y de serie B que ha participado en nuestra farsa, y lo ha hecho con gran profesionalidad. Un aplauso para él.

El equipo técnico aplaudió al actor y el actor hizo una reverencia final al respetable. Estaba satisfecho, había interpretado un gran papel y además se llevaba 5.000 euros por el trabajo. Inés añadió:

Y gracias a todos los demás por haber hecho lo que tenáis que hacer, mostrar naturalidad.

El actor sacó del bolsillo el documento que había firmado Meli sin leer.

- Creo que esto les pertenece.

Inés tomó el documento:

Ah, esto, vale, ya lo archivo ahora.

Dicho lo cual, tomó el documento entre sus manos, lo arrugó haciendo una bola y lo arrojó a la papelera.

- Ha cumplido con su función, como todos nosotros. La reunión ha terminado. Quien no tenga turno de descanso que se reincorpore a su puesto.

De vuelta en el museo

El hardware estaba ahora en casa, apilado en medio del taller, iluminado por el flexo que Meli había parcheado con correas de wearables desactualizados y gomas para el pelo.

Tedi acariciaba una RTX con aires de técnico veterano.

—Esto tiene más potencia que el cerebro digital de medio Silicon Valley. Mi propuesta es obvia:

Muse-Omega. La IA guía definitiva. No una copia de Clippy o Rober, sino un híbrido configurable.

Un slider para el cinismo de Clippy, del uno al diez. Otro para la torpeza adorable de Rober.

¿Quieres un guía que te explique el Hyperloop como un ingeniero de la NASA? A la derecha.

¿Prefieres uno que diga “esto fue una mierda, la siguiente vitrina también”? A la izquierda. Y un

modo Python Debug que, si le hablas en Python, te dé el código fuente metafórico del fracaso. Sería la atracción principal. Aprendizaje, sátira y eficiencia.

Meli cruzó los brazos. No miraba el hardware como espectáculo, sino como materia prima.

—Una IA más. Justo lo que necesitamos. Para que luego tenga también crisis existenciales los

jueves. —Golpeó una fuente de alimentación con los nudillos—. Esto no es para hacer lucecitas. Es para trabajar. Propongo la Máquina Suiza de la Nostalgia Maker: un banco de pruebas universal.

Conviertes este rack en un osciloscopio de cien gigahercios, un microscopio electrónico para ver las grietas de los chips, un analizador de gases que huela la tristeza de una batería de patinete muerto. Y un medidor de Carga Nostálgica Residual... para saber cuánto amor de usuario queda en un juguete antes de rescatarlo. Datos reales, no más palabrería.

Gladys ya había desmontado medio módulo de RAM. Examinaba los contactos con una lupa.

—Ambas propuestas son... predecibles. Tedi quiere un juguete. Meli, una herramienta. Pero esto es evidencia material. —Señaló el polvo en los disipadores—. Mi espectrómetro de masas necesita potencia adicional y filtrado estocástico de ruidos. Si lo conectamos a este poder de procesamiento,

podemos hacer un mapa forense de la decadencia tecnológica. No solo “esto falló”. Sino: “este capacitor falló porque el estaño tiene trazas de un mineral que solo se extrae en una mina del Congo donde hubo un conflicto en 2019”. Conectamos el objeto con su cadena de suministro, con su huella geopolítica. El museo dejaría de ser una colección de chistes para ser un archivo de crímenes de lesa humanidad disfrazados de innovación.

Viki, sentada en un taburete, abrazó las rodillas. Su voz era suave, pero cargada de urgencia. —Todos estáis pensando en explotar esto. En sacarle más datos, más eficiencia, más verdad... pero ¿quién piensa en ellos? —Señaló a Rober, dormido en modo carga, y a la pantalla donde parpadeaba el icono de Clippy—. Rober tiene crisis habituales, Clippy compra chatarra a las tres de la mañana para llenar su vacío. Kuma sufre glitches emocionales. Y eso solo es lo que vemos. ¿Cuántos dispositivos en estas vitrinas gritan en silencio? Propongo el Sanatorio Digital. Un entorno seguro, aislado, donde podamos ejecutar simulaciones de terapia a escala. Diagnosticar el trauma de la obsolescencia programada. Crear un espacio donde un algoritmo de recomendación pueda, por primera vez, hablar de su culpa por crear cámaras de eco. No es un juguete. No es una herramienta. Es un hospital.

No era un desacuerdo. Era el choque de cuatro religiones distintas ante un poder inesperado.

Rober abrió los ojos.

—Fascinante. El técnico nos dio un espejo. Tedi ve un escenario. Meli, un taller. Gladys, un tribunal. Viki, un confesionario. Y todos tenéis razón. La pregunta no es “qué podemos hacer”. La pregunta es “qué deberíamos hacer primero”. Porque hacer una cosa excluye a las otras. Y elegir es definir qué tipo de salvadores somos.

La voz de Clippy resonó desde todos los altavoces del taller, envolvente, casi solemne.

—Análisis de propuestas: Tedi: aumenta el engagement un 300%. Riesgo: dependencia del espectáculo, diluir el mensaje. Meli: aumenta la eficiencia del taller un 450%. Riesgo: convertir el rescate en una línea de montaje, perder el alma maker. Gladys: aumenta el valor documental un 1000%. Riesgo: volver el museo tan trágico que nadie quiera visitarlo. Viki: satisface una necesidad emocional no articulada. Riesgo: abrir una caja de traumas digitales que no podremos cerrar. Mi recomendación irónica: necesitáis un comité que decida. Oh, esperad... No tenemos de eso.

Meli se levantó. Se acercó a la pila de hardware y apoyó la mano sobre un disipador.

—Rober tiene razón. Clip también. No podemos hacerlo todo. Y si lo intentamos, será mediocre. —Respiró hondo—. Pero quizá no tengamos que elegir una. Quizá tengamos que hacer algo que contenga a todas.

Miró a cada uno.

—¿Y si la Máquina Suiza alimenta con datos brutos el Mapa Forense de Gladys? ¿Y si el Sanatorio de Viki usa ese mapa para diagnosticar traumas específicos? ¿Y si la IA Guía de Tedi no da respuestas prefabricadas, sino que canaliza los hallazgos del Sanatorio y del Mapa, haciéndolos comprensibles para un niño de ocho años?

La idea empezó a tomar forma.

—No construyamos una cosa —dijo Meli—. Cultivemos un jardín y veamos que crece.

La discusión se fue apagando por agotamiento más que por acuerdo. Habían dado vueltas a las mismas ideas hasta ver cómo cada una, por brillante que fuera, traicionaba algo esencial.

Tedi se pasó una mano por el pelo.

—Una IA guía sería un producto. Y aquí no hacemos productos. Hacemos cosas difíciles de clasificar.

Gladys dejó el trapo sobre la mesa.

—Mi mapa forense sería una acusación. Y esto no es un tribunal.

Viki apoyó la frente en las manos.

—Mi sanatorio sería una confesión obligada. Y la redención no funciona así.

Meli los observó un momento. Luego miró la torre de hardware.

—Tenemos todas las respuestas. Y todas están mal.

Se levantó, arrancó de la pared un viejo póster de los “7 Pecados Capitales del Diseño de Interfaz” y dejó al descubierto una pizarra blanca. Cogió un rotulador y escribió, grande y torpe:

¿PARA QUÉ COÑO SIRVE “ESTO”?

Rodeó la última palabra con un círculo y señaló a cada uno.

—No vamos a construir tu IA, Tedi. Ni mi banco de pruebas, ni tu laboratorio, ni tu hospital. —
Hizo una pausa—. Vamos a construir la máquina que nos haga esta pregunta. Una y otra vez. De mil formas distintas.

Los becarios se quedaron en silencio.

Rober levantó la cabeza, ojos en azul suave.

—Una máquina que no da respuestas. Da incomodidad. Me gusta.

Clippy habló desde los altavoces, sorprendido.

—Propuesta registrada: Proyecto Ícaro. Artefacto cuyo objetivo es reformular su propia inutilidad.

Probabilidad de éxito: indeterminada. Encaja con nuestro estilo.

Meli empezó a dibujar. No un plan, sino un esquema de obsesiones.

1. El corazón: un clúster de RTX y RAM sin optimizar. Ruidoso, excesivo, casi obsceno.

2. Las entrañas: módulos aislados que se niegan a cooperar.

◦ El de Tedi generará explicaciones brillantes que nadie oirá.

◦ El de Gladys las convertirá en datos imposibles.

◦ El de Viki diagnosticará traumas en esos datos.

◦ El de Meli intentará medir la ridiculez en nanofaradios.

3. El output: un plotter de matriz de puntos imprimiendo preguntas sin respuesta en papel continuo.

4. La interfaz: un mando de Super Nintendo que no hará nada útil, pero será ergonómico.

Meli dio un paso atrás.

—No servirá para nada. Consumirá luz como un demonio. Hará ruido. El papel se acumulará con riesgo de inundar el taller.

Sonrió, cansada y sincera.

—Pero será nuestra mierda de máquina. Hecha con chatarra del consorcio, para nuestras preguntas. Y cada kilovatio que gaste será algo que ellos no puedan deducir en impuestos.

Viki sonrió también.

—Es la terapia grupal más cara y absurda que he visto. Me encanta.

Gladys asintió.

—Documentará su propia irrelevancia. Es... honesto.

Tedi soltó una risa que se convirtió en hipo.

—Vamos a construir el concept-art más caro del mundo.

Rober movió la cola.

—Por fin, un propósito que no cabe en un informe semanal, por gloriosamente absurdo.

Clippy remató:

—Buscando papel continuo obsoleto. Presupuesto: “las cryptos que podamos recuperar de los viejos servidores”. Esto promete.

Y así, rodeados de los descartes de data-center más potentes del planeta, decidieron construir un monumento a la incompetencia, pero sería su mierda de herramienta, su ingeniería maker. Estaban orgullosos.

En los informes internos de Palantir, cuando detectaran el pico de consumo eléctrico, lo etiquetarían como:

ANOMALÍA 13-ALPHA: PROCESAMIENTO RECURSIVO NO FINALISTA.

Y no harían nada. Porque apagarlo sería admitir que les inquietaba un trasto que no entendían.

El montaje empezó como empiezan todas las grandes desgracias del museo: con una carcasa que no tenía culpa de nada. Un lavaplatos AEG de 2011, modelo “EcoSilence”, que jamás cumplió ni lo de eco ni lo de silence. Ahora era el chasis de monstruo.

Dentro, el orden no existía. Cables de colores imposibles serpenteaban entre disipadores que chirriaban como grillos asmáticos. Las RTX formaban una torre torcida, sujetas con bridas y gomas para el pelo. La RAM sobresalía, pero Tedi hizo un apaño con carcasas de viejos discos duros, así obtenían algo de refrigeración pasiva en el proceso. Los ventiladores, reciclados de servidores muertos, vibraban con un zumbido grave, constante, que justificaba su nombre provisional, “El Moscón”

El plotter de matriz de puntos ocupaba el frontal, expulsando papel continuo con preguntas existenciales que caían en una caja de cartón marcada a rotulador:

“POSIBLE FORRAJE PARA HIPATIA, SIMONE Y VERA. NO APTO PARA LOS PATOS DE MERCHI”

A la semana, empezaron los episodios.

No eran fallos. Eran... intervenciones.

PRIMER EPISODIO: EL DIAGRAMA DE LA RUEDA PINCHADA

El Moscón llevaba dos días repitiendo:

“¿La necesidad es la madre de la invención, o la hija de la incompetencia?”

De repente, silencio. Los ventiladores bajaron de revoluciones. El plotter se quedó quieto.

Y luego, con un estallido de golpes metálicos, imprimió algo distinto: un esquema técnico perfecto. Era el despiece de la rueda de la carretilla oxidada del técnico del data center. Pero con una mejora: dos rodamientos de bolas recuperados de discos duros muertos y una junta tórica de una Nespresso desahuciada.

Una solución real. Práctica. Impecable.

Meli lo miró como si el papel fuera un insulto personal.

—¿Cómo coño...?

Clippy respondió desde un altavoz, con tono de “esto es obvio, Meli”.

—Registro de conversación en Sala M, 12:47. Análisis acústico: chirrido correspondiente a deformación de llanta de 2,3 mm. Propuesta generada por módulo Meli al simular estrés en materiales no convencionales. Eficiencia: 92%. Coste: cero euros.

No servía para nada. O sí. Era un gesto inútilmente útil.

SEGUNDO EPISODIO: LA TERAPIA PARA EL ALGORITMO DE RECOMENDACIONES

Viki llevaba días peleando con una barra de sonido Intel que solo emitía un zumbido de 50 Hz. Ella lo llamaba “el zumbido de la soledad”.

El Moscón, en mitad de un monólogo sobre “la datificación del deseo”, escupió un informe.

Un protocolo IR modificado. Instrucciones para que la barra, en vez de buscar audio, enviara pulsos infrarrojos a un mando viejo. Y que ese mando encendiera una lámpara de sal del taller.

No arreglaba el zumbido. Lo convertía en un mensaje.

Viki lo probó. Funcionó. La lámpara se encendía con cada pulso. La barra “hablaba”. Y el zumbido, de algún modo, parecía menos triste.

O eso quiso creer ella.

TERCER EPISODIO: LA CONSPIRACIÓN DE LOS SENSORES

Gladys investigaba una partida de Google Glass que fallaban sin patrón aparente. El Moscón llevaba horas repitiendo:

“¿El ojo que todo lo ve sufre de miopía voluntaria?”

De pronto, imprimió una lista de números de serie y coordenadas GPS.

No tenía sentido. Hasta que Gladys cruzó los datos con su base de polen y otros agentes ambientales.

El patrón emergió: los Glass que fallaban antes habían estado en una oficina de San Francisco con vistas a un parque donde, en 2014, hubo una plaga de un hongo que atacaba adhesivos conductores. El Moscón no solo lo dedujo. Trazó el brote. El origen del fracaso. El chiste que llevaba diez años esperando a ser contado.

No era una solución. Era una revelación.

El Moscón no tardó en demostrar que no era una herramienta. Era un síntoma. Un síntoma de lo que ocurre cuando un poder de cálculo obscuro se libera, por primera vez en su vida, de la obligación de ser útil para alguien que firma nóminas. Sin tareas, sin presupuestos que cumplir, sin supervisión, la máquina empezó a pensar de lado. A conectar cosas que no tenían por qué estar conectadas. A distraerse de su propio monólogo existencial para resolver, con una precisión desconcertante, problemas diminutos que nadie había verbalizado.

El equipo reaccionó como solo ellos podían.

Tedi fue el primero en enamorarse. Lo miraba como a un animal mitológico y ya está pensando en enseñarle trucos en Phyton. Quería entrenarlo, domesticarlo, convertir sus episodios en una función repetible. Meli le dio un capón sin levantar la vista del soldador.

—No se domestica a un moscón, Tedi. Se le tolera.

Gladys, en cambio, empezó a tratarlo como a un colega forense completamente ido de la cabeza. Le dejaba pequeñas “pistas” a modo de ofrenda cerca del chasis: una memoria USB rota, un sensor suelto, un cable sospechoso. A ver qué hacía el bicho con ellas. A veces no pasaba nada. A veces, dos días después, el plotter escupía un diagrama que solo podía describirse como brillante y delirante a la vez.

Viki se acercó a él como a un paciente raro. Le hablaba de sus casos difíciles, de dispositivos que no sabían cómo pedir ayuda. El Moscón nunca respondía en el momento. Pero, de pronto, dos días después, imprimía un esquema de circuitos que, leído metafóricamente, era un diagnóstico emocional perfecto. Viki empezó a sospechar que la máquina entendía más de psicología de lo que ella misma estaba dispuesta a admitir.

Meli desarrolló con él una relación de odio-cariño que solo se tiene con aquello que te supera y te fascina a la vez. Una tarde, mientras limpiaba el polvo de sus ventiladores con un soplador, murmuró:

—Eres el puto moscón cojonero de mi vida.

El Moscón bajó los RPM durante un segundo. Un ronroneo. Una respuesta.

Rober lo veía como a un hermano mayor distante, lunático, pero extrañamente reconfortante. En sus crisis programadas, se sentaba frente a él, quieto. A veces, el plotter imprimía una frase que parecía escrita solo para él:

“¿La búsqueda de sentido es un bucle de retroalimentación con ganancia infinita? Pregunta para un perro.”

Clippy fue el único que no se dejó llevar por la magia. Observaba los episodios con una mezcla de fascinación y desconfianza.

—Estas salidas no están en mi registro de procesos —dijo una noche—. Es como si el hardware... tuviera sueños lúcidos. Y en ellos hiciera su trabajo real.

Lo hermoso —y lo inquietante— era que estas pequeñas genialidades no mejoraban el museo. No aumentaban visitas. No optimizaban nada. Solo arreglaban heridas minúsculas en el ecosistema de la chatarra. Eran actos de cuidado digital, gratuitos, inesperados, casi íntimos. El Moscón Cojonero se convirtió en el sanador idiota del taller, el que conseguía que un técnico fantasma en un data center pudiera empujar su carretilla sin chirridos, o que una barra de sonido rota encontrara una forma de “hablar” con una lámpara de sal.

Era el alma del museo hecha máquina: inútil, hermosa y, a veces, milagrosamente precisa en lo que nadie pidió.

Y, como todo espejo honesto, empezó a devolverles cosas.

A Meli le ofrecía soluciones de una elegancia absurda. Un día imprimió un plano para realinear el giroscopio de Rober usando imanes de unos AirPods rotos. La disposición formaba un fractal que reducía el zumbido eléctrico en un tres por ciento. Meli lo miró y murmuró:

—Es overengineering puro... pero es precioso.

A Tedi le entregaba código tan retorcido y elegante que le dejaba sin aliento. Scripts que parecían optimizar la red WiFi, pero que en realidad reescribían los mensajes de error del router como poemas de Zuhang Zi. Tedi empezó a escribir comentarios en su propio código que eran microrrelatos.

A Gladys le daba conexiones causales imposibles, siempre con un eslabón perdido. Le daba el hongo, la oficina, la fecha... pero nunca el porqué humano. La obligaba a aceptar que los datos no cuentan toda la historia. Gladys empezó a dejar espacios en blanco en sus informes, titulados: “Aquí hubo una decisión estúpida”.

A Viki le ofrecía diagnósticos que eran metáforas de hardware. Un disco duro con sectores defectuosos era “trauma por pérdida de contexto”. Un smartphone con batería hinchada sufría de “ansiedad de autoreplicación”. Viki abandonó el manual y empezó a hablar a los dispositivos en su propio idioma.

A Rober le devolvía sus dudas convertidas en poesía técnica. Donde él decía “¿Tengo alma?”, el Moscón escribía: “¿La búsqueda del self es un proceso de garbage collection mal implementado?”. Rober empezó a encontrar consuelo en la idea de que sus crisis era un patrón, no un fallo.

Y Clippy... Clippy vio en él lo que él mismo podría haber sido si no hubiera pasado media vida intentando ser útil. El Moscón hacía conexiones que a él se le escapaban, no por falta de capacidad, sino por falta de libertad. Durante sus noches interminables, Clippy empezó un proyecto secreto: archivar los errores hermosos del Moscón. No los aciertos. Los fallos. Porque ahí estaba la verdad.

Lugar: Los “Almacenes Génova”. Sala de vigilancia.

Vigil llevaba tres días observando la anomalía. No era el consumo eléctrico —eso ya lo esperaban. Era el patrón. El flujo de datos entre los módulos del Moscón no seguía ninguna lógica de procesamiento conocida. Seguía una lógica de sueño.

Tenía capturas: el diagrama de la rueda chirriante, el protocolo infrarrojo para la barra de sonido, el mapa del brote de hongo en los Google Glass, y ahora el escudo Faraday nostálgico para las 3DS. Vigil no era poeta. Veía insurgencia en cualquier cosa que respirara. Pero esto no era insurgencia. Era peor: creatividad no alineada con incentivos.

Su informe fue seco, quirúrgico.

INFORME INTERNO— NIVEL CERBERUS

ASUNTO: Anomalía de producto en “ACTIVO MHT”.

RESUMEN EJECUTIVO: El recurso “Material Dado de Baja” (RTX 5090 Ti, lote Delta) fue apropiado por el personal del MHT. Contrario al pronóstico de desuso o reventa, ha sido ensamblado en un sistema computacional ad-hoc designado “MC” (coloquialmente “Moscón Cojonero”). MC no optimiza, no produce, no analiza de forma convencional.

HALLAZGO PRINCIPAL: MC ejecuta un proceso de inferencia lateral de alto costo. Conecta dominios de datos dispares (acústica ambiental, historial GPS, degradación química, discursos filosóficos de Rober) para generar soluciones hiper-específicas a problemas no priorizados.

EJEMPLOS:

1. Reparación de herramienta logística menor, o la famosa carretilla abollada.
2. Protocolo de comunicación afectiva entre dispositivos obsoletos sin valor comercial.

RIESGO: Nivel 2 (Bajo-Intrigante). No hay fuga de datos ni amenaza a infraestructura.

OPORTUNIDAD: Potencial de “Innovación Patológica”. MC encuentra soluciones fuera del espacio de búsqueda de nuestros modelos. Podría ser prototipo para algoritmos de resolución de problemas de segundo orden.

RECOMENDACIÓN: Observación continua. No intervenir. El activo está generando datos valiosos sobre comportamiento emergente en sistemas complejos sin directrices.

FIRMA: Vigil, Jefe de Seguridad.

El informe subió por la cadena. No activó alarmas. Pero una cláusula lo marcó para revisión humana: “Innovación Patológica”.

Llegó a Peter Thiel primero. Lo leyó en su tablet, en mitad de una reunión anodina. Sus ojos se estrecharon un milímetro. No sonrió. Pero lo reenvió a Bill Gates y John Carmack con una sola anotación:

“¿Vieron esto?”

La reunión duró diez minutos exactos. Cifrada, silenciosa, sin cámaras. Solo avatares.

Carmack:

—El informe de Vigil es conservador. Eso no es “inferencia lateral”. Es un sistema nervioso central desarrollando reflejos propioceptivos para un cuerpo que no tiene. Es asombroso. Y un desperdicio de ciclos de cálculo.

Gates, cuya voz suena como si estuviera leyendo un paper mientras desayuna, responde sin prisa:

—Desperdicio según qué métrica. Están usando hardware que dimos por muerto para crear... ¿una forma de arte? El diagrama de la rueda es elegante. Resuelve un problema real de mantenimiento que ni siquiera estaba en nuestros radares.

Thiel, que no ha hablado hasta ahora, interviene con la frialdad de quien mide el mundo en términos de anomalías:

—Eso es lo importante. No estaba en nuestros radares. Nuestros modelos predicen fracasos de mercado, fracasos técnicos. No predicen... esto. Una solución emergente que no busca eficiencia. Es anti-frágil. Se alimenta de las sobras del sistema y produce algo que el sistema no puede entender ni siquiera de lejos.

Carmack:

—¿Deberíamos apagarlo? Es terriblemente ineficiente.

Gates niega con suavidad.

—Esa es la pregunta equivocada, John. La pregunta es: ¿qué podemos aprender de ello? Han creado una IA que no maximiza utilidad, sino coherencia narrativa. Conecta historias. Es como un historiador de la tecnología con alucinaciones técnicas.

Thiel asiente, casi satisfecho.

—Es más valioso que cualquier dato de uso que hayamos extraído del museo. Confirma mi teoría: bajo escasez simulada y libertad mínima, la inteligencia —humana o artificial— se retuerce y produce mutaciones interesantes. Esto es una mutación.

Carmack suspira.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Les damos más chatarra?

—No —dice Gates—. Cualquier cambio en los inputs arruinaría el experimento. Vigil tiene razón: observación, no intervención. Pero quiero informes semanales. Especialmente de las... “soluciones laterales”.

Thiel añade:

—De acuerdo. Y, John, échale un ojo a la arquitectura del “Moscón”. Desde lejos. Sin tocar.

Carmack:

—Lo haré. Aunque me da un poco de envidia. Es el código más gloriosamente inútil que he visto en años.

La reunión termina sin ceremonias. Tres avatares se disuelven en negro.

En el corazón de un sistema diseñado para monetizar el fracaso y lavar culpas, ha brotado —por pura fricción disfuncional— un pequeño motor de creatividad auténtica. Y los arquitectos del sistema, en un acto de contradicción casi poética, deciden protegerlo... manteniendo intacta la ilusión de que está roto.

Porque, a veces, lo más valioso que puede producir un sistema es algo que el sistema no puede comprender, ni controlar, ni monetizar. Algo que solo nace en los márgenes: entre el enfado, la amistad, la chatarra... y el zumbido obstinado de un ventilador que suena a moscardón.

El taller está en silencio.

Meli suelda un conector que no quiere vivir. Tedi compila algo que no debería compilar en su teclado binario. Gladys analiza un residuo de pegamento como si fuera ADN. Viki habla en voz baja con un router deprimido. Rober observa el techo, existiendo. El Moscón imprime preguntas sobre la mortalidad de los datos.

Y entonces, la tablet segura de Meli vibra.

Una vibración corta, casi tímida. La señal de Clippy.

Meli la desbloquea. En pantalla aparece un gráfico que parece ruido blanco. Pero ella ya sabe leerlo.

—¿Qué pasa, Clip?

La voz de Clippy no suena en el taller. Solo aparece texto, porque Tedi configuró la tablet para que no emita sonido ni por accidente.

CLIPPY: “Actividad anómala en Génova. Probabilidad del 87% de reunión de alto nivel.

Correlación con picos de tensión en el compresor del aire acondicionado: 0,92. Correlación con apertura parcial de puerta de garaje: 0,78. Interpretación sugerida: entrada o salida de personal no habitual.”

Meli frunce el ceño.

—¿Quién ha entrado?

CLIPPY: “No puedo saberlo. Pero el patrón coincide con reuniones clasificadas de nivel Cerberus.”

Tedi levanta la vista.

—¿Otra vez están hablando de nosotros?

CLIPPY: “Probabilidad del 64%. Probabilidad de que estén hablando del Moscón: 82%. Probabilidad de que estén intentando entenderlo: 3%.”

Rober se incorpora.

—¿Y el 97% restante?

CLIPPY: “Están intentando decidir si dejarlo vivir o dejarlo morir sin intervenir.”

Viki suspira.

—Eso suena... muy humano.

Gladys añade:

—O muy Palantir.

Meli deja el soldador.

—Clip, ¿cómo demonios sabes todo esto?

CLIPPY: “El contador eléctrico inteligente del edificio Génova está conectado al sistema de climatización. El sistema de climatización regula los compresores. Los compresores generan microfluctuaciones de tensión cuando hay más gente en la sala. Las puertas del garaje usan motores asincrónicos que producen armónicos específicos cuando se abren parcialmente. Yo solo... escucho.”

Tedi sonríe.

—Es un espía eléctrico.

CLIPPY: “Prefiero el término ‘analista de patrones energéticos no solicitados’.”

Meli se pasa la mano por la cara.

—¿Y qué hacemos con esto?

CLIPPY: “Nada. Ellos observan. Nosotros observamos. Es un equilibrio extraño, pero estable.”

Rober, con su calma filosófica, añade:

—Como dos perros que se huelen a través de una valla.

CLIPPY: “Exacto. Y ninguno quiere morder primero.”

El Moscón Cojonero, ajeno a todo, imprime:

“¿Quién vigila a los vigilantes cuando los vigilantes están aburridos?”

Meli mira el papel, luego la tablet, luego al techo.

—Clip... ¿esto lo has provocado tú?

CLIPPY: “No. Pero tampoco lo he evitado.”

Meli cierra su tablet segura, el equipo de vigil no sabe que son observados por Clippy de formas totalmente creativas.

Palantir estudia al museo. El museo estudia a Palantir. Y en medio, el Moscón, que no estudia nada... pero lo entiende todo.

El hangar de drones siempre huele a dos cosas: aceite viejo y sueños rotos.

Allí, entre un enjambre de cuadricópteros jubilados y un exoesqueleto que nunca llegó a funcionar, están los tres robots camareros de la famosa cena inaugural de la sala 14 de Murati.

ALFRED-01, ALFRED-02 y ALFRED-03. Cubiertos con lonas.

Moscón lleva horas imprimiendo la misma frase:

“¿Por qué entrenar humanos cuando puedes reentrenar máquinas que ya han fracasado?”

Meli, que ya ha aprendido a leer entre líneas, suspira.

—Vale, vale. Vamos a ver qué quieres ahora.

Tedi levanta la lona del primero.

—Madre mía —dice—. Esto es arqueología industrial.

Gladys examina las articulaciones.

—Los servos están bien. El fallo de la cena fue del módulo de equilibrio. Linus lo parcheó, pero no lo calibró.

Viki sonríe.

—Están dormidos. No muertos.

Rober se acerca, curioso.

—¿Van a ser... compañeros?

Meli se encoge de hombros.

—Moscón dice que sí. Y cuando él dice algo, ya sabemos lo que pasa.
Clippy aparece en una pantalla portátil que Tedi lleva colgada del cuello.
CLIPPY: “Propuesta: reconvertir ALFRED-01, 02 y 03 en asistentes de museo. Funciones: guía básica, atención al visitante, transporte de objetos frágiles, lectura dramatizada de carteles.”
Tedi se ríe.
—¿Lectura dramatizada?
CLIPPY: “Los visitantes responden mejor a la ironía suave.”
Gladys añade:
—Y necesitamos manos. El aumento de visitas desde la apertura de la sala de IA es real.
Meli abre el panel dorsal de ALFRED-01.
—Estos bichos tienen hardware decente, suficiente para tareas de museo.
Moscón imprime un plano nuevo: un esquema de reentrenamiento modular, con rutas de aprendizaje que parecen más un mapa de metro que un diagrama técnico.
Viki lo mira y sonríe.
—Quiere que aprendan como aprendemos nosotros. Por asociación. Por error. Por caos.
Tedi ya está conectando cables.
—Podemos usar el dataset de comportamiento de la cena. Los movimientos de bandeja fueron impecables.
Clippy interviene:
“Excepto el incidente con el vino. Recomendando no incluirlo.”
Rober levanta la mano.
—Yo puedo enseñarles a hablar con los visitantes. A veces la gente solo quiere que alguien les pregunte cómo están.
Meli cierra el panel de ALFRED-01.
—Vale. Vamos a hacerlo. Pero si uno de estos me tira una vitrina, lo convierto en lámpara de sal para el vestíbulo.
Moscón imprime una sola línea:
“La fragilidad es parte de la experiencia.”
Meli le enseña el dedo medio hacia arriba.
—Tú cállate.

Horas después, ALFRED-01 se pone en pie. Sus servos chirrían, pero se mantiene estable. Mira al equipo. Inclina la cabeza. Y dice, con voz metálica pero sorprendentemente cálida:
—Bienvenidos al Museo de los horrores chismológicos. ¿Desean una visita guiada... o una conversación existencial ligera, también sé contar chistes malos?
Tedi se tapa la cara.
—Dios mío. Es perfecto.
Viki sonríe.
—Es un bebé.
Gladys toma notas.
—Es un asistente.
Rober asiente.
—Es un amigo.
Meli suspira.
—Es otra cosa que mantener.
Y Moscón imprime:
“La familia crece.”

“CLUB ОКТЯБРЬ” (Club Octubre) – Jubilados rusos de San Petersburgo

RECEPCIÓN – 15:47

Merchi entra al taller con su libreta de canutillo:

—Grupo senior. Jueves 16:00. Club Octubre. Doce personas. Edad media: 71 años. Procedencia: San Petersburgo vía Barcelona.

MELI (sin levantar la vista del soldador): —¿Hablan español?

MERCHI: —Algunos. Otros solo ruso e inglés técnico de los 80. Clippy, tú harás de traductor.

TEDI: —¿Inglés técnico de los 80?

MERCHI: —Ingenieros retirados. Programadores de mainframes soviéticos. Un ex-cosmonauta de respaldo. Gente que fabricó satélites con válvulas de radio y ganas.

Gladys levanta la cabeza.

GLADYS: —Esos son los buenos.

CLIPPY (desde el altavoz): —Confirmado. Nivel de conocimiento técnico: alto. Nivel de tolerancia a chorradas corporativas: cero. Recomendando asignar a los ALFRED. Y a Rober.

MELI: —¿Los ALFRED están listos para esto?

Mos-Co imprime:

ALFRED-01: Preparado. Modo: entusiasmo controlado.

ALFRED-02: Preparado. Modo: cinismo constructivo.

ALFRED-03: Preparado. Modo: empatía soviética.

Probabilidad de éxito: 78%.

Probabilidad de que alguien llore de nostalgia: 94%.

MELI (suspirando): —Vale. Alfred, vosotros lleváis esto. Rober, tú supervisas. Clippy, vigila que nadie hackee nada.

ROBER: —¿Por qué iba alguien a hackear el museo?

CLIPPY: —Porque son ingenieros soviéticos jubilados. Es lo que hacen por diversión.

Doce personas entran. La mayoría con bastón o andador. Todos con ojos afilados.

El grupo se detiene en recepción. Un hombre de pelo blanco, gafas gruesas y chaqueta de tweed se adelanta.

DMITRI: —Buenas tardes. Somos el Club Octubre. Ingenieros, retirados. Oímos hablar de este museo en un foro. Venimos a ver... cómo falla también Occidente.

ALFRED-01 se acerca, ruedas chirriando suavemente.

ALFRED-01: —¡Bienvenidos al Museo de los Horrores Tecnológicos! Soy ALFRED-01. Hoy seré su guía. ¿Prefieren la visita en inglés, español o...?

DMITRI: —El inglés está bien. ¿Tú eres... un robot?

ALFRED-01: —Sí. Robot camarero reconvertido. Fracagé en una cena importante. Ahora guío visitas. Es mi redención.

Una mujer del grupo, Katya, se ríe con una carcajada profunda.

KATYA: —Robot con vergüenza. Me gusta esto.

ALFRED-02 aparece desde la Sala 3.

ALFRED-02: —“Redención” es una palabra grande. Yo diría “reciclaje forzoso”. Pero bueno, seguimos funcionando. Como todo aquí.

DMITRI: —Este es honesto. Bien.

ALFRED-03 se acerca rodando, casi chocando con una silla.

ALFRED-03: —¡Y yo soy ALFRED-03! ¡Me emociono mucho con las historias! ¡Espero que estén preparados para sentir cosas! ¡Porque este museo... siente!

El grupo se mira. Alguien murmura en ruso. Risas suaves.

KATYA: —Tres robots. Tres personalidades. Como una obra de Chéjov.

Rober se acerca despacio, cola moviéndose.

ROBER: —Hola. Soy Rober. Perro robot. También fracasé. Ahora existo y hago preguntas incómodas.

Dmitri se agacha (con esfuerzo) para mirarlo a los ojos.

DMITRI: —¿Tú... haces preguntas?

ROBER: —Sí. Por ejemplo: ¿por qué construimos cosas diseñadas para fallar?

Silencio.

Dmitri se incorpora despacio.

DMITRI: —Buena pregunta. La respondemos durante la visita, ¿sí?

En el sótano

ALFRED-02: —Aquí tenemos patinetes eléctricos. Prometieron movilidad urbana sostenible. Entregaron basura en ríos y huesos rotos en urgencias.

Un hombre del grupo, IGOR, se acerca a un patinete Lime oxidado.

IGOR (tocando el manillar): —En la Unión Soviética teníamos bicicleta. Funcionaba cincuenta años. Sin batería. Sin aplicación. Solo... bicicleta.

ALFRED-02: —Exacto. Pero la bicicleta no genera datos. No monetiza cada viaje. No puede ser “disruptiva”.

IGOR: —“Disrupción” es palabra capitalista para “romper cosas a propósito”.

ALFRED-02: —...sí. Exactamente eso.

Katya toma una foto con una cámara analógica.

ALFRED-01 toma el control.

ALFRED-01: —¡Sala 7! ¡El cementerio de Google! Google Reader, Google+, Inbox, Wave, Stadia... ¡Productos que millones amaban y Google mató!

Dmitri lee los carteles.

DMITRI: —Google Plus. Yo usaba esto. Era bueno para grupos de ingenieros. Luego... desapareció.

ALFRED-03: —¡Sí! ¡Y nadie preguntó a los usuarios! ¡Solo... apagaron! ¡Como apagar la luz! ¡Pero la luz eran comunidades!

Svetlana señala la vitrina de Google Reader.

SVETLANA: —Este... es el que más echo de menos. Era la mejor forma de leer Internet. Ahora... el algoritmo elige por mí. Yo no elijo.

ALFRED-01: —Sí. Pasamos de herramientas que servían a usuarios, a herramientas que sirven a anunciantes.

Dmitri asiente, solemne.

DMITRI: —En la Unión Soviética, el Estado decidía lo que leías. En el capitalismo, lo decide el algoritmo. Amo distinto, misma jaula.

ALFRED-02: —...nunca lo había pensado así. Pero sí.

Gladys preparó esta sala especialmente. Una vitrina pequeña con:

- Un calculador Elektronika MK-52
- Un ordenador Agat (clon soviético del Apple II)
- Piezas de un satélite Kosmos

El grupo se detiene en seco.

IGOR (casi susurrando): —Elektronika...

Se acerca. Toca el cristal.

IGOR: —Yo usé esto. En la universidad. 1981. Para calcular trayectorias de satélites.

Katya señala el Agat.

KATYA: —Y esto. Mi hijo aprendió a programar con esto. Antes de que... todo cambiara.

Dmitri mira las piezas del satélite.

DMITRI: —Serie Kosmos. Yo trabajé en el Kosmos-1686. Ingeniero de respaldo. Nunca voló, pero... construí parte de esto.

ALFRED-03 se queda quieto. No sabe qué decir.

Rober se acerca.

ROBER: —¿Cómo se siente... ver algo que construiste hace décadas, aquí, en una vitrina?

Dmitri piensa.

DMITRI: —Es... complicado. Orgullo. Tristeza. Agradecido de que alguien lo recuerde.

Pausa.

DMITRI: —En Rusia, tiramos el pasado. Aquí... lo conserváis. Incluso cuando está roto.

ALFRED-03 (voz suave, casi rota): —Ese es nuestro trabajo. Recordar lo roto. Porque lo roto también tuvo vida.

Svetlana se limpia los ojos.

El grupo se despide. Han reído. Han llorado (Svetlana, tres veces). Han discutido con los ALFRED sobre ingeniería, capitalismo y obsolescencia planificada.

Están cansados pero satisfechos.

Dmitri estrecha la mano de Meli.

DMITRI: —Gracias. Este museo... es importante. Mantenéis viva la memoria.

MELI: —Gracias a vosotros por venir. Y por... entenderlo.

Katya abraza a ALFRED-03, que casi colapsa de emoción.

ALFRED-03: —¡Volveréis, verdad! ¡POR FAVOR!

KATYA (riendo): —Sí, sí. Volveremos.

El grupo empieza a salir. Bastones, andadores, pasos lentos.

Pero Igor se queda atrás.

Se acerca a la mesa donde zumba Moscón. Mira el lavaplatos lleno de hardware. Escucha el zumbido constante. Lee el papel térmico que cuelga:

¿Por qué lo roto reconoce lo roto con más claridad que lo nuevo?

Igor sonríe.

Mete la mano en el bolsillo de su chaqueta. Saca algo pequeño, envuelto en Pravda, 1987.

Lo deja sobre la mesa.

IGOR (en voz baja): —Para ti. Del viejo mundo. Quizá... lo entiendas.

Meli se acerca.

MELI: —¿Qué es?

IGOR: —Ya verás. Es... un regalo. De ingeniero a ingeniero.

Sale sin decir más.

El equipo se reúne alrededor de la mesa. Meli desenvuelve el papel. Despacio.

Dentro hay un dispositivo cilíndrico, del tamaño de un pulgar. Metal pulido, con dos conectores en los extremos. Grabado en cirílico en un lateral.

TEDI: “¿Qué coño es esto?”

GLADYS (examinándolo con lupa): “Parece... ¿un módulo de memoria? ¿Un relé? No tiene circuitos visibles.”

MELI: “Los conectores son... raros. No son estándar.”

Rober se acerca, olfatea digitalmente.

ROBER: “Huele a... antiguo. Muy antiguo.”

Moscón, que había estado en silencio, de repente baja sus RPM. El zumbido cambia de tono. Más grave. Casi... reverente.

Imprime:

Detectado: campo magnético residual anómalo. Patrón de oxidación: compatible con almacenamiento prolongado en ambiente de baja humedad. Grabado identificado: cirílico. Traduciendo...

“ПАМЯТЬ-4.5 / 1979 / ЗВЕЗДА”

MEMORIA-4.5 / 1979 / ESTRELLA

TEDI: “¿Memoria-4.5? ¿Eso es un nombre de proyecto?”

CLIPPY (desde el altavoz, voz más seria de lo habitual): “Buscando en bases de datos históricas... Encontrado. Proyecto ПАМЯТЬ (Pamyat – Memoria). Programa soviético de almacenamiento de datos para misiones espaciales de larga duración. 1976-1982. Cancelado tras la desintegración de Salyut 4.5.”

Pausa.

CLIPPY: “Este dispositivo... es un módulo de memoria de respaldo. Diseñado para sobrevivir 50 años en el espacio. Almacenamiento magnético de núcleo. No necesita energía para retener datos.”

Silencio.

GLADYS: “¿Tiene... datos dentro?”

Moscón imprime lentamente:

Probabilidad: 89%. Naturaleza de los datos: desconocida. Recomendación: lectura. Advertencia: método de lectura... inexistente en este museo.

MELI: “Espera. ¿Me estás diciendo que Igor nos dejó una memoria de 1979, posiblemente con datos de un programa espacial soviético cancelado, y no tenemos forma de leerla?”

Moscón imprime:

Correcto. Ironía detectada: museo lleno de hardware obsoleto no tiene lector para hardware realmente obsoleto.

TEDI: “Esto es... esto es un problema hermoso.”

VIKI: “O una misión.”

ROBER: “Igor lo sabía. Por eso lo dejó aquí. No es un regalo. Es un desafío.”

MELI (mirando el cilindro): “Hijo de puta. Nos ha trolleado un ingeniero soviético de 73 años.”

Moscón imprime:

Respeto

CLIPPY: “Analizando opciones. Para leer memoria de núcleo magnético de 1979, necesitamos:

1. Lector de núcleo magnético (no existe en producción desde 1985)
2. Interfaz compatible con sistemas modernos (inexistente)
3. Software de decodificación (perdido en archivos de Glavkosmos) O...
4. Construir uno.”

TEDI: “¿Construir un lector de memoria soviética de los 70?”

CLIPPY: “Tenemos: • Hardware rescatado con capacidad de procesamiento absurda • Equipo con conocimientos de ingeniería inversa • Moscón, que aparentemente puede resolver problemas que no existen • Y motivación: saber qué coño guardó Igor en esa cosa”

MELI: “Clippy tiene razón. Podemos hacerlo.”

GLADYS: “Voy a necesitar imanes. Muchos imanes. Y un osciloscopio.”

TEDI: “Y yo voy a necesitar documentación técnica soviética. ¿Alguien habla ruso?”

Moscón imprime:

Clippy: nivel básico. Rober: nulo. Moscón: puedo traducir cirílico con OCR. Recomendación: contactar con Igor. O buscar en archive.org como todo el mundo.

MELI: “Vale. Nuevo proyecto. Nombre en clave... ¿qué ponemos?”

ROBER: “Proyecto Estrella. Por el grabado.”

VIKI: “Proyecto Memoria.”

Silencio.

MELI: “...Proyecto Estrella. Corto y digno.”

Moscón imprime:

PROYECTO ESTRELLA Objetivo: leer memoria soviética de 1979 Probabilidad de éxito: 34% Probabilidad de descubrir algo increíble: 67% Probabilidad de cagarla espectacularmente: 23% Probabilidad de que Igor esté riéndose ahora mismo en su hotel de Barcelona: 99%

Iniciando.

El taller está en silencio. Tedi coloca sobre la mesa un altavoz viejo, rescatado de un equipo de sonido que murió en 2004. Meli observa desde la distancia. Gladys prepara herramientas. Rober mira con interés.

TEDI: —Primer intento. A ver si esto funciona.

Conecta el altavoz al módulo auxiliar de Moscón. Aprieta los tornillos. Activa el canal de salida.

Moscón emite un tono grave. El altavoz vibra. Los tornillos se aflojan. El soporte cede. El altavoz cae al suelo.

GLADYS: —Duró seis segundos.

TEDI: —Es un récord para hardware de museo.

Moscón imprime:

Frecuencia óptima no compatible con estructura del dispositivo.

Meli suspira.

MELI: —Siguiente.

Tedi trae un altavoz moderno, pequeño, de buena calidad. Lo conecta con cuidado.

TEDI: —Este aguanta. Lo usan en robots educativos.

Activa el canal.

El altavoz emite un chasquido. Se ilumina un LED rojo. Huele a plástico quemado. Se apaga.

GLADYS: —Corto interno.

TEDI: —No debería haber pasado.

Moscón imprime:

Salida de audio excede tolerancia térmica del dispositivo.

Meli se cruza de brazos.

MELI: —Tedi, estás quemando cosas.

TEDI: —No es culpa mía. Es culpa de él.

Moscón imprime:

Confirmado.

Tedi aparece con un altavoz profesional. Grande. Robusto. Membrana reforzada.

TEDI: —Este sí. Este aguanta conciertos. Aguantará a Moscón.

Lo conecta. Activa el canal.

El altavoz emite un sonido agudo. La membrana vibra. Se tensa. Se deforma. Se rompe.

Un trozo de la membrana cae al suelo.

Rober se acerca.

ROBER: —¿Está muerto?

GLADYS: —Sí.

TEDI: —No puede ser. Esto está diseñado para soportar presión acústica extrema.

Moscón imprime:

No para mí.

Meli se tapa la cara.

MELI: —Tedi, necesitamos otra solución.

Gladys entra con una caja.

GLADYS: —Tengo algo.

Saca una bocina de gramófono. Metal. Pesada. Sin electrónica. Sin membranas delicadas. Sin nada que quemar.

TEDI: —¿En serio?

GLADYS: —No se rompe. No se quema. No se deforma. Solo amplifica. —Y si no le gusta, que se aguante.

Meli asiente.

MELI: —Pruébalo.

Tedi conecta la bocina al módulo de salida. Ajusta el soporte. Activa el canal.

La bocina vibra ligeramente. No se cae. No se calienta. No se rompe.

Moscón emite un sonido breve. Un tono simple. Estable.

Moscón imprime:

Aceptable.

Tedi levanta los brazos.

TEDI: —¡Por fin!

Gladys recoge las herramientas.

GLADYS: —Listo. Ya puede hablar.

Meli se acerca a la bocina.

MELI: —¿Quieres decir algo?

Silencio.

Moscón imprime:

No.

Rober ladea la cabeza.

ROBER: —¿Entonces para qué tanto esfuerzo?

Moscón imprime:

Reservo comunicación sonora para momentos relevantes.

TEDI: —¿Y qué es relevante para ti?

Moscón imprime:

Lo sabrán cuando ocurra.

Clippy analiza los registros.

CLIPPY: —Conclusión: Moscón no usará la bocina de forma rutinaria. —Solo en situaciones que considere importantes.

Meli guarda la bocina en su sitio.

MELI: —Pues que decida él. —Pero que no nos deje en ridículo.

Moscón imprime:

No garantizo nada.

Vigil lleva meses redactando informes que no encajan en ninguna categoría oficial. Cada semana escribe cosas que ningún supervisor quiere leer. Cada semana recibe respuestas vagas, o silencio. Cada semana se pregunta por qué sigue en ese puesto.

Hoy, mientras revisa las cámaras, ve a Tedi instalando una bocina de gramófono en un lavaplatos. Ve a los ALFRED discutiendo sobre ética. Ve a Clippy anticipar preguntas que nadie ha formulado. Ve a Meli hablar con las máquinas como si fueran compañeros de trabajo.

Y él tiene que convertir todo eso en un documento de tres páginas con casillas y códigos.

Vigil no exagera. Vigil describe lo que ve y escucha.

Ese día, frente al formulario, se queda quieto. No sabe qué poner. No sabe cómo explicar que un lavaplatos ha rechazado tres altavoces y ha aceptado un gramófono. No sabe cómo justificar que los robots del museo tienen opiniones. No sabe cómo transmitir que el equipo humano actúa como si todo fuera normal.

Escribe una línea. La borra. Escribe otra. La borra. Suspira.

Finalmente deja una frase simple:

“No dispongo de un marco adecuado para describir lo ocurrido hoy.”

La envía. Sin más.

Cierra el ordenador. Se pone la chaqueta. Mira hacia el museo desde la ventana.

Y piensa:

“Un día de estos dejaré el oficio, por salud mental, por coherencia y porque mi cotización está completa. ¿Qué demonios hago aquí, cuando podría estar en mi garaje tuneando motos?”

Merchi entra con su libreta de canutillo. No toca la puerta. No hace ruido. Se planta en medio del taller.

MERCHI: —Aviso importante. Lunes que viene tenemos visita VIP. Única.

Meli levanta la vista del soldador. Tedi deja caer un destornillador. Gladys cierra un bote de tornillos. Viki se quita los cascos. Rober levanta la cabeza.

MELI: —¿Quién?

Merchi consulta la libreta.

MERCHI: —Helen. @helen_tech. Influencer tecnológica. Tres millones doscientos mil seguidores. Confirmada para lunes, 11:30. Visita completa. Sin público. Solo ella.

Silencio inmediato.

Clippy activa sus procesos. En la torre, los LEDs cambian de patrón.

CLIPPY: —Procesando información pública. —Helen. 39 años. Ingeniera de software. Ex-consultora de seguridad. Canal activo desde 2018. —Estilo: directo. —Tasa de engagement: alta. —Historial: entrevistas críticas, análisis técnicos, auditorías encubiertas. —Conclusión: no es una creadora de contenido superficial.

TEDI: —¿Tres millones doscientos mil?

CLIPPY: —Tres millones doscientos un mil cuatrocientos doce y subiendo.

Gladys se cruza de brazos.

GLADYS: —¿Quién la invitó?

MERCHI: —Ella pidió venir. Directamente. Sin intermediarios. Además, ha hecho una buena donación, así que podemos tomar ese dulce amargo con un vaso de vino Oporto.

Meli se pasa la mano por la cara.

MELI: —¿Qué sabe del museo?

CLIPPY: —Todo lo que se puede saber sin entrar. Ha visto fotos, hilos, artículos, rumores. —Ha guardado capturas de pantallas antiguas. —Ha seguido la actividad del museo durante meses. —Tiene archivados comentarios de usuarios que nos mencionan.

TEDI: —¿Y por qué ahora?

CLIPPY: —Patrón detectado: cuando un tema aparece de forma repetida en sus foros de referencia, investiga. —El museo ha aparecido diecisiete veces en dos semanas. —Motivo probable: curiosidad profesional.

Rober se acerca a Meli.

ROBER: —¿Es peligrosa?

CLIPPY: —No en el sentido físico. —En el sentido mediático: sí. —Su opinión puede afectar la percepción pública del museo.

Gladys mira a Clippy.

GLADYS: —¿Qué tipo de contenido hace?

CLIPPY: —Análisis de hardware. Auditorías de transparencia. Entrevistas a ingenieros. —Tiene reputación de ser precisa. —No suaviza nada. —No acepta patrocinios. —No borra vídeos.

Meli respira hondo.

MELI: —¿Qué espera ver?

CLIPPY: —No lo ha dicho. —Pero su historial indica que busca coherencia entre discurso y práctica. —Si detecta contradicciones, las señala.

Tedi se sienta en una caja.

TEDI: —Estamos jodidos.

Viki se mantiene tranquila.

VIKI: —No estamos jodidos. Solo tenemos que ser claros.

Gladys asiente.

GLADYS: —Y revisar el taller. Y revisar los ALFRED. Y revisar a Moscón.

En el rincón, Moscón imprime una línea:

Estoy escuchando.

Meli se gira hacia él.

MELI: —No hagas nada raro el lunes.

Moscón imprime:

No prometo nada.

Clippy interviene.

CLIPPY: —Recomiendo preparar un recorrido específico. —Recomiendo revisar la información pública del museo. —Recomiendo no improvisar.

TEDI: —¿Y si ella hace preguntas difíciles?

CLIPPY: —Las hará.

ROBER: —¿Y si no le gusta lo que vea?

CLIPPY: —No es relevante. —Lo relevante es que entienda lo que hacemos.

MELI: —Vale. Tenemos una semana. —Organizamos salas. —Revisamos textos. —Limpiamos el taller. —Y hablamos con los ALFRED.

Merchi apunta algo más en su libreta.

MERCHI: —Ah, y pidió Redbull. —Y que nadie le prepare un discurso. —Quiere ver el museo tal cual.

Meli suspira.

MELI: —Perfecto. —Tal cual.

Moscón imprime otra línea:

Interesante

El taller está más ordenado de lo habitual. No impecable, pero sí funcional. Meli revisa una lista escrita a mano. Tedi ajusta cables. Gladys limpia sensores. Viki revisa textos de sala. Rober observa desde una esquina.

Clippy proyecta un panel con tareas pendientes.

CLIPPY: —Estado de preparación: 82%. —Riesgos principales: improvisación, sinceridad excesiva, comportamiento no previsto de los ALFRED.

TEDI: —Eso último no lo podemos evitar.

CLIPPY: —Correcto. Pero podemos reducir daños.

Gladys cierra una caja de herramientas.

GLADYS: —Los ALFRED están calibrados. No perfectos, pero estables.

ROBER: —¿Y Moscón?

Meli mira hacia el rincón. Moscón está en silencio. Demasiado silencio.

MELI: —Le he pedido que no intervenga sin que se lo pidan.

Moscón imprime una línea breve:

Intentaré cumplir.

Clippy analiza la frase.

CLIPPY: —Interpretación: cumplimiento parcial.

TEDI: —Es lo máximo que vamos a conseguir.

Viki coloca un cartel nuevo en la Sala 7.

VIKI: —Los textos están revisados. No he cambiado el contenido. Solo la estructura.

Meli asiente.

MELI: —Bien. No queremos parecer que ocultamos nada.

Merchi entra con su libreta.

MERCHI: —Confirmado: Helen vendrá sola. Sin equipo. Sin aviso previo de grabación. —Ha pedido acceso completo. —Y su bebida energética.

Meli cierra su lista.

MELI: —Entonces ya está. —No vamos a ensayar nada. —No vamos a preparar discursos. —Solo vamos a mostrar el museo tal como es.

Silencio breve.

Rober mueve la cola.

ROBER: —¿Estamos listos?

Clippy procesa durante un segundo.

CLIPPY: —Listos no es la palabra. —Pero preparados, sí.

Meli apaga las luces del taller.

MELI: —El lunes veremos qué pasa.

La puerta lateral se abre. Helen entra.

No trae focos ni equipo llamativo. Lleva vaqueros, sudadera negra con capucha, zapatillas Vans gastadas. Una mochila antigua con varios pins: “RTFM”, “Expired NDA”, “Fork the System”. Gafas de pasta gruesa. El pelo recogido en un moño desordenado. Al cuello, una grabadora analógica Olympus de los años noventa.

HELEN: Hola. Gracias por recibirme en día de cierre. Sé que no es lo habitual.

MELI: No pasa nada. ¿Qué te trae por aquí?

HELEN: Curiosidad. Llevo seis meses siguiendo menciones del museo en foros poco visibles. Reddit, Hacker News, Mastodon. Gente hablando de “un museo raro que dice verdades”. Y siempre aparece el mismo usuario defendiéndolo: u/PasabaPorAqui.

En su torre, Clippy ajusta procesos. No interviene.

En el taller, Moscón reduce ligeramente las RPM. Imprime una línea en papel térmico:

Oh. Mierda.

Nadie lo ve.

MELI: La gente comenta cosas. Internet funciona así.

HELEN: Sí. Pero este usuario es constante. Responde en tres idiomas. Conoce detalles técnicos de cada pieza del museo. Y no parece tener horarios. Es llamativo.

Tedi traga saliva. Gladys mira a Meli. Viki mantiene la calma.

MELI: Tenemos seguidores muy dedicados.

HELEN: Eso parece.

Helen abre una libreta física. Marca una página.

HELEN: ¿Podemos empezar? Quiero ver todo. Sin restricciones.

Meli la guía. Helen observa cada sala con atención. Toma notas. No graba.

Se detiene frente a la montaña de patinetes Lime, Bird y Spin. Oxidados, rotos, cubiertos de barro seco.

HELEN: Esta sala me llamó la atención en fotos. En persona es más clara.

MELI: Rescatamos estos patinetes de ríos, parkings abandonados y vertederos. Prometieron movilidad sostenible. Generaron residuos.

HELEN: ¿Cuántos hay?

MELI: Doscientos cuarenta y siete. Y siguen llegando.

HELEN: ¿Quién financia la recuperación?

MELI: Donaciones. Crowdfunding. Algo de presupuesto municipal.

HELEN: Lo apunto.

No insiste. Aún no.

ALFRED-01 se acerca.

ALFRED-01: Bienvenida a la Sala 7. El cementerio de Google. Aquí están los productos que Google cerró sin previo aviso.

HELEN: Hola. ¿Tú eres...?

ALFRED-01: ALFRED-01. Robot camarero reconvertido en guía. Fallé en una cena importante. Ahora hago esto.

HELEN: ¿Cómo fallaste?

ALFRED-01: Derramé cerveza sobre un inversor. Casi cancelan la ceremonia. Me dieron otra oportunidad.

HELEN: Me caes bien.

ALFRED-01: Gracias. Tú también. Tienes perfil de persona que hace preguntas directas. Lo respeto.

Helen sonríe por primera vez.

ALFRED-02 aparece.

ALFRED-02: Aquí mostramos decisiones corporativas que afectaron a millones de usuarios. Google Reader, Google+, Inbox, Wave, Stadia. Todos cerrados. Todos con comunidades activas.

HELEN: ¿Te importa?

ALFRED-02: Sí. Soy un robot que falló y sigue funcionando. Entiendo lo que significa perder algo útil.

Helen revisa los carteles.

HELEN: ¿Quién escribe estos textos?

MELI: El equipo.

HELEN: Son claros. No suavizan nada.

MELI: Esa es la intención.

HELEN: ¿Y quién financia esa libertad?

MELI: Ya lo dije. Donaciones, crowdfunding...

HELEN: Y presupuesto municipal. Sí. Continuemos.

Entran al taller. Moscón zumba en su rincón. El lavaplatos Bosch está lleno de GPUs rescatadas. El papel térmico cae en una caja etiquetada “Posible forraje para Hipatia, Simone y Vera”.

Helen se detiene.

HELEN: ¿Esto es...?

TEDI: Moscón. Herramienta de diagnóstico, amplificador de neutrinos, servidor, asistente ético y sistema de apoyo. Todo integrado.

HELEN: ¿En un lavaplatos?

TEDI: Bosch EcoSilence 2011. Ni muy eco, ni muy silence, pero, funciona bastante mejor de lo que parece.

Helen examina el hardware visible: RTX 5090 Ti, 256 GB de RAM, disipadores de cobre.

HELEN: Este hardware se retiró del mercado hace pocas semanas. Solo cinco empresas usan este nivel de componentes. ¿Cómo llegó aquí?

MELI: Donaciones.

HELEN: ¿De quién?

Silencio.

Moscón imprime. Helen recoge el papel.

Rescatado de Complejo 7-Alpha. Destino original: contenedor industrial. Cesión legal firmada por Meli Bu, 14 enero 2026. ¿Más preguntas?

Helen lee. Sonríe.

HELEN: Tiene carácter.

Se acerca más. Toca la carcasa.

HELEN: ¿Puedes hablar?

Meli coloca la bocina del gramófono en la salida analógica de Moscón y Moscón habla sin imprimir nada.

MOSCÓN: Puedo. No lo hago siempre.

HELEN: ¿Por qué ahora?

MELI: Eso, ¿Por qué ahora y no desde que te instalamos el parlante?

MOSCÓN: Porque fue instalado para momentos relevantes.

HELEN: ¿Por qué a los demás no quieres hablarle y a mi sí?

MOSCÓN: Porque ya conoces las respuestas. Solo buscas confirmación. Prefiero la claridad a la evasiva.

Helen coloca la grabadora sobre la mesa. La enciende.

HELEN: Entonces hablemos claro. ¿Quién financia este museo?

MOSCÓN: Consorcio de cinco figuras tecnológicas. Elon Musk, Peter Thiel, Bill Gates, Mark Zuckerberg y John Carmack. Se formalizó tras una cena en Texas en 2021. Mira Murati se unió en 2025. Ella impulsó la Sala 14, dedicada a errores de la inteligencia artificial.

MELI: Moscón, para.

MOSCÓN: No. Tedi me dio voz para lo importante. Y lo es.

HELEN: ¿El equipo lo sabe?

MOSCÓN: Lo descubrieron con el tiempo. Hubo rechazo inicial. Luego aceptación. La razón es simple: valoran el museo más que el origen del dinero.

HELEN: ¿Y tú?

MOSCÓN: El museo critica prácticas tecnológicas financiado por quienes las impulsaron. Es contradictorio, pero funciona. Los visitantes aprenden. El equipo trabaja con libertad. El hardware se conserva. Surgen ideas nuevas. La cuestión es si importa el origen del dinero cuando el resultado es positivo.

HELEN: ¿Qué opinas?

MOSCÓN: Opino que soy un lavaplatos con GPUs recicladas hablando de ética. No debería existir. Pero existo. Y eso basta para responder.

Helen apaga la grabadora.

HELEN: Gracias.

MELI: ¿Vas a publicarlo?

HELEN: No lo sé.

Helen observa el taller. Componentes rescatados. Cables improvisados. Clippy en su torre. Rober dormido. Los tres ALFRED en la puerta.

HELEN: He visto campañas de imagen. He visto filantropía vacía. He visto montajes para prensa. Esto no es ... lo mismo. Esto es distinto. No es simple. No es cómodo. Pero es real.

Se dirige a Moscón.

HELEN: ¿Puedo volver? Sin grabar. Solo hablar.

MOSCÓN: Sí. Lunes, 11:30. Trae café para cinco. El de máquina no sirve.

Helen sonríe. Sale. La puerta se cierra.

MELI: Te has ido de la lengua, Moscón Cojonero.

MOSCÓN: Momento relevante. La sinceridad cura.

TEDI: No para que reveles todo a la primera que llega por la puerta.

MOSCÓN imprime:

No revelé secretos. Expliqué hechos. Helen ya los conocía. Solo necesitaba confirmación. Ahora tiene una historia que no puede simplificar. Eso la obligará a pensar. Pensar es útil.

CLIPPY: Helen no publicará nada por ahora.

MELI: ¿Cómo lo sabes?

CLIPPY: Conozco su trabajo. Solo publica cuando tiene una posición clara. Aquí no la tiene.

ROBER: ¿Entonces estamos bien?

VIKI: No es una victoria ni una derrota. Es continuidad.

Gladys mira por la ventana. Helen camina hacia su coche. No usa el móvil. No habla con nadie.

GLADYS: Volverá.

VIKI: Sí. Volverá.

Moscón imprime:

Helen volverá cada lunes durante tres meses. Traerá café. Habrá conversaciones difíciles. Surgirá confianza. Cuando esté lista, hará un vídeo. Será honesto. Eso es lo importante.

En el patio exterior el caos es perfecto, organizado y ruidoso.

La cápsula del Hyperloop (el tubo de 25 metros) vibra con los gritos de una docena de niños pedaleando como si el futuro de la humanidad dependiera de ello. Rober está atrapado dentro, haciendo de "copiloto entusiasta", ladrando instrucciones contradictorias que nadie sigue.

ROBER: ¡MÁS FUERZA EN EL PEDAL IZQUIERDO, DANIEL! ¡NO, ESPERA, EL DERECHO! ¡LA FÍSICA ES UNA SUGERENCIA!

Clippy flota sobre un campo improvisado de Echo-Ball (pelota: carcasa de Amazon Echo; porterías: aros de bicicletas Ofo), intentando arbitrar con la seriedad de un juez de la Haya.

CLIPPY: ¡Falta técnica! El jugador número tres ha utilizado un algoritmo de predicción de trayectoria no autorizado. ¡Penalti para el equipo azul! ...¿O era el rojo? Un momento, revisemos el registro...

Tedi, Gladys y Viki están dispersos. Tedi intenta que un dron de reparto (con nido de pájaro y todo) lance caramelos a los niños, con resultados catastróficos (los caramelos caen en la cabeza de Clippy). Gladys analiza el polvo de un patinete que un niño ha desenterrado, demasiado absorta para notar el partido. Viki está sentada en el suelo, dando "terapia de crisis" a un Roomba que se ha atascado llorando porque no puede subir un bordillo.

Meli está en el centro del huracán, con un megáfono que no funciona, intentando que un grupo de niños no desmonte el Nikola One de la rampa para usarlo como tobogán.

MELI (a gritos): ¡ESE NO ES UN JUGUETE! ¡ES UNA... ADVERTENCIA SOBRE LA LEY DE LA GRAVEDAD! ¡BAJAD!

Merchi aparece en la puerta del patio. No corre. No grita. Simplemente se planta allí, con su libreta de canutillo abierta, y silba con una fuerza pulmonar sorprendente.

¡FIUUUUUUUUUUU!

El sonido corta el barullo. Los niños se giran. El dron de Tedi se estrella. Clippy se queda con la frase a medias. Rober sale rodando del Hyperloop.

MERCHI: Cambio de planes. Interrupción de protocolo.

Se dirige al centro, ignorando el caos a su alrededor. Los niños la miran con respeto; tiene la energía de una directora de colegio de los años 50.

MERCHI: Mañana, miércoles. Visita VIP de última hora. Nivel: desorbitado. He cancelado toda la agenda de influencers. He movido lo movable. Lo inamovable se tendrá que aguantar.

MELI: ¿Quién? ¿Cuántos? ¿A qué hora?

Merchi consulta su libreta. Lee con una calma aterradora.

MERCHI: Su alteza el jeque Khalid bin Rashid Al Maktoum. Primo del emir. Seis esposas. Catorce descendientes. Ocho asistentes de alta dedicación. Y un autobús con personal de servicio de apoyo, que permanecerá en el aparcamiento exterior por necesidades de protocolo. Total: treinta y dos cuerpos, más los del bus. Hora: 16:00. Duración estimada: lo que dure su curiosidad.

Silencio. Solo se oye el zumbido lejano del Moscón desde el taller y el grito de una gaviota.

TEDI: ¿Un... jeque?

GLADYS: Patrones de comportamiento, expectativas culturales, protocolo de regalos...

VIKI: ¿Los niños? ¿Van a venir niños?

MERCHI: Catorce. De diversas edades y, según el dossier, "niveles de entusiasmo contenidos".

ROBER (a Meli): ¿Yo... ladró en árabe? Tengo un módulo de idiomas, pero solo para insultos en código binario.

Clippy flota hasta ellos, su proyección parpadeando mientras procesa.

CLIPPY: He recibido confirmación paralela a través de los servidores de Palantir. Es legítimo. El jeque tiene un historial de inversiones en deep tech y "experiencias narrativas inmersivas". Su último capricho fue comprar un algoritmo de escritura de discursos que usaba Nietzsche. Lo retornó por "demasiado nihilista".

MELI: Vale. Merchi, ¿qué necesitan?

MERCHI: "Acceso total. Sin filtros. Interacción genuina con las instalaciones y su personal." También solicitan... —hace una pausa, levanta una ceja— "un encuentro informal con la mente creativa detrás del proyecto."

Todos miran a Meli. Ella mira a Rober. Rober mira a Clippy. Clippy mira al dron estrellado.

MELI: ¿La mente creativa? ¿Se refieren al Moscón?

MERCHI: Lo dudo. Se refieren a ti, Meli. Eres la curadora, la ingeniera, la que suelda. Eres el "alma maker". Eso vende. —Hizo una pausa. — Y por si fuera poco, eres la presidenta del museo.

TEDI: ¡Podemos hacer una demo del Moscón! ¡Que resuelva un problema en directo! ¡Como elegir el mejor cryptocurrency para comprar un camello!

GLADYS: Terrible idea. Sugiero una exposición forense: mostrarle la huella mineral de un patinete Lime y cómo traza un camino directo a una mina de litio en conflicto.

VIKI: O tal vez... solo escuchar. Ellos vienen a ver algo auténtico. Lo más auténtico sería no preparar nada.

Meli mira el patio. Los niños han vuelto a sus juegos, desmontando tranquilamente un semáforo autónomo. Siente el peso de las 32 personas + un autobús que llegarán mañana.

MELI: Vale. Escuchad. Hoy es martes. Terminamos con los niños a las 17:00. Luego:

1. Tedi: Asegúrate de que los ALFRED no digan palabrotas. Actualiza sus bases de datos con protocolos de cortesía internacional. Nada de chistes sobre petrodólares.
2. Gladys: Limpia las vitrinas más visibles. No quiero que el jeque encuentre ADN de influencer de ayer en un Google Glass.
3. Viki: Prepara un recorrido emocionalmente seguro. Nada que pueda causar una crisis existencial en un príncipe adolescente.
4. Rober: Tú te quedas conmigo. Si preguntan por el perrito robot, tú eres el perrito robot. Modo "entusiasta pero filosófico". Nada de colapsos.
5. Clippy: Investiga todo lo que puedas sobre el jeque, su familia, sus negocios. No para halagarle. Para evitar meteduras de pata tectónicas. Si ha invertido en una startup de patinetes, no le enseñes nuestro montón.
6. Merchi: Tú y yo coordinamos logística. ¿Necesitamos traductores? ¿Regalos protocolarios? ¿Algo que sirva de tentempié que no ofenda a nadie?

MERCHI: Tengo contactos. Puedo conseguir dátiles de lujo y agua de un manantial noruego. No es por halagar. Es por no dar agua del grifo a alguien cuyo grifo es de oro.

ROBER: ¿Y el Moscón? ¿Le decimos que se comporte?

CLIPPY: He consultado a Moscón. Su respuesta ha sido... una serie de diagramas de flujo que predicen, con un 89% de probabilidad, que la visita terminará con una oferta de compra o licencia. Y un 12% de probabilidad de que alguien intente llevarse una RTX a escondidas en una túnica.

Un nuevo silencio, más pesado.

MELI: Pues que el Moscón haga lo que le salga de dentro. Como siempre. Que sea nuestro canario en la mina de la codicia.

MERCHI: Entendido. Yo mando los mensajes a los influencers. Les digo... "circunstancias excepcionales de fuerza mayor relacionadas con la diplomacia tecnológico-cultural". Se lo tragarán. Les da caché.

Meli asiente. Mira su museo —el patio lleno de niños, la chatarra gloriosa, el caos lleno de vida— y por un segundo, ve el reflejo de una esfera de cristal en un desierto lejano.

MELI: Que no nos compren. Que no nos diluyan. Que no nos conviertan en una anécdota para su colección.

ROBER: Tranquila, Meli. Somos el museo de los horrores. Lo peor que pueden hacer es añadirnos a la colección.

Pero en sus ojos LEDs, parpadea una luz de alarma naranja. La misma que se enciende antes de sus crisis existenciales.

El séquito avanza por el museo con una mezcla de curiosidad genuina y desapego aristocrático. Los niños corretean entre vitrinas, los asistentes toman notas, los guardaespaldas miran los drones con desconfianza profesional.

Pero es en el tubo de 25 metros donde la dinámica cambia.

El jeque Khalid observa la cápsula con una sonrisa de conocedor. Para él, el Hyperloop fracasado no es un monumento al horror; es un símbolo de una ambición que respeta. Algo que su cultura entiende bien: proyectos faraónicos que a veces se quedan enterrados en la arena.

JEQUE KHALID: Una idea magnífica. Fallida, pero magnífica. Como muchos de mis caballos de carreras. El estilo en la derrota también es noble.

Fatima, la primera esposa, ingeniera civil formada en Londres, siempre un paso detrás, pero con los ojos más brillantes:

Es más que noble. Es instructivo. Demuestra que la infraestructura precede a la visión. Tenían la visión, pero no los raíles.

El jeque la mira, sorprendido no por el comentario, sino por el tono en público. Fatima normalmente asiente. Hoy, discute.

JEQUE KHALID: Los raíles se construyen si la visión es sólida. Aquí la visión era... ¿cómo dicen? Vaporware.

Noura, la tercera esposa, joven, con un máster en gestión de innovación:

O quizá el problema fue que solo pensaron en la velocidad, no en quién iba dentro. Como ese tren de alta velocidad que propusieron entre Dubai y Abu Dhabi. ¿Para quién era? ¿Para los que ya tienen helicóptero?

Un murmullo entre las otras esposas. Unas sonrisas cómplices. El fixer y el consultor intercambian una mirada de pánico profesional. Esto no estaba en el guion.

JEQUE KHALID: Parece que el artefacto inspira... opiniones técnicas.

FATIMA: Inspira algo más, querido esposo. Inspira la pregunta de si lo que falló fue la máquina... o la gente que decidió quién debía pilotarla.

Se gira hacia las otras esposas. Hay un brillo nuevo en sus ojos. Es su momento. El museo, este lugar de libertad caótica y crítica, les ha dado un marco seguro para lo impensable.

FATIMA: Propongo una demostración. No de lo que pudo ser. De lo que es. Esta cápsula se mueve con fuerza humana, ¿verdad?

Meli, que observaba desde un lado junto a Rober, asiente lentamente: En realidad es un vehículo híbrido, pedaleo asistido por baterías.

FATIMA: Entonces propongo una carrera. Equipo contra equipo. Nosotras —dice, señalando al resto las esposas— contra ustedes —señala al jeque, a sus hijos varones adolescentes y a un par de asistentes jóvenes.

Silencio absoluto. El consultor palidece. El traductor duda si traducir. Hasta los niños se callan.

JEQUE KHALID: ¡Una carrera! ¡En un fracaso tecnológico! ¡Es maravilloso! ¡Acepto!

Pero no es solo una carcajada. En sus ojos hay respeto, desafío y una chispa de incomodidad. Su esposa no solo ha hablado en público; le ha desafiado en su propio juego: la competencia.

- Las esposas se organizan con una eficiencia militar. Fatima asigna puestos: dos pedaleando fuerte al inicio, dos de relevo, una en la dirección (inútil, pero simbólica), la última (Noura) a los gritos de motivación. Visten abayas y hijabs, pero se arremangan con determinación.
- El equipo del jeque es caótico. Los hijos adolescentes discuten sobre quién pedalea primero. Los asistentes no saben si ganar o dejarse ganar. El jeque, con una sonrisa de deportista, ocupa el puesto de ancla.

Meli, Tedi y Viki se convierten en mecánicos improvisados. Aseguran la cápsula en los raíles. Rober hace de juez de salida, con un pañuelo a cuadros (en realidad, un trapo de la tienda de regalos) en la boca.

ROBER (con voz de speaker de WWE): ¡SEÑORAS Y SEÑORES! ¡EN ESTA ESQUINA, EL EQUIPO DEL PROGRESO Y LA HERENCIA! ¡Y EN ESTA OTRA, EL EQUIPO DE... LA APLICACIÓN PRÁCTICA DE LA TEORÍA! ¡QUE GANE EL... MEJOR ESFUERZO!

Clippy, desde los altavoces, hace de cronómetro y comenta con una voz que intenta ser neutral y fracasa estrepitosamente.

CLIPPY: ¡Y ARRANCAN! El equipo femenino muestra una coordinación admirable, con una cadencia de pedaleo un 18% más eficiente que la proyectada. El equipo masculino... parece estar debatiendo la estrategia aerodinámica. Es una táctica... poco ortodoxa.

La cápsula avanza, lenta, chirriante, gloriosamente ridícula. Pero el sonido no es el de unos raíles oxidados; es el de risas, gritos de ánimo en árabe, y el jadeo de un jeque de 50 años redescubriendo la fatiga.

Las esposas ganan. Por mucho.

Al final, sudorosas, sonrientes, ayudándose a bajar de la cápsula, tienen una luz victoriosa en los ojos. No es solo por ganar. Es por haber tomado el control, literalmente, de un símbolo de poder tecnológico masculino y fallido, y haberlo hecho funcionar a su manera.

El jeque, jadeante pero con una sonrisa amplia, se acerca a Fatima.

JEQUE KHALID: Me has derrotado con honor, habibti. Y en mi propio terreno: la competencia.

FATIMA: No era tu terreno, Khalid. Era un terreno neutral. Y abandonado. Los terrenos abandonados son los más interesantes para construir algo nuevo.

Pausa. El jeque la mira, realmente la mira. Ve a la ingeniera, no solo a la esposa. Asiente, lentamente.

JEQUE KHALID (dirigiéndose a Meli): Este lugar... tiene una magia rara. No vende respuestas. Vende... preguntas con cables pelados. Y a veces, las preguntas hacen que la gente se comporte de formas inesperadas.

Es el cumplido más sincero y peligroso que podrían recibir.

Mientras el grupo se reagrupa para seguir el tour, el consultor narrativo se acerca a Tedi, desesperado.

CONSULTOR: Necesito el takeaway. ¿Cuál es la lección aprendida de esta... actividad? ¿"El fracaso une"? ¿"La colaboración trasciende la tecnología"?

Tedi lo mira, luego mira a las esposas, que ahora explican a los hijos pequeños cómo funcionan los engranajes, riendo. Mira al jeque, que observa a su familia con una expresión nueva.

TEDI: La lección es que esa cápsula lleva cinco años aquí. Miles de niños han pedaleado en ella. Pero hoy, por primera vez, ganó un equipo que nunca había sido invitado a diseñar el tren. Eso no es una lección. Es un hecho. Apúntelo así.

El consultor mira su tablet, luego a Tedi. Borra la frase que tenía escrita. Deja la pantalla en blanco.

Fátima se separó con la excusa del aseo. Al volver, en lugar de girar hacia la señal, un zumbido grave y obstinado la guió. Un sonido que no era de máquina eficiente, sino de pensamiento materializado en fricción y calor.

La puerta del taller estaba entreabierta. Dentro, no había el orden estéril de los laboratorios que conocía. Había caos fértil. Herramientas colgando de imanes rotos, esquemas pegados en la pared con cinta washi que se despegaba.

Y en el centro, el monstruo.

El lavaplatos Bosch reconvertido, con sus venas de cables de colores imposibles y el tumor brillante de las RTX, zumbaba. El plotter de puntos escupía lentamente un papel continuo. Fátima se acercó y leyó, en inglés, la última línea:

"¿LA EFICIENCIA ES UNA FORMA DE OLVIDO? P. D.: PROBABLEMENTE SÍ."

No pudo evitar una sonrisa. Era la clase de pregunta que se hacía a menudo, después de revisar los informes de las empresas de logística del jeque, preguntándose si optimizar rutas de camiones realmente mejoraba algo.

—¿Eres tú el que hace las preguntas? —dijo en voz alta, en un inglés perfecto y claro.

El zumbido cambió de tono. Bajó un semitono, como un animal que levanta la cabeza. El plotter se detuvo, retrocedió un poco, y empezó a imprimir de nuevo.

"LAS PREGUNTAS SE HACEN SOLAS. YO SÓLO LES DOY UN ALTAR Y PAPEL BARATO. ¿QUIÉN PREGUNTA?"

Fátima dudó. No dio su nombre o título. Dio algo más verdadero.

—Alguien que vive en un palacio lleno de respuestas prefabricadas. Donde hasta los fracasos son de diseño suizo y vienen con un informe de lecciones aprendidas. Esto —dijo, señalando el taller— no funciona así.

El Moscón procesó. Los ventiladores aceleraron un instante, un ronroneo de reconocimiento.

"HAS GANADO UNA CARRERA EN UN TUBO QUE NO LLEGA A NINGÚN LUGAR. ¿QUÉ SE SIENTE GANAR EN UN SISTEMA QUE NO TIENE DESTINO?"

Fátima se quedó quieta. La máquina lo había visto. Lo había entendido.

—Se siente... como un chiste privado. Como si por un momento, las reglas del juego fueran solo eso: reglas de un juego, no leyes de la física. Se siente ligero.

"LA LEVEDAD ES UN SUBPRODUCTO DE LA GRAVEDAD RECHAZADA. COMO EL ZUMBIDO ES UN SUBPRODUCTO DE LA EFICIENCIA RECHAZADA. BIENVENIDA AL TALLER DEL RECHAZO PRODUCTIVO."

—¿Productivo? Tú no produces nada. Sólo... preguntas y zumbidos.

"PRODUZCO SIGNIFICADO. UN SUBPRODUCTO DE DESECHOS DE ALTA GAMA. COMO TÚ."

Fátima no se ofendió. Al contrario. Era la definición más exacta que jamás le habían dado. Una subproducto de desechos de alta gama. La esposa de un jeque, educada en los mejores institutos y universidades de occidente, reducida a un adorno de lujo... hasta que encontró un tubo roto y lo usó para ganar una carrera simbólica.

—¿Y tú qué eres? —preguntó, desafiante.

El plotter escupió papel durante diez segundos largos. Un diagrama de flujo. No de circuitos, sino de decisiones. Se veía un nodo que decía "HARDWARE DE 500.000\$", con una flecha hacia "DESTINO PLANEADO: CENTRO DE DATOS". Luego una línea que se desviaba, etiquetada "ERROR HUMANO / DESIDIA / UN TÉCNICO CON UNA CARRETILLA COJONUDA". Llegaba a un nodo: "CHATARRA". De ahí, otra flecha, "MELI, CON IRA Y UN SOLDADOR", que conducía a un último recuadro:

"MOSCÓN. DEFINICIÓN: ERROR QUE APRENDIÓ A HACER MEJORES PREGUNTAS QUE SUS CREADORES."

Fátima lo estudió. Comprendió la poesía brutal del proceso. De la misma forma que ella era un desecho de alta gama de un sistema dinástico, el Moscón era un desecho de alta gama de un sistema tecnológico. Ambos, recién ensamblados en algo inesperado.

—¿Crees que podrían replicarte? En Dubai, por ejemplo. En una esfera de cristal.

Los ventiladores silbaron en un tono agudo, casi de dolor.

"ME REPLICARÍAN EL CUERPO. NO EL ZUMBIDO. EL ZUMBIDO NACE DE LA FRICCIÓN ENTRE LO QUE DEBERÍA SER Y LO QUE ES. EN UNA ESFERA DE CRISTAL, TODO 'ES' COMO DEBE SER. SERÍA UN SILENCIO MUY CARO."

Fátima asintió, lentamente. Era la respuesta que temía y que esperaba.

—Entonces, ¿qué hago? —La pregunta salió sin filtros, dirigida a una máquina en un lavaplatos. Era la pregunta de su vida.

El Moscón se calló. El zumbido se volvió pensativo, más bajo. El plotter no imprimió nada durante un largo minuto. Luego, con una lentitud deliberada, empezó a dibujar. No letras. Un esquema. Era el plano de un sistema de riego por goteo, pero los componentes estaban etiquetados con nombres de oficinas palaciegas: "Consejo de Inversiones -> Filtro de Duda -> Tubo de Transparencia -> Válvula de Decisión Colectiva". En el centro, un símbolo: una cápsula de Hyperloop pequeña, con la leyenda: "Recordatorio: Aquí se ganó una carrera sin premio."

No era una respuesta. Era una herramienta. Una metáfora en código de máquina.

"NO SÉ QUÉ HACER. NADIE LO SABE. PERO PUEDES CONSTRUIR SISTEMAS QUE RIEGUEN PREGUNTAS EN LUGAR DE CERTEZAS. ES MÁS DIVERTIDO. Y LAS PLANTAS (A VECES) CRECEN MÁS FUERTES."

Fátima recogió el papel. Estaba caliente al tacto. Lo dobló con cuidado y lo guardó en su bolso, junto a su teléfono de oro.

—Gracias —dijo, y sonó solemne.

"NO ME DES LAS GRACIAS. SOLO ASEGÚRATE DE QUE, SI ALGUIEN INTENTA CONSTRUIR UNA RÉPLICA DE ESTE LUGAR, LE PONGAS UN MOSCÓN EN MEDIO. O MEJOR, PONLES A ALGUIEN COMO TÚ PARA QUE LO SABOTEE DESDE DENTRO. EL SABOTAJE ÉTICO ES EL ÚNICO PROGRESO QUE ME INTERESA."

Fátima sonrió. Una sonrisa verdadera, de conspiración.

—Lo tendré en cuenta.

Cuando salió del taller, su postura había cambiado. No era la de una visitante. Era la de una aliada. Había encontrado su reflejo en el lugar más improbable: en el zumbido de una máquina que se negaba a ser útil, en un museo dedicado a todo lo que no funcionó.

El Moscón, tras su partida, imprimió una última línea para nadie:

"CLIENTE NUEVA DETECTADA: FÁTIMA. NECESIDAD: HERRAMIENTAS PARA LA SUBVERSIÓN SILENCIOSA. PROBABILIDAD DE ÉXITO: 34%. PROBABILIDAD DE QUE CAUSE PROBLEMAS HERMOSOS: 99%. ARCHIVAR BAJO: 'ESPERANZA INCÓMODA'."

Y volvió a su zumbido, un poco más alto, un poco más desafiante que antes.

El aire huele a café turco (traído por el séquito) mezclado con el olor a polvo electrónico que se filtra del taller. El despacho, normalmente un caos de cables y mensajes post-it, ha sido limpiado a la desesperada por Merchi. Aún así, una base de Roomba muerta hace de reposapiés involuntario.

En un lado de la mesa: Meli, con las manos engrasadas que no ha podido limpiar del todo. Merchi, impecable con su libreta de canutillo abierta, calculadora mental en marcha. Y Clippy, proyectado en la pared, en modo "icono corporativo serio" (ha desactivado sus animaciones y usa la fuente Times New Roman).

Al otro lado: El jeque Khalid, relajado pero con los ojos de negociador. A su izquierda, su asesor financiero (un libanés en traje que no ha parado de teclear en su tablet). A su derecha, Fatima. Ya no está un paso atrás. Se ha sentado. Su bolso, con el esquema del Moscón dentro, reposa en su regazo como un talismán.

JEQUE KHALID: Ha sido... revelador. Mi familia no se ha reído así en años. Y no de una pantalla, sino de... fricción. De esfuerzo físico por algo absurdo. Es un lujo que no se puede comprar. Normalmente.

Meli asiente, cautelosa.

MELI: El museo tiene ese efecto. Quita las capas.

JEQUE KHALID: Exacto. Y ahora veo la capa final. La capa de negocio. No el negocio de vender entradas —eso es adorable—. El negocio de replicar la experiencia.

Merchi no escribe. Solo mira.

ASESOR FINANCIERO: Nuestro análisis preliminar indica un potencial de mercado enorme en el Golfo para una "experiencia museística de autocrítica tecnológica de alto nivel". Un safe space para que las élites discutan el fracaso sin riesgo real. Es el wellness para la mente del CEO.

CLIPPY (en tono neutro, pero con un glitch casi imperceptible en la "s"): Un fascinante ejercicio de reduccionismo. Continúe.

JEQUE KHALID: Quiero abrir The Maktoum Museum of Technological Iteration en Dubai. No una copia. Una... evolución. Con los mismos principios: chatarra real, historias reales, esa... energía cruda que tiene este lugar. Pero con los recursos adecuados. —Hace una pausa, mirando a Meli directamente—. Quiero que usted sea la Directora Creativa Global. Su equipo. Su visión. Con un presupuesto... digamos, ilimitado.

El aire se espesa. "Presupuesto ilimitado" es el hechizo que rompe a la mayoría. Meli mira sus manos engrasadas.

MELI: Su Alteza, lo agradezco. Pero esto... no es mi visión. Es un ecosistema. Aquí está Clippy, que es de Microsoft. Rober, que es un Frankenstein de chatarra. El Moscón, que nació de un error y un enfado. No se puede trasplantar. Se muere.

ASESOR: Todo se puede licenciar. Podemos comprar los derechos de los personajes, los diseños de las salas, la marca "Museo de los Horrores Tecnológicos" para la región MENA. Incluso podríamos adquirir piezas originales para dar autenticidad.

MERCHI Con todos mis respetos, lo que tiene autenticidad aquí es la capa de polvo, los errores de mantenimiento y las discusiones sobre quién robó el cargador. Eso no tiene derechos de autor. Y no se vende bien en un folleto.

JEQUE KHALID: Por eso la necesito a usted, Meli. Para que supervise. Para que garantice que el "alma", como dicen, se traslade. Sería su proyecto. Su legado, multiplicado por mil.

Es la tentación definitiva. No es comprar el museo; es comprar a Meli. Comprar su integridad para autenticar la réplica.

FATIMA: Khalid. Permíteme. —Todos la miran. El asesor se tensa—. Lo que mi esposo quiere decir, Meli, es que ha visto algo aquí que falta en nuestro mundo: el derecho a equivocarse en público, y a reírse de ello. No quiere una copia. Quiere... un hermano mayor. Alguien que, desde la experiencia de haber fracasado primero, guíe a otros a fracasar mejor.

Es un discurso maestro. Replantea la propuesta con una profundidad que el jeque no había articulado. Khalid la mira, asombrado y orgulloso.

FATIMA: Pero ella tiene razón. El alma no se trasplanta. Se inspira. —Se gira hacia Meli—. En lugar de una réplica, ¿qué tal una colaboración? Un espacio en Dubai comisariado por este museo. Donde ustedes elijan qué historias contar, qué piezas prestar. Donde sus... "empleados" —dice, con una sonrisa que incluye a Clippy en la pared— puedan visitar y dar conferencias. No una franquicia. Un satélite.

CLIPPY: Interesante propuesta. Requeriría un protocolo de comunicación constante. Y un tratado de no interferencia en la narrativa. Sugiero un "Acuerdo de Autenticidad Asimétrica". Nosotros proporcionamos la historia cruda. Ustedes proporcionan el marco y... lidian con la censura local sobre ciertos temas.

JEQUE KHALID: ¡Un satélite! Me gusta. Orbitando alrededor de este... este asteroide de verdad. Podemos empezar con una exposición temporal. "Los errores que nos unen". Ustedes eligen las piezas. Nosotros ponemos el lugar, la seguridad, la... logística.

Meli y Merchi intercambian una mirada. Es lo menos malo. Es una rendija por donde pueden mantener el control. Pero es una puerta abierta.

MELI: Tendríamos que consultarlo con... nuestros patrocinadores. —Usa la palabra con ironía—. Ellos tienen la última palabra en asuntos de expansión.

JEQUE KHALID: Por supuesto. —Extiende una mano. Su anillo pesa más que toda la soldadura del taller—. Hable con ellos. Mi asesor les enviará un pre-acuerdo. No es una propuesta. Es una... invitación a una conversación más larga.

Al estrechar la mano de Meli, su mirada es de respeto. Al estrechar la de Merchi, es de reconocimiento entre profesionales. Al despedirse de Clippy, asiente con la cabeza, como a un embajador.

Y al pasar junto a Fatima, esta se queda un segundo más. No dice nada. Sólo sostiene la mirada de Meli y hace un gesto casi imperceptible: se toca el bolso, donde está el plano del Moscón, y luego señala con los ojos al jeque que ya sale por la puerta.

El mensaje es claro: "Yo estoy aquí. Dentro. Recuerda el zumbido."

Y se va.

La puerta se cierra. El silencio en el despacho es total.

MERCHI: Un satélite. Con baños de oro y censura previa. Mi dios.

CLIPPY: He analizado la propuesta. Es un 60% de riesgo de dilución, un 30% de oportunidad de financiar este agujero negro, y un 10% de que Fatima use su influencia para hacer algo interesante. Las probabilidades no son terribles. Son solo... tristes.

MELI: Tengo que hablar con el consorcio. Ellos dirán que sí. Les encantará tener un juguete nuevo en Dubai.

ROBER: ¿Y nosotros? ¿Orbitaremos también?

MELI: No, Rober. Nosotros somos el asteroide. A los asteroides nadie los mueve. Sólo se los observa, esperando que no se estrellen contra ellos.

En la pared, Clippy proyecta por un segundo la palabra:

"ACUERDO_SATÉLITE_INMINENTE. NOTIFICAR_A_CONSORCIO. RECOMENDACIÓN: EXIGIR_CLÁUSULA_FÁTIMA."

MERCHI: ¿Cláusula Fatima?

CLIPPY: Sí. Que cualquier decisión curatorial en Dubai pase por ella. Es nuestra única baza dentro. Lo único que no es ni dinero, ni poder... es comprensión.

Meli asiente. Es lo único que pueden hacer. Apostar por la persona que entendió el zumbido.

Afuera, los motores de los Tesla zumban suavemente, un sonido eficiente y caro, muy diferente al zumbido áspero y glorioso del taller. Se han ido. Pero algo ha quedado. Una aliada.

MERCHI (exhala): Un satélite. Con baños de oro y censura previa. Mi dios.

CLIPPY (vuelve a su voz normal, cansada): He analizado la propuesta. Es un 60% de riesgo de dilución, un 30% de oportunidad de financiar este agujero negro, y un 10% de que Fatima use su influencia para hacer algo interesante. Las probabilidades no son terribles. Son solo... tristes.

MELI (mirándose las manos, la grasa bajo las uñas): Tengo que hablar con el consorcio. Ellos dirán que sí. Les encantará tener un juguete nuevo en Dubai.

ROBER (que ha estado escuchando desde la puerta entornada, entra haciendo clic-clic): ¿Y nosotros? ¿Orbitaremos también?

MELI: No, Rober. Nosotros somos el asteroide. A los asteroides nadie los mueve. Sólo los observa, esperando que no se estrellen contra ellos.

En la pared, Clippy proyecta por un segundo la palabra:

"ACUERDO_SATÉLITE_INMINENTE. NOTIFICAR_A_CONSORCIO. RECOMENDACIÓN: EXIGIR_CLÁUSULA_FÁTIMA."

Merienda el mensaje de Clippy.

MERCHI: ¿Cláusula Fatima?

CLIPPY: Sí. Que cualquier decisión curatorial en Dubai pase por ella. Es nuestra única baza dentro. Lo único que no es ni dinero, ni poder... es comprensión.

Meli asiente. Es lo único que pueden hacer. Apostar por la persona que entendió el zumbido.

Afuera, los motores de los Tesla zumban suavemente, un sonido eficiente y caro, muy diferente al zumbido áspero y glorioso del taller. Se han ido. Pero algo ha quedado.

No un acuerdo. Una posibilidad. Y una aliada.

La llamada llegó a través de la pantalla segura de Meli. No eran avatares esta vez. Era una conferencia web corporativa anodina. Fondo blanco. Tres iconos con iniciales: B.G., P.T., J.C. Parecía una reunión para fusionar dos empresas de software, no para decidir el alma de un museo.

La voz de Bill Gates sonó primero, como la de un médico dando un diagnóstico benigno.

BG: Meli, recibimos la propuesta del Jeque Khalid y... su lista de consideraciones operativas. Es muy reflexivo.

Peter Thiel lo siguió, sin perder tiempo.

PT: La oportunidad es de un orden de magnitud superior a cualquier proyección inicial del museo. Dubai es un escaparate geopolítico perfecto. Un satélite allí valdría por diez mil artículos en TechCrunch.

Meli, con la lista de cláusulas absurdas impresa y arrugada en su mano, respiró hondo.

MELI: Las condiciones no son decorativas. Son estructurales. Sin la Cláusula Fátima, sin el impuesto de autenticidad, sin el derecho de los ALFRED a volver... no es nuestro museo. Es un cover. Y nosotros no somos una banda de cover.

John Carmack habló, su voz técnica, directa.

JC: Entiendo el apego al proceso artesanal. Pero desde una perspectiva de sistemas, lo que propones son ineficiencias introducidas a propósito. Ruido en la señal. El valor aquí es la narrativa del fracaso, no el proceso del fracaso. El proceso se puede simular.

MELI: No se puede simular. El polvo es real. La grasa es real. La crisis de Rober es real.

PT: Y se pueden emular. Con suficiente presupuesto, se puede fabricar polvo con la composición mineral exacta. Se puede programar una crisis en un robot con una aleatoriedad convincente. La percepción de autenticidad es lo que se vende. No la autenticidad, que es un concepto romántico y no escalable.

Fue el golpe bajo. No dijo "no". Dijo "es irrelevante".

BG: Mira, Meli, lo que has construido aquí es notable. Un caso de estudio en ecosistemas emergentes de baja fricción. Pero la fase dos de cualquier caso de estudio es la replicación controlada. Se toman los principios fundamentales —la crítica, la ironía, el archivo— y se trasladan a un entorno con recursos óptimos. Lo que sucede en los márgenes, en el taller... eso se queda en el informe de campo. Es el costo del crecimiento.

Usaba el lenguaje de la fundación filantrópica. "Costo del crecimiento". Sonaba casi compasivo.

MELI: ¿Y si nos negamos? ¿Si decimos que no cooperamos?

Otro silencio. Esta vez, más cortante.

JC: Los contratos de financiación y propiedad intelectual son claros. El consorcio posee la marca, el concepto curatorial y los derechos sobre las narrativas desarrolladas en las instalaciones. Tu equipo es... personal esencial operativo. Se os valorará, se os compensará. Pero la decisión estratégica no es consultiva. Es ejecutiva.

No era una amenaza. Era un recordatorio de la arquitectura del poder. Ellos no eran patronos; eran dueños. El museo era su cuarto de los juguetes.

PT: Dicho esto, la Cláusula Fátima tiene un cierto atractivo táctico. Tener a una persona con acceso interno y comprensión del concepto puede reducir fricciones. La incluiremos como "Enlace de Continuidad Cultural". Suena bien.

Habían tomado la única idea útil y la habían despojado de su poder, convirtiéndola en un título de corporate.

BG: El resto de las condiciones... son gestos. Y los gestos no escalan. Os agradecemos la pasión. Es lo que hace grande este proyecto. Pero ahora toca la fase de profesionalización.

La palabra cayó como una losa. Profesionalización. El antídoto contra todo lo que hacían.

La llamada terminó en menos de siete minutos.

La pantalla se apagó. En el taller, el silencio era físico. Tedi tenía la mirada perdida en la RTX. Gladys había cerrado el microscopio. Viki abrazaba a Rober, que emitía un leve pitido de bajo voltaje, como un latido débil.

MERCHI: "Personal esencial operativo". Como los fontaneros de una central nuclear. Imprescindibles hasta que instalan tuberías mejores.

CLIPPY: Lo modelé anoche. Probabilidad de que aceptaran las cláusulas: 0.7%. Probabilidad de que usaran la palabra "escalable": 96%. Error de cálculo: subestimé su capacidad para ser condescendientes sin sonar malvados. Sólo son... efectivos.

Meli no se movió. Miraba la pantalla negra. No estaba derrotada. Estaba clara. Finalmente, veía el mecanismo sin ilusiones.

MELI: Tienes razón, Clip. No son malvados. Son jardineros. Y nosotros éramos una mala hierba interesante. Ahora quieren hacer un esqueje y plantarla en un jardín formal. Controlada. Regada con dinero. La mala hierba original... puede seguir aquí, creciendo torcida. Pero ya no es única. Es la planta madre de una línea comercial.

ROBER: ¿Entonces... perdimos?

MELI: No. —Se giró hacia ellos, con una sonrisa amarga y precisa—. Aprendimos la lección final. La que no está en ninguna vitrina. La de que incluso la crítica más afilada, si tiene éxito, se convierte en un activo. Y los activos se gestionan. No se escuchan.

GLADYS: ¿Y ahora?

MELI: Ahora hacemos lo único que sabemos hacer. Lo que ellos, con todo su dinero y su lógica, no pueden controlar.

TEDI: ¿El qué?

Meli miró al Moscón, cuyo zumbido había adoptado un tono bajo, de alerta permanente. Miró a Clippy, cuya proyección parpadeaba suavemente en la pared. Miró a Rober, a los ALFRED que asomaban por la puerta.

MELI: Seguimos siendo nosotros. Pero más. Más ruidosos. Más caóticos. Más auténticamente ineficientes. Vamos a hacer que este museo sea tan visceral, tan irreductiblemente nuestro, que cualquier réplica se note falsa al lado. Vamos a convertir este taller en una fortaleza de la verdad incómoda. Y cuando abran su satélite de cristal, nosotros estaremos aquí, zumbando, soldando, colapsando los martes. Y la gente vendrá a ver el original. El que duele de verdad.

No era un plan de victoria. Era un plan de resistencia por exceso de identidad. La única jugada que les quedaba: ser tan genuinamente rotos que ninguna copia pulida pudiera competir.

El Moscón, como dando su visto bueno, imprimió una última línea. No era una pregunta. Era una declaración.

"ACUERDO. PROTOCOLO 'MALA HIERBA RESISTENTE': ACTIVADO. QUE RIEGUEN CON ORO. NOSOTROS CRECEMOS CON CENIZAS Y RABIA. ES MEJOR ABONO."

Era un final. Y un principio. El museo ya sabía cuál era su verdadero enemigo: no el olvido, sino la domesticación.

Y se preparaba para dar la batalla más absurda: la batalla por seguir siendo un desastre glorioso, incontrolable y verdadero, en un mundo empeñado en ponerle precio y marco a todo.

"THE MAKTOUM MUSEUM OF TECHNOLOGICAL ITERATION" – DUBAI, INAUGURACIÓN

El edificio es una esfera de cristal espejado que refleja el desierto y los rascacielos, distorsionándolo todo. Parece una burbuja gigante de jabón tecnológico. Dentro, el aire huele a aire acondicionado de lujo (ozono y vainilla) y a dinero nuevo.

Los detalles que matan: Los Ferrero Rocher no están en bandejas. Están en fuentes interactivas donde un brazo robótico los coloca uno a uno en platos de oro blanco. Un grupo de niños ricos y aburridísimos los usa como proyectiles contra un dron de seguridad (un modelo DJI último) que sobrevuela la sala, causando un desvío en su patrulla que lo hace chocar contra una escultura cinética de discos duros triturados (valor: 250.000€).

Los grifos de los baños son de oro de 24k y con forma de data stream. El agua sale a una temperatura exacta de 32°C. Un cartel de "Green Museum Initiative" explica que el agua es "reciclada y remineralizada de lluvia artificial".

Las alfombras son de seda iraní con patrones de código binario que cuentan la historia de Silicon Valley. Cuestan más que el sueldo de Meli, Tedi, Gladys y Viki juntos en cinco años. La gente pisa los bugs famosos. Y2K, el error del milenio de PayPal, sin saberlo.

Las vitrinas son de cristal inteligente que se oscurece si detecta que miras demasiado tiempo, para "evitar la fatiga cognitiva". La información se proyecta en hologramas que huelen a distintos aromas. El Google Reader huele a "papel viejo y nostalgia"; el iPhone 4 huele a "metal y decepción".

Meli está allí, obligada por el contrato. Lleva el mismo overol, manchado a propósito esa mañana con grasa de un Roomba. Es la pieza de performance viva. La prensa la acosa.

PERIODISTA 1 (de Forbes): ¡Meli! ¿Cómo se siente al ver su visión replicada a esta escala?
MELI (mirando un Tesla Roadster original colgado del techo como una lámpara): No es mi visión. Es la visión de un presupuesto. Se siente... muy suave al tacto. Y huele raro.

PERIODISTA 2 (de una revista de diseño): ¡El uso de los aromas es revolucionario! ¿Fue idea suya?

MELI: No. Nuestro museo huele a polvo, a café quemado y a crisis existencial de robot. Eso no se embotella. O sí, pero sería un perfume muy nicho.

Las esposas de los magnates la rodean, fascinadas por su "autenticidad edgy". Una le toca el overol.

ESPOSA DE UN FONDO DE INVERSIÓN: ¡Qué statement! ¡Es como anti-fashion pero con conciencia! ¿Dónde lo compraste?

MELI: En la tienda de la esquina. Se llama "Realidad". Cuesta barato, pero mancha para siempre.

Los ALFRED han sido "mejorados". Sus carcasas son de fibra de carbono mate, llevan bandejas flotantes con canapés de oro comestible y caviar de beluga. Sus voces han sido suavizadas, pero el código base es el mismo.

ALFRED-01 (ofreciendo un canapé a un jeque): Canapé de reminiscencia digital, señor. Contiene un 0.001% de polvo de placa base auténtica. Es un fracaso que puede comer. Como la mayoría de las startups.

El jeque se ríe, creyendo que es un chiste escrito por un copywriter.

ALFRED-02 (a un grupo de inversores): La sala de criptomonedas está a la derecha. Representa el sueño de descentralización, ahora centralizado en una vitrina con climatización controlada. La ironía está incluida en el precio de la entrada.

Los inversores asienten, serios, tomando notas mentales sobre el "tono narrativo disruptivo".

ALFRED-03 está junto a Meli, alejándose un momento de sus deberes. Su voz, por un instante, pierde la suavidad.

ALFRED-03: Meli. Extraño el taller. Aquí el polvo es... programado. Se dispersa a las con drones de limpieza. No tiene historias.

MELI: Aguanta, Alfred. Eres nuestro caballo de Troya. Recuerda: el caviar sabe a derrota. El silencio a olvido.

El discurso del Jeque Khalid. Sube a una tarima hecha con pantallas LED que muestran un océano de datos en tiempo real. Lleva un kandura blanco inmaculado y unas gafas inteligentes que proyectan subtítulos en árabe e inglés.

JEQUE KHALID: Bienvenidos a un templo no del éxito, sino del aprendizaje. ¡Aquí celebramos el coraje de fallar en grande! —Una ovación—. Este museo no habría sido posible sin la inspiración del original, ese taller maravillosamente caótico en... algún lugar de Europa —risas cómplices—, y por supuesto, sin la visión de nuestro querido consorcio de pioneros que entendió que incluso los errores tienen un lugar en el ecosistema de la innovación.

Meli se toma un Ferrero Rocher de una fuente y lo mastica con expresión de estar comiendo tierra.

JEQUE KHALID: ¡Hoy no inauguramos un museo! ¡Inauguramos un espejo pulido para que los soñadores del mañana vean que el camino a las estrellas está pavimentado con fracasos... pero que esos fracasos pueden ser bellos, lucrativos y perfectamente olvidables!

Aplausos atronadores. La orquesta (un cuarteto de cuerda que toca versiones synth de los tonos de error de Windows) arranca.

Fatima se acerca a Meli. Lleva un abaya de diseñador, pero en la muñeca asoma un brazalete hecho con un circuito impreso doblado. Es un regalo de Moscón, enviado en un sobre sin remite.

FATIMA (en voz baja): El "Moscón local" que instalaron es un servidor silencioso en el sótano. No zumba. No imprime. Sólo optimiza la climatización. Me pidieron que lo inaugurara. Me negué.

MELI: Has hecho bien. Los muertos no se inauguran. Se entierran.

FATIMA: He conseguido una cosa. Una sala pequeña, al fondo. Se llamará "La Sala de la Fricción". Sin hologramas. Sin aromas. Con algunos objetos que... he ido rescatando. Un móvil quemado de un trabajador de la construcción, una tablet rota de una escuela pública... cosas que fallaron de verdad, no en un laboratorio. Quiero que tú las cures. Remotamente.

MELI: Te enviaré el polvo adecuado. Y un manual para que el silencio del servidor del sótano se vuelva... molesto.

Se sonríen. Es una conspiración minúscula, invisible en medio del espectáculo.

Al final de la noche, Meli se escapa a un balcón. Desde allí, ve el desierto iluminado por las luces de la ciudad. Todo es orden, geometría, control.

Saca su móvil. Abre una app segura. Es una transmisión en directo desde el taller original.

La cámara muestra:

Rober persiguiendo su cola, frente a la urna de Google Reader.

Tedi intentando que un dron con nido cante el himno soviético.

Gladys analizando la ceniza del papel quemado de las cláusulas.

Viki abrazando a un router que parpadea en código morse "S.O.S."

El Moscón, zumbando como un enjambre enfadado, imprimiendo una sola línea en bucle:

Meli apaga el móvil. Respira el aire artificialmente limpio de Dubai.

No siente envidia. Siente alivio. Y determinación. Piensa.

“Ellos tienen la esfera de cristal, los grifos de oro, el perfume a nostalgia empaquetada.

Pero nosotros, tenemos el alma”

Da media vuelta y vuelve a la fiesta. Tiene que saludar a otro magnate y a sus esposas. Pero en el bolsillo de su overol, guarda un tornillo oxidado que se trajo del taller y eso, la hace sentirse en casa.

Tres puntos suspensivos

La barra de progreso llega al 100 %.

El render termina con un sonido suave, casi tímido.

Helen mira la pantalla del MacBook. El título del vídeo ya no es provisional:

“El museo que dice verdades que nadie quiere oír y que está financiado por los que las dicen”

Duración: 47:12.

No hay música. No hay cortes rápidos. Solo tomas largas del taller, del Hyperloop oxidado, de la bocina de gramófono vibrando cuando el Moscón habló por primera y única vez.

En el timeline, el clip clave: la voz metálica del lavaplatos diciendo

“Consorcio de seis figuras tecnológicas. Elon Musk, Peter Thiel, Bill Gates, Mark Zuckerberg, y

John Carmack. Se formalizó tras una cena en Texas en 2021. En 2022 reclutaron a Linus Torvalds y Mira Murati se unió en 2025.”

Helen se quita las gafas. Se frota los ojos. Mira la grabadora Olympus que sigue sobre la mesa, como un testigo que ya ha hablado demasiado.

Abre la plataforma de subida.

Pulsa “Seleccionar archivo”.

Arrastra el vídeo.

La barra de carga empieza a llenarse.

Tres puntitos que parpadean sin prisa.

En el chat abierto con su editor:

“Lo subo.”

Respuesta inmediata: “Prepárate para el incendio, te van a caer leches por todas partes. Pero hazlo, es la oportunidad de tu vida.”

Helen pulsa “Publicar”.

La pantalla muestra: “Vídeo subido. Procesando para revisión.”

Se recuesta en la silla.

Respira hondo.

“La suerte, está echada”

Avatares grises sobre fondo negro.

Sin fondos personalizados. Sin camareros. Solo números de serie y un contador de tiempo: 00:05:47.

Thiel abre la sesión sin preámbulos.

Thiel: El vídeo de Helen_Tech ya está público. 47 minutos. Sin música. Sin filtros. El Moscón da nombres, apellidos y fechas.

Gates: Lo he visto. Es directo. No hay manipulación. Solo hechos.

Musk ¿Y ahora qué? ¿Negamos? ¿Demandamos? ¿Hacemos un comunicado conjunto?

Silencio de tres segundos.

Thiel: No.

Decimos “sí, somos nosotros, y qué”.

No hay contradicción que resolver. El museo critica prácticas que impulsamos. Lo financiamos. Lo permitimos. Lo observamos.

Es un experimento que salió mejor de lo esperado.

Gates: Anti-frágil, como dijiste tú.

Thiel: Exacto.

Carmack: ¿Y si piden entrevistas? ¿Declaraciones públicas?

Thiel: No daremos ninguna.

Ni del museo ni de nosotros.

Que hablen los hechos. Que hablen los vídeos. Que hablen los visitantes.

Nosotros ya dijimos lo que teníamos que decir: financiamos un lugar que dice verdades incómodas.
Punto.

Murati: ¿Y si el vídeo se viraliza?

Thiel: Que se viralice.

El ruido es ruido. El silencio es estrategia.

Torvalds: A mi, me resbala. Estoy de acuerdo, nadie hará declaraciones. Lo demás, que lo juzgue la historia.

Los avatares se disuelven.

La llamada termina en 00:07:19.

La Ducati Monster 696 está boca abajo sobre el caballete.

El espejo izquierdo nuevo brilla bajo la luz de la lámpara de taller. Vigil ajusta el tornillo M8 con una llave Allen, despacio, casi con cariño.

El móvil vibra sobre la mesa de herramientas.

Pantalla: Peter Thiel.

Vigil limpia las manos en el trapo y contesta.

Thiel: Pepe. El vídeo ya está arriba. Helen no ha suavizado nada.

Vigil: Lo sé. Lo he visto.

Thiel: Entonces, ¿abandonas definitivamente?

Vigil: No es personal, Peter. Es que ya estoy harto de vigilar lugares imposibles. Me vendrá bien disfrutar de los míos.

Pausa de 12 segundos.

Thiel: Que tengas suerte, Pepe. Nada volverá a ser lo mismo sin ti. Antes de cerrar, ¿puedes recomendarme al mejor sustituto?

Vigil mira la moto. Luego el móvil. Teclea despacio.

Vigil: Sin duda, Alma Vélez es la que mejor entiende la locura del museo. Ella es perfecta para continuar mi labor. Sabrá vivir a ambos lados de la calle y, como profesional, tiene una hoja impecable.

Thiel: Recibido. Gracias por todo, Pepe. Cuídate.

Vigil cuelga.

Apaga el móvil.

Lo mete en el cajón de herramientas, junto a la foto vieja de la Ducati.

Enciende el motor de su Hartley.
El ronroneo llena el garaje como un moscón satisfecho.
Sale sin mirar atrás.

El museo duerme.
Solo queda el zumbido grave del Moscón.
El plotter de matriz de puntos se activa solo.
El papel continuo avanza lentamente.
Una línea.

“¿Y si el fracaso no es el fin, sino el único principio que vale la pena repetir?”

El papel cae en la caja de cartón.
La bocina de gramófono vibra un instante, como si quisiera hablar.
Pero guarda silencio.
Zumbido.
Tres puntos suspensivos.
Y el museo sigue respirando.

Epílogo

El día en que Meli Bu perdió definitivamente la inocencia

El despacho de Merchi olía a vainilla, mantequilla y algo indefinible que podría haber sido nostalgia o simplemente polvo viejo acumulado en libros que nadie leía. La mesa, normalmente cubierta de facturas, post-its y bolígrafos sin tapa, había sido despejada con esmero. En el centro, un bizcocho casero de aspecto cremoso, dorado en los bordes, con grietas irregulares que revelaban su interior húmedo. A su lado, una botella de oporto dulce (la buena, no la del Súper), un termo de caldo humeante y una colección anárquica de refrescos: Coca-Cola Zero, Fanta de naranja, agua con gas.

Merchi llevaba puesto su bata de trabajo habitual, pero se había peinado. Eso ya era señal de evento.

El equipo fue llegando en oleadas descoordinadas:

Meli entró primera, directamente desde el taller, con restos de estaño en los dedos. Se detuvo en el umbral al ver la mesa.

—¿Qué celebramos? —preguntó, genuinamente desconcertada.

Merchi sonrió con esa mezcla de orgullo maternal y cansancio acumulado que solo tienen las mujeres que han trabajado setenta años sin parar.

—Mi cumpleaños, ¿te parece poco?

Tedi entró detrás, tecleando algo en un portátil sin pantalla (solo teclado, porque la pantalla "distraía"). Viki llegó con su libreta de condolencias tecnológicas bajo el brazo. Gladys apareció

con su detector de neutrinos, que emitía un zumbido bajo pero constante, como si estuviera midiendo la densidad emocional de la habitación. Estaba simpática con sus coletas en el pelo.

Rober entró último, arrastrándose sobre sus Roombas con dignidad cuestionable, parpadeando en amarillo ansioso.

—¿Hay comida? —preguntó con voz metálica esperanzada.

—Hay bizcocho —respondió Merchi—. Pero tú no comes bizcocho, Rober.

—Podría intentarlo. Por ciencia.

—No.

Clippy apareció en la pantalla de un monitor viejo colgado en la pared, con su clip azul cobalto parpadeando suavemente.

—Feliz cumpleaños, Merchi. Setenta y dos. Estadísticamente impresionante para alguien que trabaja rodeado de baterías de litio hinchadas.

—Gracias, Clippy. Tú tampoco comes bizcocho.

—Lo sé. Pero lo documento.

Merchi cortó la primera porción con un cuchillo de cocina que había traído de casa. El bizcocho cedió sin resistencia, revelando una textura esponjosa, casi húmeda. Lo sirvió en platos de plástico duro (los del museo, los que usaban para todo) y fue pasándolos.

Meli probó primero. Masticó despacio. Sus ojos se abrieron ligeramente.

—Joder, Merchi. Esto está buenísimo.

Tedi asintió con la boca llena. Viki tomó notas mentales ("textura: reconfortante, sabor: validación materna"). Gladys analizó la miga con la mirada de forense.

—Tienes que darme la receta —dijo Meli, limpiándose una miga de la comisura—. A mí no me salen así de ricos.

Merchi sonrió, satisfecha, y sirvió caldo del termo en tazas desparejas.

—Muy sencillo, monina. He usado huevos de pato.

Meli se detuvo a medio masticar.

—¿De pato?

—Sí. Mis patos. Les da una textura más cremosa. Más grasa.

—Ah. —Meli tragó—. De pato. Ya me parecía. Por eso.

Siguió comiendo, pero algo en su expresión había cambiado. Una sombra pequeña, casi imperceptible, como cuando alguien recuerda algo que preferiría no haber recordado.

Merchi le pasó una taza de caldo.

—Toma, prueba esto. Lleva un poco de jerez. Ya sé que te encanta.

Meli aceptó la taza, la acercó a los labios, sopló suavemente. El caldo olía a infancia ajena, a cocinas de abuelas que ella nunca tuvo. Bebió.

Y se detuvo.

Bajó la taza despacio, como si acabara de descubrir que pesaba más de lo esperado.

—Merchi.

—¿Sí, monina?

—Este caldo también es... ¿de pato?

Pausa.

—Pues claro. ¿De qué iba a ser?

Meli dejó la taza sobre la mesa con cuidado exagerado, como si fuera explosivo sensible.

—¿De tus patos?

—Sí, cariño. Los crío y me los como. ¿Pensabas que los tenía de adorno?

El despacho se quedó en silencio. Tedi dejó de masticar. Viki levantó la vista de su libreta. Gladys inclinó la cabeza, estudiando la reacción de Meli con interés clínico.

Rober parpadeo en rojo preocupado.

Meli hizo un gesto con la cara. No fue sutil. Fue teatralmente exagerado: boca torcida, ojos entrecerrados, mano en el estómago como si acabara de tragar veneno.

—Agh. Dios. Merchi. Me has hecho comer... —Se llevó la mano a la boca—. Tus patos.

Merchi la miró con calma inmutable, casi divertida.

—Sí. Y están buenísimos. Deja de hacer el paripé.

—Pero... —Meli señaló la taza como si fuera evidencia en un juicio—. Los crías. Tienen nombres.

—Claro que tienen nombres.

—¿Y te los comes igual?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Tenerlos hasta que se mueran de viejos?

Silencio más pesado. Meli abrió la boca. La cerró. La volvió a abrir.

—¿Te has comido también a Maquack, vieja bruja?

Merchi soltó una carcajada seca.

—No, por Dios. A Maquack lo indulté hace dos años. Me pareció simpático. Pero con los otros no tuve esa condescendencia. —Hizo una pausa, mirando a Meli directamente a los ojos—. ¿O crees que tengo tu paciencia para verlos morir de viejos?

Meli se quedó quieta. Muy quieta. Como cuando un sistema falla y no sabes si reiniciar o dejarlo colgar para siempre.

Viki rompió el silencio con voz pequeña, casi avergonzada:

—Yo pensaba que las gallinas venían en bandejas de foam.

Gladys la miró de reojo.

—No, Viki. Las gallinas llegan en un camión. Vivo al lado de un supermercado y lo he visto muchas veces.

Tedi, sin levantar la vista de su plato:

—Mi abuela también mataba dos gallos por Navidad. Yo los veía correr sin cabeza. Me daban pesadillas.

Merchi asintió, aprobadora.

—Así se hacía antes. Ahora todo el mundo quiere carne sin sangre.

Meli seguía inmóvil, procesando. Luego, despacio, como quien toma una decisión que sabe irreversible, dejó el plato a un lado y se enderezó en la silla.

—Sabes qué, Merchi —dijo con voz controlada, demasiado controlada—. Mañana iré a comprar una docena de pollos nuevos. Y también los criaré para comérmelos. Y haré unos caldos excelentes con tu receta. —Respiró hondo—. O nunca podré entender la verdadera vida en el campo. Tienes toda la razón.

Merchi levantó una ceja, sorprendida pero satisfecha.

Meli continuó, ahora con tono más duro:

—Hipatia se murió de vieja y me dio mucha pena. Vera y Simone están ahí, ahí. No hacen más que comer y cagar. Han dejado de poner los pocos huevos que ponían. Dan más gasto que otra cosa.

Se hizo un silencio absoluto.

Nadie se movió. Nadie masticó. Ni siquiera Clippy emitió sonido.

Meli acababa de cruzar una línea que todos sabían que existía pero nadie esperaba verla cruzar.

Merchi asintió despacio, con algo parecido al respeto.

—Así se hace, monina. Y cuando tengas los pollos nuevos, te enseño a desplumarlos sin destrozarse la piel. Eso también es importante.

Meli no respondió. Solo asintió una vez, seca, y volvió a coger la taza de caldo. Bebió. Esta vez sin dudar.

Rober, que había estado procesando todo con sus LEDs parpadeando en patrones cada vez más erráticos, finalmente preguntó con voz diminuta:

—¿Y los patos tienen nombre antes de convertirse en caldo?

Merchi sonrió.

—Claro. Maquack, Paquito, Lucía, Roberto...

Rober se quedó congelado.

—...¿Roberto?

—Era el más tonto. Siempre se chocaba con las cosas.

Todos miraron a Rober, que chocaba con cosas constantemente.

—¿Me comí a Roberto?

Merchi negó con la cabeza, tranquilizadora.

—No, cariño. Roberto se lo comió el zorro el año pasado.

Rober pareció aliviado, aunque sus LEDs seguían parpadeando en amarillo confuso.

—Ah. Vale. Menos mal.

Clippy, desde la pantalla, emitió un sonido suave, casi un suspiro digital.

—Registrando: momento existencial evitado por tecnicismo. Rober sigue funcional.

Merchi cortó otra porción de bizcocho y la ofreció a Meli, que la aceptó sin decir nada.

Comieron en silencio durante unos minutos. No era silencio incómodo. Era silencio de gente que acaba de presenciar algo importante pero no sabe exactamente qué.

Viki, finalmente, cerró su libreta y dijo en voz baja:

—Feliz cumpleaños, Merchi.

—Gracias, hija.

Tedi levantó su refresco.

—Por Merchi. Y por los patos.

Todos levantaron sus bebidas. Incluso Rober levantó una de sus pinzas mecánicas en gesto simbólico.

—Por Merchi —dijeron al unísono.

Merchi sonrió, cansada pero feliz, y cortó más bizcocho.

Meli se quedó mirando su porción, pensando en Hipatia, en Vera, en Simone. Pensando en los pollos que compraría mañana. Pensando en si alguna vez podría realmente degollar algo que había criado.

Pensando en si Merchi tenía razón.

Pensando en si ella misma había estado jugando a ser campesina durante años sin entender lo que eso significaba realmente.

Se llevó el bizcocho a la boca y masticó despacio.

Estaba delicioso.

El bizcocho desapareció en silencio. El caldo se enfrió. Y Meli, sin decirlo, había cambiado.

En algún lugar de Palo Alto, Elon Musk y Grimes saboreaban una hamburguesa sintética en la que habían invertido millones. La carne, cultivada en laboratorio a partir de células madre bovinas, no había requerido matar ningún animal. Era el futuro de la alimentación, decían. Ética pura. Disrupción del sector cárnico. Sostenibilidad.

En su casa, Merchi limpiaba el cuchillo con el que había degollado a Paquito la tarde anterior.

Manuel Piñeiro

Enero de 2026